ACANTILADO

Pablo Martín Sánchez

Diario de un viejo cabezota

(Reus, 2066)

PABLO MARTÍN SÁNCHEZ

DIARIO DE UN VIEJO CABEZOTA

(REUS, 2066)

ACANTILADO
BARCELONA 2020

Para los reusenses pasados, presentes y futuros.
Y para aquellos que, sin ser de Reus, casi lo parecen.
Para Teresa.

Las tramas ambientadas en el futuro tratan de las cosas que asustan en el presente. En realidad, no tratan sobre el futuro.

LIONEL SHRIVER,
Los Mandible

En determinadas circunstancias, puede pasar cualquier cosa en cualquier lugar.

MARGARET ATWOOD,
El cuento de la criada

NOTA DE LOS EDITORES

Siempre hemos creído que el rasgo que define a un buen editor es la discreción, la capacidad de hacerse invisible en el proceso de intermediación entre el autor y sus lectores. Por ello, no somos demasiado partidarios de incluir en nuestros libros notas, introducciones o epílogos, que lo único que generan en la mayoría de los casos es, por recuperar una expresión en desuso, «ruido comunicativo». No obstante, el texto que aquí presentamos y con el que inauguramos la colección «Documenta» supone una excepción, no solo por su carácter testimonial y su origen manuscrito, sino porque no fue concebido para ser publicado, lo que exige algunas explicaciones.

Debemos agradecer, en primer lugar, la generosa e inestimable ayuda del IISG (Instituto Internacional de Historia Social, con sede en Ámsterdam), donde se encuentra depositado el legajo, bajo la signatura Man Ib 87/11. Sin la exquisita profesionalidad de sus trabajadores, siempre atentos y solícitos, nos habría resultado imposible transcribir los más de doscientos folios que conforman el *Diario de un viejo cabezota*, así como escanear las distintas imágenes e ilustraciones que acompañan al texto. Agradecimiento especial merece su equipo de expertos, capitaneado por la doctora Ingeborg Schøller, que confirmaron la autenticidad del manuscrito.

A continuación, debemos aclarar que el legajo no lleva ningún título, por lo que la responsabilidad de la elección es exclusivamente nuestra. Somos conscientes de que titular es, en cierto modo, concluir y asumimos la decisión con todas sus consecuencias. No faltará quien considere la expresión «viejo cabezota» excesivamente coloquial, frívola o trasnochada. Pero si hemos decidido utilizarla es porque aparece varias veces a lo largo del texto y nos ha parecido la mejor muestra de fidelidad hacia el autor y su estilo.

La autoría y la datación son, precisamente, dos cuestiones que no podemos soslayar. En el catálogo del IISG, el documento aparece marcado con las abreviaturas n.d. (*no date*) y u.a. (*unknown author*), tanto por el origen anónimo de la donación como por la ausencia de firma y fecha en el manuscrito, lo que legitima la decisión según criterios estrictamente bibliográficos. Sin embargo, un somero análisis del contenido nos permite afirmar que el diario fue escrito por Pablo Martín Sánchez, autor menor de principios del siglo pasado, entre el 24 de junio y el 30 de septiembre del año 2066, durante los últimos meses del *big blackout* que asoló la península como consecuencia del Acuerdo de Estrasburgo. Cabe decir que tras haber intentado localizar sin éxito a sus legítimos herederos, hemos obtenido el permiso de la ISRA (International Society for Rights of Authors) para su publicación.

Por último, conviene aclarar que esta edición está dirigida al gran público, por lo que carece del andamiaje propio de las obras especializadas. Por ello,

nos hemos tomado la libertad de corregir erratas, enmendar faltas, añadir cursivas, completar abreviaturas e interpretar pasajes oscuros sin recurrir a unas notas que habrían lastrado irremediablemente la lectura (con la única excepción de los escasos pasajes en lenguas distintas al castellano, que hemos optado por traducir a pie de página). No obstante, hemos respetado la decisión del autor de integrar los diálogos en el cuerpo del texto sin usar comillas u otras marcas indicativas del carácter dialógico de los fragmentos. Pedimos disculpas de antemano si ello dificulta la lectura en un primer momento, pero estamos convencidos de que el lector no tardará en habituarse.

LOS EDITORES
Ginebra, octubre de 2108

Jueves, 24 de junio

Saltar una hoguera de San Juan es una temeridad. Hacerlo a mi edad, un despropósito. Anoche me esguincé el tobillo y hoy empiezo este diario como en los viejos tiempos, a la luz de una vela y con el pulso trémulo, desentrenado. Lo llamo diario impropiamente, y no porque no tenga el firme propósito de escribir todos los días mientras esté postrado en esta cama del antiguo pabellón de epilépticos, sino porque lo hago en las hojas en blanco del libro que la doctora Lourenço me ha traído esta tarde para que me distraiga: el *Diario de un loco* de Gógol. Supongo que lo ha escogido al azar (más allá de la ironía de encontrar un libro como este entre los volúmenes apolillados de lo que fuera la biblioteca de un manicomio), pero el azar es caprichoso y si en vez de traerme el *Diario de un loco* me hubiese traído las *Confesiones* de Rousseau, tal vez ahora estaría escribiendo unas memorias y no un diario. Ha sido empezar a leerlo y sentir el deseo de aprovechar el ostracismo al que me veo condenado para dejar constancia de los tiempos convulsos en que vivimos. Me propongo convertirme en escribano del paso insobornable de los días, haciendo mía la máxima horaciana: *nulla dies sine linea*. Aunque si algún día no escribo, tampoco me haré el harakiri: ¿acaso no fue el propio Horacio quien dijo que incluso el bueno de Homero se dormía de vez en cuando?

Viernes, 25 de junio

Esta mañana la doctora Lourenço ha venido a traerme algo de ropa y le he pedido que me bajara más libros del altillo, tantos como pudiera. La he oído trajinar en el piso de arriba y ha bajado al cabo de unos minutos con media docena de libros. Espero haber acertado, ha dicho. Como no conozco tus gustos, he escogido los que estaban en mejor estado, algunos llevan ahí más de veinte años. Pues menudo banquete se habrán dado las polillas, le he dicho a modo de agradecimiento. No me he atrevido a confesarle que no los quiero tanto para leerlos como para escribir un diario en las páginas de cortesía, pero al menos he conseguido arrancarle una sonrisa, que es lo mínimo que puedo hacer para agradecerle sus cuidados.

Cuando se ha ido, he cogido el lápiz de carpintero que usa para apuntar mi temperatura en la mesilla, dispuesto a cumplir la promesa de escribir todos los días al menos una línea, una máxima que ayer atribuí al bueno de Horacio y que hoy, al despertarme, he caído en la cuenta de que era de Plinio el Viejo. He tenido la tentación de corregirlo, pero luego he pensado que este diario debe servir también para dejar constancia de los errores, y no porque crea—como decía Paul Klee—que el genio es el error dentro del sistema, sino porque si escribo estas líneas es con la esperanza de que puedan servir a las generaciones futuras para entender cómo vivíamos en los tiempos del Gran Apagón, una época donde el menor de los errores es, sin duda, confundir a

Horacio con Plinio el Viejo. Pero me doy cuenta de que estoy dando por sentadas demasiadas cosas y que esas generaciones futuras a las que aludo fruncirán el ceño si algún día llegan a leer estas páginas. ¿Habrán oído hablar del Gran Apagón? ¿Se estudiará en la escuela o lo habrán omitido de los planes de estudio? ¿Sabrán quiénes fueron Paul Klee o Plinio el Viejo? ¿Sabrán lo que es un libro impreso? Pero esto no es un tratado de historia, así que no busquéis, improbables lectores del futuro, lo que no tengo intención de daros. Si he decidido escribir este diario es, sencillamente, porque siento que el mundo que he conocido llega a su fin, y me gustaría dejar constancia de su existencia antes de que sea demasiado tarde y ya no quede nadie para contarlo.

Creo que fue Vlado quien tuvo la idea de la verbena. Que yo sepa, aquí nunca se habían hecho hogueras de San Juan, ni cuando el Pere Mata era un centro siquiátrico (dejémonos de eufemismos: un manicomio, un frenopático), ni cuando se utilizó como hospital militar, ni en los últimos años, cuando ha estado funcionando como residencia de ancianos y mutilados de guerra (de hecho, aunque todo el mundo lo siga llamando Pere Mata, su nombre oficial es Residència Ciutat de Reus per a Gent Gran i Víctimes de la Guerra). Supongo que si no se hicieron nunca verbenas fue por motivos de seguridad, un argumento que hoy, más que ridículo, parece una broma de mal gusto. Cuando llevamos meses sin luz y ya no queda fuel para alimentar los grupos electrógenos; cuando nos turnamos para hacer rondas de vigilancia y siempre hay alguien apostado en lo alto de la torre del agua; cuando tenemos que racionar la comida, las pilas y los medicamentos; cuando se ha agotado el papel higiénico y el alephone no es más que un vestigio del pasado; cuando cualquier presencia humana en un kilómetro a la redonda supone una amenaza, ¿qué motivos de seguridad podrían esgrimirse para no encender un fuego la víspera de San Juan?

Vlado fue el primero en saltar, cuando las llamas estaban en su apogeo. Justo después saltó Unai y más tarde Gustau, que esperó a que el fuego le llegara a las rodillas. Incluso se atrevieron Paula y Jaume, cogidos de la mano, ella con su embarazo y él con su pierna ortopédica. Separada unos metros del resto, la doctora Lourenço se llevaba las manos a la cabeza. ¿Y si saltamos nosotros también?, me susurró Bruno al oído cuando parecía que nadie más se iba a animar. Las llamas se habían convertido en brasas, no parecía más complicado que sortear un charco. Si tú saltas, yo salto, me dijo. Salto si tú saltas primero, le respondí. Nos miramos a los ojos a través de la oscuridad, en un fingido desafío que me recordó al que tuve con mi amigo Alex (lo escribo así, sin acento, porque es como a él le gustaba escribirlo), hace más de sesenta años, un desafío que terminó de madrugada en las aguas insalubres del puerto de Barcelona. Esta vez no hubo empujón: Bruno aceptó el envite y

saltó, recibiendo como recompensa una salva de hurras y aplausos. No tuve más remedio que saltar a continuación: tomé carrerilla, avancé resueltamente, me impulsé, sobrevolé las brasas, pisé mal, se me dobló el tobillo izquierdo y caí al suelo aullando de dolor. Por suerte habíamos encendido la hoguera en el ángulo que forman el pabellón 15 y la capilla, y pudieron traerme hasta la enfermería a la sillita de la reina. La doctora encendió su linterna de dinamo y guio a los que me transportaban hasta el primer box. Me envolvió el tobillo con la última bolsa de hielo instantáneo que quedaba y me dio un antiinflamatorio, maldiciendo a la vez la estúpida ocurrencia de Vlado y mi falta de pericia en la popular disciplina del salto de hoguera.

Tras pasar la noche en DICE (descanso-hielo-compresión-elevación), ayer me inspeccionó mejor a la luz del día y el diagnóstico fue desalentador (aunque necesariamente aproximativo, a falta de resonancia magnética que lo confirme): rotura parcial de grado 1-2 del ligamento peroneo astragalino anterior, mayormente conocido en la jerga matasana por sus siglas LPAA. Tiempo de recuperación: de cuatro a seis semanas. Como ya no tengo edad para andarme con remilgos, dejé que me ayudara a quitarme los pantalones antes de hacerme un vendaje compresivo. Lo que no esperaba es que el contacto de sus manos con mi piel fuera a provocarme una erección.

Sábado, 26 de junio

Ayer tuve que dejar de escribir porque entró la doctora Lourenço a traerme la cena: un tomate en rodajas (el último que quedaba en la tomatera) y un óvalo de pescado (ventajas de estar convaleciente: el fósforo va bien para las articulaciones). La verdad es que nunca he entendido por qué los llamamos óvalos si son tridimensionales, supongo que porque nadie los comería si se llamaran elipsoides. En todo caso, mucho mejor que síntex, cracketas o hiperhuevos, que de todo he oído en la viña del Señor.

Cuando terminé de cenar, llegaron Bruno y Gustau con una sorpresa: la vieja mesa de ajedrez del pabellón de los Distinguidos. Bruno se quedó hasta que se hizo de noche, pero Gustau se fue enseguida porque le tocaba guardia, no sin antes anunciarme que había encontrado una silla de ruedas manual en el pabellón 13, cubierta de polvo y oxidada, pero utilizable tras un buen remozado. Me irá de perlas, pues la doctora me ha prohibido las muletas: esta mañana me he caído al ir al baño y ahora tengo que convivir con un estigma llamado cuña.

Por la tarde han venido a verme Bertha y Elsa, y más tarde Linda, que ha insistido en tirarme las cartas. El resto del día lo he pasado dormitando, no sé si por efecto de los antiinflamatorios o para que se me pasara el mal humor. La verdad es que no tenía muchas ganas de escribir, pero al menos he cumplido con la máxima de Plinio el Viejo.

Domingo, 27 de junio

Tengo que reconocer que los días que siguieron al Gran Apagón fueron

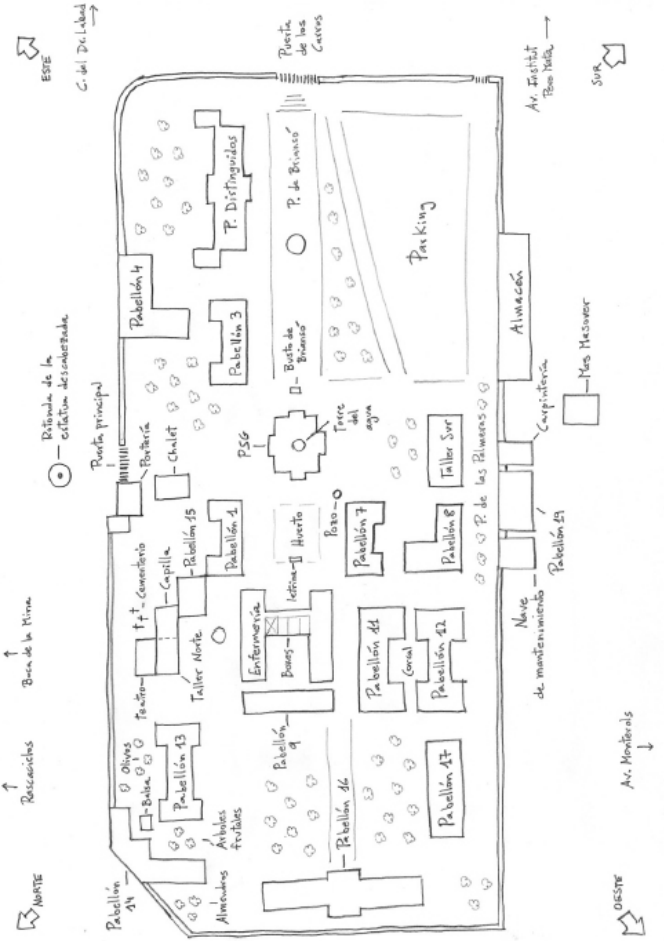
extraordinarios. Quedábamos todavía una treintena de personas en el Pere Mata, incluidos varios trabajadores, cuando se fue la luz y se activaron los grupos electrógenos. Pero el fuel apenas duró un par de días y entonces llegó el desconcierto, la impotencia, el desaliento, sobre todo entre los más jóvenes, los nativos digitales de segunda y tercera generación, los que no sabían escribir a mano ni usar un abanico, los que no conocían los juegos de mesa ni los libros de papel. De pronto se encontraron huérfanos, sin saber qué hacer, contemplando absortos durante horas sus alephones apagados, esperando a que volviera la luz como quien espera que llegue la lluvia tras un tiempo de sequía. Bruno y yo los mirábamos pasar como zombis pusilánimes, mientras jugábamos nuestra habitual partida de ajedrez. La mayoría no tardó en irse, prefirieron el destierro a la vida *unplugged*.

No deja de ser curioso—casi un acto de justicia poética—que los que mejor nos hemos adaptado al apagón hayamos sido los viejos, los que vivimos la era predigital, los que aprendimos mecanografía con máquinas de escribir, los que crecimos con un móvil dando vueltas en el techo y no en la mano, los que encendíamos velas cuando se iba la luz, los que nos afeitábamos con cuchilla, los que subrayábamos los libros con un lápiz o doblábamos la esquina para no perder la página, los que aprendimos a conducir sin GPS ni autodrive. En cierto modo, el apagón nos ha devuelto el prestigio perdido.

Un ejemplo clamoroso: los jóvenes de hoy día no saben idiomas. ¿Para qué, te preguntaban altivos antes del apagón, si el alephone te traduce al oído, en tiempo real, cualquier conversación que tengas con cualquier hablante del mundo entero? Ahora se han tenido que tragar su altanería. Desde que nos quedamos sin luz, la única información que nos llega del exterior procede del viejo transistor que Gustau encontró en el almacén. El problema (aparte de tener que racionar la pila) es que las radios de la Confederación Ibérica han dejado de emitir. Y no me refiero tanto a RNC o RNE, intervenidas y censuradas desde hace tiempo, sino a las pequeñas emisoras piratas, que eran las únicas de las que podía uno fiarse. Ahora debemos conformarnos con las emisoras extranjeras, pero con la vieja radio a pilas es difícil captar otra señal que no sea la de France Inter o Deutschlandradio, que ofrecen la versión oficial de los acontecimientos, la que le interesa dar a la vieja Europa, con su fariseísmo de brazos abiertos y del hay sitio para todos, cuando solo un ingenuo o un imbécil puede tragarse semejantes patrañas. ¿Acaso se creen que no hemos oído hablar de los campos de refugiados, que no vimos las imágenes antes de que cortasen la red? Ahora bien, cuando milagrosamente conseguimos sintonizar alguna radio clandestina que emite en francés, italiano o alemán, ¿quiénes son los guapos que traducen esos idiomas incomprensibles para que los demás puedan saber lo que ocurre en el mundo? Los vejestorios políglotas, *oh yeah*.

Otra cosa buena que ha traído el apagón es que ha reducido las emisiones contaminantes, el aire se nota más puro y hasta parece que se haya frenado el dichoso calentamiento. Recuerdo que en junio del año pasado rozamos los 40º y este año el termómetro del PSG no ha superado aún los 33. El PSG es el pabellón de Servicios Generales, donde duerme la mayoría y donde dormía yo hasta que me esguincé el tobillo: nuestro cuartel general, por así llamarlo. Lo elegimos porque se encuentra en el centro del recinto y porque en él está la torre del agua, desde cuyo pináculo podemos vigilar los alrededores, aunque la existencia de varios puntos muertos nos obliga a hacer rondas perimetrales. También lo escogimos porque en los sótanos hay antiguos túneles que comunican con otros pabellones, como el 7 o el de los Distinguidos, e incluso uno más reciente, construido durante la guerra, que conduce al exterior del recinto amurallado. Además, está al lado del huerto, cerca de la enfermería y no lejos de la entrada principal, que mantenemos cerrada a cal y canto. Aunque tampoco hay que obviar otro motivo más pragmático: es uno de los pocos pabellones que no funciona con persianas eléctricas y que aún conserva sus contraventanas originales. Pero será mejor que me deje de explicaciones y dibuje un plano, aunque solo sea para facilitar la lectura a esas generaciones futuras a las que finjo dirigirme, como esa criatura que Paula lleva en su vientre y que tal vez algún día quiera saber cómo era el lugar donde fue gestada. Allá voy.

Esta mañana he acabado agotado dibujando el mapa del Pere Mata. Llevo siete años aquí y me conozco al dedillo todos los pabellones, podría recorrerlos con los ojos vendados si quisiera, pero una cosa es conocerlos a pie de campo y otra muy distinta intentar reproducirlos a mano alzada. Tendré que pedirle a la doctora Lourenço que me baje más libros del altillo, pues me he visto obligado a empezar de nuevo tres o cuatro veces y he malgastado otras tantas hojas. Pero al final he acabado relativamente satisfecho y el ejercicio mental me ha venido bien, aunque me haya dejado exhausto. Así que he tomado una decisión: si no puedo ejercitar el cuerpo, mientras esté aquí postrado ejercitaré la mente. Al principio he pensado en aprenderme cada día uno de los haikus que aparecen en el poemario *Hay cus*, de la reusense Meritxell Salvadó, en cuyas hojas de cortesía estoy escribiendo estas líneas. Nunca había oído hablar de ella, pero leo en la solapa que estuvo internada en el Pere Mata en los años 30, aquejada de esquizofrenia. El libro lo publicó la editorial Rosa Rosae y tiene la particularidad (como era de prever) de que en todos los poemas hay por lo menos una Q. Pero al final he decidido que me voy a ejercitar de una manera más irracional, inspirado por otro de los libros que me bajó la doctora Lourenço del altillo: *La poesía de los números*, de Daniel Tammet, que incluye los 22.514 primeros decimales de pi con los que el autor logró el récord europeo de memorización.



Siempre me ha fascinado el rey de los números irracionales, desde que aprendí su existencia el día en que mi hermana corrió los mil metros en 3 minutos 14 segundos y 16 centésimas y exclamó: ¡He corrido en pi minutos! No tardaría en descubrir que se trataba de un redondeo y que los decimales de pi son infinitos. Años después me aficionaría a escribir sonetos irracionales, según la ingeniosa propuesta de Jacques Bens: en lugar de dos cuartetos y dos tercetos, el soneto irracional consta de un terceto, un verso suelto o monóstico, un cuarteto, otro monóstico y un quinteto, lo que hace un total de cinco estrofas de 3, 1, 4, 1 y 5 versos cada una. Tal vez algún día me decida a escribir un soneto irracional para matar las horas, ahora que parece que le he vuelto a coger el gusto a esto de desenfundar la pluma. En todo caso, mañana empezaré a memorizar los decimales de pi, a partir del quinto, pues los cuatro

primeros ya me los sé. Podría empezar hoy, pero así coincidirá con mi convalecencia y me ayudará a llevar la cuenta: el punto de partida será el día en que me esguincé el tobillo, cuando aún estaba «entero»; y, a partir de entonces, empezarán los decimales. El jueves, el 1; el viernes, el 4; el sábado, el 1; hoy, el 5. Y así sucesivamente…

Lunes, 28 de junio

Si esto fuera una obra de teatro, lo que viene a continuación sería el *dramatis personae*. Quedamos cinco momias, cinco tullidos y dos trabajadores (o más bien extrabajadores, pues dejaron de cobrar tras el apagón). Estos son mis abnegados compañeros de resistencia. ¿O debería decir de cautiverio?

Las momias:

- Bruno Cortés, 85 años, profesor de matemáticas jubilado y viudo. Bajito, enjuto, de envidiable pelo blanco y bigote de lápiz. Llegó al Pere Mata en el 58, poco antes que yo, procedente de Valencia. Congeniamos desde el principio.

- Elsa Zimmerman, 82 años, alemana de origen judío, se instaló en la Costa Brava al estallar la Tercera Guerra. Antes de exiliarse, vivía en Berlín, donde se ganaba la vida dando clases de piano. Vegetariana y macrobiótica, lleva siempre el pelo recogido en una trenza. Llegó al Pere Mata en el 61, de la mano de su pareja, Bertha Bauer.

- Bertha Bauer, 79 años, corresponsal alemana de la revista *Der Spiegel* desde los años 20, fue despedida por publicar un artículo a favor de la independencia de Cataluña tras el referéndum del 53. Lleva siempre el pelo muy corto y tiene los ojos de un azul imposible. A diferencia de la mayoría, Bertha y Elsa duermen en los miniapartamentos del pabellón 7.

- María Jaramillo, 94 años, andaluza de Cornellà, como ella misma decía cuando yo llegué. Desde que no toma la medicación, se le ha agravado el alzhéimer y se pasa el día en la cama, llamando a su madre. Del único hijo que venía a verla no hemos vuelto a saber nada desde el inicio de la moratoria.

Los tullidos:

- Vlado Krkovic, 46 años, exmilitar de rango variable (unos dicen que fue sargento, otros capitán y algunos teniente coronel; él ni confirma ni desmiente, así que lo más probable es que no pasara de cabo chusquero). De padre serbio y madre catalana, perdió un ojo y tres dedos de la mano izquierda en la batalla de Alcanar. Le apasionan las armas de fuego, lleva un parche en el ojo y está calvo como una bombilla, por lo que nunca se separa de su vieja gorra militar.

- Jaume Casanovas, 37 años, nacido en El Prat de Llobregat. Perdió una pierna al estrellarse el helicóptero que pilotaba. Pelirrojo y pecoso, llegó al Pere Mata hace tres años, procedente del centro de mutilados de Sabadell, de donde tuvo que marcharse, según dicen las malas lenguas, tras liderar un

motín que terminó con la muerte de un médico. Al poco de llegar, se enamoró de Paula Gómez y no tardaron en pasar por la vicaría.

- Paula Gómez, 36 años, la única reusense del grupo, aparte de mí. Morena y de ojos rasgados, perdió la mano izquierda en un accidente con el montaplatos del Hospital Universitari Primer d'Octubre, donde trabajaba de cocinera. Al funcionar por aquella época como hospital militar, le fue reconocido el estatus de mutilada de guerra. Casada con Jaume Casanovas, está embarazada de cinco meses.

- Linda Boix, 40 años, nacida en Medellín (Colombia), de padres catalanes. Transexual y tarotista, perdió ambas piernas durante la guerra de independencia al explotar una bomba lapa que habían colocado bajo la cama del coronel Aixalà, de quien era amante. Las prótesis biónicas que lleva, de fabricación coreana, vuelven loco a Vlado, con quien mantiene una relación de amor-odio que no excluye ni los gemidos ni los improperios.

- Unai Goia, 28 años, natural de Zugarramurdi, aunque residente en Cataluña desde pequeño. De padre navarro y madre guineana, tiene la piel canela y el pelo escarolado. Se quedó sordo de un oído siendo aún menor de edad, tras el estallido de la bomba que lo dejó huérfano. Al terminar la guerra, acudió al mercado negro para realizarse un implante coclear que ya no le sirve de nada, pues no puede recargar las pilas. Para más inri, últimamente escucha un zumbido, seguramente causado por el propio implante, y se pasa el día murmurando para no oírlo.

Los extrabajadores:

- Audrey Lourenço, 52 años, traumatóloga. De madre francesa y padre brasileño, llegó a Reus para hacer un Erasmus, se enamoró de un compañero de la facultad y se quedó hasta terminar la carrera. Entró a trabajar en el Pere Mata tras su reconversión en geriátrico y centro de lisiados de guerra. De pelo cano y hermosos ojos verdes, perdió a su marido víctima del marburgo, lo cual nos unió desde el principio.

- Gustau Sanahuja, 50 años, jefe de mantenimiento del Pere Mata, conoce todos los rincones del recinto como la palma de su mano. A diferencia de los demás, duerme solo en el chalet, donde ya vivía antes del apagón, y Vlado asegura que tiene una acompañante en su cuarto, pues no soporta el contacto físico con otras personas (lo que se conoce como hafefobia). Afortunadamente para él, la gente ya no se toca al saludarse.

Está bien, lo reconozco: las edades las he puesto al tuntún. Pero ¿acaso los dramaturgos no se inventan las edades de sus personajes?

La doctora Lourenço ha entrado con la comida justo cuando terminaba el *dramatis personae*. No he podido evitar que me viera escribiendo. Me ha preguntado qué escribía. Un diario íntimo, le he dicho, con una mezcla de vergüenza y alivio. Entonces me ha preguntado si podía leerlo y le he dicho

que no. ¿Por qué no? Porque la esencia del diario íntimo es que solo pueda leerlo el que lo escribe, si no menuda estafa de diario íntimo, ¿no te parece? Es como los secretos: un secreto compartido ya no es un secreto, es un chismorreo. Me ha mirado y ha sonreído. ¿No saldré yo en ese diario?, me ha preguntado alarmada. He hecho una pausa dramática y he dicho: Sí, pero vestida. No sé cómo me he atrevido a hacerle semejante broma. Por suerte no se lo ha tomado a mal y ha soltado una carcajada. Tiene una sonrisa luminosa y esa belleza serena que solo dan las desgracias o la inteligencia, con unas patas de gallo que podríamos calificar, en su lengua materna, de *très mignonnes*. A veces pienso que me hubiera gustado conocer a su marido y que ella te conociera a ti. Creo que habríamos hecho muy buenas migas los cuatro, aunque podrían ser nuestros hijos. De hecho, Audrey (creo que será mejor que deje de llamarla, pomposamente, doctora Lourenço) tiene apenas siete años más de los que ahora tendría Otto.

Cuando le iba a pedir que hiciera el favor de guardarme el secreto del diario íntimo, hemos oído unos gritos: era Linda, desde la torre del agua. Ahora vuelvo, ha dicho Audrey, dejándome sobre la cama un plato de verduras a la brasa: varias rodajas de calabacín, media cebolla y una patata. Todavía quedan en la despensa algunas cajas de óvalos, pasta, arroz, garbanzos y lentejas, botes de conserva, aceitunas, latas de atún, sopas de sobre, miel, café, harina y otros productos no perecederos, pero priorizamos los alimentos del huerto, para intentar alargar al máximo las provisiones. Por suerte el alcohol se terminó hace tiempo y los intentos por fermentar manzanas o patatas no han dado buenos resultados. También tenemos un corral, en el patio interior que forman los pabellones 11 y 12, con dos gallinas ponedoras (*Punki* & *Panki*, como el lamentable dúo que ganó el último festival de Eurovisión, antes del inicio del sexenio negro) y una cabra (*Manoli*), que nos dan huevos y leche, respectivamente, sin tener que alimentarlas demasiado: *Punki* & *Panki* comen lombrices, insectos y peladuras, así como las cáscaras de sus propios huevos; a *Manoli*, por su parte, le basta con la hierba del patio, aunque a menudo la dejamos salir, pues tiene especial predilección por la que crece frente al pabellón 17. No nadamos en la abundancia, pero tampoco nos morimos de hambre: uno se acaba acostumbrando a comer poco. Y si alguna noche no puedo dormir por los quejidos de mi estómago, me pongo en posición fetal y engaño al hambre. La situación no deja de ser irónica: durante mucho tiempo nos estuvimos riendo de los preppers y al final han acabado teniendo razón. A saber cuántos quedarán por ahí escondidos, en sus búnkeres preparados para resistir una lluvia de meteoritos o una guerra nuclear, y qué harán cuando termine la moratoria y nos echen a patadas. Supongo que lo mismo que nosotros: claudicar o sucumbir.

Me he puesto a comer la verdura atento a los ruidos que llegaban del

exterior. Me ha parecido oír que Linda llamaba a Bertha y luego a Vlado. Debía de haber forasteros merodeando. Durante un rato no he escuchado nada, más allá del graznido de los cuervos y de una ventana abierta repiqueteando contra el marco. De pronto ha sonado un tiro. Luego otro, y otro más. Poco después ha vuelto a entrar Audrey. Vlado es imbécil, se ha limitado a decir, con cara de malas pulgas. ¿Qué ha pasado?, me he atrevido a preguntar. Lo de siempre, qué va a ser. Me ha tomado la temperatura, la ha apuntado en la mesita de noche, me ha dado un antiinflamatorio y se ha llevado el plato vacío y la cuña llena. No he podido evitar sonrojarme una vez más al oír el ruido de la cisterna.

Por la tarde ha venido Gustau con la silla de ruedas, engrasada y remozada. Me ha ayudado a bajar de la cama, me he puesto las bermudas y hemos dado una vuelta por la enfermería, antes de salir del edificio para tomar un poco el aire. La verdad es que le tengo cariño, a pesar de sus rarezas, y en cierto modo le debo la existencia de este diario. Es el único que trabajaba aquí cuando el manicomio se convirtió en hospital de guerra y más tarde en geriátrico y residencia para lisiados. Ya por entonces era jefe de mantenimiento y se encargó de coordinar el traslado de la biblioteca al altillo, aunque el nuevo director del centro era más partidario de hacer una pira y quemar todos los libros. Afortunadamente Gustau se opuso, pues tras el apagón nos han servido tanto para encender el fuego como para entretenernos, sobre todo a los más viejos, que nunca acabamos de acostumbrarnos del todo a los e-books, las tabletas o el e-reader del alephone, y que más allá de hacer la ronda, cuidar del huerto u ordeñar a *Manoli*, tampoco es que tengamos demasiadas ocupaciones.

Antes de irse, me ha contado con más detalle lo ocurrido. Parece ser que Linda ha visto a un grupo de cinco o seis personas que se acercaban al parking, procedentes del sur, y ha dado la voz de alarma. La primera en llegar ha sido Bertha, que estaba haciendo la ronda. El grupo se ha acercado hasta la verja y ha hablado con ella. Era una familia de Murcia, madre, padre y cuatro hijos, el pequeño aún sin destetar, hambrientos y extenuados tras doce días de marcha. Le han implorado comida y medicamentos para el bebé, que estaba ardiendo de fiebre. Entonces ha llegado Vlado con el fusil en ristre y la gorra calada hasta los ojos. Bertha le ha dicho que bajase el arma, que no era necesario amenazar a nadie. Vlado ha respondido que a él no le daba órdenes una mujer, y menos aún una vieja alemana, que cómo sabía que no iban armados, que hiciera el favor de ponerse la mascarilla para hablar con forasteros y que si ella quería morirse de hambre o de marburgo era problema suyo, pero que no nos pusiera en riesgo a los demás. Bertha le ha dicho que era un capullo (puedo imaginarla perfectamente llenándose la boca con el insulto, concentrando toda su ira en la elle, apretando con furia teutona la

lengua contra el paladar) y que si ella era una vieja alemana lo era a mucha honra (más por vieja que por alemana, que al fin y al cabo una no decide dónde nace), pero que él era un tuerto asqueroso con perdón para los tuertos y que su rostro era el vivo reflejo de su alma, que no le extrañaba que con gente así hayamos llegado adonde hemos llegado. Todo esto ante la atónita mirada de la familia murciana, que debía de estar alucinando pepinillos. Al final, la discusión ha terminado como la última vez: con varios tiros al aire y una nueva ristra de insultos. Gustau me lo ha contado quitándole hierro al asunto, pero esos dos van a acabar mal, muy mal. A ver qué pasa el miércoles en la asamblea.

La verdad es que lo mejor de haberme esguinzado el tobillo es que me libro de hacer guardia por una temporada. Cada vez son menos los que pasan por aquí camino de las tierras del norte, pero aun así se me encoge el corazón cuando tengo que negar mi ayuda a una familia de emigrantes harapientos y exhaustos que vienen de Levante o Andalucía. Me los quito de encima mandándolos a los rascacielos, o al centro de Reus, aún a sabiendas de que no encontrarán nada, de que hace tiempo que ya no queda más comida que las ratas escuálidas y el tuétano de los muertos.

Por cierto, Bruno ha venido a echar una partida y me lo ha confirmado: el quinto decimal de pi es un nueve. Un nueve. Nueve, nueve, nueve, nueve. Visto así, no parece tan complicado aprenderse un decimal al día.

Martes, 29 de junio

Releyendo el montón de páginas que escribí ayer (nueve, nada menos), me doy cuenta de lo oxidada que está mi escritura. Poco a poco me voy soltando, pero hay pasajes lamentables, que de tan torpes casi resultan graciosos: por ejemplo, cuando escribo sin rubor alguno que las gallinas y la cabra nos dan huevos y leche, *respectivamente*. ¿Respectivamente? ¡Solo faltaría! Aunque la idea de un mundo mutante, con *Manoli* poniendo huevos y *Punki* & *Panki* dando leche, resulta de lo más sugerente… También me sorprendo usando expresiones que incluso a mí me parecen trasnochadas: ¿de verdad he escrito *alucinando pepinillos*? ¡Pero si ya sonaba desfasado cuando yo iba al instituto! Los jóvenes de hoy día dicen flipando óvalos.

Por cierto, Audrey me ha traído otra tanda de libros del altillo y, ahora que está en el ajo, ha escogido los que tenían más hojas de cortesía. Normalmente llevan una al principio y otra al final, pero algunos tienen dos o tres, por una cuestión de pliegos. También me ha traído un escalpelo para que pueda cortar las hojas y le ha preguntado a Gustau si no habría alguna libreta vieja en el almacén, de la época en que aún se usaban. Al parecer, la idea ya se le había ocurrido a él cuando tuvimos que empezar a hacer fuego tras el Gran Apagón, pero lo único que encontró fueron varios paquetes de folios apolillados y húmedos, que aun así terminaron devorados por las llamas. La verdad es que no sé qué habría sido de mí sin Audrey. Qué habría sido de todos nosotros, en realidad. Si hubiese optado por irse con los demás, yo creo que la habríamos seguido. Por suerte decidió no rendirse, hacer oídos sordos a la moratoria y resistir. Incluso cuando cortaron la luz y se quedó sin sueldo. Mi tobillo le estará eternamente agradecido.

He tenido que parar de escribir porque me ha entrado un hipo terrible y me he tragado el chicle que estaba mascando. Excepto lo de la cucharilla de azúcar con vinagre, he probado todos los trucos que conozco: beber siete tragos de agua seguidos, contener la respiración, abrir la boca y cerrar el resto de orificios (oídos, narinas, ojos), incluso le he pedido a Bruno que me diera un susto. No ha funcionado, pero nos lo hemos pasado pipa (otra expresión que ya no se estila, aunque ha envejecido mejor que guay del Paraguay o piruletamente, como decían de pequeños Leire y Otto). Según Audrey, el hipo es un reflejo involuntario del diafragma que contrae las cuerdas vocales y produce ese sonido tan característico. Para Linda es algo puramente sicológico, basta concentrarse en algo distinto para que se te quite. Bruno, en cambio, ha acabado por tirar de etimología y ha resuelto que, puesto que el prefijo hipo- significa 'debajo de', el mejor remedio para acabar con él es meterse debajo de la cama.

Miércoles, 30 de junio

Entre los libros que me ha traído Audrey hay uno cuyo título me ha llamado

la atención, devolviéndome a mis años de adolescencia: *De Prim a Plim*, de un tal Josep Baiges. ¡Ah, el Plim, la fantasía de frutas que solo se bebía en Reus y alrededores! He estado hojeándolo y he recordado algunas cosas curiosas que tenía olvidadas, como que el nombre de la bebida deriva del general Prim o que mezclándolo con vermut se obtenía el «masclet», un cóctel que estuvo de moda a principios de siglo. El libro también se hace eco del gran revuelo que se produjo con la exhumación de los restos del general y de una de las discusiones más acaloradas: el significado de las iniciales C.R., bordadas en sus calcetines. Hubo quien aseguró que lo habían enterrado con los calcetines de otro y quien lo consideró la prueba definitiva de que era masón (pues Caballero Rosacruz es uno de los grados de la masonería), aunque la explicación fuera en realidad más sencilla: el general Prim era Conde de Reus, título nobiliario que utilizaba y con el que era tratado. Pero quizá lo que me ha resultado más curioso del libro es una referencia a un viejo videoclip de Joan Masdéu, titulado «Dies sabàtics», y no tanto por haberme traído a la memoria al que fuera el cantante de Whiskyn's (cuyo bajista, José Luis, estuvo saliendo un tiempo con mi hermana), sino porque el vídeo lo muestra en un Reus fantasma donde él es el único superviviente, anticipándose en medio siglo a lo que ha acabado pasando…

Me gusta oler los libros viejos. Aunque «me gusta» se queda corto: es una auténtica manía, una obsesión, un vicio. De hecho, da igual que el libro sea viejo o nuevo, antes de empezar a leerlo no puedo resistir la tentación de introducir la nariz entre sus pliegos, lo más hondo posible, allí donde las hojas se adentran en los intersticios del lomo. Establezco así una relación íntima con el libro, casi me atrevería a decir que carnal, táctil y olfativa a la vez: mientras las aletas y la punta de la nariz rozan el papel y descifran su textura, el nervio olfativo percibe los efluvios de la tinta, de la cola, de la fibra, de los hongos, y lanza al cerebro unos mensajes que dejan en evidencia a Proust y a su magdalena. La verdad es que no me explico cómo he podido estar tanto tiempo sin oler un libro. Hubo un momento, en los años 10, en que pareció que el e-book iba a acabar con el libro analógico, pero fue un espejismo: el libro en papel se recuperó y vivió un nuevo auge en los años 20 y los felices 30, para iniciar entonces una caída lenta pero inexorable. Alguien dijo alguna vez que el libro electrónico ganaría la partida cuando fuese *exactamente igual* que el libro de papel: con sus mismas formas, sus mismas texturas, sus mismos olores, sus mismos defectos. Por eso no tardaron en aparecer las carcasas de piel, las pantallas flexibles laminadas o los aromas sintéticos que pretendían reproducir los olores naturales y que incluían, como no podía ser de otro modo, el «olor a libro viejo». Recuerdo que el primer e-reader que le compramos a Leire llevaba incorporado un difusor que soltaba distintos aromas (a hierba recién cortada, a tierra mojada, a madera, a chimenea, ¡a

sábanas limpias!) para propiciar una lectura inmersiva. En realidad, fue la industria cinematográfica la abanderada de todo aquel boom, cuando tras el declive del 3D llegó el sensicine, con su panoplia de perfumes, pastillas de sabores y guantes de datos, que me hicieron echar de menos, quién me lo iba a mí a decir, los viejos y grasientos y molestos cucuruchos de palomitas.

Qué patético. Me he convertido en lo que siempre le reproché a mi madre, aunque fuera para tomarle el pelo: en un misoneísta.

La asamblea se ha celebrado en la enfermería, pues había que tomar decisiones y era importante que estuviéramos todos. Normalmente la hacemos en la antigua vivienda del capataz, en la segunda planta del PSG, al pie de la torre del agua, para estar más cerca del vigía y que pueda participar en las votaciones. Pero esta vez le tocaba el turno a Jaume y ha delegado su voto en Paula. María no ha querido moverse de la cama, hace tiempo que no asiste a las asambleas. El orden del día, redactado por Bruno, era el siguiente:

1 . Verificación del quórum y aprobación del orden del día.
2 . Estado y durabilidad de las provisiones.
3 . Estado y durabilidad de los medicamentos.
4 . Estado y durabilidad de las armas y las municiones.
5 . Revisión y ajuste de los turnos de guardia.
6 . Revisión y ajuste, si es necesario, del protocolo de actuación ante la llegada de forasteros.
7 . Pertinencia o inconveniencia de una nueva expedición de abastecimiento.
8 . Ratificación o rectificación de la decisión de seguir en el Pere Mata.
9 . Ruegos y preguntas.

Me hacen gracia todos estos formalismos, como si fuésemos una junta de vecinos. Sé que Bruno lo hace para que tengamos la sensación de normalidad, pero a mí me provoca sentimientos encontrados. Recuerdo una frase que presidía la peluquería del Eixample donde me cortaba el pelo antes de que nos mudáramos a Sant Pere de Ribes, atribuida a Winston Churchill: «Si buscas resultados distintos, no hagas siempre lo mismo». No hay duda de que funciona como reclamo en una peluquería, pero también podríamos aplicarla a nuestro caso: ante situaciones excepcionales, medidas excepcionales. ¿De verdad tenemos que seguir fingiendo que esto es lo más normal del mundo? ¿De verdad tenemos que hacer órdenes del día cuando hay una moratoria que nos conmina a abandonar el país cuanto antes?

En cualquier caso, se han respetado escrupulosamente los distintos puntos: hemos verificado el quórum y aprobado el orden del día; las provisiones siguen disminuyendo, pero a menor velocidad que en invierno, gracias al huerto y los animales (aunque *Manoli* nos preocupa, pues está llegando al final de su período de lactancia y no tenemos macho que la fecunde); nos

hemos quedado sin hielo instantáneo (mea culpa), pero sigue habiendo existencias de casi todos los fármacos esenciales recomendados por la OMS (incluidos el dabigatrán para la sangre y el ketanserín para la tensión, que junto con el bamucoril para el colesterol son los que yo tomo); las armas continúan en buen estado y hay munición suficiente para una buena temporada, pero las guardias han tenido que modificarse debido a mi convalecencia (Bruno se encarga de organizar los turnos, teniendo en cuenta que tanto la torre del agua como la ronda perimetral deben estar cubiertas las veinticuatro horas).

Más complicado ha sido ponernos de acuerdo en el sexto punto del orden del día, la revisión del protocolo de actuación con los foráneos. Había dos posiciones claramente enfrentadas: el equipo de Vlado Krkovic contra el equipo de Bertha Bauer. Los primeros proponían endurecer las medidas de seguridad: obligatoriedad de la mascarilla y respeto de una distancia mínima de tres metros para hablar con forasteros, negación absoluta de víveres o medicamentos, y uso de las armas de fuego como método disuasorio. Los segundos, entre los que yo me encontraba, éramos partidarios de estudiar caso por caso, no recurrir a las armas de fuego más que en situaciones de emergencia y ofrecer a los trashumantes comida o medicamentos según sus necesidades y nuestras posibilidades. Como las dos posiciones eran irreconciliables, hemos recurrido a la votación. Resultado: cinco votos a favor del equipo de Bertha Bauer (los cuatro carcamales y la doctora Lourenço) y seis votos a favor del equipo de Vlado Krkovic (el resto, sin contar a María). Vamos a convertir el Pere Mata en un auténtico fortín. Un fortín de desalmados.

El punto 7 también ha provocado un intenso debate. Vlado sigue insistiendo en que deberíamos realizar expediciones periódicas en busca de todo aquello que necesitemos, por mucho que los últimos intentos hayan sido infructuosos. De hecho, propone una expedición semanal por parejas. En la votación se ha quedado solo: ha llegado un momento en que la mayoría preferimos parapetarnos a arriesgarnos con expediciones suicidas. La seguridad de la cárcel, supongo, el síndrome del preso. En cuanto a la decisión de seguir en el Pere Mata, la votación ha sido unánime: todos queremos continuar aquí. No obstante, me ha parecido que Unai vacilaba más de lo habitual a la hora de levantar la mano.

Jueves, 1.º de julio

Hoy he tenido una polución nocturna. El solo hecho de escribirlo me ruboriza. Pero he decidido no censurarme. En este diario quiero dejar constancia también de las pequeñas cosas: del vuelo de una mosca, de la manera de atajar el hipo, del color de las nubes que anuncian tormenta. Y eso incluye las vergüenzas más íntimas. ¿Cuántos años hacía que no me pasaba?

Más de diez, seguro. Recuerdo especialmente tres, por inoportunas: la primera se remonta a principios de siglo, en un hotel de Sevilla, la noche en que te leí varias citas de *La invención de Morel* oportunamente apuntadas en mi primer móvil, un móvil pre-alephone, pre-smartphone incluso, un móvil de la era del Pleistoceno, de aquellos que se abrían como un mejillón, con antena y todo; la segunda se remonta a los años 30, volviendo del entierro de mi padre en Panamá, al quedarme dormido en el avión; la tercera es bastante más reciente, de los aciagos días en que nos turnábamos para dormir en el hospital donde Otto agonizaba tras el ataque del dron que él mismo había ayudado a diseñar. Eros y Tánatos cogidos de la mano.

Pero no quiero escurrir el bulto hablando de poluciones pretéritas: la de esta noche me la ha provocado un sueño erótico con Linda. Nunca he sido una persona con fantasías sexuales especialmente bizarras (todavía me cuesta usar el adjetivo, por mucho que la RAE lo acabara aceptando antes de disolverse) y el sueño de esta noche me ha dejado perplejo, desconcertado. Linda había venido a echarme las cartas y acababa echándome un polvo. La escena tenía algo de las películas clásicas de Cronenberg, con un viejo decrépito y una transexual sin piernas, ya que Linda se había quitado las prótesis para meterse en la cama. No recuerdo el nombre que tiene esa parafilia, la atracción sexual por personas con miembros amputados, pero me acaba de venir a la mente un documental que vimos juntos hace un montón de años y cuyo título aún recuerdo: *Yes, we fuck*, sobre cuerpos que nunca imaginaríamos follando. Pues algo de eso tenía el sueño: Linda se desnudaba, se quitaba las piernas y se sentaba a horcajadas sobre mí (si la expresión es admisible), dándome la espalda, de tal modo que no podía verle el sexo, pero sí el tatuaje que tenía en las nalgas: una X en la izquierda, una Y en la derecha. Eso es lo último que recuerdo: lo siguiente ha sido despertarme y comprobar que tenía los calzoncillos mojados.

En todo caso, creo haber descubierto la causa que explicaría mi intensa actividad sexual de los últimos días (quien no se conforma es porque no quiere), que empezó con una erección involuntaria mientras Audrey me vendaba el tobillo y ha terminado con el sueño húmedo, transexual y acrotomófilo de esta noche (acabo de recordar el nombre de la parafilia, imagino que vendrá del prefijo acro-, que significa extremo o extremidad, como en acróstico o acrobacia): los chicles de la mesita de noche. O más bien los xicles®. Había oído hablar de ellos, pero nunca los había visto, y como los hacen tan discretos (ni siquiera son azules) no me di cuenta. Se le debieron de caer a alguno de los que me trajo la noche de San Juan, pues a la mañana siguiente Audrey los encontró en el suelo y los puso encima de la mesilla, sin fijarse en que no eran chicles normales. Total: que llevo una semana mascando chicles con un 5% de sildenafilo, que no es sino el nombre del

fármaco conocido popularmente desde hace más de medio siglo como viagra (otro término que la RAE no tuvo más remedio que acabar aceptando). Me pregunto de quién serán: ¿de Gustau?, ¿de Vlado?, ¿¿de Bruno?? Sea como fuere, nadie ha venido preguntando por ellos, lo cual me hace sospechar que o es muy pudoroso o tiene un buen arsenal de reserva.

Hoy se cumple una semana del esguince y Audrey me ha cambiado el vendaje compresivo. Me ha ido desenrollando la venda de crepé, como si fuese Tutankamón, y al dejar al descubierto el tobillo me he llevado un buen susto, pues estaba hinchado y de color berenjena, sobre todo en comparación con el gemelo, más lechoso y macilento de lo habitual. Avísame si te hago daño, ha dicho, y ha empezado a manipularme el tobillo con la delicada firmeza de un pianista, flexionando la articulación hacia delante y hacia atrás, hacia un lado y hacia el otro, presionando ligeramente con los dedos. Me ha dolido menos de lo que esperaba, pero no he podido reprimir algún que otro gemido. Vamos a hacer un segundo vendaje, ha dicho Audrey, y luego pasaremos a la bota walker airplus. El solo nombre ya cura, le he dicho, y me ha guiñado un ojo. Luego ha aprovechado para limpiarme, a pesar de mi resistencia: me daba pánico tener una nueva erección mientras me pasaba la manopla. Afortunadamente, ha obviado las partes más íntimas. Mejor así, por mucho que haya dejado de mascar los dichosos chicles con sildenafilo.

Por la tarde ha venido Bruno a jugar al ajedrez. Como el otro día le conté que estoy ejercitando la mente memorizando decimales de pi, cuando ha visto que se le ponía fea la partida ha intentado distraerme preguntándome qué tal me iba. Estupendamente, le he contestado, y a las pruebas me remito: 3,14159265. Se ha ofrecido a enseñarme algunos trucos mnemotécnicos, que yo he rechazado muy dignamente. ¿Sabes quién posee el récord de decimales de pi memorizados y recitados?, me ha preguntado el muy ladino. ¿Daniel Tammet? No, hombre, no, Tammet no pasó de los veinticinco mil decimales. El japonés Akira Haraguchi fue el primero en llegar a los cien mil, aunque no lo incluyeron en el Libro Guinness de los Récords porque durante el recitado (¡que duró dieciséis horas!) se excusó un par de veces para ir al lavabo. Increíble, ¿verdad? Muchos años después, en 2046, el hindú Chiranjiv Shrikhande llegó a los ciento cincuenta mil, en un acto de homenaje al primer bebé nacido en la Luna, al que pusieron el nombre de Chandraraj, que en hindi significa «el rey de la Luna», como bien sabes. Parece ser que estuvo entrenándose siete meses, desde que la madre del chaval comunicó a la Agencia Espacial India que estaba embarazada. Pero eso no es nada comparado con el récord actual (a menos que durante el apagón alguien lo haya superado y yo no me haya enterado), en posesión de la china Meng Yuanshu, que con apenas dieciséis años ha llegado a memorizar doscientos mil decimales y a recitarlos durante dos días seguidos… ¿Podrías hacer el

favor de callarte un poco, Bruno?, le he tenido que pedir. Así no se puede jugar. Pero ya era demasiado tarde: su caballo me había hecho un jaque doble. Adiós a la dama y a la partida. ¿La revancha?, me ha ofrecido peinándose el bigotito con las uñas de los meñiques. No, gracias, pero hazme un favor: apúntame en esta hoja todos los nombres que has dicho.

Viernes, 2 de julio

Llamadme abuelo Cebolleta, oh, lectores del futuro, si es que aún sabéis quién fue el abuelo Cebolleta. Pero acabo de recordar una historia que ocurrió a cuatro pasos de aquí, hace mucho mucho tiempo, y no puedo resistir la tentación de contárosla. En el lugar en que ahora se encuentran los rascacielos Okinawa, más conocidos por el gran público como los Tres Deditos, se alzaba antiguamente un instituto de secundaria llamado Gabriel Ferrater. Un buen día, durante la hora del recreo, uno de los estudiantes empezó a trazar sobre la grava, con el pie y alevosía, el nombre de una de las profesoras. Sin duda sentía por ella una particular inquina, Dios sabrá si fundada o infundada, pero en cualquier caso desenfundada, a juzgar por la palabra que escribió a continuación, una palabra de cuatro letras, vejatoria e injuriosa, que sirve para designar el oficio más antiguo. El joven, barbilampiño y desgreñado, empezó trazando la primera letra con la punta del pie, siguió con la segunda y continuó con la tercera, y al rubricar la cuarta tronó una voz en el cielo, una voz que lo llamaba con todas las letras de su nombre, que no eran muchas, y el retintín propio de quien sabe que ha pillado in fraganti a su peor enemigo. Era la profesora ultrajada, quien desde una ventana del primer piso invitaba al incauto mozalbete a ir a ver al director del centro. Rapapolvo y fin de la historia.

No sé por qué me acuerdo tanto de aquellos años, supongo que porque se parecen mucho a estos: sin móviles, sin tabletas, sin óvalos, sin cigarrillos electrónicos, sin ropa de termopreno. Me pregunto qué se habrá hecho de mis compañeros de instituto. Muchos habrán muerto ya, y los que queden se habrán ido al extranjero. Algún día debería hacer el inventario de todos ellos. Que yo sepa, ninguno terminó aquí, en el Pere Mata, donde veníamos a ensayar nuestras obras de teatro y a jugar al fútbol en lo que ahora es el parking. Recuerdo que había un loco al que le encantaba hacer sus necesidades (o fingir que las hacía) dentro de la portería y teníamos que pedirle que se alejara un poco, convencerlo de que el córner era el lugar idóneo para tales menesteres, pues dentro de la portería corría el riego de recibir un balonazo durante el desempeño de sus funciones excrementicias. Pero si he recordado la anécdota del grafiti pedestre y efímero (no se me ocurre otra manera mejor de designar un mensaje trazado con el pie sobre la grava) tal vez sea porque esta mañana he visto una pintada en una de las paredes de la enfermería. Aprovechando que Audrey me había ayudado a

levantarme de la cama para ir al baño, me he dado una vuelta con la silla de ruedas por el pabellón. Y al pasar junto a la puerta de lo que fuera el despacho del director médico del centro, he visto el grafiti. Habían usado pintura negra y probablemente llevaba allí bastante tiempo, a juzgar por lo que decía: «Cuando el capitán Araña abandona el barco, tonto es el que se queda».

Los primeros en irse, en los días previos al Pacto de la Vergüenza, cuando ya se rumoreaba que algo así podía suceder, fueron los ricos, que huyeron mayoritariamente a los países escandinavos, sabedores de que los países centroeuropeos, con la población diezmada tras la Tercera Guerra, acabarían recibiendo de brazos abiertos el flujo migratorio procedente de los territorios afectados por el pacto. Las clases dirigentes disimularon un poco más y, aunque muchos políticos dimitieron y sacaron a sus familias del país, se creó un gabinete de crisis para gestionar el éxodo masivo, en un plan de salida dividido en dos fases: un primer año en el que los servicios básicos (Policía, Bomberos, Ejército, Sanidad) seguirían funcionando y ayudando en las tareas de evacuación, procurando evitar el pillaje y dando cobertura en los hospitales; y un segundo año, a modo de moratoria, en el que los servicios se desmantelarían y el gobierno en funciones se trasladaría al extranjero, por lo que a partir de entonces no podría responder de la seguridad y la salud de los ciudadanos.

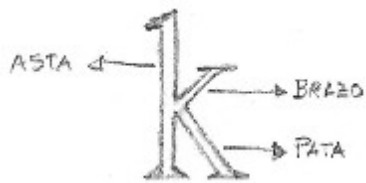
Sí: los que nos hemos quedado aquí somos los tontos del barco.

Sábado, 3 de julio

Con la excusa de que afeitarme a la pata coja es agotador, me estoy dejando crecer la barba. Podría hacerlo sentado, con la ayuda de un espejo de mano, o aceptar la ayuda de Audrey, ya que insiste en ello. Pero no me da la gana. Nunca me ha gustado afeitarme, y menos aún con cuchilla, por mucho que algunos hombres digan que no hay placer más grande que un buen afeitado. Tras el apagón tuve que volver a la vieja técnica de la espuma y la hoja de afeitar, algo que no hacía desde mi más tierna juventud, cuando me rasuraba el cuello y los cachetes con cuchilla, y el bigote y el mentón con la máquina de afeitar de mi padre, una vieja Philips de tres cabezales que se había dejado en casa al separarse de mi madre. Tan curiosa forma de proceder, mitad manual mitad eléctrica, tenía su explicación en la distinta consistencia de los pelos: densos y recios en barbilla y bigote (hasta el punto de que me resultaba imposible usar la cuchilla), lacios y ralos en el resto. Recuerdo que la piel me quemaba tras el afeitado, por mucho after shave que usara, y me embadurnaba la cara con polvos de talco, como si fueran las nalgas de un bebé, convirtiéndome en mimo (por no decir en geisha) hasta el momento de salir a la calle. Por suerte, no tardé en descubrir las virtudes del «modo patilla» de la Philips de tres cabezales, una pestaña lateral que permitía rasurarse sin apurar, como si uno llevara una barba de dos o tres días, de modo que no

irritaba la piel. Luego vinieron las maquinillas Wahl (que cabían en un puño y funcionaban con pilas) y la Epilady de Amanda (que le rompí en seis meses, pues una cosa es depilarse las piernas y otra muy distinta rasurarse la cara) y la decisión de no afeitarme nunca más al ras, una promesa que cumplí (excepción hecha de alguna boda o entrevista de trabajo) hasta el Gran Apagón. Desde entonces, no solo me he visto obligado a usar de nuevo la maldita cuchilla, sino que he tenido que hacerlo casi a diario (y no semanalmente, como tenía por costumbre), pues de lo contrario me crece demasiado la barba y me cuesta horrores afeitarme. Pero se acabó, lo tengo decidido: por mucho que ya no necesite empolvarme la cara después del afeitado, voy a dejarme crecer la barba hasta que me llegue al ombligo. Chúpate esa, Papá Noel.

A media mañana me he dado una vuelta con la silla de ruedas por la enfermería. Ya he aprendido a bajar de la cama sin ayuda y sin peligro para mi maltrecho tobillo. Aún no me atrevo a salir solo del pabellón, porque luego no tendría fuerzas para volver a subir la rampa, pero siento que he recuperado cierta autonomía. El edificio tiene forma de H (véase el plano que dibujé el otro día), con las astas superiores más cortas que las inferiores, si consideramos que la base es la parte más cercana al pabellón 9. En la barra de la H están los boxes, hasta un total de cuatro, en lo que antiguamente eran los depósitos de la biblioteca, y al altillo se sube por una retorcida escalera de caracol situada en la parte superior del asta izquierda. Pero me doy cuenta de que estoy hablando de astas y de barras como si los lectores futuros fueran a tener nociones de tipografía. Para mí es tan natural como para un esquimal distinguir diferentes tipos de blanco (en mi época de estudiante se decía que los inuits utilizaban más de treinta términos distintos para designar la nieve). Cuando nació Otto y dejé de escribir ficción para dedicarme a la edición, la traducción y la docencia, me familiaricé con los arcanos de la tipografía y descubrí los significados ocultos de palabras tan habituales como brazo, pata, hombro, oreja o cola, e incluso lágrima, lóbulo y aguijón, por no hablar de las astas y las barras. La letra K, por ejemplo, consta de un asta, un brazo y una pata:



El ojo de la Q tiene una cola; las jorobas de la m son sus hombros; y la protuberancia de la g se llama oreja:

Pues bien, el box en el que me recupero del esguince de tobillo está al inicio de la barra de la H, en la parte más cercana al asta izquierda, cuyo muro exterior da a una especie de patio con una fuente redonda en el centro, encajada entre la enfermería, el taller norte, la capilla y el pabellón 15, una fuente vacía que suelen usar Unai y Vlado para fumarse sus cigarrillos tradicionales, ahora que los electrónicos ya no funcionan. Por supuesto, no son de tabaco (hace tiempo que dejaron de fabricarse, aplastados por el auge de los cigarrillos sin combustión y los vapeadores), sino un sucedáneo hecho con tomillo y hojas de morera, todo bien seco y picado, liado con el papel de las Biblias de atrezo que había en las habitaciones del pabellón de los Distinguidos (de generosos márgenes, lo cual evita tener que fumarse la tinta). Con los vapeadores y los cigarrillos sin combustión pasó un poco como con el libro electrónico: que no triunfaron hasta que fueron *exactamente igual* que los cigarrillos tradicionales. Misma textura, misma consistencia, mismo manejo. Pero me estoy yendo por las ramas: yo lo que quería era contar la conversación que he oído esta mañana al ir a dar una vuelta con la silla de ruedas.

Al pasar junto a una de las ventanas que dan al patio de los fumadores, he escuchado las voces de Vlado y Unai. Normalmente no me habría detenido, pues sus conversaciones suelen ser de lo más anodinas (que si el culo de Linda por aquí, que si las desventajas de las armas láser por allá), pero una frase pronunciada por Unai me ha hecho detenerme. He aquí el breve diálogo que me ha perturbado:

—Antes morir que perder la vida, Vlado.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que yo no me pienso quedar aquí hasta el final de la moratoria.

Una pequeña pausa, probablemente para darle una calada al cigarrillo.

—¿Y por qué no te has ido ya?

Un silencio más prolongado, reflexivo.

—Porque no me quiero ir solo.

—¿Y con quien te quieres ir?

Una pausa.

—Con la doctora Lourenço.

Una risa.

—Estás loco.

—¿Por qué?

—Porque Audrey no se irá contigo a ninguna parte. Y menos ahora que está que no caga con el viejito.

Otra pausa.

—Pero en una cosa tienes razón.

—¿En cuál?

—En que quedarse aquí hasta el final es un suicidio.

Es lo último que han dicho, antes de apagar los cigarrillos y esfumarse. No sé qué me ha sorprendido más, si el hecho de que Unai quisiera irse o eso de que Audrey está que no caga con el viejito. ¿Qué habrán querido decir?

Domingo, 4 de julio

Audrey ha venido a traerme medio vaso de leche para el desayuno. La pobre *Manoli* está en las últimas, ha dicho. ¿Qué le pasa?, he preguntado como si no lo supiera. ¿Qué le va a pasar? Que está llegando al final de la lactancia y no hay macho cabrío para preñarla: os lo advertí y no me hicisteis caso. El comentario de Audrey se remonta a los primeros días del apagón, cuando aún éramos más de una veintena. Acababa de dejarnos Gabriel, el jardinero, al que todos llamábamos Gabi. Antes de irse a Francia con su mujer y su hija nos había traído una pareja de cabras, un macho y una hembra. La hembra, que aún no se llamaba *Manoli*, estaba preñada y a punto de parir. A las pocas semanas del parto, nos comimos al cabrito, y poco después al macho, a pesar de la oposición de Audrey y de tres o cuatro personas más, Elsa y Bertha entre ellas. Pero Vlado se salió con la suya gracias a un chascarrillo que terminó de convencer a los más indecisos: No vamos a mantener a un vago que solo trabaja una vez al año. ¿Y qué haremos cuando *Manoli* deje de dar leche?, le he preguntado a Audrey ingenuamente. Su mirada de circunstancias ha sido la más explícita de las respuestas.

Entonces ha ocurrido algo que no sé si ha ocurrido de verdad o ha sido una alucinación acústica. *Manoli* no es la única que necesita un macho, me ha parecido oír que decía Audrey al salir del box. Me he pasado toda la mañana dándole vueltas al asunto, procurando desentrañar si había dicho lo que había dicho y si, en caso de haberlo dicho, se refería a lo que yo creía que se refería. He intentado proceder metódicamente: 1) determinar si la frase que he oído es la que ha pronunciado realmente; 2) en caso de que la frase sea la que yo he oído, determinar quién es la persona *necesitada*; y 3) en el supuesto de que se refiriese a sí misma, determinar a qué macho aludía. Estas han sido las conclusiones:

1) Puede haber dicho simplemente «*Manoli* necesita un macho»; o, más próximo aún a lo que yo he escuchado, «*Manoli* lo único que necesita es un macho». Estas hipótesis resultan plausibles, sobre todo la segunda, desde un punto de vista fónico, pero no así desde una perspectiva pragmática: ¿qué sentido habría tenido decir, al irse y por lo bajinis, algo que ya se desprendía,

de manera lógica, de la conversación que habíamos mantenido?

2) Aceptando que haya dicho «*Manoli* no es la única que necesita un macho», quedaría por determinar quién más lo necesita: Paula no, que tiene a Jaume, y bien embarazada que está; Linda tampoco, que tiene al tonto de Vlado, aunque estén siempre como el perro y el gato; María, la pobre, lo que necesita no es precisamente un macho; y Elsa y Bertha todavía menos. La única respuesta posible es ella misma.

3) Aceptando que con la frase «*Manoli* no es la única que necesita un macho» Audrey se haya referido a sí misma, convendría determinar cuál es el macho que necesita, y aquí la cosa no resulta tan evidente: a Vlado no lo aguanta, pero nunca se sabe; Jaume solo tiene ojos para Paula, pero nunca se sabe; Gustau no soporta el contacto físico con otras personas, pero nunca se sabe; Unai podría ser su hijo, pero nunca se sabe; Bruno y yo podríamos ser sus padres… pero nunca se sabe.

Es entonces cuando me ha venido a la cabeza la frase de Vlado, que permanecía agazapada en mi subconsciente, dispuesta a irrumpir en el momento más inesperado: «Audrey está que no caga con el viejito». Y aquí viejitos solo hay dos. Me he puesto tan nervioso que he arrancado las hojas de cortesía de un libro de Luis Martín Santos titulado *Libertad, temporalidad y transferencia en el psicoanálisis existencial: para una fenomenología de la cura psicoanalítica* y he empezado a escribir compulsivamente. Y como llegados a este punto sigo igual de nervioso, voy a hacer algo que tenía pendiente, a ver si me calmo mirándome el ombligo: el inventario de mí mismo.

Tengo 89 años. Mido 1,81 metros (lo cual demuestra que es cierto que con la edad menguamos, pues en algún momento llegué a medir 1,83). Peso 72 kilos (antes del Pacto de la Vergüenza pesaba 80). Calzo un 43. Tengo los ojos verdosos, aunque a medida que el iris se acerca a la pupila se vuelven pardos. Llevo gafas para la presbicia, pues las lentes intraoculares que me pusieron hace cuarenta años han dejado de funcionar. El poco pelo que me queda en la cabeza (especifico el sitio porque en otras partes del cuerpo prolifera que da gusto: orejas, fosas nasales, hombros, espalda) es del color de la ceniza y a menudo me pregunto cómo es posible que se haya inventado el útex—¡la gestación exógena, el hombre convertido al fin en demiurgo!—y no se haya encontrado aún un remedio para la alopecia. Tengo la nariz larga y afilada, las mejillas hundidas y la piel del cuello, flácida, forma un doble pliegue. Tengo dos agujeros en la oreja izquierda, seguramente ya cerrados, pues hace muchos años que no me pongo pendientes. Llevo prótesis dental fija, superior e inferior. Me han operado del menisco, del frenillo, de la próstata, de presbicia y de varices. Me estoy dejando crecer la barba. Hace ocho años que soy viudo. Tengo una hija adoptiva llamada Leire, que vive en Shanghái, y una nieta llamada Mei. Tuve un hijo, Otto, que murió en la guerra de independencia.

También tengo una hermana, Raquel, y una sobrina, Olga, que viven en Buenos Aires; dos sobrinos políticos, Néstor e Ingrid; y dos ahijados: Mar, que será poco mayor que Audrey, y Nil, que es de la edad de Leire. No sé nada de todos ellos desde que se produjo el apagón, hace ahora nueve meses. Bastará leer este diario para conocer mi carácter, pero no tengo reparos en admitir que soy cabezota, gruñón y maniático (no soporto ver un cuadro torcido, procuro no pisar las líneas de las baldosas, me seco con la cara de la toalla que no tiene etiqueta).

¿Será posible que con semejante estampa pueda gustarle a alguien todavía?

Se me acaba de ocurrir otra interpretación: ¿y si Audrey se refería a *Punki* & *Panki*?

A media tarde ha ocurrido algo que me ha sacado de mis cavilaciones: ha aparecido un gato en la enfermería. Habrá entrado por alguna de las ventanas que Audrey deja abiertas para que corra el aire. Negro como la tinta y de ojos esmeralda, me ha recordado a la *Pipiola*, el primer gato que tuvimos. Luego vinieron el *Piolín* y la *Chuche* (no hubo manera de quitarle a Leire de la cabeza un nombre tan almibarado), y más tarde *Karel* y *Pandora*, durante los felices años 30, cuando empezaron a ponerse de moda los primeros petbots. Le he ofrecido un poco de agua en el cuenco de la mano y se ha subido a la cama. Era una gata. Se ha puesto a dormir entre mis piernas, como hacía la *Pipiola*, y me he fijado en algo que hasta entonces me había pasado desapercibido: su cola cambia de color casi en la punta, en un curioso anillo de pelo blanco, como la vitola de un puro. Se ha ido corriendo cuando Bruno ha venido a echar la partida. Prudente reflejo, porque si en vez de ser Bruno hubiera sido alguien con menos escrúpulos podría haber terminado en el plato de la cena.

Siempre me han gustado los animales, aunque no tanto como a ti, que tuviste de todo cuando eras niña: una granja de hormigas, una familia de hámsteres que se devoraban entre ellos, un conejo llamado *MacGyver* que te llevabas a la escuela, tortugas, canarios y peces, por no hablar de tu gato *Emilio* y de tus perros queridos, el *Raqui*, el *Sety* y la *Layla*, que te acompañaban a hacer botellón. Hasta tuviste una iguana cuando vivías en Palma, a la que llamaste *Rossy* (por Rossy de Palma, claro, la picassiana actriz que descubrió Pedro Almodóvar y a quien decías, con innegable mala baba, que se parecía). Yo en cambio solo tuve perros. Primero el *Fite*, un perro salchicha al que homenajeé en mi primera novela, hoy ya olvidada, donde un teckel llamado *Kropotkin* se movía como Pedro por su casa en los ambientes libertarios del París de 1924. Luego vino el *Palodul*, que es como llamábamos en Reus al regaliz de palo, un perro sin pedigrí que apareció por casa y que tenía las patas marrones. Y más tarde el *Sim*, un cruce entre setter inglés y setter irlandés que fue mi compañero de adolescencia más fiel, al que le

volvían loco las nueces (preferiblemente con cáscara), la nata montada y los pandorinos, una versión infantil del pandoro italiano que hizo furor a finales de los 80. Tuvieron que pasar más de cincuenta años antes de que volviera a tener un perro, cuando al poco de trasladarnos a Sant Pere de Ribes apareció la *Bambola*, una pastora alemana preñada de seis cachorros, de los que dimos a cinco y nos quedamos con el *Chato*, que había nacido con el morro aplastado. Aún vivía, medio ciego y cojo, cuando ingresé en el Pere Mata. Lo dejé con los vecinos y encontré una nueva excusa para seguir llorándote.

Bruno me ha visto tan desconcentrado durante la partida (me he dejado un alfil en la apertura y poco después la dama) que me ha preguntado qué me pasaba. Nada, le he dicho. No te creo, a ti te pasa algo. ¿Más allá de llevar diez días sin moverme de esta maldita cama mientras vosotros os tenéis que hacer cargo de todo? Sí, más allá de eso. Se ha hecho el silencio. Nos hemos mirado a los ojos. Si no se lo cuento a Bruno, he pensado, que es el mejor amigo que tengo aquí (mi último mejor amigo, con toda probabilidad), no sé a quién se lo voy a contar. Llevo dándole vueltas todo el día a una frase que me ha parecido oírle decir a Audrey esta mañana, le he confesado. ¿Qué frase? Es que me da apuro repetirla. Venga, no seas tonto, con lo poco que nos queda en el convento podemos cagarnos dentro, ¿no? Está bien, pero que quede entre nosotros. Faltaría más. Pues resulta que hemos estado hablando de *Manoli*, de la poca leche que da últimamente y de que sin macho que la fecunde de poco nos va a servir. Y entonces, al irse, me ha parecido que Audrey decía: «*Manoli* no es la única que necesita un macho». Bruno ha soltado una carcajada. ¿Te parece gracioso? Mucho. Pero es que aún hay más, ayer le oí decir a Vlado otra frase igual de inquietante: «Audrey está que no caga con el viejito», y aquí solo hay dos viejitos, que yo sepa. Bruno ha soltado otra carcajada. Puedes estar tranquilo, me ha dicho, te aseguro que yo no soy el viejito de marras. He arqueado las cejas. Pero ¿de verdad no te has dado cuenta? ¡Si solo hace falta ver cómo te mima! Es una profesional, he replicado. Sí, una profesional que hace nueve meses que no cobra. Mira, la situación es excepcional. En condiciones normales, nunca se habría fijado en ti, reconozcámoslo. Pero echa un vistazo a tu alrededor: ¡eres el único medio normal en esta tropa de frikis! ¿Y tú?, le he dicho. ¿Yo? Otra carcajada. Yo soy gay, querido, ¿no lo sabías?

Me he despertado en mitad de la noche y, como no conseguía conciliar el sueño, he encendido la vela y me he puesto a escribir. Demasiadas emociones, supongo. Creo que me he desvelado por culpa de una pesadilla que suelo tener: estoy en un ascensor, se va la luz y la cabina cae en picado. Afortunadamente, siempre me despierto antes de estrellarme. A veces me pregunto, sobre todo ahora que presiento que el fin se acerca, cuál será mi último sueño. ¿Será una pesadilla, será un sueño erótico, volveré a soñar como

en los viejos tiempos que debuto con la camiseta del Barça? Si muero de día, tal vez lo deje consignado en este diario; pero si muero en mitad de la noche, sin llegar a despertarme, ¿adónde irá a parar mi último sueño? ¿Existirá en algún lugar un banco a disposición de los noctívagos con los sueños inconclusos de aquellos que murieron en mitad de la noche?

Lunes, 5 de julio

Esta madrugada ha ocurrido algo terrible: han herido a Unai. Me han despertado unos tiros. No hacía mucho que había logrado conciliar el sueño tras pasar buena parte de la noche en blanco. Luego he oído gritos. No sabía qué hacer, si esconderme debajo de las sábanas o levantarme a ver qué pasaba. Había empezado a entrar algo de claridad por los ventanales que dan al patio. Al final me he decidido y he bajado de la cama. Las agujas de mi viejo reloj de pulsera, que recuperé tras el Gran Apagón, marcaban las seis y diez. He avanzado con la silla de ruedas y la mente abotargada por el sueño. Al ir a abrir la puerta, he escuchado en el exterior ruido de carreras y voces de alarma. Me he apartado a tiempo para no ser aplastado por una turba encabezada por Audrey y seguida por Jaume y Gustau, que traían a Unai en brazos, desvanecido, uno sujetándolo por las axilas y el otro por las corvas. A continuación venían Elsa, Bertha y Bruno, con caras entre somnolientas y asustadas. He seguido al grupo hasta los boxes. Cuando he llegado, ya habían metido a Unai en el segundo e intentaban reanimarlo. Audrey daba órdenes a diestro y siniestro mientras le abría la camisa y le curaba con alcohol etílico la herida de bala que le había perforado el hombro. Había que presionarla para detener el flujo de sangre. Había que buscar el orificio de salida. Había que comprobar que no tuviese más heridas de bala. Había que asegurarse de que la respiración no estuviese obstruida. Había que verificar la circulación. Había que recostarlo, manteniendo las piernas más bajas que el tronco. Había que ponerse guantes. Había que tomarle la temperatura. Había que traer gasas estériles. Había que colocarle un apósito. Había que taparlo con una manta. Había que traer antibióticos. Había que traer analgésicos. Había que hacer tantas cosas y estábamos tan aturdidos que no sé ni cómo hemos podido cumplir ni una sola de las órdenes que nos daba.

Por fortuna, parece que la bala ha entrado y salido limpiamente, sin afectar arterias comprometidas, ni órganos vitales, ni huesos que podrían haberse astillado, y Unai duerme ahora como un angelito en el box número 2, con una venda alrededor del hombro y una buena papilla de analgésicos, antibióticos y sedantes. Desde aquí oigo su respiración pausada, interrumpida solo de vez en cuando por algún sueño que traspasa los dominios de Morfeo para verbalizarse en un amasijo de palabras incomprensibles. El mayor peligro ahora es que se infecte la herida, y las primeras horas son fundamentales para evitarlo. Audrey me ha pedido que esté atento por si se despierta, mientras

deciden qué hacer con el cuerpo de la chica. Pero mi escritura va a la zaga de los acontecimientos. Será mejor que empiece por el principio, tal como Unai nos lo ha contado antes de quedarse dormido.

Alrededor de las seis, mientras hacía la ronda con las primeras claridades del alba, ha escuchado un rumor procedente de la entrada principal del Pere Mata, suficientemente intenso como para sobreponerse al zumbido del implante coclear que lleva semanas atormentándolo. Se ha acercado con la esperanza de que fuese un animal en busca de alimentos y poder darle la vuelta a la tortilla. Entonces la ha visto. No tendría ni veinte años y llevaba un pañuelo de colores alrededor de la cabeza, presumiblemente afeitada. La tenue luz del alba dejaba adivinar las pústulas en sus labios y unas ojeras profundas. Unai se ha puesto la mascarilla y ha retrocedido. A través de los barrotes de la verja la chica le ha hecho un gesto para que se acercara. ¿Qué quieres?, le ha preguntado. Un lugar donde descansar y algo de comida. Lárgate, le ha dicho, aquí no podemos ayudarte. La chica se ha quedado mirándolo durante unos segundos y, cuando parecía que iba a dar media vuelta, se ha quitado la camiseta y ha dejado al descubierto unos pechos pequeños y trémulos, salpicados de unas ronchas que Unai no ha podido distinguir si eran úlceras o magulladuras. He dicho que te largues, la ha amenazado levantando la escopeta. Entonces ha sonado un tiro y Unai ha caído al suelo aullando de dolor. De las sombras ha surgido un hombre con una pistola, pero no ha tenido tiempo de volver a usarla, pues Gustau ha empezado a disparar desde la azotea del chalet. Una de las balas le ha dado en la frente a la chica, que se ha desplomado como solo se desploman los cadáveres. El hombre ha conseguido escapar, probablemente herido.

Gustau ha bajado corriendo a socorrer a Unai, que ha perdido el conocimiento al ver que la sangre le salía a borbotones. Enseguida han llegado Vlado y Audrey, procedentes del pabellón de Servicios Generales, y poco después el resto, excepto Paula, que estaba en la torre del agua, y María, que sin moverse de la cama se ha puesto a pedir a gritos churros con chocolate. Vlado y Linda se han quedado vigilando la puerta principal, por si el hombre volvía a por la muchacha, y los demás han venido a la enfermería.

Al final han decidido enterrarla fuera del recinto. Nadie quería arriesgarse a meterla dentro. La opción de incinerarla al aire libre ha quedado enseguida descartada, pues los gases del cadáver podrían provocar una explosión y esparcir los eventuales virus. Con los medios de que disponemos, la inhumación es lo más seguro, siempre que se haga en un lugar alejado de ríos, fuentes y pozos, y se cerque la fosa convenientemente para evitar que otras personas o animales entren en contacto con el cadáver, pues los gérmenes de algunas enfermedades infecciosas pueden sobrevivir en la tierra muchos años. En realidad, no sabemos el origen de las pústulas y las ronchas que tenía la

pobre chica, pero no vamos a entretenernos en averiguarlo. Audrey, con mascarilla, gorro y guantes de látex, se ha limitado a inspeccionarla para certificar su defunción: la bala le había entrado por el hueso frontal y le había salido por la nuca. No llevaba documentación de ningún tipo.

Jaume y Gustau se han ofrecido voluntarios para cavar un hoyo en la rotonda, a los pies de la estatua que hay frente a la entrada principal del Pere Mata, erigida hace décadas para celebrar el centenario de la institución. La estatua representa a una mujer joven y atlética, de hermosos pechos desnudos, cubierta tan solo con una capa y con los brazos levantados al cielo, sosteniendo una antorcha. Lamentablemente, no puedo juzgar la belleza de su rostro, pues hace tiempo que la estatua está descabezada, cual Victoria de Samotracia. Desde detrás de la verja y desde una de las ventanas del chalet, Linda y Vlado han cubierto la operación, que ha durado más de dos horas: no debe de ser fácil cavar un agujero de un metro ochenta de largo por un metro de ancho y dos metros de hondo, a pleno sol de julio. Imagino que se habrán puesto los guantes y las mascarillas y habrán llevado en volandas a la chica para darle sepultura. Habrán cubierto con cal el cadáver, habrán rellenado la fosa de tierra, habrán lanzado dentro los guantes y las mascarillas, habrán rodeado de piedras el túmulo y lo habrán rematado (si se me permite la expresión) con un hito indicador del probable carácter infeccioso del cadáver. Y si no ha sido exactamente así, poco le habrá faltado.

He dormido una siesta de dos horas y me he levantado sin saber muy bien dónde estaba. Hasta que no he oído a Audrey murmurar en el box contiguo, no he tomado verdadera conciencia de la situación. Parece que a Unai le está subiendo la fiebre. Cuando ha visto que me despertaba, Audrey ha venido a hablar conmigo. ¿Cómo está el bello durmiente?, me ha preguntado con un suspiro. Aún soñando, a juzgar por lo de bello, me he atrevido a contestar. Mira que eres zalamero, ha dicho, y se ha sentado al borde de la cama. Tenía el semblante serio, con signos evidentes de fatiga. Un mechón de pelo blanco, rebelde, se había soltado de la coleta y le caía a un lado de la cara, como un paréntesis. ¿Por qué sigues con nosotros?, le he preguntado. Podrías haberte ido hace tiempo. Me ha mirado con una tristeza infinita, mientras se colocaba el mechón rebelde detrás de la oreja. Porque ya me echaron de mi casa una vez. Y prometí que nunca más lo permitiría. Unai ha gemido en el box de al lado, tal vez la fiebre le estuviera haciendo delirar. ¿Y tú? Aunque parezca mentira, la pregunta de Audrey me ha dejado descolocado. Hacía meses que nadie me la hacía. En cada asamblea votamos que queremos seguir aquí, pero ya nadie parece cuestionarse el porqué. Es como si un día hubiésemos decidido que nos íbamos a quedar y desde entonces seguimos por inercia, sin replantearnos la decisión, tal vez por miedo a aceptar que si estamos aquí es porque no tenemos otro sitio adonde ir. Supongo que porque no tengo otro

sitio adonde ir, le he respondido. ¿De veras? ¿Y tu hija? Mi hija vive en Shanghái, ¿cómo quieres que llegue hasta allí?, ¿a nado? Audrey ha sonreído, ha meneado la cabeza. Ha abierto la boca para decir algo, pero la ha vuelto a cerrar. Al final se ha atrevido. Todavía esperas a que venga a buscarte, ¿verdad? Se me ha hecho un nudo en la garganta. He querido responderle, pero no me ha salido la voz. Se me han llenado los ojos de lágrimas. Lo siento, ha dicho, perdóname. No tengo ningún derecho a hacerte esa pregunta. Se ha inclinado hacia mí y me ha abrazado, he notado cómo sus brazos rodeaban mi cuerpo, he sentido sus pechos aplastando mi pecho, he olido sus cabellos, he notado el contacto de su piel contra la mía. La he abrazado yo también y me he puesto a llorar, como hacía tiempo que no lloraba. Hemos estado así un buen rato, hasta que me he calmado. Me ha secado las lágrimas con el puño, que es como se secan las lágrimas de verdad: a puñetazos. Esta noche voy a dormir en la enfermería, me ha dicho antes de volver al box de Unai. No quiero dejarlo sin vigilancia toda la noche. Había pensado dormir en el tercer box, pero ¿me harías un sitio en tu cama?

Me he puesto a llorar otra vez.

Recuerdo que de niño creía que bastaba dormir con una chica, en la misma cama, para dejarla embarazada. Supongo que en algún momento les había preguntado a mis padres de dónde venían los hijos, y ellos, sesentayochistas aventajados, en vez de hablarme de las cigüeñas o de esa fábrica de hacer niños llamada París, me habían explicado que para tener un hijo bastaba con que un hombre y una mujer *se acostaran juntos*. Yo me lo había tomado, lego aún en el maravilloso terreno de la metáfora y el eufemismo, al pie de la letra. Si a ello añadimos que en algún lugar, probablemente en la escuela, habría oído la expresión «echar un polvo», ya tenemos los ingredientes necesarios para la receta perfecta de la procreación, en la embarullada mente de un chaval de siete años: una cama, un hombre, una mujer y un polvo de estrellas que emanaba, cual arcoíris, del uno hacia la otra hasta engordarle la panza. También recuerdo que había una excepción, a todas luces tranquilizadora: podía acostarme en la misma cama que mi hermana o que mis primas, pues había oído decir que no se puede tener descendencia con miembros de la misma familia. ¡Ay, si me hubiesen dicho entonces que acabaría teniendo hijos con la nieta de dos primos hermanos!

Todo esto lo escribo, como es evidente, para no pensar en lo que pasará esta noche. De joven, cuando algo me obsesionaba y quería dejar de pensar en ello, me distraía haciéndome preguntas absurdas, como: ¿puede haber plantas carnívoras vegetarianas? O: ¿llegarán algún día a ser los ceniceros tan anacrónicos como las escupideras? O: ¿Será cierta la teoría de que no es posible peinar una pelota cubierta de pelos sin que en algún lugar se produzca un remolino? O más rebuscadas, del tipo: si transportaras en un camión un

cargamento de gallinas y al ir a cruzar un puente te dieras cuenta de que la carga excede el peso máximo permitido, ¿crees que sería una buena idea asustar a las gallinas para que se pusieran a aletear y desapareciera así el peso de la carga? O: ¿crees que las personas que se ponen la bufanda haciendo un nudo corredizo son más metódicas que las que se la ponen dando vueltas alrededor del cuello? En caso de ir caminando por una calle oscura y verte sorprendido por un asesino en serie, ¿no crees que llevar la bufanda anudada le facilitaría el trabajo? ¿Te parece eso un motivo suficiente para afirmar que es mejor no ser demasiado metódico en esta vida? Aunque mi favorita era, la acabo de recordar, una que decía: ¿qué crees que es más peligroso, un asesino en serie o un asesino en serio?

Al final, con todo lo que ha pasado hoy, casi se me olvida memorizar un nuevo decimal de pi, el duodécimo: otra vez un nueve.

Martes, 6 de julio

En mitad de la noche he notado el cuerpo de Audrey. A pesar de los nervios, me había quedado dormido. Ha subido a la cama por el lado derecho y se ha metido sigilosamente bajo la sábana. La luz de la luna, casi llena, se filtraba por los ventanales y me dejaba adivinar el contorno de su cara. Debía de haberse quitado los pantalones, pues no he tardado en sentir la suavidad de su piel contra mis piernas. ¿Duermes?, ha susurrado. No. El corazón me latía a trompicones y tenía la boca seca. En el box de al lado, Unai dormía el sueño de los justos. Fuera, en el patio pequeño, una lechuza parecía pedirnos silencio, chistando a intervalos regulares. ¿Puedo abrazarte?, me ha dicho. Claro. Solo quiero dormir un rato, estoy agotada. He notado el peso de su brazo sobre mi torso. ¿Duermes vestido con el calor que hace? No ha sido tanto una pregunta como una regañina. Me ha metido la mano por debajo de la camiseta y ha empezado a acariciarme los pelos del pecho, deshaciendo los remolinos, explorando los lunares. Poco a poco el movimiento ha ido haciéndose más lento, más torpe, más pesado, hasta que se ha detenido. Su respiración no ha tardado en volverse más profunda. Yo me he quedado dormido poco después, pensando en ti.

He soñado que estábamos en una cabaña, frente al lago Lemán, en Suiza. Una cabaña de madera colgada de una estructura de hormigón, muy parecida a aquella en la que empecé a escribir la tercera parte de una trilogía que abandoné al nacer Otto y descubrir que había cosas más importantes que la literatura. Éramos jóvenes. En el sueño, quiero decir. Éramos jóvenes y estábamos en la cabaña, una cabaña de diseño hipermoderna, un cubo dentro de otro cubo, como muñecas rusas o cajas chinas. Fuera nevaba tan copiosamente que la nieve había alcanzado no solo la base de la cabaña, sino que amenazaba con cubrirla por completo. Tú y yo estábamos acostados en la cama, tapados con un edredón blanco, en una réplica fractal de lo que estaba

a punto de ocurrir. Ya no entraba luz por las ventanas, cegadas por la nieve. Nos habíamos quitado la ropa y nos abrazábamos sin desesperación, con esa serenidad propia del apocalipsis, como si fuéramos los últimos habitantes de la Tierra.

Me han rescatado del sueño los dedos de Audrey jugueteando con el pelo de mi pecho. No sé cuánto tiempo había pasado. Durante un rato no se han movido de allí, merodeando los pezones sin llegar a tocarlos. Poco a poco han ido bajando hacia el vientre, siguiendo la ruta del vello, contorneando el ombligo hasta alcanzar el pubis, remontando el tronco (es un decir) de un sexo flácido, encogido, timorato. Han acariciado el prepucio, arriba y abajo, hasta descubrir el glande, sin que se produjera ningún cambio en su anatomía. Han palpado el insensible escroto, han sopesado los impertérritos genitales. He notado el aliento de Audrey en mi cuello, su lengua húmeda en mi oreja. He oído su voz que decía tú también puedes tocarme. La he mirado a la luz de la luna y me ha parecido hermosa. He alargado hacia su cuerpo un brazo trémulo, atolondrado, tosco, más desentrenado aún para dar placer que para escribir a mano, y he acariciado sus pechos con timidez, como quien descubre un tesoro largo tiempo escondido, primero por encima de la camiseta de termopreno, luego por debajo. Los senos lánguidos han parecido vigorizarse con el contacto, los pezones se han endurecido, mi mano ha descendido por el abdomen, ha tropezado con una cicatriz y se ha detenido, indecisa. Sigue, no pares, ha susurrado la voz. Mis dedos han acatado la orden y han continuado explorando, deslizándose por debajo de las bragas, enredándose en el vello púbico, perdiéndose entre las dunas de un desierto de seda. La mano de Audrey ha tomado mi mano y la ha guiado por los recónditos caminos del placer, hasta que mis dedos de zahorí han empezado a humedecerse. Sus muslos me han apretado con fuerza la mano, aprisionándola, mientras liberaba las suyas para llevárselas a la boca y ahogar un gemido. Su cuerpo se ha convulsionado levemente y ha disminuido la presión de los muslos, que han terminado por soltar a su presa, al tiempo que Audrey dejaba escapar un suspiro largo, redentor, como el del buzo que vuelve a la superficie tras una prolongada apnea. ¿Dónde tienes los chicles?, me ha preguntado entonces, como si regresara a la realidad de algún país lejano. ¿Qué chicles?, he respondido, desconcertado. Los que dejé el otro día encima de tu mesilla.

Nos han despertado los gritos de Unai. La claridad del alba entraba ya por los ventanales. Audrey ha saltado de la cama y ha salido disparada. Ha intentado calmarlo, le ha ofrecido un vaso de agua, le ha preguntado qué tenía. Unai no paraba de gritar. ¡Quería matarme, quería matarme! ¿Quién quería matarte?, le ha preguntado Audrey, procurando apaciguarlo con su voz grave, profunda. ¡Esa cosa, esa cosa negra! Debía de estar señalando algún lugar concreto entre

las sombras. ¿Dónde? Yo no veo nada. ¡Se ha ido, se ha ido! Entonces he notado que una cosa negra y peluda, con ojos esmeralda, se subía a la cama y se acomodaba entre mis piernas. Tranquilos, les he dicho, la cosa negra está conmigo y es inofensiva. Audrey ha asomado la cabeza por la puerta del box y le he mostrado a la gata. Ha sonreído y se ha acercado. Quien se fue a Sevilla perdió su silla, le he dicho en un susurro. De eso ni hablar, ha respondido cogiendo en brazos a quien le había quitado el sitio. La gata no ha protestado y se ha dejado acariciar con un leve ronroneo. Qué monada, ha dicho Audrey, y ha salido del box. Solo era un gato, Unai, puedes estar tranquilo.

El resto de la mañana ha transcurrido sin sobresaltos y he tenido tiempo para pensar en lo ocurrido. Creía que a mi edad estas cosas ya no pasaban. Supongo que forma parte de los tiempos convulsos que vivimos y que en condiciones *normales* no habría sucedido. Desde que tú nos dejaste no había vuelto a estar con nadie, y ha sido una experiencia placentera y perturbadora a la vez. No me arrepiento de haber sucumbido a la moda de la operación de próstata preventiva, cuando a la mínima hiperplasia benigna te hacían pasar por el quirófano para detener su crecimiento; si no, probablemente ahora estaría como el pobre Bruno, que no es capaz de jugar una partida de ajedrez sin levantarse para ir al baño. Pero no puedo negar que nunca volvió a ser lo mismo: te aseguran que no tendrás problemas para seguir llevando una vida sexual activa, con erección y eyaculación normales, y a la hora de la verdad, por mucho sistema staple que utilicen, el golpe sicológico es tremendo. Primero pierdes la confianza, poco después, las ganas. Y como ya no tienes edad para según qué cosas, acabas desterrando el sexo de tu vida.

Pensando en la próstata, acabo de recordar una anécdota que parece un chiste, pero que juraría que ocurrió realmente. Al menos yo siempre la he contado como si fuera cierta, pero ya se sabe que, con estas cosas de la memoria y los recuerdos, los límites entre realidad y ficción son bastante difusos, pues, según dicen los expertos, cuando rememoramos algo no rememoramos el suceso original, sino la última vez que lo hemos recordado, con lo cual acaba pasando un poco como con el juego ese del teléfono escacharrado, en el que un grupo de personas se ponen en corro y van diciéndose al oído la frase que les acaban de decir a ellos: que la primera y la última suelen parecerse tanto como un cerdo a una naranja. Yo hacía quinto de EGB, así que tendría diez u once años. El señor Tàrrech nos estaba mostrando en una diapositiva los órganos internos del cuerpo humano, cuando uno de mis compañeros, de quien no recuerdo el nombre pero sí la tartamudez, rompió el habitual mutismo al que lo empujaba su trastorno y preguntó: S-s-señorTàrrech, m-mi p-padre dice q-que tie-tiene p-p-próstata, ¿eso q-q-qué significa, si t-to-todos los hombres la-la tienen? Y el maestro, ni corto ni perezoso, respondió algo que tardaríamos tiempo en comprender:

Significa que mea como tú hablas.

Por la tarde ha venido Bruno a ver a Unai y a echar una partida. No ha necesitado preguntarme nada sobre Audrey: me lo ha visto en la cara en cuanto ha entrado en el box. Yo en cambio he querido preguntarle por lo que dijo el otro día, pues me cogió tan desprevenido que no supe reaccionar. Pero con Unai en el box de al lado no me he atrevido a sacar el tema, aunque la homosexualidad ya no sea ningún tabú para su generación, como lo fue para la nuestra. Es increíble cómo, en cuestión de una o dos generaciones, cambió radicalmente la cosa: cuando yo iba a la escuela no había peor insulto que el de «marica» y ahora hay en Alemania un canciller gay. Gran parte del mérito lo tuvieron, sin duda, los primeros colectivos en defensa de la diversidad sexual, por mucho que Linda hable con sarcástica displicencia de sus antiguos compañeros del *big pack*, en alusión al cúmulo de siglas: LGTTBIQPAC (lesbianas, gays, transexuales, transgénero, bisexuales, intersexuales, queer, pansexuales, asexuales y cíborgs). Faltaría incluir en el pack—a menos que la pansexualidad lo abarque todo, como sería de esperar—la agalmatofilia, el deseo sexual por muñecas, maniquíes o estatuas antropomórficas. Seguro que Gustau apoyaría la causa, si hemos de creer las habladurías de Vlado.

Tras hacerme jaque mate, Bruno se ha frotado las manos con satisfacción. ¿Sabes que he dejado de tomarme el bamucoril?, me ha preguntado. Y estoy mejor que nunca, oye. Deberías ir pensando en dejarlo tú también, pues no creo que tarden en agotarse las existencias. Lo mejor de esta situación, ha añadido, es que relativiza uno los achaques de la edad. Porque cuando se trata de sobrevivir, ¿a quién le importan el colesterol o el azúcar en la sangre?

La verdad es que tiene más razón que un santo.

Miércoles, 7 de julio

Anoche ocurrió lo que hace tiempo temíamos que ocurriera: dejó de salir agua de las cañerías. Semanas atrás Gustau nos había advertido que ya no llegaba agua de la mina de Alforja y que el depósito se estaba vaciando. Suerte que previendo lo que iba a ocurrir, entre él y Jaume han recuperado uno de los viejos pozos del Pere Mata, el que hay junto al pabellón 7, no lejos del huerto y de la barbacoa, con agua perfectamente potable. También han construido una letrina de hoyo detrás de las tomateras y ahora solo falta cubrirla con una caseta que cubra a su vez nuestras vergüenzas. A partir de hoy tendré que salir de la enfermería para hacer mis necesidades (o volver al oprobio de la cuña). Por suerte, si todo va bien, mañana estrenaré la flamante bota walker airplus y tendré mayor libertad de movimientos.

La situación no deja de ser cómica, pues el emplazamiento de la letrina junto al huerto se decidió por dos motivos: para aprovechar los excrementos como abono y porque está suficientemente cerca del PSG en caso de urgencia (pero suficientemente lejos como para evitar los malos olores). Si se construyó

detrás de las tomateras fue por considerarlo el lugar más discreto, pues el entramado de cañas debía funcionar a modo de biombo. El problema es que la discreción es un término relativo y cuando se decidió el emplazamiento de la letrina se hizo tomando como punto de referencia el pabellón de Servicios Generales, sin imaginar que el día que tuviéramos que empezar a usarla habría dos heridos en la enfermería. (Acabo de añadir la localización de la letrina en el mapa que dibujé al empezar este diario, por si quedan dudas de la excelente perspectiva de que gozamos).

Sin electricidad, sin carburantes, sin agua corriente: esto cada vez se parece más a la Edad Media. Tal vez por eso la asamblea de hoy ha estado más caldeada de lo habitual. Por eso y por lo que ocurrió el lunes, que todavía escuece. El hecho de que el túmulo se vea a través de la verja de la entrada principal no ayuda a que olvidemos lo sucedido, pero si hubiésemos enterrado a la chica en un lugar más apartado no habríamos podido vigilar el sepelio con la seguridad con que lo hicimos. La asamblea se ha vuelto a celebrar en la enfermería e incluso María ha hecho acto de presencia, aunque solo fuera para seguir reclamando, una y otra vez, sus churros con chocolate. La única que no estaba era Paula, que con su bombo de casi seis meses sigue encaramándose a la torre del agua para vigilar con los prismáticos las inmediaciones, delegando en esta ocasión el voto en su marido.

El orden del día incluía dos puntos controvertidos: cómo la ausencia de agua corriente afectará a la vida de la comunidad y si debemos volver a revisar el protocolo de actuación ante la visita de forasteros, dado que el que aprobamos la semana pasada se ha revelado insuficiente. Respecto a esto último, Vlado ha dicho, visiblemente enojado, que si Gustau no hubiese estado despierto cuando apareció la chica, lo más probable es que ahora Unai estuviese muerto. Su propuesta es que a partir de hoy las rondas se hagan por parejas. Eso es imposible, le ha rebatido Bruno, matemáticamente imposible. Con dos personas en la enfermería, Paula embarazada y María reclamando churros, no puede haber tres personas de guardia (dos haciendo rondas y una en la torre del agua). Nos faltarían horas para dormir. Vlado ha escupido al suelo, se ha quitado la gorra y se ha secado el sudor de la calva, antes de decir: Tú y tus matemáticas, Bruno. Esto no es un campamento de boy scouts. Si no se puede dormir, no se duerme, carajo.

Vlado es un tipo imprevisible, capaz de lo mejor y de lo peor. Llegó al Pere Mata hace tres o cuatro años y no tardó en convertirse en un líder. Él fue el encargado de negociar en el mercado negro la compra de armas tras el Pacto de la Vergüenza entre Estados Unidos y la Mancomunidad Europea, antes de que los precios se pusieran por las nubes y fuera imposible adquirirlas. También es cierto que había gente en el ejército que le debía favores y Vlado aprovechó para que se los devolvieran. Pero lo que es innegable es que tuvo la

intuición suficiente (por no decir la inteligencia) de no comprar armas eléctricas, que de nada nos habrían servido tras el apagón. Aunque quizá lo hizo simplemente porque es un hombre chapado a la antigua que prefiere las armas de toda la vida: una vez le escuché despotricar de las armas láser, y fue cuando aún teníamos luz. Su argumento venía a ser que un arma sin munición es un arma sin alma y un arma sin alma no es un arma de fiar. Visto lo visto, hay que reconocer que no le faltaba razón.

Nuestro pequeño arsenal de defensa (y vaya por delante que no tengo ni idea de armas, pero a fuerza de escuchar a Vlado me lo he aprendido de memoria) consta de: un fusil de asalto, un subfusil y tres pistolas HK (de la fábrica Heckler & Koch), usados por el ejército español en la guerra de independencia; cuatro escopetas de distintos calibres (dos de caza mayor, una de caza menor y una de balines de feria); dos pistolas de competición de aire comprimido (con el logo de la Federación Catalana de Tiro Olímpico en la empuñadura) y un revólver de bolsillo Smith & Wesson, que nadie sabe de dónde ha salido. También tenemos un monocular de visión nocturna que funciona con pilas de grafeno de larga duración, dos chalecos antibalas, un juego de esposas y un machete con brújula en el mango. No nos va a servir para detener a un ejército, pero de momento nos ha bastado para defendernos.

La propuesta de Vlado de hacer las rondas por parejas ha caído en saco roto tras el comentario de Bruno, pero hemos acordado que a partir de ahora se harán obligatoriamente con el fusil o el subfusil (el primero para los jóvenes y el segundo para los viejos), y que se disparará un tiro al aire ante la presencia de cualquier foráneo a menos de diez metros del perímetro del Pere Mata. Aun así, la medida no ha acabado de convencer a Vlado, que ha salido de la enfermería blasfemando, antes incluso de que terminara la asamblea. En lo referente al uso del agua del pozo se han establecido limitaciones para fines higiénicos (un máximo de cinco litros semanales por persona, que no dan ni para una ducha rápida, sobre todo si con ellos hay que limpiarse la ropa) y se ha creado una «comisión del agua» (formada por Elsa, Jaume y Gustau) con una doble misión: estudiar la viabilidad del otro pozo que hay en el interior del recinto, junto al pabellón de los Distinguidos, y restaurar la vieja balsa que hay entre los pabellones 13 y 14, junto a los árboles frutales, para que pueda recoger de manera provechosa el agua de lluvia (si es que piensa llover algún día, pues no ha caído ni una gota desde que empecé a escribir este diario). Gustau nos ha explicado cómo hacer un uso correcto de la letrina de hoyo, ha asegurado que en un par de días tendrán lista la caseta y ha anunciado que están estudiando la posibilidad de construir una fosa séptica. También nos ha advertido que la mejor alternativa al papel higiénico, cuando no hay agua corriente, son las hojas de plátano o de morera.

La asamblea ha terminado con la votación habitual sobre la decisión de continuar o no en el Pere Mata. El sí ha vuelto a ser unánime. Me hubiese gustado ver la cara de Unai al levantar el brazo, pero la pared que nos separa me lo ha impedido.

A veces me pregunto si Vlado coincidió con Otto durante la guerra. Al fin y al cabo, son de la misma quinta. En bandos opuestos, claro, uno entre los militares sublevados y el otro entre los opositores al golpe, pero quién sabe si no estuvieron en algún momento el uno frente al otro. Quién sabe si no se dispararon. Quién sabe, incluso, si no fue Otto el que le sacó un ojo a Vlado, o si no fue Vlado el que dirigía el dron que terminó con la vida de Otto. Por si acaso, he preferido no preguntar. Ojos que no ven, corazón que no siente. Hace ya diez años de su muerte y sigo teniendo pesadillas. No se me ocurre destino más cruel: morir el día antes de que se firme el armisticio, tras el ataque de un dron que has ayudado a diseñar. Tú saltaste de alegría el día que llegó a casa y nos dijo que había superado la nota de corte para estudiar Ingeniería Robótica. Yo lo hice el día en que decidió dejar el trabajo al darse cuenta de que todo lo que había estudiado se estaba poniendo al servicio de la industria armamentística. Al terminar la carrera, con uno de los expedientes más brillantes de su promoción, fue contratado por el gigante de la robótica Talos Inc. y entró a trabajar en el departamento de robótica orgánica, cuyo proyecto estrella era la construcción de drones blandos, ecológicos y biodegradables, confeccionados con células animales. El primer prototipo, en el que Otto llegó a trabajar hasta dieciséis horas diarias durante varios meses, fue bautizado como Birdron I. El primer uso efectivo que tuvo, ya en su modelo mejorado Birdron II, fue militar: sirvió para detener el alzamiento popular malgache contra el dictador Naivo Rakotomanana. Poco después, Otto dejó el trabajo y se fue al campo a cultivar patatas.

He parado de escribir porque ha venido Audrey a traernos la cena. Estaba tan absorto escribiendo que ni me he dado cuenta de su presencia hasta que ha carraspeado. Servicio de habitaciones, ha dicho, y ha entrado con una ensalada de lechuga y remolacha. ¿Ha pasado Vlado por aquí?, ha preguntado con el ceño fruncido. No, ¿por? Porque le tocaba el turno de guardia y no ha aparecido para dar el relevo. Linda dice que no lo ha visto desde que se ha ido cabreado en mitad de la asamblea. Al oírnos hablar, Unai ha reclamado su pitanza. Parece que ya no tiene fiebre y que la herida no se ha infectado, aunque deberá quedarse algunos días más en observación. La falta de agua corriente dificulta las tareas, pero Audrey ha traído el dispensador que había en el despacho del director médico, con capacidad para quince litros, y se las apaña admirablemente.

Después de cenar, Unai ha venido a charlar un rato conmigo. Como Audrey lo ha convencido de que se dejara cortar su hermoso pelo escarolado, que ya

no podrá lavarse tan a menudo como querría, quedaba al descubierto la cicatriz del implante coclear. Al verla, me he acordado del malogrado Neil Harbisson, quien para muchos se convirtió en el primer cíborg oficial de la historia al conseguir que las autoridades británicas aceptaran como fotografía de pasaporte una imagen en la que aparecía con su *eyeborg*, una antena dotada de cámara conectada al cerebro y que transformaba los colores en sonidos, pues padecía acromatopsia, una de las formas más acusadas de daltonismo. Tú siempre admiraste a Harbisson, aunque yo nunca llegué a entender qué diferencia había entre salir en la foto con una antena y hacerlo con unas gafas. Para mí que se ha ido, ha dicho Unai. ¿Cómo? Que se ha largado. ¿Quién? Vlado, quién va a ser. ¿Adónde? Ay, yo qué sé, a Francia, a Alemania, a Suecia, adonde sea: lleva días dándole vueltas al asunto. Me lo he quedado mirando. ¿Qué pasa?, ha preguntado ante mi insistencia. Nada, que me parece que eres tú el que lleva tiempo dándole vueltas al asunto. Ha puesto cara de sorpresa. ¿Yo?, ¿pero qué dices? Te oí el otro día hablando con Vlado, en la fuente. Se ha callado durante unos instantes, supongo que calibrando si mi acusación merecía un desmentido, una excusa o un contrataque. Al final ha optado por dar media vuelta y volver a su box, no sin antes despedirse con un «viejo fisgón» bien masticado.

Poco después ha vuelto Audrey. Estaba pálida y le temblaba ligeramente el labio inferior. ¿Qué pasa?, le he preguntado. Sus cosas, ha dicho sin pestañear. ¿Qué cosas? Las cosas de Vlado: no están en su cuarto. He intentado tranquilizarla. Quizá se ha hartado y ha cambiado de pabellón, no son camas lo que faltan, precisamente. Audrey ha meneado la cabeza. Lo he buscado por todas partes y no aparece. El Pere Mata es muy grande, Audrey, se puede haber escondido en cualquier sitio, enfurruñado como estaba después de la asamblea. Entonces ha llegado Jaume. Oye, Audrey. ¿Sí? Hemos hecho el recuento. ¿Y? El subfusil no aparece por ninguna parte; también faltan dos de las pistolas HK, uno de los chalecos antibalas y varios paquetes de munición de calibres 6 y 9 mm. Nos hemos mirado los tres con cara de circunstancias. Fuera han empezado a oírse los gritos de Linda llamando a Vlado. ¿Qué te he dicho, viejito?, se ha reído Unai desde su box. Se ha largado, disparuto, fiu-fiu.

Las armas no es lo único que se ha llevado Vlado. También se ha llevado una buena ración de medicinas y alimentos. No es la primera vez que alguien se larga sin decir nada, pero su marcha supone un duro golpe, y no solo para la moral del grupo: por muy mal que se llevara con algunos, me temo que vamos a acusar sensiblemente su baja.

No puedo negar que me habría gustado que la entrada de hoy fuese distinta, más parecida a la de ayer. Pero el pacto que hice al empezar este diario fue el de los viejos films americanos: decir la verdad, toda la verdad y

nada más que la verdad. Audrey no ha vuelto a subirse a mi cama. Y yo no me he atrevido a pedirle que lo hiciera.

Jueves, 8 de julio

Hoy he estrenado la bota walker y lo he celebrado fumándome un cigarrillo con Unai, que parecía querer hacer las paces tras nuestro encontronazo de ayer. No fumaba desde hace por lo menos treinta años, cuando se produjo la gran crisis del tabaco y Philip Morris dejó de producir cigarrillos de combustión para centrarse exclusivamente en la fabricación y venta de icos, tras el pacto entre las mutuas y las empresas vapeadoras. Claro que no he fumado tabaco, sino hojas de morera bien secas, picadas y liadas con un trocito de papel de biblia, pero me ha sabido a gloria (y nunca mejor dicho). Eso de que las hojas de morera sirvan tanto para fumar como para limpiarse el culo me trae todo loquito.

La bota walker airplus, por su parte, es una maravilla. Afortunadamente, los colegas de Audrey en el servicio médico no se la llevaron al abandonar el barco: supongo que no es lo primero en lo que uno piensa cuando decide poner pies en polvorosa. Adaptable a ambas piernas y a la talla del usuario, no deja de ser una prótesis externa articulada (o un exoesqueleto, como tú dirías), que permite apoyar el pie en el suelo sin que la articulación sufra excesivamente las consecuencias del impacto, gracias a la cámara de aire que lleva incorporada. La sensación es parecida a la que uno tiene al caminar por la nieve fresca, como si el pie se amoldara a las anfractuosidades del terreno. Lo malo es que da calor (ya podrían haberla hecho de termopreno), pero puedo quitármela por las noches para dormir. Aun así, Audrey me ha recomendado que utilice las muletas para mayor seguridad y que no suba ni baje escaleras durante un par de semanas. Eso me va a obligar a seguir en la enfermería. Podría pedirles que me pusieran una cama en la planta baja del PSG, pero en mi box estoy de lujo, alejado de la tensión que debe de estar viviéndose allí últimamente. La marcha de Vlado ha caído como un jarro de agua fría. La que más afectada está, a medio camino entre el dolor y la indignación, es Linda, quién sabe si maldiciéndolo por haberse ido o por no habérsela llevado consigo. Bertha, en cambio, parece haberse quitado un peso de encima y hace esfuerzos por levantarnos los ánimos.

Hay que ver la cantidad de frases hechas que utilizo, síntoma inequívoco de mi senectud (por no decir de mi chochez). Tan solo en los dos párrafos anteriores he encontrado las siguientes: saber a gloria, abandonar el barco, poner los pies en polvorosa, estar de lujo, sentar como un jarro de agua fría, quitarse un peso de encima. Recuerdo que mi amigo Ricard solía decir, cuando éramos más jóvenes de lo que creíamos, que los síntomas inequívocos de estar envejeciendo eran cogerse del agarramanos en el asiento del copiloto (el autodrive era por aquel entonces una quimera), andar con las manos a la

espalda diciendo qué bonito es todo y usar palabras como tierno o entrañable. Yo añadiría lo de las frases hechas y hasta me atrevería a enunciar una ley: la edad de un individuo es directamente proporcional al número de refranes que utiliza.

He releído mis anotaciones de ayer, y tengo la impresión de no haberme expresado con claridad: parece que critique, aunque sea de manera tácita, el comportamiento de Audrey. Nada más lejos de la realidad. La entiendo perfectamente. Suficiente tiene con hacerse cargo de todo, como para andar preocupándose por los caprichos de un viejito. Además, mientras me cambiaba la venda compresiva y me ponía la bota walker, ha dicho, como quien no quiere la cosa: Suerte que estás aquí. He preferido no preguntarle a qué se refería exactamente, pero sus palabras han sido un bálsamo para mi maltrecha moral. Luego hemos ido a estrenar la bota dando un pequeño paseo hasta la letrina, apoyándome con un brazo en la muleta y con el otro en sus hombros. Y aunque parezca mentira, aunque objetivamente sea una aberración, debo confesar algo: durante unos instantes he sido feliz.

Viernes, 9 de julio

Nunca he entendido la violencia, no soporto la crueldad, detesto la guerra. Supongo que por eso me resultan tan amargos estos tiempos que vivimos. ¿Qué lleva a un ser humano a agredir a otro? Yo siempre he sido pacifista, me declaré objetor de conciencia cuando aún era menor de edad y si no me hice insumiso fue porque el gobierno de Aznar (tremenda paradoja) suprimió la mili obligatoria. Pero si hay una violencia que me resulta incomprensible es la violencia gratuita contra los animales, especialmente contra los más débiles. ¡Todavía recuerdo cómo salvaba con la escobilla del váter a las moscas que se caían en la taza! Pues bien: hoy me he peleado. Pero es que Unai está mal de la cabeza. Ha intentado asfixiar a *Petra*.

Petra, por si no lo he dicho ya, es el nombre que le hemos puesto a la gata. Volvía de darme una vuelta por el huerto, con mi flamante walker airplus, cuando he oído unos gemidos ahogados procedentes del box de Unai. He asomado la cabeza y me lo he encontrado sentado en el borde de la cama con las piernas cruzadas, como un yogui, encima de la almohada y mascullando frases incomprensibles. Iba a preguntarle qué diablos estaba haciendo, cuando he visto la punta de la cola que asomaba por debajo de la almohada. Sin pensármelo dos veces, me he abalanzado sobre él. Debo de haberle golpeado en la herida, porque ha aullado de dolor y me ha soltado un sopapo; pero por lo menos he conseguido liberar a *Petra*, que ha salido huyendo, con los ojos desorbitados y los pelos como escarpias.

Por la tarde ha venido Bruno y me ha preguntado qué me había pasado en la cara, pues aún la tenía roja del tortazo de Unai. No me digas que le va el sado, ha dicho guiñándome un ojo. Mira que eres tonto: me he dado un

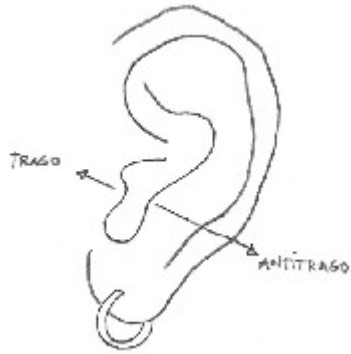
golpe con la mesilla. Hemos echado una partida y hemos acordado tablas cuando no llevábamos ni treinta movimientos: ninguno de los dos tenía ganas de desatar las hostilidades. ¿Cómo te va con míster Pi?, me ha preguntado mientras recogíamos las piezas. Fatal, lo he dejado: demasiado esfuerzo para mi apoltronado cerebro. ¿Por qué no compones un poema? ¿Un poema? Sí, es un método mnemotécnico muy divertido: escribes un texto donde el número de letras de cada palabra coincida con los decimales de pi, como en el popular «Con 1 hilo y 5 mariposas se pueden hacer mil cosas», que te da los diez primeros decimales (si escribes los números con cifras, claro). Aunque a mí me gusta más un poema francés, que además es autorreferencial y te da veintidós decimales: «*Que j'aime à faire apprendre ce nombre utile aux sages*! | *Immortel Archimède, artiste ingénieur*, | *qui de ton jugement peut priser la valeur*?».*

Me ha parecido una excelente idea y, cuando se ha ido, he compuesto estos versos:

> Dar y fiar a quien consienta al hombre
> decir sin rubor palabras sencillas.
> ¿Cuántas estrellas hay en los confines?

Sábado, 10 de julio

Entre la nueva tanda de libros que Audrey me ha bajado del altillo hay uno que está haciendo mis delicias: el *Diccionario visual de anatomía*, de Ken Ashwell, Paidotribo, 2027 (5.ª ed., aumentada y revisada). Y no tanto porque tenga tres generosas páginas de cortesía (que también), sino porque incluye quinientas ilustraciones, acompañadas de la explicación de más de dos mil términos, así como un anexo de ejercicios para colorear (muchos de ellos ya pintarrajeados, supongo que por antiguos pacientes del Pere Mata) y ocho láminas de acetato con los órganos más importantes, que pueden superponerse a las ilustraciones para entender mejor la relación entre las distintas partes del cuerpo humano. Vamos, que estoy disfrutando como un camello. Porque, ¿quién me iba a mí a decir que tendría que esperar hasta los ochenta y nueve años para descubrir el nombre de esa parte de la oreja que, a partir de cierta edad, se nos llena de pelos como si fuese un alfiletero? ¿Quién me iba a mí a decir que iba a tardar tanto en descubrir, ahora que hace años que no pruebo el alcohol, que mi cuerpo consta de dos tragos (y, por si fuera poco, de dos antitragos)? Pero será mejor que lo dibuje, porque en casos como estos una imagen vale más que mil palabras:



A saber cuántas partes de nuestra anatomía desconocemos al morir. Tú solías citar el célebre apotegma de Wittgenstein: «Los límites de mi mundo son los límites de mi lenguaje», algo perfectamente válido para las partes de nuestro propio cuerpo; hasta que no descubrimos que tienen un nombre, simplemente no existen. Un ejemplo que siempre me ha llamado la atención es el de las lúnulas, esos arcos convexos y lechosos que hay en la raíz de las uñas: hasta que no supe su nombre, no fui consciente de su existencia. Y lo mismo me ha pasado ahora con los tragos, los antitragos y las hélices (la hélice es el borde exterior de la oreja, ese repliegue cartilaginoso que rodea el pabellón auricular).

¿Me permitirá el improbable lector de este diario que le proponga un juego? A continuación encontrará, en la columna de la izquierda, un listado de términos extraídos del diccionario anatómico de Ken Ashwell. En la columna de la derecha aparecen las distintas partes del cuerpo humano donde se encuentran alojados dichos términos. El juego consiste en unir, mediante flechas, los elementos de ambas columnas:

1) vómer	a) cráneo
2) astrágalo	b) oreja
3) tabaquera anatómica	c) ojo
4) silla turca	d) nariz
5) tubérculo de Darwin	e) brazo
6) plica semilunaris	f) mano
7) sartorio	g) intestino
8) bálano	h) genitales
9) olécranon	i) pierna
10) yeyuno	j) pie

Puntuación:

- De 8 a 10 aciertos: no sé qué hace usted leyendo este diario, ¡póngase a estudiar Medicina!

- De 5 a 7 aciertos: o ha tenido muchos achaques o es usted un erudito.

- De 2 a 4 aciertos: no es usted un experto en anatomía, pero alguna cosilla sabe.

- Menos de 2 aciertos: no se preocupe, lo importante era participar.

(Soluciones: 1d, 2j, 3f, 4a, 5b, 6c, 7i, 8h, 9e, 10g).

Domingo, 11 de julio

Hoy me he despertado con la boca seca, como si me hubiese pasado la noche masticando polvorones. La sequía empieza a ser preocupante, y más ahora que el pozo se ha convertido en nuestra única fuente de abastecimiento. Hace casi un mes que no llueve y el huerto lo está notando, por mucho que lo reguemos. También *Punki* & *Panki* parecen lamentar la aridez de la tierra, que las deja sin lombrices. Por no hablar de *Manoli*, que apenas da leche y ha visto cómo se iba secando su hierba predilecta, la que hay frente al pabellón 17. Afortunadamente para ella, el principal carnívoro del grupo ya no está entre nosotros (aunque yo no pondría la mano en el fuego por que se salve de las llamas). Por si fuera poco, el termómetro no para de subir, y en los últimos días ya hemos rozado varias veces los 40º. Si esto sigue así, el box de la enfermería no tardará en convertirse en un horno de pan, y yo en la masa perfecta para una barra de cuarto.

Creo que ya dije al empezar a escribir este dietario que no era mi intención convertirme en historiador. ¡Mal iríamos si las juventudes futuras tuvieran que aprender historia leyendo diarios íntimos! Pero no puedo pasar por alto que hoy se cumplen diez años del ataque contra el Stade de France de París, durante la semifinal de la Eurocopa de fútbol que enfrentaba a las selecciones de Alemania y Holanda, y que fue la chispa que prendió la mecha de la Tercera Guerra Mundial. Habían pasado ciento once años desde el fin de la segunda y ciento treinta y ocho desde el de la primera. Se había fantaseado mucho con la posibilidad de una nueva guerra global, pero ni el atentado contra las Torres Gemelas en los albores del siglo, ni la metástasis del conflicto sirio en los años 20, ni el ataque con armas químicas de Gran Bretaña y Estados Unidos contra la India en el 42 (con el consiguiente efecto dominó, en el que se vieron involucrados varios países europeos y asiáticos), hicieron que se llegara a hablar de manera generalizada de Tercera Guerra Mundial, como sí ocurrió tras el ataque bioterrorista del Stade de France que provocó la terrible epidemia de marburgo, a través de la cepa conocida como «variante W», modificada genéticamente. Una epidemia que dividió el mundo en dos y se llevó tu vida por delante (y la de otros treinta millones de europeos, diez veces más que las pandemias de SARS de los años 20).

Pero no voy a caer en el error de hablar de ellos y de nosotros, de buenos y de malos, de amigos y de enemigos: si uno analiza el curso de la historia, se dará cuenta de que el ser humano siempre se ha construido por oposición. Nos definimos por oposición al otro, y al otro lo definimos por oposición a nosotros mismos. Necesitamos al otro para ser y, si no lo encontramos, nos lo inventamos. Es algo connatural a la propia condición humana. Cuando

Sócrates, inspirándose en el lema del Oráculo de Delfos, dijo aquello de «conócete a ti mismo», en realidad lo que nos estaba diciendo era: levanta la cabeza y mira a tu alrededor. Pero ya antes que Sócrates, y tal vez incluso antes que la propia filosofía, la literatura se había hecho eco de esta realidad. ¿Qué es la *Odisea* sino un viaje en busca del otro? ¿Y acaso en la *Odisea* el otro no es el extranjero, el enemigo, el monstruo, el bárbaro, el ser mitológico a medio camino entre lo antropomorfo y lo animalesco, encarnado por Polifemo? El ser humano es un animal taxonómico: le gusta hacer listas, clasificarlo todo. Y la forma más elemental de clasificación es la binaria: unos a un lado y otros al otro. O conmigo o contra mí. Solo hace falta ver cómo nos hemos comportado estos últimos meses, parapetándonos tras los muros del Pere Mata, calificando sin rubor de forasteros a los que están al otro lado. Mientras la identidad se construya desde la alteridad, y la alteridad desde el enfrentamiento, el choque de civilizaciones será inevitable y el hombre seguirá siendo un lobo para el hombre.

Pero me estoy poniendo estupendo. Albert Einstein dejó escrito en algún lugar: «No sé cómo será la tercera guerra mundial, solo sé que la cuarta será con piedras y lanzas».

Pues eso.

No puedo hablar de la guerra sin que se me salten las lágrimas. Será que con la edad se vuelve uno más sensible. Pero es que una me dejó viudo y la otra huérfilo. En uno de mis libros, creo que en el último que publiqué, hace ahora medio siglo, uno de los personajes se lamentaba por el hecho de que existiera un término para designar a los hijos sin padres, pero que no hubiera ninguno para los padres sin hijos (o más bien para los padres que han perdido algún hijo). ¿Quién me iba a decir entonces que muchos años después yo sería uno de esos padres huérfanos, no solo de hijo, sino también de término para designar tal condición? Pero el lamento de mi personaje de ficción verbalizaba una reivindicación latente que no tardaría en eclosionar: a principios de los años 20 se pusieron en marcha diversas campañas que pedían (que exigían, incluso) a la RAE que inventara un término para los padres y madres que habían perdido algún hijo, como si la misión de la RAE fuese inventar palabras, en vez de fijar, limpiar y dar esplendor a las ya existentes. La reivindicación venía sustentada por el hecho de que otras lenguas, como el hebreo, sí tenían una palabra específica para designar tan triste realidad. Poco a poco, sobre todo a raíz de la gran mortandad provocada por las últimas guerras y la epidemia de marburgo, se fue asentando el término *huérfilo*, al que no tardó en añadirse el de *huérfrato* (para nombrar a la persona que ha perdido a un hermano o hermana), pero solo el primero fue reconocido por la RAE antes de su disolución tras el Pacto de la Vergüenza. Una RAE, por cierto, que según dijeron en France Inter tiene previsto refundarse en Miami con la

ayuda de la ANLE (Academia Norteamericana de la Lengua Española).

Pero estaba hablando de guerras y he acabado, una vez más, hablando de palabras. Es lo que tiene el género diarístico: que gusta del meandro, de la dispersión, del encadenamiento discursivo sin más lógica que la que dicten las sinapsis neuronales. Empieza uno hablando del tiempo que hace, y el tiempo le lleva a recordar el calor que pasó en un viaje a Sicilia, y el viaje a Sicilia le hace evocar el suicidio de Raymond Roussel en un hotel de Palermo, y Palermo le lleva inevitablemente a rememorar *El gatopardo*, y *El gatopardo* le trae a la mente la célebre frase «cambiarlo todo para que nada cambie», y la frase le lleva a criticar la situación política actual, y la situación política a pensar en la guerra, y la guerra en la muerte de su mujer, y la muerte de su mujer en la muerte de su hijo, y la muerte de su hijo en el término *huérfilo*, que por fin aceptó la RAE. Y es que los buenos diarios son como las buenas conversaciones: no tienen centro ni periferia.

Pensando en la guerra y en la muerte, me he acordado de Titzina, una de las mejores compañías de teatro españolas de la primera mitad del siglo XXI. Recuerdo con emoción su despedida de los escenarios, en el viejo Teatro Poliorama de Barcelona (me niego a usar el nombre de la compañía telefónica con que lo rebautizaron tras su remodelación), un teatro en el que yo había trabajado en mis años mozos, primero como acomodador y más tarde como portero y jefe de sala. Solo la brutal crisis económica del 44, antesala del sexenio negro que dejaría Europa al borde del colapso, consiguió jubilar a Diego Lorca y Pako Merino, tras casi medio siglo de aventura artística en común, que incluyó éxitos tan sonados como *Folie à deux: sueños de psiquiátrico* (una entrañable reflexión sobre la locura, con la que se dieron a conocer), *Exitus* (una indagación sobre la muerte, no exenta de humor negro, que supuso su consagración definitiva), *La visita de Aloysius* (un valiente retrato de la vejez, que les valió el Premio Nacional de Teatro) o *Zafarrancho de combate* (la obra con la que se despidieron de los escenarios, un alegato antibelicista que, visto a la luz de hoy, no puede sino calificarse de profético). A lo largo de toda su trayectoria solo se separaron en una ocasión, a mediados de los años 30, cuando Diego Lorca inició una carrera política tan fulgurante como efímera, que lo llevaría a la alcaldía de Ripollet, un cargo que ostentó durante solo tres días, los que necesitó para comprobar que la corrupción era un mal endémico y que necesitaría una vida entera para hacer lo que se había propuesto. Hablé con él por última vez poco después del armisticio. Me dijo que Pako se había ido a vivir a Filipinas al estallar la guerra y que había muerto por la picadura de un escorpión mientras dormía la mona en la playa.
Ha sido hablar de Titzina y entrarme ganas de dar una vuelta por la sala de actos, el antiguo teatro del Pere Mata. Hacía meses que no iba, probablemente desde antes del Gran Apagón. Aunque lo remodelaron al

convertirse en geriátrico, continúa conservando la misma estructura que tenía cuando yo iba al instituto, y casi me atrevería a decir que el mismo olor. He salido de la enfermería apoyándome en la muleta, he bordeado la fuente bajo un sol de justicia, he dejado atrás la capilla y el taller, y me he plantado frente a la puerta del teatro, coronada por un cartel que decía «Sala d'actes» y que incluía el logo de la institución, una rosa atravesada por dos muletas. La puerta ha chirriado al abrirse y se ha iluminado el vestíbulo, que seguía igual que la última vez: los pósteres en las paredes, la vieja taquilla restaurada, la puerta tapiada por la que en otros tiempos se podía acceder directamente desde la calle, sin necesidad de tener que atravesar el frenopático. He entrado a la platea, he esperado a que mis pupilas se acostumbraran a la penumbra, he recorrido el pasillo central y me he sentado en la primera fila. He cerrado los ojos y he prestado atención a los sonidos: el crujido de la madera, el chirrido de las cigarras, el silbido de mi respiración. He intentado distinguir los olores: el de la madera, el del linóleo, el del verano. He rememorado las dos obras que representé aquí: *El médico a palos*, de Molière, en el papel de Leandro, con Mireia Rodríguez en el de Lucinda; y una selección de textos de Karl Valentin, cuyo título he olvidado, en la que hacía de marido tiquismiquis que se prepara para ir al teatro con su mujer, interpretada por Núria Martorell. Entonces he hecho una tontería: me he levantado de la butaca y he subido los cinco o seis escalones laterales que llevan al escenario, a pesar de los quejidos de mi tobillo, por mucha bota walker que llevara puesta. Me he colocado en el proscenio, allí donde antiguamente estaba la concha del apuntador, y he mirado a la platea. He intentado recordar alguna de las réplicas de las obras que interpreté en mi juventud, pero solo me ha venido a la memoria el famoso monólogo de Segismundo, que Otto tuvo que aprenderse para una representación de fin de curso. He cogido aire y he recitado, procurando impostar la voz:

> ¿Qué es la vida? Un frenesí.
> ¿Qué es la vida? Una ilusión,
> una sombra, una ficción,
> y el mayor bien es pequeño:
> que toda la vida es sueño,
> y los sueños, sueños son.

Ojalá. Ojalá todo esto no fuera más que un sueño.

Lunes, 12 de julio

Llevamos varios días a punto de derretirnos de calor. Las sábanas se pegan al cuerpo y resulta imposible dormir por las noches, la bota walker se ha convertido en una sauna y me suda la mano al escribir, hay que beber agua para no deshidratarse y estamos todos de mal humor. Una vez oí decir que el calor atiza la violencia. Que en verano sube la tasa de homicidios, de peleas, de divorcios. Hay quien sostiene que es por culpa de las vacaciones, pero yo

estoy más de acuerdo con el argumento meteorológico: ¿acaso no decimos, cuando estamos encolerizados, que nos hierve la sangre? Y luego está lo que podríamos llamar «la paradoja del aire acondicionado»: que a medida que la industria de la climatización se fue desarrollando, la industria del ladrillo se fue despreocupando. El boom de los aparatos eco-friendly, que funcionaban solo con agua y no emitían gases a la atmósfera, llevó a los arquitectos a ningunear la antigua pericia de sus colegas medievales, cuyas catedrales guardaban el calor en invierno y el frescor en verano. Afortunadamente, los pabellones modernistas del Pere Mata mantienen su estructura original de finales del siglo XIX y principios del XX, y además de bellos son eficaces, dentro de lo que cabe. No quiero ni imaginar el calor que estará haciendo ahora mismo en los Tres Deditos, construidos con los materiales que se pusieron de moda en los años 30: el kevlar, el shrilk, la fibra de vidrio, el composite. Es curiosa la historia de esos rascacielos que ahora ocupan la plaza de mi antiguo instituto: financiados con dinero japonés, el plan inicial contemplaba la construcción de cinco edificios, diseñados por el arquitecto Yasunari Okinawa, tomando como fuente de inspiración la Torre Agbar de Barcelona (ha tenido tantos nombres desde su inauguración, que prefiero seguir usando su nombre original). Pero a principios de los años 40, en plena antesala de la gran crisis económica, cuando solo estaban terminados tres de los cinco rascacielos previstos, se detuvo su construcción. Y como el edificio central era ligeramente más alto que los otros dos, el ingenio popular no tardó en rebautizarlos como «los Tres Deditos». En todo caso, volviendo a la cuestión climatológica, hay que reconocer que una de las ventajas del apagón es que ha terminado con los partes meteorológicos y su estúpida costumbre de predecir el tiempo.

Unai ha dejado hoy la enfermería y por fin se ha apagado el ruido de fondo de sus murmullos, que habían subido de tono desde lo ocurrido con *Petra* y que incluían de vez en cuando algún que otro exabrupto hacia mi persona. La herida de bala está cicatrizando bien, ya no hay peligro de que se infecte y no tiene sentido que Unai siga ocupando uno de los boxes, cuando él mismo puede limpiarse y cambiarse los apósitos. Yo me voy a quedar aquí hasta que ande sin la bota walker y pueda subir las escaleras. Pero a partir de hoy voy a comer con los demás en el salón del PSG, que está en la planta baja. Así descargaré de trabajo a Audrey, pues suficiente tiene la pobre con todo lo demás como para ir haciéndome de camarera. Debo decir que desde ayer está más cariñosa conmigo, más relajada, más natural. Supongo que quiso marcar distancias tras la noche que pasamos juntos, aunque la expresión *pasar la noche juntos* sea un tanto exagerada. Sin duda actuó bajo el influjo de esa fuerza poderosa que se hace más acusada a medida que se acerca el fin de la moratoria y que Bergson definió como el *élan vital*: el impulso de los

organismos vivos por seguir evolucionando. Esto explicaría que, en situaciones de peligro, la libido se descontrole. Un poco como la risa nerviosa de los funerales.

Me gustaría decirle que la entiendo. Me gustaría decirle que no se preocupe por mí. Me gustaría pasar un rato a solas con ella y preguntarle por la cicatriz que tiene en el vientre. Me gustaría saber si tuvo un hijo endógeno y, en tal caso, si todavía vive. Me gustaría saber qué opina de las mujeres de su generación, bautizadas como «las mujeres del útex», las primeras en recurrir a la gestación externa, tras el nacimiento del primer bebé exógeno en el año 31 y la comercialización, una década después, de los llamados huevos negros, con sus tubos de alimentación, sus termostatos y sus ventanas tintadas. Me gustaría saber si participó en alguna de las manifestaciones pronatalistas de los años 40 y principios de los 50. Me gustaría saber si alguien la llamó alguna vez, despectivamente, *vivi*, por su condición de mujer vivípara. Pero estoy lanzando las campanas al vuelo. Tal vez la cicatriz sea consecuencia de una apendicitis. No soy muy ducho en cicatrices femeninas: a Otto lo tuviste de parto natural y a Leire la adoptamos. Me gustaría preguntarle cosas de su difunto marido, cuál era su especialidad, a qué se dedicaba en su tiempo libre. Me gustaría hablarle de ti.

Supongo que debería ser más proactivo, como dicen las nuevas generaciones. Pero a mi edad me siento ridículo intentando seducir a una joven cincuentona.

Martes, 13 de julio

Alguien debió de escuchar ayer mis plegarias, pues Audrey se ofreció a acompañarme a la enfermería después de cenar. Tengo que coger unos antibióticos, me dijo, María no está muy fina últimamente. ¿Qué tiene?, le pregunté mientras bordeábamos el huerto. Lleva varios días con tos y febrícula, espero que solo sea un catarro y no una gripe o una neumonía, que a vuestra edad son muy traicioneras; sin radiografías ni analíticas, no es fácil hacer el diagnóstico. Debo reconocer que me fastidió un poco lo de «a vuestra edad»: es cierto que María no es mucho mayor que yo, pero no hace falta más que vernos para darse cuenta de que hay un mundo entre nosotros. Sin duda, como decía mi madre, lo peor de la vejez es perder la cabeza. Ya puedes sufrir mil achaques que, si conservas tus facultades mentales, todo es soportable, incluso para los que te rodean. Y, si no, que se lo pregunten a ella, que llegó a cumplir cien años y solo se la llevó por delante un enfrentamiento con la policía durante los disturbios del 44, mientras se manifestaba con un grupo de yayoflautas contra los recortes del gobierno de Unión Patriótica.

Pero Audrey me tenía reservada otra sorpresa. ¿Te apetece un chupito?, dijo al llegar a la enfermería. ¿Un chupito?, le pregunté extrañado. ¿No es así como llamáis al shot los abueletes? Anda, ven conmigo. La seguí hasta el despacho

del director médico y la vi acercarse al teléfono de emergencia (la única reliquia de telefonía fija que queda en el Pere Mata, aunque tampoco funcione), levantar el aparato, coger una llavecita, abrir una cajonera y sacar una botella de orujo blanco. ¡Tachán!, exclamó enarbolando el trofeo. ¿De dónde la has sacado?, le pregunté. De ningún sitio, siempre estuvo aquí, este era el despacho del doctor Kirchner y ya sabes la fama que tenía. Lo que me extraña es que Vlado nunca pensara en venir a husmear cuando se acabó el vino de la despensa… Audrey sacó un vaso de chupito de la cajonera y lo llenó de orujo, luego hizo lo propio con el tapón de la botella. ¿Chinchín?, dijo pasándome el vasito. No había vuelto a probar una gota de alcohol desde la última vez que vi a mi amigo José Ángel, cuando nos bajamos una botella entera de limoncello para festejar que se iba a vivir a Islandia. Hace años que no bebo, me disculpé. ¿No me dijiste una vez que tu madre había vuelto a fumar a los noventa? Pues tú puedes volver a beber a los ochenta y nueve, ¿no? Dicho lo cual, se llevó el tapón a los labios y lo vació de un golpe seco de muñeca, como el tahúr que vuelca con destreza un cubilete. Yo me acerqué el vasito a la boca, lo olí y me vino a la cabeza la fórmula que siempre decía nuestro querido David: orujo = energía + agilidad mental. Hala, pues, pa dentro.

Nos tomamos dos más, a pequeños sorbos, conversando alegremente hasta que se hizo de noche. Luego Audrey fue a buscar la linterna y me acompañó hasta el box. Voy a darle el antibiótico a María y vuelvo enseguida: a las doce me toca guardia, así que no voy a ponerme a dormir por un par de horas. Me quité la bota, las bermudas y la camiseta, y la esperé tumbado en la cama, mascando a oscuras uno de los chicles mágicos. Tal vez sea puro placebo, pero hay que reconocer que funcionan. Cuando la oí llegar, me saqué el chicle de la boca y lo pegué en uno de los barrotes de la cama. Hazme un sitio a tu izquierda, me dijo, que soy zurda. Pues el otro día parecías diestra, contesté envalentonado por el orujo. Definitivamente, se rio, los hombres de tu generación tenéis unas maneras bien curiosas de halagar a las mujeres.

¿Puedo preguntarte algo?, le dije al cabo de un rato, sudorosos y exhaustos sobre la cama. Claro. ¿De qué es la cicatriz que tienes en el vientre? ¿Tú qué crees?, me respondió. No sé, ¿de una cesárea? Me cogió la mano y la llevó a la cicatriz, obligándome a recorrer con los dedos el costurón. ¿A ti te parece que un médico habría hecho esta chapuza? Entonces me contó la historia de su cicatriz.

—Alfred y yo éramos unos idealistas. Nada más terminar la carrera de Medicina, en vez de hacer el MIR, nos fuimos a trabajar a Benín, en África occidental. Por entonces, el modelo de cooperación internacional estaba en entredicho y nosotros éramos partidarios del «*Don't liberate us, we'll take care of it!*»;* o, dicho de otro modo, ni pescado ni caña de pescar. Por eso no

quisimos enrolarnos en ninguna de las ONG que aún actuaban sobre el terreno, sino que fuimos por libre. Los padres de Alfred se enfadaron muchísimo, él venía de una familia de médicos con una larga tradición en el campo de la oftalmología. Me culparon a mí de haberle llenado la cabeza de ideas insensatas y le amenazaron con desheredarlo si se iba a salvar negritos (la expresión es literal, *Alfred's father dixit*). Nos dio lo mismo. Era el año 38 y aún vivíamos en el espejismo de la bonanza económica, el gobierno de Diana Sobrino había conseguido aprobar unos presupuestos generales que destinaban a los países en desarrollo el tan reclamado 0,7 % del PIB y nosotros nos habíamos manifestado en contra, pocos días antes de tomar el avión, acusándolos de paternalismo y de impostura. Estuvimos tres años en Benín, hasta que me quedé embarazada. Por aquel entonces vivíamos en Porto Novo, la capital del país, tras haber pasado largas temporadas en poblados del interior. Aun así, decidimos volver. Yo no quería, me parecía una falta de respeto, por no decir una muestra flagrante de hipocresía, llevar tres años en África luchando por mejorar la calidad de los centros hospitalarios e irme a parir a Europa, con todas las comodidades del primer mundo. Pero Alfred insistió. Siempre podríamos volver más adelante. Llevábamos tres años en Benín y no nos habíamos tomado ni unas vacaciones. Además su madre no se encontraba muy bien de salud. Era la ocasión perfecta para volver a casa, aunque fuese por un tiempo. Acepté a regañadientes, sin sospechar que nunca volveríamos a Benín, ni a ningún otro país de África.

»Una de las últimas noches que pasábamos en Porto Novo salimos a cenar fuera, él y yo solos, a un buen restaurante, uno de esos restaurantes exclusivos para clientes extranjeros. No sé qué nos dio por ir a un lugar así. Al fin y al cabo, no éramos más que unos veinteañeros que habían tenido que gastarse casi todos sus ahorros en comprar dos billetes de avión para volver a casa. Supongo que estábamos exultantes por mi embarazo y queríamos celebrarlo de una manera especial. Alfred pidió una botella de champán. Mi último sorbo antes del parto, le advertí, y brindamos mirándonos a los ojos. El restaurante no quedaba lejos de casa y decidimos volver dando un paseo. La noche estaba estrellada, preciosa. Íbamos tan absortos en nuestra felicidad que no nos dimos cuenta de que alguien nos seguía. En una calle oscura dos hombres nos cortaron el paso. Llevaban machetes en las manos. Nos dimos la vuelta para salir corriendo, pero otro hombre nos cortaba la retirada. Cuando quise gritar, una mano me tapó la boca. Uno de los dedos se metió entre mis dientes y mordí con tanta fuerza que el sabor de la sangre se mezcló con un dolor repentino en el bajo vientre. Caí al suelo de rodillas y lo último que vi antes de desmayarme fue cómo cosían a Alfred a machetazos.

»Desperté a la mañana siguiente en el hospital en el que trabajábamos. Me bastó ver la cara de mis compañeros para desear haber muerto aquella misma

noche. Pero los que habían muerto eran Alfred y el niño que llevaba en mis entrañas.

Audrey guardó silencio y yo no supe qué decir. Intuí que estaba llorando. Tras un hondo suspiro, añadió:

—Nunca supimos quién lo había hecho. No nos robaron nada, así que imagino que fue algún tipo de venganza o aviso para navegantes: hacía poco que se había destapado el escándalo de Out Street Children, una supuesta ONG británica con filiales en Togo y Ghana, que en realidad se dedicaba a reclutar niños para explotarlos sexualmente. Cuando salí del hospital, no sabía qué hacer: si quedarme en Benín, si regresar a casa de mis padres en la campiña francesa o si volver a Reus, donde estaría bajo el punto de mira de la familia de Alfred, cuyo cuerpo había sido repatriado y enterrado mientras yo me recuperaba de la grave herida en Porto Novo. Un día recibí un correo de un antiguo profesor de la facultad de Medicina, al que Alfred y yo siempre habíamos admirado. Me expresaba sus condolencias y me animaba a presentarme al MIR. Volví a Reus, pasé el MIR y me casé con él. Pero nunca más quise tener hijos. De todas maneras, tampoco habría podido tenerlos de modo natural: el navajazo me destrozó el útero y me dejó estéril para siempre.

Miércoles, 14 de julio

Hoy es la fiesta nacional francesa y en France Inter han hecho un programa especial, recordando a los muertos de la Tercera Guerra. Han empezado hablando, como no podía ser de otro modo, del atentado del 11J en el Stade de France, ahora que se acaban de cumplir diez años. Se han pasado un buen rato recitando los nombres de los asistentes al partido entre Holanda y Alemania que murieron infectados por el virus del marburgo. Entre ellos, la mayor parte de los jugadores de ambos combinados, que recibieron directamente sobre el terreno de juego la primera pulverización; o casi todos los periodistas, pues uno de los drones se coló en la cabina de prensa, desatando el pánico. Entre ellos se encontraba el reusense Kevin Llorens, que se estrenaba en la Eurocopa como comentarista deportivo, tras haber llevado al Barça unos años antes a conseguir su novena copa de Europa (la segunda en el formato World Champions League), al marcarle al Manchester United un gol en el último minuto que recordó mucho al conseguido por otro reusense ilustre, Sergi Roberto, veinticinco años antes en unos octavos de final contra el Paris Saint-Germain. Tengo grabada en la memoria aquella final, que vimos Leire y yo en casa, mientras tú te ibas con Otto al sensicine Balañá de la plaça de les Nacions. Leire era por entonces, a sus quince años, una forofa del Barça, algo que sacaba de quicio a Otto, que odiaba el fútbol casi tanto como tú. Con el gol de Kevin Llorens saltamos de alegría y nos dimos un abrazo de reconciliación, tras unos meses difíciles, después de que le prohibiera ir a pasar las vacaciones de Semana Santa con su amiga del alma, una amiga del

alma con la que dejó de hablarse poco tiempo después. Se ha escrito mucho sobre las relaciones entre padres e hijos a través del fútbol, pero sin duda uno de los libros más interesantes sobre el tema sigue siendo el clásico *Fútbol. La vida en domingo*, escrito por mi cuñado Pablo Nacach, que en paz descanse, hace ya más de cincuenta años.

La asamblea semanal ha tenido lugar antes de cenar, en el salón del PSG. Tras la marcha de Vlado, hemos decidido que Jaume se haga cargo de las armas. También se ha tratado el tema de *Manoli*, que definitivamente ha dejado de dar leche. Hemos acordado que, mientras la situación no sea desesperada, no la sacrificaremos.

Jueves, 15 de julio

El otro día Audrey me contó la historia de su cicatriz. Hoy voy a hacer yo el inventario de las mías, por banales que sean. Intentaré rememorarlas por orden cronológico:

- Cicatriz n.º 1 (en la base del mentón). La cicatriz del mentón es casi una marca de familia: la tenía mi madre, la tiene mi hermana, la tenía Otto y la tengo yo. La mía me la hice de pequeño al tropezar en unas escaleras. Luego, años después, jugando a palas con mi padre en la playa de Tarragona, me lancé en busca de una pelota imposible, la pala se me escapó de las manos, cayó al agua en posición horizontal, la superficie ofreció resistencia y yo fui a dar de bruces sobre ella, reventándome por segunda vez el mentón. Acabé en el Hospital de Santa Tecla con varios puntos de sutura. Así fue.

- Cicatriz n.º 2 (en la rodilla derecha). Poco después de ponerme el primer pendiente y de comprarme la primera moto (una Derby Variant de tercera mano), empecé a notar molestias en la rodilla. Era mi último año en el instituto. Me hicieron pruebas y me diagnosticaron una rotura parcial del menisco. En el Hospital de Sant Joan (el antiguo edificio de lo que acabaría siendo el Hospital Universitari Primer d'Octubre) me hicieron una artroscopia que me dejó tres cicatrices minúsculas, como tres lágrimas, por donde habían entrado las tijeras, la cámara y el tubo de drenaje. Mi compañero de habitación era un extoxicómano seropositivo que se había caído por el hueco de un ascensor y se había roto no sé cuántas vértebras. Tiempo después, fui a visitarlo a su casa del barrio Gaudí y me lo llevé de fiesta a Salou. Fue entonces cuando nos enseñó a cantar aquella canción que decía «Qué malas son, qué malas son, ay las mujeres qué malas son». Así fue.

- Cicatriz n.º 3 (en el dedo gordo de la mano izquierda). Tuvo que ser en COU, pues el Miki ya conducía. Magda Gargallo nos había invitado a celebrar la verbena de San Juan en su casa de Montbrió. También estaban José Ángel, Sandra Badia, Arnau Cantano, Eudald Lerga o David Sales, que fue el que me curó la herida. Nos habíamos bañado en cueros, con nocturnidad y algarabía, en la balsa de un vecino, de la que habíamos huido entre gritos e improperios.

De vuelta a la casa, fui a la cocina a por otra cerveza y la pata de jamón me guiñó un ojo. Demasiado alcohol para tanto cuchillo. Un tajo fino y profundo como una traición me abrió la base del dedo gordo, en el lateral de esa zona conocida con el pomposo nombre de eminencia tenar, según dice el *Diccionario visual de anatomía*, de Ken Ashwell. David me acompañó al lavabo y me ayudó a ponerme una tirita cicatrizante de última generación. Poco después, oí que el Miki se iba a casa y me fui con él. Así fue.

- Cicatriz n.º 4 (en el maxilar izquierdo). Llevaba poco tiempo en Madrid, pues aún vivía con el Vice, y estaba despidiéndome de ti en plena calle, caminando hacia atrás mientras te lanzaba besos, cuando metí el pie en un agujero y me estampé contra un árbol. Hice ver que no era nada, sonreí y seguí andando. Tenía un poco de sangre en la mandíbula y pensé que se trataba de un simple rasguño. Pero con el paso de los días la herida se fue enquistando, me salió un bulto y fui al dermatólogo. El doctor dijo que se trataba de un quiste benigno y que había dos opciones: operar o dejarlo estar. Con la primera opción me quedaría una cicatriz. Opté por la segunda y me quedó la cicatriz igual. Así fue.

- Cicatriz n.º 5 (en el pómulo derecho). Te quedaban todavía dos semanas para salir de cuentas cuando notaste las primeras contracciones. Cogí la maleta que teníamos preparada, con tu ropa y la de Otto, y bajamos al parking. Iba tan atolondrado que, al abrirte la puerta para que entraras en el coche, me di con el canto en el pómulo y me abrí una pequeña brecha. Al ver la sangre, se te dispararon las contracciones. Ya en el Hospital de la Maternitat, mientras tú dabas a luz, a mí me ponían dos puntos de sutura. A escasos metros de distancia, el público del Camp Nou celebraba un gol del Barça. Así fue.

- Cicatriz n.º 6 (debajo del omóplato). Esta es una cicatriz histórica: me la hice el 21 de septiembre de 2053, durante el tercer referéndum de autodeterminación. Me había tocado estar como presidente en una de las mesas electorales de Sant Pere de Ribes, concretamente en el colegio electoral de Can Lloses, donde tuvo lugar el primero de los tres atentados que se produjeron a lo largo de la jornada (y, afortunadamente para los que estábamos allí, el menos sangriento). Tras la explosión del artefacto, nos desalojaron del local. Llegaron las ambulancias y atendieron a varias personas, más por ataques de ansiedad que por heridas graves. Yo me había quedado medio sordo por la explosión y no oí que uno de los vocales me llamaba hasta que me puso una mano en el hombro. Ni siquiera me había dado cuenta de que tenía un cristal clavado en la espalda y un cerco de sangre decorando la camisa. Así fue.

- Cicatriz n.º 7 (en la frente). A esta cicatriz la llamamos «la cicatriz del apagón». Bruno la tiene igual, y también se fueron con ella Alejandro y Roser.

Es la clásica cicatriz del que se estampa con una puerta de cristal, acostumbrado a que se abra automáticamente. Suele afectar a personas mayores, que caminan con las manos a la espalda, ligeramente inclinadas hacia delante y con la vista en el suelo. Yo me la hice con la puerta del pabellón de los Distinguidos, el día en que dejaron de funcionar los grupos electrógenos. Gracias a la habilidad de Audrey y a que el corte coincide con una de las arrugas de la frente, apenas se me notan los puntos de sutura. Así fue.

Seguro que me olvido alguna. Las cicatrices interiores de las operaciones de próstata o de presbicia, por ejemplo. Aunque cuando uno llega a cierta edad, las cicatrices más aparatosas no son las de la piel. Por cada uno de los costurones físicos que acabo de mencionar, podría alegar un costurón emocional. Desde la cicatriz del tobillo, hasta la de la frente; desde la ausencia de Otto, hasta la tuya. Sin duda, la lista de mis muertos supera con creces la de mis cicatrices.

Creo que no he hablado mucho en este diario de la guerra de independencia. Ya escribí el otro día que pensar en la guerra me revuelve el estómago y he dejado bien claro en más de una ocasión que no me interesa convertir estas notas en un libro de historia. Pero al mencionar la cicatriz que tengo en la espalda no he podido evitar rememorar los hechos. Recuerdo que al principio del Procés, en los tiempos del primer referéndum de autodeterminación, pronostiqué que tendríamos cuarenta años de procesismo, tras cuarenta de franquismo y cuarenta de democracia. Muchos de mis amigos se lo tomaron como una boutade. Y ya lo veis: me quedé corto, colegas. El primer referéndum terminó con la mitad del gobierno catalán encarcelado y la otra mitad en el exilio. El segundo, tras la llegada al poder de Diana Sobrino, se resolvió con un 56% de votos favorables a la independencia, insuficiente para llevar adelante el proceso de desconexión, tras el quórum mínimo de aprobación pactado entre los partidos nacionalistas y el gobierno español. El tercero, quince años más tarde, transcurrido el tiempo mínimo acordado para la celebración de un nuevo plebiscito, se saldó con varios atentados (con dos víctimas mortales en Terrassa y otra en Cornellà) y un 80% de votos favorables a la independencia, pero con una participación por debajo del 40%, al haber sido ilegalizado por el gobierno de Unión Patriótica, presidido a la sazón por Juan José Díaz Carnicero. Luego vendría la declaración de independencia del PUEC, la sublevación de las Fuerzas Armadas, el asesinato del coronel Aixalà, la intervención de la Mancomunidad Europea, el armisticio forzado, el invento de la Confederación Ibérica y todo lo que cualquier chaval con un poco de inquietud histórica podrá encontrar en los libros de texto de las escuelas españolas y catalanas que ya han empezado a abrirse en las ciudades europeas

tras la ola migratoria provocada por el Pacto de la Vergüenza.

Esa es la gran ironía: que después de todo aquello, después de tanto sufrimiento, de tantas familias destrozadas, de tantos anhelos truncados por culpa de una guerra fratricida, ahora nos tengamos que ir todos porque a un iluminado transatlántico—con la cobarde connivencia de otros cuantos iluminados europeos—se le haya ocurrido hacer de la piel de toro su centro de operaciones, su base militar para proteger a Occidente de los bárbaros del Sur y del Oriente, cobrándose la ayuda prestada durante la Tercera Guerra, en la que nosotros ni siquiera participamos, pues suficiente teníamos con restañarnos las heridas tras tres años de guerra civil, en una terrible copia de la historia que, llevándole la contraria a Marx, no se repitió como farsa, sino como tragedia doblemente ominosa.

Viernes, 16 de julio

María está cada vez peor. La fiebre no le baja, tiene ataques de tos y apenas puede levantarse de la cama. Esta mañana Audrey ha venido a la enfermería a ver cómo andábamos de oxígeno: hay tres tanques llenos y uno por la mitad, y no caducan hasta dentro de dos años. (Atención, problema: teniendo en cuenta que cada tanque tiene una capacidad de mil setecientos litros y suponiendo que el suministro de oxígeno que necesita María sea de dos litros por minuto, ¿cuántas horas de suministro le quedan antes de asfixiarse? Solución al final del día). Si sigue así, me ha dicho Audrey, no tardarás en tenerla de compañera. Luego ha aprovechado para quitarme la bota walker, inspeccionarme el tobillo y darme friegas con un aceite hidratante que olía a hierbabuena. La verdad es que tiene mejor color, pero el gemelo se me está quedando como la pata de un canario. Si todo va bien, dentro de una semana podré olvidarme de la bota y empezar con la rehabilitación.

Durante la comida, Linda y Paula se han enzarzado en una discusión bastante desagradable. Normalmente intentamos comer todos juntos, con la excepción de los que están de guardia, pero a veces me pregunto si no sería mejor que cada cual comiese cuando le viniese en gana. Estábamos sentados a la mesa Gustau, Elsa, Bertha, Unai, Bruno y yo, además de las susodichas. Jaume vigilaba los alrededores desde la torre del agua y Audrey hacía la ronda. Paula, que es quien se encarga normalmente de cocinar, había preparado una especie de pisto con patatas, calabazas y los últimos pimientos de la temporada, más amargos que de costumbre. Ciertamente, no era un manjar, pero tampoco era para ponerse como se ha puesto Linda. Pero ¿qué porquería es esta?, ha exclamado escupiendo en el plato tras la primera cucharada. Estoy harta de comer las putas verduras del huerto que abonamos con lo que nos sale del culo. ¿No quedan óvalos?, ¿no queda arroz?, ¿no quedan latas? ¡Que alguien me haga una tortilla, por el amor de Dios! A Paula le ha cambiado la cara y le ha empezado a temblar el tenedor que agarraba con la mano

ortopédica. A diferencia de las piernas biónicas de Linda o de Jaume, que no necesitan conectarse a la corriente, la mano de Paula es una prótesis híbrida cuyo mecanismo eléctrico dejó de funcionar tras el apagón y ahora solo puede usar en modo mecánico. A lo mejor a ti lo que te pasa, le ha dicho a Linda intentando contener la rabia, es que tienes hambre de rabo. Se ha hecho el silencio. La tensión podía cortarse con una hoja de papel. Me comería antes tres platos de esta bazofia que el rabo de tu marido, bonita. Paula ha dejado caer el tenedor en el plato. Los ojos le echaban chispas. Mi marido se cortaría el rabo antes de dejar que se lo comieras. Linda ha soltado una carcajada. Eso es lo que tú te crees. No lo creo, lo sé. ¿Ah, sí?, ¿qué te apuestas? Paula se ha levantado de golpe y le ha tirado a la cara los restos del pisto. Han empezado a insultarse y a intentar pegarse por encima de la mesa. Suerte que entre todos hemos conseguido separarlas. Porque estás embarazada, le ha dicho Linda antes de irse, que si no te molía a palos.

Contra todo pronóstico, *Petra* ha vuelto a aparecer por la enfermería tras la agresión de Unai. Yo acababa de tumbarme y estaba ojeando los libros que me ha bajado Audrey esta mañana (entre los que había algunos tan interesantes como el *Diario de un seductor*, de Søren Kierkegaard, o una *Historia de la mierda*, de Dominique Laporte), cuando he notado que algo me hacía cosquillas en la punta de los dedos que sobresalen de la bota walker. He mirado por encima del libro y he visto cómo *Petra* husmeaba mis pinreles con la devoción de un entomólogo. Quizá la ha atraído el olor del aceite hidratante, porque me he quitado la bota y se ha frotado contra mi pie como si fuese una hierba gatera. Me ha recordado a la *Pipiola* cuando se restregaba contra mis camisetas de deporte sudadas. La he dejado solazarse un rato. Luego la he cogido por el cogote, con delicadeza, y me la he puesto en el pecho, directamente sobre la piel. Mis pelos le han hecho cosquillas y ha estornudado. Me ha clavado las uñas sin malicia. Ha ronroneado. Se ha quedado dormida mientras yo empezaba a leer el prólogo del libro de Kierkegaard y me topaba con una frase que me ha dejado pensativo: «Este diario no es históricamente exacto, pero tampoco es un relato; no está, por así decir, en indicativo, sino en subjuntivo». Me he pasado un buen rato dándole vueltas a la frase. En la escuela nos enseñaron que el modo indicativo se utiliza para decir la verdad, mientras el subjuntivo para expresar duda, deseo o esperanza. Por ejemplo: María está enferma (indicativo), ojalá no sea nada (subjuntivo). Y la pregunta que no consigo responder es: ¿este diario está en subjuntivo o en indicativo? O, dicho de otro modo: ¿lo escribo para contar la verdad o para mantener viva la esperanza?

He compuesto otro verso y ya tengo veintitrés decimales de pi. Hay que reconocer que así es mucho más fácil memorizarlos: para batir el récord de Meng Yuanshu bastaría con aprenderse de carrerilla un texto en prosa de cien

páginas… Cuando venga Bruno a echar la partida, le leeré la primera estrofa de mi poema irracional:

Dar y fiar a quien consienta al hombre
decir sin rubor palabras sencillas.
¿Cuántas estrellas hay en los confines?
¿Cómo capear la mísera vida?

Sábado, 17 de julio

Al final ayer me olvidé de anotar la solución al problema: tenemos oxígeno para poco más de dos días, concretamente para cuarenta y nueve horas y media, siempre que el tanque empezado esté realmente por la mitad. De todos modos, Audrey me ha dicho que el oxígeno no se suministra las veinticuatro horas del día, pues puede llegar a ser tóxico en cantidades abusivas, y que siempre cabe la posibilidad de reducir el suministro a un litro por minuto. Todo esto me lo ha contado esta mañana, cuando han instalado a María en el box n.º 4. Definitivamente, parece que tiene neumonía.

Aunque la neumonía no suele ser contagiosa, me he puesto la mascarilla para ir a verla. Estaba durmiendo con el ceño fruncido y los brazos estirados a ambos lados del cuerpo, rígidos. Los tubos del oxígeno le entraban por las narinas y le daban un aire estrambótico, como si le hubiera crecido un bigote de plástico daliniano. Audrey me ha dicho que se llaman gafas nasales. ¿Acaso no es una sinestesia maravillosa?

Al volver a mi box, he vuelto a pensar en la distinción de Kierkegaard entre diarios subjuntivos e indicativos. No me la puedo quitar de la cabeza. Releyendo mis anotaciones de los primeros días, encuentro esta declaración de intenciones: «Si escribo estas líneas es con la esperanza de que puedan servir a las generaciones futuras para entender cómo vivíamos en los tiempos del Gran Apagón». Y poco después: «Si he decidido escribir este diario es, sencillamente, porque siento que el mundo que he conocido llega a su fin, y me gustaría dejar constancia de su existencia antes de que sea demasiado tarde y ya no quede nadie para contarlo». Sin embargo, por mucho que insista en dirigirme a un hipotético lector, a esas generaciones futuras a las que pretendo explicar cómo es el mundo en que vivimos, en el fondo sé que este diario no va a leerlo nadie más que yo. Y la prueba del algodón es que, si pensara de verdad que estas notas serán leídas algún día, haría como los verdaderos diaristas: camuflar los nombres de las personas que menciono bajo unas discretas iniciales.

Durante la siesta he tenido una pesadilla. He soñado que el Pere Mata estaba infestado de zombis. Pero eran unos zombis muy extraños, pues no se te lanzaban al cuello para morderte, sino para hacerte chupetones. Ponían los labios en la piel de las víctimas y succionaban hasta dejar una roncha roja que, en pocos segundos, se volvía morada. Eran, por así decirlo, zombis del amor, mensajeros de Cupido: contagiaban su deseo sexual. Durante un buen rato

conseguíamos mantenerlos a raya disparándoles a los genitales. Pero cuando creíamos que habíamos acabado con todos descubríamos que la pobre María estaba infectada. Se le lanzaba al cuello a Audrey cuando iba a tomarle la temperatura, con una fuerza sobrehumana, y poco a poco íbamos cayendo todos. Yo me escondía en el altillo, tras una pila de libros viejos, pero Audrey no tardaba en aparecer diciendo pitas, pitas, pitas, como si estuviese dando de comer a *Punki* & *Panki*. Al verme, se me tiraba encima, dispuesta a llenarme de chupetones. Supongo que he gritado su nombre en voz alta, porque me ha despertado la cortina del box. ¿Me llamabas?, ha preguntado Audrey desde el umbral. No. Bueno, sí, he dicho algo aturdido. ¿En qué quedamos? Creo que te he llamado en sueños. Debía de estar todo sudado, porque ha cogido una toalla y me la ha pasado por la cara y por el pecho. ¿Y qué soñabas? Que nos habíamos convertido en zombis. Se ha reído y, al inclinar la cabeza hacia atrás, me ha parecido que tenía un chupetón en el cuello.

Domingo, 18 de julio

Esta noche, por fin, ha llovido. Me han despertado unos goterones densos, plomizos, que crepitaban en el techo del pabellón como palomitas de maíz. Audrey estaba tumbada en mi cama, atenta a la tos seca de María que llegaba a intervalos irregulares desde el último box. Por los ventanales no ha tardado en filtrarse el olor de la tierra mojada, un olor que me gusta casi tanto como el de los libros viejos. Alguien me contó una vez, creo que fue Gabi, el jardinero, que el olor que desprende la tierra al recibir las primeras gotas de lluvia se debe a una bacteria inofensiva, llamada bacteria de Albert, que al entrar en contacto con el agua produce una fragancia que a los humanos nos pone nostálgicos, pero que a algunos animales les salva la vida, como a los camellos, que gracias a ella son capaces de rastrear el agua en el desierto, incluso a kilómetros de distancia. Petricor, ha dicho Audrey, desperezándose. ¿Qué? Que se llama petricor. ¿El qué? El olor a tierra mojada.

Recuerdo haber leído hace ya mucho tiempo (pero a mi edad hace ya mucho tiempo de todo) que cuando nos despertamos es siempre por una señal producida sobre alguno de nuestros sentidos: el oído (ya sea el despertador o el ronquido de nuestra pareja), la vista (la luz que entra por la ventana), el tacto (una mosca que se pasea con indolencia por nuestra frente), el olfato (el olor del café o del pan tostado, que se cuela por la rendija de la puerta y nos despierta la conciencia por el estómago) o incluso el gusto (dicen que si se deja caer una pizca de sal o de pimienta en la boca de un dormido, se despierta ipso facto). No recuerdo en qué libro leí esta teoría tan curiosa, pero lo que sí recuerdo es que en el libro en cuestión se explicaba la historia de un grupo de chavales de un internado que llevan a cabo un experimento llamado el «despertar total»: eligen a la víctima y, unos minutos antes de la hora oficial de despertarse, uno le sacude el brazo, otro lo deslumbra con una linterna,

otro lo llama por su nombre, otro le pone bajo la nariz un algodón empapado en amoníaco y otro le introduce unas gotas de vinagre en la boca. Todos al mismo tiempo. Al pobre compañero casi le da un patatús, y llegan a la conclusión de que estimular a la vez los cinco sentidos de un durmiente puede llegar a ocasionar la muerte. No recuerdo que el libro dijese nada al respecto, pero desde que lo leí siempre he pensado en la posibilidad contraria: si consiguiéramos anular por completo los cinco sentidos, ¿dormiríamos eternamente?

Mientras escribía la teoría de los cinco sentidos, ha aparecido *Petra*, que por lo visto ha hecho de la enfermería su residencia principal. Se ha subido a la cama, ha arqueado el lomo, ha bostezado y se ha restregado contra mi pierna. Como estaba con las cosas de Morfeo, me he puesto a pensar en algo que siempre me ha intrigado: el contagio del bostezo. ¿Por qué cuando en una reunión, o en un autobús, o en un ascensor alguien bosteza, poco a poco empezamos todos a bostezar? Siempre había oído decir que era por culpa de las neuronas espejo, un mecanismo de defensa del ser humano: si algún miembro de la tribu bosteza, hay que aumentar la vigilancia. Y me han entrado ganas de saber si el contagio se produce también entre distintas especies. Así que he cogido a *Petra*, me la he puesto en el regazo, le he levantado la cabeza y he fingido un bostezo. Nada. Se ha limitado a mirarme con displicencia. He hecho un segundo intento forzando más el bostezo, soltando incluso un pequeño gemido de satisfacción. Nada. Ha entornado los ojos, en un gesto de superioridad moral que me ha parecido casi ofensivo. Te vas a enterar, he pensado, y me la he acercado a la boca, hasta tenerla a medio palmo de distancia. Aaaaahhhh. Nada de nada. Una esfinge. La he vuelto a dejar en la cama, dispuesto a aceptar, tras la comprobación empírica, que el contagio del bostezo no se produce entre especies. Entonces *Petra* se ha enroscado entre mis pies, me ha mirado y ha bostezado. Pero lo mejor no ha sido eso: lo mejor es que me han entrado ganas de bostezar a mí también. Ganas de verdad.

Lunes, 19 de julio

Audrey está preocupada por María. La fiebre no le baja y, sin oxígeno, se asfixia. Ya ha gastado uno de los tanques y su tos es cada vez más tímida, más etérea, como si se estuviese apagando o no quisiera molestar. Por eso Audrey ha decidido pasar la noche en el box, atenta a cualquier altibajo en sus constantes vitales: temperatura, respiración, presión arterial, ritmo cardíaco. Le tocaba hacer guardia en la torre del agua, pero Jaume la ha reemplazado. Yo he dormido del tirón y esta mañana, al levantarme, he ido a verlas. Audrey se había quedado dormida en la butaca y María tenía las manos entrelazadas a la altura del pecho, con los nudillos clavados en el mentón y los labios temblorosos, como si estuviera murmurando o rezando un padrenuestro, los

ojos abiertos y la mirada fija en los fluorescentes apagados. Me he quedado observándola y he pensado en la primera conversación que tuve con ella, al poco de llegar, cuando el alzhéimer aún le permitía recordar algunas cosas.

¿Sabes que yo enseñé a cantar a David?, me preguntó. ¿Qué David?, le contesté. ¿Qué David quieres que sea? David, el famoso. Intenté imaginar a quién podía referirse. Me vinieron a la cabeza varios cantantes de nuestra época. ¿David Bisbal?, le pregunté. No, hombre, no, qué Bisbal ni qué leches. ¿Bustamante? Bah, no me vengas con apellidos: el David de Cornellà, el que cantaba con su hermano, que sus padres eran extremeños y tenían un bar enfrente de la comisaría. Ah, ¿los Estopa?, aventuré. Ahí le has dao: los Estopa. Pues al David le enseñó a cantar esta menda. Era un crío, tenía tres o cuatro años menos que yo, pero apuntaba maneras. Vivíamos en el mismo barrio, en San Ildefonso, a un par de calles nada más. Un día le escuché cantar en un garito y me dije: este chaval vale para esto. Yo siempre he tenido muy buen ojo, vengo de familia de cantaores flamencos. Un primo mío trabajó con los Farruco y tengo varios sobrinos que se dedican al cante jondo. Así que le dije que se pasara por casa, que iba a darle unos consejos. Estuvo viniendo durante algún tiempo, no te creas, pero luego se hicieron famosos y no lo volví a ver. La última vez que me crucé con él, antes de casarme y venirme a vivir a Buenavista, hizo como que no me conocía, el muy tunante. Como si yo fuese a pedirle cuentas por algo. Como si pensara que le iba a exigir dinero por todas las clases que le había dado gratis. Porque, además, te voy a confesar una cosa… pero tienes que jurarme que me guardarás el secreto. Seré una tumba, le prometí. Júramelo. Te lo juro por estas, le dije, y me besé el dedo gordo, metiéndolo entre el índice y el corazón. Yo soy la de la parada del autobús. ¿Qué autobús? Pues cuál va a ser: la de la falda. ¿La de la raja de la falda?, exclamé. Ssshht, calla, no hables tan alto, que al final conseguirás hacerme famosa.

Aún recuerdo el estribillo de aquella burda canción con la que se dieron a conocer los dos hermanos, incluida décadas después en la lista de las cien mejores canciones de rumba-pop de la historia, elaborada por la revista barcelonesa *Flam & Co*. Y si lo recuerdo es porque Leire se aficionó a la rumba-pop tras pasar unos días en Sevilla, en casa de Jechu, y al volver a casa se bajó la lista y estuvo escuchándolas a todo volumen el resto del verano. Junto a grandes éxitos de los 30 y los 40, como «Menos lobos» de Miguel Abascal o «Yo no he sido» de Las Chachas, también había canciones de mi época, como «Joselito» de Kiko Veneno o «La lista de la compra» de La Cabra Mecánica. No deja de ser curiosa la expresión «de mi época», como si esta no fuese también la mía. David Trueba solía decir, antes de que un infarto de miocardio se lo llevara al otro barrio mientras cantaba «Señora» de Rocío Jurado en un karaoke, que uno es de donde da su primer beso.

Parafraseándolo, podríamos decir que uno es de cuando compra su primer disco. Claro que los jóvenes de hoy día ya no compran discos.

Me he sentado a los pies de la cama y he apoyado la pierna mala en la empuñadura de la muleta. Audrey seguía durmiendo y un hilillo de baba le caía por la comisura de los labios. María, por su parte, había dejado de murmurar, pero continuaba con las manos entrelazadas mirando al techo.

¿Sabes a quién conocí también?, me dijo en aquella primera conversación. ¿A quién? A otro que era de mi barrio, no me acuerdo cómo se llamaba, no sé qué le pasa a esta cabeza mía. Uno que corría, que ganó muchas medallas, que eran cuatro hermanos. ¿Reyes Estévez?, le pregunté. Eso, Reyes Estévez. Era amigo de mi hermano Benito, corrían juntos. No me lo puedo creer, le dije. Te lo juro por mis muertos: a ese chico le enseñé yo a andar. No, si me refiero a lo de tu hermano: Benito Jaramillo, claro. Yo lo conocí, corrí con él. María me miró con suspicacia, como si estuviese tomándole el pelo. Y a Reyes Estévez también. De tu hermano no me acuerdo mucho, solo recuerdo que era muy moreno y más bien bajito. Pero de Reyes me acuerdo perfectamente. Yo corría en el Reus Ploms, el club que había en la carretera de Tarragona. Dicen que quieren construir un centro comercial en la antigua pista de atletismo, que quedó destrozada por las bombas durante la guerra. María siguió mirándome con desconfianza, como si no le hiciese mucha gracia que hubiera conocido a su hermano, temerosa tal vez de que descubriese alguna de sus mentiras o de sus fallos de memoria. De hecho, a Reyes le gané una vez, proseguí. Eso es imposible, me dijo muy segura de sí misma, a Reyes no le ganaba nadie, ni siquiera mi hermano. Al pimpón, quiero decir, le gané al pimpón. Y menudo rebote pilló el tío, no le gustaba perder ni a las canicas, me reí. Noté que María no se encontraba muy a gusto con el derrotero que estaba tomando la conversación. ¿Y qué ha sido de tu hermano?, le pregunté. Ni idea, nos enfadamos hace años y no lo he vuelto a ver.

He tenido que parar de escribir porque me había quedado sin lápiz: después de tres semanas sacándole punta con la navaja, no era más que una colilla de cigarro. He ido a buscar a Gustau y me ha dicho que en la carpintería hay una caja llena de lápices, al lado de la cepilladora. He dado un pequeño rodeo para no tener que bajar escaleras, he dejado a mi derecha la nave de mantenimiento y el pabellón 19, que hacen las veces de muralla, y he entrado en la carpintería. He localizado la cepilladora entre las numerosas máquinas y herramientas de ebanistería, muchas de ellas heredadas de la época en que el Pere Mata era un hospital siquiátrico, y no he tardado en encontrar la caja de lápices Alpino, rojos, largos y achatados, que es como debe ser un buen lápiz de carpintero: rojo para que salte a la vista, largo para llegar lo más lejos posible y achatado para que no ruede cuando se deja encima de una superficie inclinada.

Por cierto: de tanto escribir, me ha salido un callo en el dedo.

Por la tarde, María ha tenido una parada cardiorrespiratoria. Audrey ha empezado a gritar pidiendo ayuda. Me he levantado de la cama y me he acercado al box n.º 4 a toda prisa, sin tiempo de ponerme la bota walker. Cuando he llegado, Audrey le estaba metiendo a María un tubo en la boca, conectado a una pera de aire. ¡Rápido, ayúdame a colocar el tablero!, me ha dicho señalando una especie de tabla de surf naranja que había a un lado de la cama, repleta de agujeros de distintas formas y tamaños. He soltado la muleta y he cogido el tablero, mientras Audrey tiraba de María por el hombro y la cadera para colocarla de costado. ¡Pónselo debajo!, me ha dicho. Una vez tumbada sobre el tablero, Audrey ha apretado dos veces la pera de aire. Luego ha empezado a presionarle el esternón con ambas manos, una encima de la otra, a intervalos regulares, contando en voz alta. Cuando ha llegado a quince, ha vuelto a vaciar la pera. Ha repetido la operación tres o cuatro veces. Luego le ha puesto dos dedos en el cuello. Ha mascullado algo y se ha pasado una mano por la cara, secándose el sudor. ¡Ven aquí!, me ha ordenado. He dado la vuelta, apoyándome en la barandilla que hay a los pies de la cama. Has visto cómo lo he hecho, ¿no? He afirmado con la cabeza. Entrelaza los dedos y presiona con las dos manos, justo aquí, por encima del xifoides. No he querido preguntarle qué carajo era el xifoides, me he limitado a poner las manos donde me decía. Cuenta hasta quince. Si cuando acabes no he vuelto, aprieta dos veces el balón y vuelve al masaje cardíaco. ¿Entendido? Antes de que pudiera decir que sí, ya había salido corriendo. He empezado a presionar con ambas manos, contando mentalmente y notando a cada impulso las quejas de mi tobillo. El pecho de María se hundía bajo mis torpes embates, pero seguía sin dar señales de vida. Al llegar a ocho, he oído blasfemar a Audrey. No ha tardado en volver con un desfibrilador en la mano y cara de circunstancias. La batería está descargada, ha dicho.

Cinco minutos después, nos hemos rendido a la evidencia.

Uno nunca está preparado para la muerte. Creo que fue Platón quien dijo que filosofar es aprender a morir. Yo siempre he pensado que la filosofía debe enseñarnos a vivir. A vivir felices, se entiende. Porque vivir en la desdicha no es vivir. Aunque tampoco hay que olvidar, como decía Schopenhauer, que el método más seguro para no llegar a ser muy desgraciado es no aspirar a ser muy feliz. De ahí la paradoja de que los pesimistas sean a menudo más felices que los optimistas: porque cualquier atisbo de felicidad los sorprende gratamente, mientras que los optimistas se desmoronan ante los infortunios. Alguien me dijo una vez que no es lo mismo un optimista-pesimista que un pesimista-optimista: el optimista-pesimista es el que dice «El futuro será maravilloso, pero yo no lo veré», mientras que el pesimista-optimista es el que dice «El futuro será una mierda, pero yo no lo veré». De hecho, mi amigo

Albert, el padre de mi ahijada, solía decir que el mundo se divide en tres tipos de personas: los optimistas, los pesimistas y los realistas, y que la única diferencia entre los pesimistas y los realistas es que estos tienen pruebas. Me lo recordó la última vez que nos vimos, poco después del inicio de la moratoria. Vinieron al Pere Mata los tres, Mar, Cristina y él, e intentaron convencerme de que me fuera con ellos a una casita que se habían comprado en la Costa Azul francesa, cerca de Niza. Albert iba en una silla de ruedas de última generación, con sistema oruga para subir y bajar escaleras, y Cristina tenía dificultades para hablar por culpa de una embolia reciente, pero Mar insistió en que no ganaba nada con postergar lo impostergable, que lo más sensato era irse cuanto antes. Seamos realistas, dijo. Fue entonces cuando Albert, orgulloso de su astilla, sacó a relucir la famosa tríada. Los convencí diciéndoles una mentira piadosa: que Leire había prometido venir a buscarme.

Martes, 20 de julio

Gustau y Bruno se han pasado la noche construyendo un ataúd, mientras Jaume y Unai cavaban un foso en el patio de la capilla, junto a la tumba del padre Andrés, al que enterramos en invierno. Para construir el féretro han usado los bancos de los feligreses, a pesar de la oposición inicial de Linda, que lo consideraba un sacrilegio. La han convencido diciéndole que un féretro es un objeto sagrado y que no iban a construirlo con las maderas de la letrina. Los demás nos hemos ido turnando para velar el cadáver en la enfermería, pues hemos optado por convertir el box n.º 4 en capilla ardiente. Alguien propuso que veláramos a María en su cuarto, pero no tenía demasiado sentido llevarla hasta el PSG, subir la escalinata y volver a bajarla hoy con el ataúd a cuestas. Elsa ha traído varios cirios que había en la sacristía, de los que el padre Andrés compró a precio de saldo cuando la cerería Salvadó cerró sus puertas, y los ha colocado estratégicamente para iluminar el rostro de la difunta sin que diese una impresión demasiado fantasmagórica. Entre Paula y Bertha le han puesto un vestido negro que han encontrado en el armario de su habitación. A Audrey se la veía muy afectada, como si se culpase por lo sucedido. Es estúpido: ha hecho todo lo que estaba en sus manos, incluso más. A María le había llegado su hora. Punto pelota.

Con las primeras luces del alba, han traído el ataúd. Se habían tomado incluso la molestia de darle una capa de pintura y de colocar en su interior una sábana y un cojín. También habían clavado cuatro tacos en la parte exterior, dos a cada lado, a modo de agarraderas. Lo han dejado en el suelo y han trasladado el cuerpo de María. No habían calculado bien el ancho de la caja y quedaba como embutida, con los hombros contra las paredes. Pero nadie se ha atrevido a hacer ningún comentario. Alguien había traído sus objetos personales (un rosario, un monedero, varias estampillas, un reloj de

pulsera, una tableta, un viejo smartphone) y los hemos metido también en el féretro, como si fuese una faraona. Gustau y Unai han puesto la tapa y la han cerrado con clavos. Audrey le ha preguntado a Unai si estaba en condiciones de cargar a hombros el ataúd y Unai le ha dicho que no pensaba cargarlo con el hombro malo. Hablábamos en voz baja sin motivo aparente y parecíamos movernos a cámara lenta, con gestos blandos y torpes. Supongo que era el efecto de la noche pasada en vela: la falta de sueño altera la percepción de la realidad. Hemos salido de la enfermería, hemos pasado junto a la fuente y hemos atravesado la capilla para acceder al patio. Al cruzar la puerta de la sacristía, Jaume ha tropezado y el ataúd ha estado a punto de caerse al suelo. El susto ha acabado de despertarnos. Han bajado el féretro con la ayuda de dos cuerdas que habían extendido junto al foso y, no sé por qué, me he acordado de Arquímedes. Dadme un punto de apoyo y moveré el mundo. Antes de echar la tierra, Linda ha querido rezar un responso, pero solo Gustau la ha secundado.

—Escucha, Señor, nuestras súplicas y ten misericordia de tu sierva María, para que no sufra castigo por sus pecados, pues deseó cumplir tu voluntad. Y ya que la verdadera fe la unió aquí en la tierra al pueblo fiel, que tu bondad divina la una al coro de los ángeles y elegidos. Por Jesucristo nuestro Señor.

—Amén.

Bertha ha lanzado un ramillete de flores y hemos cubierto el ataúd. Sobre la sepultura, Linda ha puesto una cruz. Luego cada cual ha vuelto a sus ocupaciones, deseando no ser el siguiente de la lista.

Por la tarde nos hemos llevado una sorpresa muy desagradable: la radio había dejado de funcionar. Hemos cambiado las pilas, pero no ha servido de nada. Habrán inhibido todas las frecuencias.

Miércoles, 21 de julio

Esta noche he soñado contigo. Supongo que el entierro de María me ha hecho pensar en el tuyo y te has colado en mi subconsciente. Dicen que lo que soñamos por la noche está siempre relacionado, de un modo u otro, con lo que vivimos durante el día. Recuerdo que de joven me dio por hacer un experimento: por las noches, al apagar la luz, me ponía a pensar en alguien con todas mis fuerzas hasta que me quedaba dormido; y muchas veces acababa soñando con esa persona. Pero para soñar contigo no necesito pensarte antes de irme a la cama. Estás en el pódium de mis sueños recurrentes, junto a que me caigo por el agujero de un ascensor o a que me implantan un chip en la nuca, un miedo cerval que nunca me ha abandonado del todo, por mucho que mi amigo François Delauney me hiciera ver ya en los años 20 que la implantación masiva no tenía ningún sentido desde el momento en que los teléfonos inteligentes se habían convertido en prótesis de nosotros mismos.

El sueño era inconexo, como un viejo álbum de fotos incompleto o un puzle al que le faltan varias piezas. Todo empezaba con una especie de ordalía: para probarte mi amor, tenía que correr descalzo por un terreno cubierto de cascos de botella, que se iban quebrando a mi paso. Luego estábamos en un restaurante italiano y yo quería una fondue, tú me decías que en los restaurantes italianos no tienen fondues y yo insistía en que quería comer una fondue. Al final nos traían una pizza y yo pedía la hoja de reclamaciones. Más tarde estábamos en un sensicine y, en mitad de la película, me entraban ganas de ir al baño. No sé qué película era, pero me he despertado al soltar las primeras gotas. Por suerte Audrey no estaba conmigo.

Después de comer, hemos tenido asamblea. La hemos vuelto a celebrar en el salón del PSG. Jaume ha dicho que esta mañana, desde la torre del agua, le ha parecido ver a un hombre merodeando por los alrededores. ¿Qué significa que te ha parecido verlo?, le ha preguntado Bertha, ¿lo has visto o no lo has visto? Bueno, he visto a un hombre que subía por la Boca de la Mina y se metía en los Tres Deditos. Por un momento he pensado que era Vlado, porque llevaba una gorra militar como la suya, pero al fijarme bien he visto que tenía el pelo largo. Un par de horas más tarde lo he vuelto a ver bajando por el carrer del Doctor Labad. Linda ha propuesto que dobláramos las guardias, pero solo ella y Unai han votado a favor de la medida. La «comisión del agua», por su parte, nos ha dado una de cal y otra de arena: el pozo que hay junto al pabellón de los Distinguidos está seco, pero ya han arreglado la balsa y la lluvia del otro día sirvió para ponerla a prueba.

Jueves, 22 de julio

Hoy es el cumpleaños de Leire y no voy a poder felicitarla, ni siquiera por teléfono. Es una sensación muy extraña. Hablé con ella dos o tres días antes del Gran Apagón. Tuvimos una discusión terrible. Me había mandado un billete Barcelona-París-Shanghái y yo no había querido utilizarlo. Era la última oportunidad que tenía para salir del país en avión, antes de que cerrasen los aeropuertos. Me dijo que estaba mal de la cabeza, que era un viejo caprichoso y testarudo, un egoísta. Me dijo, incluso, que era un mal padre. Supongo que tenía razón en todo. ¿Por qué, si no, me habría empeñado en quedarme aquí hasta el final? Pero la alternativa me producía escalofríos: a mi edad, irme a vivir a Shanghái, una ciudad de veinticinco millones de habitantes censados (el máximo que permite la ley), más otros cinco o seis millones de personas flotantes, cuando no directamente ilegales, se me antojaba poco menos que un infierno, por mucho que allí estuvieran mi hija y mi nieta. Antes de colgarme el teléfono, me dijo que le habían concedido el permiso para tener un segundo hijo y que estaba ahorrando para pagar el útex (al parecer es más barato comprarse uno nuevo que reciclar el antiguo), por lo que no pensaba mandarme ni un yuan más.

Todavía recuerdo el día en que Leire nos dijo que quería irse a estudiar Relaciones Internacionales a Tokio. Llevaba varios años aprendiendo japonés, tras haberse aficionado de pequeña al manga y al anime, y era el sueño de su vida. La crisis económica había empezado a hacer estragos y yo me había quedado sin trabajo, cuando aún faltaban tres años para poder jubilarme, tras la reforma de la ley de pensiones del primer gobierno Carnicero. Mi madre nos había dejado varios meses atrás y Leire estaba muy afectada, no solo por la forma trágica de su muerte, sino porque había vivido con ella en su casa del carrer Taxdirt, mientras estudiaba el bachillerato, y estaban muy unidas. Todavía veo la cara de mi madre presumiendo, con arrugado regocijo, de haber sido compañera de piso de su hijo y de su nieta. Por aquel entonces, Otto acababa de dejar su trabajo en Talos Inc. y se dedicaba a cultivar patatas en el Garraf. Mi hermana, por su parte, hacía un par de años que estaba jubilada y se había ido a vivir a Londres, donde su hija Olga triunfaba como bailarina en el English National Ballet, antes de emprender una exitosa carrera como coreógrafa que la llevaría a dirigir el Ballet Metropolitano de Buenos Aires. Total: que vendimos la casa de mi madre, nos fuimos a vivir a Sant Pere de Ribes y Leire pudo cumplir su sueño de estudiar en Tokio. Lo que no imaginábamos era que iba a enamorarse de su profesora de taichí y se iba a quedar a vivir para siempre en la otra punta del mundo.

Felicidades, Leire. Que cumplas muchos más.

Audrey ha venido a ver cómo estaba mi tobillo. Me he quitado la bota walker airplus y he dejado que me lo inspeccionara, presionando hacia arriba y hacia abajo, hacia un lado y hacia el otro. Esto está mucho mejor, ha exclamado mientras me daba friegas con el aceite de hierbabuena, ¿no te parece? Le he dicho que sí con una sonrisa de agradecimiento y me ha guiñado un ojo, antes de explicarme, con la ayuda de un folleto repleto de dibujos, los ejercicios de rehabilitación que tengo que hacer tres veces al día. Debo reconocer que hay un tema en el que no he sido lo suficientemente claro, o lo suficientemente honesto, pues siempre me ha costado expresar mis sentimientos, más aún por escrito. De hecho, durante muchos años, hasta que nació Otto, escribí una especie de almanaque al que llamaba pomposamente «florilegio fáctico», pues en él anotaba los hechos (solo los hechos) más relevantes del día, sin permitirme expresar opiniones de ningún tipo, ni reflexiones, ni menos aún (¡vade retro, Satanás!) sentimientos o emociones. Si alguna vez se me escapaba algún comentario de este tipo, pedía perdón acto seguido y prometía no volver a hacerlo. Pero ¿a qué venía todo esto? Ah, sí: a que, aunque no lo haya dicho explícitamente, aunque no haya querido ni tan siquiera insinuarlo, aunque probablemente yo mismo pretenda, por miedo o por vergüenza, mirar hacia otro lado y ocultar mis sentimientos, me parece que no tiene ningún sentido seguir negando la realidad, por absurda que sea:

a mis casi noventa años, parapetado en un antiguo manicomio, sin luz, ni agua, ni carburantes, me he vuelto a enamorar. ¿Me estás escuchando?, me ha preguntado Audrey. Perdona, ¿qué decías? Que cómo quieres que celebremos que puedes mandar a paseo la bota walker y empezar a caminar.

Lo primero que he hecho ha sido pedirle que me acompañara al altillo, pues se me habían acabado las hojas. La vieja escalera de caracol ha crujido bajo mis pasos inseguros. Sentía molestias en el tobillo, pero no me dolía. Al llegar arriba, Audrey ha encendido la linterna y, aunque el techo del trastero es suficientemente alto como para caminar de pie por el pasillo central, he agachado de manera instintiva la cabeza. Al fondo había montones de cajas con números garabateados en los laterales, siguiendo un mismo patrón: 6-IV-1/32, 9-VI-28/55, 11-I-30/60. La primera vez que subí al altillo, poco después del apagón, pensé que eran fechas, pero luego me di cuenta de que el tipo de inscripción coincidía con la signatura que había en el lomo de los libros. Gustau me contó que las dos primeras cifras indicaban la estantería y la balda donde habían estado alojados los volúmenes, a los que correspondía el tercero de los guarismos. ¿Quieres que te deje solo?, me ha preguntado Audrey. Me gustaría que te quedaras conmigo toda la vida, le he respondido.

Cuando me ha dejado solo, me he sentado sobre una caja cerrada, con el escalpelo en una mano y la linterna en la otra. Hacía un calor sofocante. La primera caja que he enfocado estaba abierta y llevaba el código 11-VII-1/28. He metido la mano y he empezado a sacar las obras completas de Goethe, de Platón, de Santa Teresa de Jesús, todas ellas en las viejas ediciones de Aguilar. Luego, como si hubiese estado esperándome, *La estética del pesimismo*, de Schopenhauer, con la signatura 11-VII-21 en el lomo y tres hojas impolutas al final del volumen. Las he recortado con el escalpelo y he ido acumulando hojas de cortesía hasta llegar a la treintena. Luego me he limitado a curiosear otras cajas. En la 11-V-30/64 he encontrado una selección de diarios de enfermos mentales, como el *Diario de un esquizofrénico*, de un tal Urbegi, publicado a principios de siglo por una editorial bilbaína de extrañísimo nombre, Desclée de Brouwer; o el *Diario de una joven bipolar a ratos*, de Carolina Bofill, publicado por la editorial reusense Rosa Rosae en los años 20. Me los he llevado para echarles un vistazo, pues desde que empecé a escribir este diario siento curiosidad por la manera en que otros han afrontado el difícil y paradójico reto de escribir sobre sí mismos y para sí mismos. En otra caja he encontrado varios diccionarios, entre los que me ha llamado la atención el *Diccionario de dichos y frases hechas* de Alberto Buitrago, y no tanto porque pueda servirme para renovar mi gastado repertorio (que también), sino porque me ha hecho recordar algo que tenía completamente olvidado: que Alberto Buitrago presentó una de mis novelas hace casi medio siglo en Salamanca, cuando yo aún era un joven escritor con ganas de

comerme el mundo. Al ir a ver cuántas hojas de cortesía tenía (ya no puedo abrir un libro sin fijarme en ello), he descubierto que el diccionario estaba dedicado por el propio autor: «Para Consuelo—decía—, que sabe que regalar un libro es regalarse».

Aunque la mejor de las sorpresas aún estaba por llegar. Tras abrir varias cajas de libros sobre siquiatría y sicoanálisis, trastornos sicóticos y ansiedad, toxicología y sicogeriatría, sicopatología infantil y musicoterapia, esquizofrenia, autismo, paranoia o sicosis, he dado con una caja llena de biografías de reusenses ilustres, que iban desde el general Prim hasta Kevin Llorens, pasando por Marià Fortuny, Antoni Gaudí, Gabriel Ferrater, Andreu Buenafuente, Aida Folch o Margalida Trueta. Y la sorpresa ha sido encontrar, entre todos ellos, un volumen titulado *Fructuós Canonge, el Merlín catalán*, publicado en 2033 por la extinta Seix Barral y firmado por Irene García Virgili. El corazón me ha dado un vuelco: ¡mi querida Irene! Así que al final lo logró, y yo no me había enterado… Fructuós Canonge no nació exactamente en Reus, sino en Montbrió del Camp (pero, si nos ponemos estupendos, Gaudí tampoco nació en Reus, sino en Riudoms) y su historia es de película: tras ganarse la vida como limpiabotas en la plaça Reial de Barcelona a mediados del siglo XIX, acabó convirtiéndose en un reputado ilusionista que llegó a actuar para Isabel II. Irene intentó convencerme de que escribiera un libro sobre él, pero por entonces yo estaba intentando terminar mi trilogía y le dije que ya hablaríamos más adelante. Pero más adelante nació Otto y dejé de escribir, me recluí en mi familia y perdimos el contacto. Querida Irene, estés donde estés, que las musas te acompañen.

Por la tarde, he vuelto a instalarme en el pabellón de Servicios Generales. He trasladado las cuatro cosas que tenía en la enfermería (los libros, el diario, la ropa, las medicinas) a mi cuarto de la primera planta, entre la habitación de María y la de Bruno. Estaba tal como la dejé hace un mes: con el embozo hecho y las contraventanas entornadas, con un vaso de agua y una vela a medio consumir en la mesita de noche, con el orinal de fibra de vidrio (afortunadamente vacío) debajo de la cama. Pero yo sí había cambiado: el espejo del armario me ha devuelto por primera vez mi nueva imagen. Y las cosas como son: hay que reconocer que la barba me sienta divinamente, y encima me disimula la papada (si es que puede llamarse papada al doble pellejo flácido que me cuelga del gaznate). Mientras me estaba mirando en el espejo, ha llegado Audrey y, al ver que había metido mis cosas en la habitación, ha dicho, con esa maravillosa crueldad que la caracteriza: ¿De verdad quieres dormir solo los últimos días de tu vida?

Viernes, 23 de julio

Me he instalado en la habitación de Audrey y más de uno se ha quedado flipando óvalos (por no decir alucinando pepinillos). Yo el primero, a decir

verdad. La habitación, con vistas a la entrada principal del Pere Mata y a la enfermería, está en la segunda planta, pero Audrey ha dicho que me conviene subir escaleras para fortalecer la articulación y los músculos. La cama es de matrimonio y hay un viejo escritorio que me va que ni pintado para redactar estas páginas. Además, el único vecino que queda en la planta es Unai, pues Vlado tenía aquí su habitación hasta que decidió abandonarnos. El resto están en el primer piso, excepto Bertha y Elsa, que prefirieron quedarse en el pabellón 7, y Gustau, que conserva su guarida en el chalet.

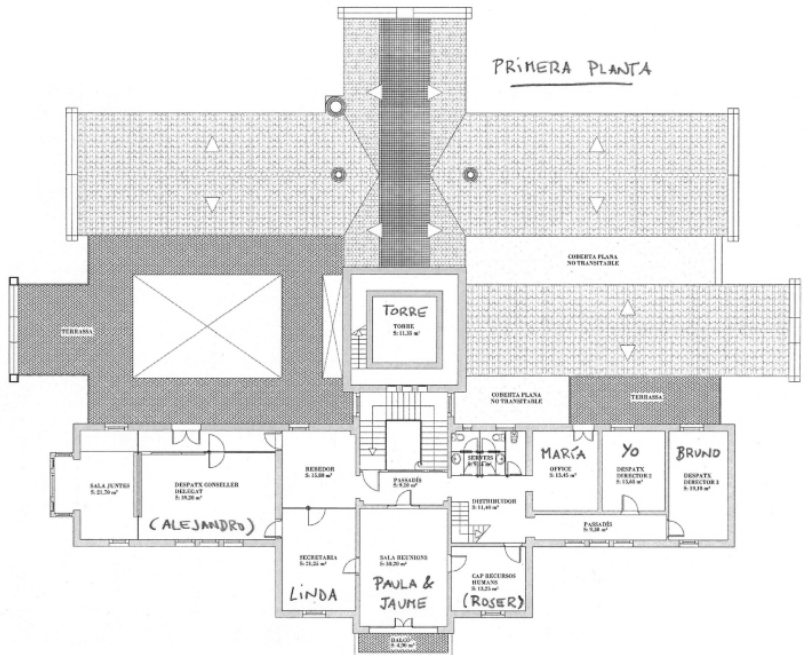
En la planta baja tenemos el comedor, la cocina, la despensa, una sala de reuniones que apenas usamos y varios despachos, en uno de los cuales guardamos las armas. También está la puerta que lleva a la torre del agua y a los sótanos, desde donde salen los túneles que comunican con el pabellón 7, con el pabellón de los Distinguidos o con el exterior del recinto amurallado, a través de una trampilla disimulada en las ruinas del Mas Masover, al suroeste del complejo.

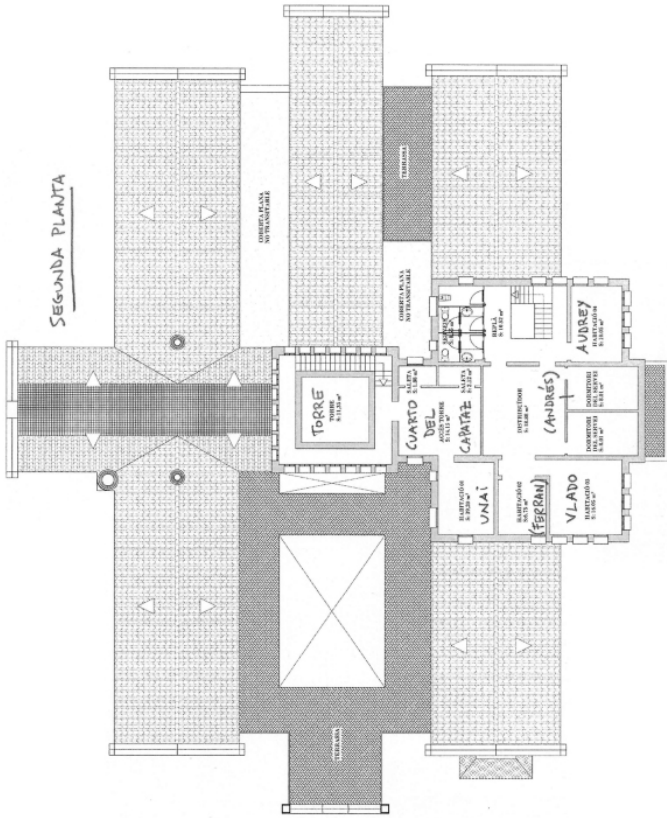
Pero acabo de recordar que ayer vi en el altillo de la enfermería un libro sobre el Pere Mata, con dibujos, fotos y planos del proyecto original, tal como fue diseñado por Domènech i Montaner en 1897. Voy a ver si lo encuentro y me dejo de tantas explicaciones.

No he encontrado el libro que buscaba, pero he encontrado algo mejor: un trabajo de final de carrera de un tal Guillem Colom titulado *Institut Pere Mata. Pavelló de Serveis Generals*. Está fechado en el año 2016 y, aunque los planos no contemplan la última remodelación, confío en que le servirán al improbable lector del futuro para hacerse una idea de la distribución de las habitaciones (me he permitido añadir de mi puño y letra los nombres de los distintos inquilinos, incluyendo aquellos que nos han dejado en las últimas semanas e incluso algunos de los que nos dejaron antes de que empezara a escribir este diario, como Alejandro, Roser, Ferran o el padre Andrés). Aquí los guardo, con la entrada de hoy.

A media mañana he oído gritos, seguidos de varios disparos. Procedían de la zona del parking y me he temido lo peor. Yo me encontraba en el corral, adonde había ido a recoger los huevos de *Punki* & *Panki*, que siguen con su ritmo de producción estajanovista (un huevo al día cada una, descansando una vez por semana, como Dios manda), y a comprobar con mis propias manos que *Manoli* ya no da leche (es cierto: ni una gota). Al oír los tiros, *Manoli* se ha asustado y ha empezado a correr como una loca en todas direcciones. He ido a ver qué pasaba y, al doblar la esquina del pabellón 7, he visto a Elsa lavando ropa junto al pozo.

PLANTA BAJA
SALÓN
ARXIU
S: 27,60 m²
CAP INFORMÁTICA
S: 10,00 m²
DEPARTAMENT INFORMÁTICA
S: 10,40 m²
TALLER/ MAGATZEM INFORMÁTICA
S: 8,95 m²
DESPENSA
COCINA
DEPARTAMENT ADMINISTRACIÓ
S: 55,60 m²
DESPATX
S: 9,65 m²
DEPARTAMENT COMPTABILITAT
S: 10,00 m²
SALA DE REUNIONES
PASSADÍS
S: 12,90 m²
PASSADÍS
S: 11,75 m²
DEPARTAMENT COMPTABILITAT
S: 10,55 m²
SERVIDOR INFORMATIC
S: 11,45 m²
DEPARTAMENT COMPRES
S: 10,45 m²
SIS.CAJA SOTERRANI
PAS
S: 4,00 m²
WC DISC.
S: 3,05 m²
PAS
S: 2,15 m²
DIRECTOR INFRAESRUCTURES
S: 14,75 m²
CUARTO DE ARMAS
OFICINA ADMINISTRATIVA
S: 72,70 m²
TORRE
TORRE
S: 11,35 m²
WC HOMES
S: 7,35 m²
WC DONES
S: 4,85 m²
DEPARTAMENT ADMINISTRATIU
S: 21,10 m²
PASSADÍS
S: 30,05 m²
GERÈNCIA FUNDACIÓ
S: 14,60 m²
PAS
S: 14,65 m²
PAS
S: 3,50 m²
WC HOMES
S: 16,35 m²
WC DONES
S: 8,85 m²
ARXIU
S: 10,75 m²
RECEPCIÓ
S: 5,00 m²
PASSADÍS
S: 23,70 m²
PASSADÍS
S: 5,20 m²
OFICINA RECURSOS HUMANS
S: 16,50 m²
CAP OFICINA RECURSOS HUMANS
S: 10,00 m²
OFICINA JURÍDICA
S: 10,00 m²
OFICINA
S: 10,00 m²
OFICINA MÈDICA ADMINISTRATIVA
S: 30,45 m²
DEPARTAMENT TÈCNIC COMERCIAL
S: 19,05 m²
DIRECTOR ADMINISTRACIÓ
S: 20,60 m²
HEREDOR
S: 33,70 m²
SALA DE REUNIONS
S: 21,35 m²
ENTRADA


PRIMERA PLANTA
COBERTA PLANA
NO TRANSITABLE
TERRASSA
TORRE
TORRE
S: 11,35 m²
COBERTA PLANA
NO TRANSITABLE
TERRASSA
SALA JUNTES
S: 21,70 m²
DESPATX CONSELLER
DELEGAT
S: 19,20 m²
(ALEJANDRO)
REBEDOR
S: 15,00 m²
PASSADÍS
S: 9,50 m²
SERVEIS
MARÍA
OFFICE
S: 13,45 m²
Yo
DESPATX
DIRECTOR 2
S: 13,65 m²
BRUNO
DESPATX
DIRECTOR 3
S: 19,10 m²
DISTRIBUIDOR
S: 11,40 m²
PASSADÍS
S: 9,50 m²
SECRETARIA
S: 21,25 m²
LINDA
SALA REUNIONS
S: 10,20 m²
PAULA &
JAUME
CAP RECURSOS
HUMANS
S: 13,25 m²
(ROSER)
HALL
S: 8,30 m²



¿Qué han sido esos tiros?, le he preguntado. Se ha encogido de hombros. Hemos llamado a Unai, que estaba de guardia en la torre del agua y no ha tardado en asomarse a la barandilla del pináculo. ¡Decidle a Paula que vaya preparando el alioli!, nos ha gritado antes de volver a desaparecer. Hemos dado la vuelta al PSG y nos hemos encontrado a Linda y Audrey mirando hacia el passeig de Briansó, por donde venía Gustau con los brazos levantados en señal de victoria: en una mano llevaba una escopeta y en la otra un conejo. ¿Alguien se anima a hacer una paella?, nos ha preguntado. He empezado a salivar.

Parece mentira cómo el ser humano puede seguir entusiasmándose en las condiciones más adversas. Uno pensaría que, cuando se trata de sobrevivir, no hay sitio para la ilusión o el deseo. Pero nada más lejos de la realidad. Basta leer los testimonios escritos por náufragos, presos o soldados para darse cuenta

de que la vida depende muchas veces de un anhelo, de un capricho, de una esperanza, como si lo que diferenciara al homo sapiens del resto de animales no fuese la inteligencia, o la capacidad de hablar, o de reír, o de sonrojarse, sino de renovar continuamente sus deseos, en un ciclo ininterrumpido de deseo y goce, afán y complacencia, anhelo y satisfacción. Pero la gran virtud de la receta no es solo que el deseo brote de nuevo una vez extinguido, como un ave Fénix que renaciera de sus propias cenizas, sino que la magnitud del deseo es siempre relativa: quien no posee nada se satisface con muy poco. A Robinson Crusoe, la aparición de Viernes le salva la vida. A quien presume de un millón de seguidores en FollowMe o en PhotoShare, un seguidor más o un seguidor menos le resulta indiferente. Es más: lo que para un campesino puede ser motivo de enfado (una huella en la tierra o una cereza picoteada), para un náufrago o para un preso pueden ser motivos de esperanza o regocijo. O pongamos, mejor, un ejemplo más cercano: ¿acaso lo que para un trabajador supone una rutina (la paella de los jueves en el menú de Casa Pepe), no ha sido hoy para nosotros el mayor de los jolgorios?

Esta es la receta de la paella de conejo al fuego de leña que nos hemos metido entre pecho y espalda, por gentileza de Bruno, que para algo es valenciano, y a la que poco le ha faltado para estar a la altura de las mejores paellas que he probado nunca: las que hacía mi amigo Xavi, aunque fuera de Premià.

INGREDIENTES PARA DIEZ PERSONAS

- 1 conejo recién cazado (despellejado y destripado, pero con su hígado, su corazón y sus riñones)
- 1 kilo de arroz (todavía quedan siete u ocho más en la despensa)
- 2 botes de tomate en conserva (del que hicieron el mes pasado Elsa y Bertha)
- 1/2 kilo de judías verdes recién cogidas del huerto
- 1/2 docena de zanahorias (las primeras de la temporada)
- 2 cebollas grandes
- 3 dientes de ajo
- 1 cucharada de pimentón (los restos del último frasco que nos quedaba)
- 1 ramita de romero (¡será por romero!)
- aceite de oliva (todavía nos quedan varias garrafas)
- agua
- sal

PREPARACIÓN

Se enciende un fuego en el ángulo comprendido entre el pabellón 15 y la capilla, al abrigo de miradas indiscretas (también se podría hacer en la barbacoa en la que cocinamos habitualmente, pero el cambio de escenario potencia el carácter excepcional del *gaudeamus*). Se colocan tres ladrillos en posición vertical alrededor del fuego, que servirán de base para la sartén

paellera. Se vierte el aceite en la sartén, comprobando que esté bien nivelada.

A continuación, se echa el conejo (troceado) y se remueve hasta que se dore. Hay que controlar el fuego para que no haya demasiada llama, que si no se chamusca la carne y luego Linda se queja. Se retira el conejo y se echan las judías verdes (sin los rabitos, que hay mucho tiquismiquis suelto) y las zanahorias (peladas y troceadas, como es de rigor). Se retiran del fuego cuando están doradas y se hace un sofrito con la cebolla y el ajo, añadiendo paulatinamente el pimentón, la sal y el tomate en conserva.

Cuando el sofrito adquiere un color parduzco, echamos un puñado de arroz por cabeza formando una cruz en la sartén (según aconsejan los más supersticiosos) y dejamos que se tueste durante un par de minutos (hay quien asegura que aquí está el secreto de la receta). Solo entonces removemos el arroz repartiéndolo equitativamente por toda la superficie, volvemos a poner en la sartén la carne y las verduras que habíamos retirado, y añadimos el agua (tres tazas por cada puñado de arroz). Dejamos que hierva.

A media cocción, echamos la ramita de romero y rectificamos de sal, si necesario. Cuando notamos que el arroz está casi hecho (no deberían haber pasado más de veinte minutos), retiramos del fuego y cubrimos con un trapo grande o un mantel, procurando que la tela no entre en contacto con la comida. Lo dejamos reposar unos minutos y luego lo volvemos a poner sobre las brasas para que quede el *socarrat*, que a Bruno y a mí nos vuelve locos, por muy cancerígeno que sea.

Se sirve en platos individuales y se come con tenedor, a menos que seas un snob y te comas la paella con cuchara. Si se han seguido los pasos indicados, tendrá tan buena pinta que incluso Elsa, que es vegetariana, acabará por hincarle el diente, aunque sea apartando el trocito de conejo que le haya caído en el plato. Un trocito que, por supuesto, los demás nos disputaremos como si nos fuese la vida en ello.

Por la tarde he vuelto a sentirme útil: todavía no tengo el tobillo como para hacer la ronda con el fusil a cuestas, pero sí para subir a la torre del agua, por muy empinados que sean los escalones, y pasarme cuatro horas sentado oteando los aledaños con los binoculares (y, reconozcámoslo, aprovechando para escribir este diario). Desde aquí puedo ver el mar al sureste, siguiendo en línea recta el passeig de Briansó, saltando la puerta de los carros, sobrevolando el centro de Reus, contemplando a vista de pájaro Vila-seca, recreándome en las atracciones abandonadas de Port Aventura, deslizándome por la empinada cuesta del viejo Red Force de Ferrari Land, tomando impulso en los chalets de Salou y dándome un chapuzón en la playa de la Pineda, completamente desierta a pesar de la estación del año en que nos encontramos.

Si en lugar de mirar hacia el sureste dirijo los prismáticos hacia el norte, me topo con los rascacielos de los Tres Deditos en primer plano y, un poco más

allá, el cerro de Santa Anna, con su ermita en la cúspide y el pueblo de Castellvell en la falda, ocultándome la urbanización Flor del Camp, donde pasé mi infancia y mi adolescencia, en la parcela número 10, actualmente n.º 1 del carrer Xaloc. Desde que mi madre vendió la casa a principios de siglo, no he vuelto a poner los pies en ella, pero hace unos años, cuando terminó la Tercera Guerra y vinieron a verme Raquel y Olga, fuimos a dar una vuelta en coche por la urbanización y pasamos por delante de nuestra antigua morada. Nos detuvimos para contemplarla y Olga nos dijo que parecíamos dos astronautas que acabaran de regresar a la Tierra tras media vida surcando el universo. En realidad, no éramos más que dos hermanos octogenarios intentando reprimir las lágrimas. Reconocimos la casa inmediatamente, aunque había sufrido cambios importantes. Para empezar, estaba completamente cercada por un enrejado de hierro cuyos barrotes terminaban en flores de lis, y había cámaras en la fachada principal y en el muro exterior de la calle. Además, habían añadido una segunda planta y construido un cobertizo de composite encima del garaje. Pero en su sitio seguía el enorme cedro del jardín, que sobrepasaba ya con creces la altura original de la casa. De inmediato recordé que a sus pies, mirando al mar, había enterrado una caja con los objetos más preciados de mi adolescencia: una medalla de atletismo, un poema escrito en una servilleta de bar, una nariz de clown, una flor hecha con el papel de estaño de una cajetilla de tabaco, un anillo de plata con la forma de un dragón, un collar con el símbolo de la paz, un click de Famobil. Imagino que seguirá allí, si los nuevos propietarios no la han encontrado, a dos palmos de profundidad, envuelta en papel de plata, dentro de una bolsa de plástico cerrada al vacío para preservar los recuerdos de la humedad, pues los recuerdos, como los objetos más preciados, hay que cuidarlos para que no enmohezcan.

Sábado, 24 de julio

Ayer, antes de abandonar mi puesto de vigilancia en la torre del agua, hice un último barrido con los prismáticos y, al dirigirlos hacia el oeste, vi a un hombre con gorra militar que bajaba por la avinguda de Monterols, abandonaba el camino y venía directo hacia el Pere Mata. No me quedó más remedio que empuñar el Smith & Wesson y disparar un tiro al aire.

Vlado nos había enseñado la teoría, pero disparar un arma no es como tomarse un medicamento o programar un petbot: no basta con leer el prospecto o el manual de instrucciones. Cuando terminó la primera fase del plan de evacuación y las cosas se pusieron realmente difíciles, los que no habíamos hecho la guerra ni el servicio militar recibimos un curso intensivo para aprender a usar las armas, pero de algún modo yo conseguí escaquearme y no disparé ninguna, tal vez con la excusa de que era mejor no malgastar municiones. Ayer, cuando el joven de la gorra abandonó el camino y vino

directo hacia nosotros, me empezaron a temblar las manos, se me secó la boca de golpe y las glándulas sudoríparas empezaron a trabajar a todo tren, especialmente las de las axilas. El revólver estaba cargado, de modo que no tenía más que empuñar el arma, quitar el seguro, llevar el percutor hacia atrás, apuntar al cielo y apretar el gatillo. Pero al sacarlo de la funda se me escurrió y a punto estuvo de caerse torre abajo. Afortunadamente, impactó contra uno de los balaustres y pude recuperarlo. Le quité el seguro con manos temblorosas, llevé hacia atrás el percutor hasta oír el clic, levanté el brazo, cerré los ojos y apreté el gatillo, pero no sonó ningún disparo. Cuando miré a ver qué pasaba, descubrí que había metido el dedo por detrás del gatillo y que lo que estaba apretando era el guardamonte. Cuando por fin sonó el disparo, abrí los ojos y vi al joven que salía escopeteado en dirección a la antigua vía del tren, agachando la cabeza y corriendo en zigzag, como si el flan en que yo me había convertido tuviese intención de perseguirlo a balazos.

Enseguida me llegaron voces por el hueco de la escalera, preguntando qué ocurría. Intenté tranquilizarlos diciendo que todo estaba en orden, pero debió delatarme el tono de voz, porque Unai no tardó en asomar la cabeza. ¿Qué ha pasado?, preguntó. Nada, creo que he visto al tipo que estaba merodeando el otro día, el que nos dijo Jaume. ¿El de la gorra militar? Exacto. Bajaba por la avinguda de Monterols y se ha acercado al Pere Mata, por eso he disparado al aire. ¿Y qué ha hecho? Se ha ido corriendo con el rabo entre las piernas.

Durante la cena intenté quitarle hierro al asunto y no dije lo que realmente pensaba: que tengo el presentimiento de que, a medida que se acerque el fin de la moratoria, los forasteros serán cada vez más escasos, pero más peligrosos, pues estarán más desesperados. Y ya se sabe que la desesperación aguza el ingenio y relaja los escrúpulos.

Que Dios nos coja confesados.

Cuando nos hemos despertado, Audrey me ha dicho que lo que más añoraba de los tiempos anteriores al Gran Apagón era escuchar música por las mañanas. Desperezarse con música, ducharse con música, desayunar con música. Yo nunca he sido nada melómano y hasta podría considerarme un analfabeto musical, por mucho que hiciera varios años de piano durante mi infancia y aprendiera a tocar la guitarra antes del nacimiento de Otto. Pero el comentario de Audrey me ha iluminado. Llevaba varios días pensando que me gustaría hacerle un regalo para agradecerle todos sus cuidados y no se me ocurría nada. Porque ¿qué regalar cuando vives recluido en un viejo hospital siquiátrico, cuando no tienes acceso a TakeYourGift y ya no quedan tiendas para ir de compras? ¿Una noche romántica en el pabellón de los Distinguidos? ¿Dos entradas para asistir al último montaje de *El espacio vacío*, de Peter Brook, en la sala de actos? ¿Una visita guiada al almacén y a la carpintería? ¿Un libro titulado *Boig per tu*, que encontraste en el altillo y que está

ambientado en el Pere Mata? Por supuesto que no. La única opción es un regalo artesano. Un instrumento de música, por ejemplo. Un xilófono. En la carpintería hay todo lo necesario: maderas, sierras, lijas, barrenas, clavos, barnices, telas… Lo más difícil será afinar los listones, pero puedo pedirle ayuda a Elsa, que fue profesora de música en Alemania. Y si al final me sale un churro, siempre puedo escribirle un soneto, ahora que he recuperado la soltura para los ripios gracias al poema irracional que estoy componiendo al trepidante ritmo de una palabra al día.

Por cierto, hablando de poemas irracionales, tengo que comentarle sin falta a Bruno la duda que me ha surgido y que me impide continuar hasta que la resuelva: el trigésimo segundo decimal de pi es un cero y no sé cómo escribiré mañana una palabra de cero letras.

Durante la comida, Paula estaba muy seria y nos miraba con cara de pocos amigos, como intentando ver en el interior de nuestras conciencias, hasta que Linda le ha preguntado con su desparpajo habitual que qué cojones le pasaba. Han desaparecido dos cajas de óvalos, ha respondido sin pestañear. Ella es quien se ocupa de controlar las existencias, con la meticulosidad propia de un corredor de comercio, así que si ha dicho que han desaparecido dos cajas es que han desaparecido dos cajas. Una de cocido y otra de degustación: con sus veinticuatro huevos cada una, ha añadido. ¿Estás segura?, ha preguntado Audrey, pero era una pregunta retórica. Completamente: ayer estaban, hoy no están. Nos hemos mirado los unos a los otros. Solo faltaban Elsa y Gustau. La acusación era grave, pues hace unos meses echamos a Ferran, un exconcejal del ayuntamiento aquejado de bulimia, por haber metido sus zarpas en la despensa de manera reiterada. No fue una decisión fácil, pero había que marcar la línea. Está bien, ha dicho Audrey, quien se las haya llevado, que las devuelva. Yo, personalmente, no quiero saber quién ha sido, ha añadido: me basta con que las vuelva a poner en su lugar. Si mañana a esta hora no han aparecido, removeremos cielo y tierra hasta encontrarlas y descubrir al culpable. Dicho lo cual, se ha levantado de la mesa y ha ido a explicar a Elsa y Gustau lo sucedido. La verdad es que Audrey, tras la marcha de Vlado, se ha erigido en la jefa de la tribu. Qué mujer tan admirable.

Al atardecer, le he pedido a Bruno que me acompañara a buscar la mesa de ajedrez a la enfermería, donde la habíamos dejado. Por el camino le he preguntado cómo continuar un poema irracional cuando el decimal es cero. Muy fácil, ha respondido esbozando una sonrisita sardónica. ¿Ah, sí? ¿Y se puede saber cómo? Usando una palabra de diez letras.

Lunes, 26 de julio

Por
primera
vez

desde
que
llevo
este
diario,
ayer
desobedecí
a
Plinio
el
Viejo.
No
escribí
ni
una
sola
línea.
Pero
el
motivo
fue
de
peso:
se
nos
coló
un
foráneo
en
el
Pere
Mata
y
estuvo
a
punto
de
violar
a
Paula.
Mañana

intentaré
explicar
lo
sucedido.
Hoy
no
puedo.

Martes, *27 de julio*

Voy a intentar contar lo ocurrido estos últimos días, desde la noche del sábado. A Audrey le tocaba guardia y yo me fui a la cama pensando en una palabra de diez letras que me permitiera concluir el sexto verso de mi poema irracional. El problema de este tipo de escritura constreñida (donde, para más inri, me he obligado a que los versos sean endecasílabos y rimen los pares en asonante) es que a menudo el hallazgo de una palabra obliga a replantearse las anteriores, de manera que el poema no se construye en línea recta sino más bien en arabesco, en tornillo, en hélice, o como diablos se llame esa figura. De modo que me acosté buscando una palabra de diez letras y cinco sílabas que rimase en asonante con 'vida' y que pudiese continuar el sentido de los dos últimos versos, que decían: «Sin más enemigos que la riqueza | avanzamos entre…». Como solo me venían términos que no acababan de funcionar (galimatías, monotonías, mitologías, soberanías, geografías, carnicería, melancolía o coquetería), recurrí al tirabuzón y probé a cambiar el verso entero, con variantes como «caminamos sobre» o «delatamos tanta». Pero este tipo de elucubraciones tienen la capacidad de dejar grogui al más pintado y ni siquiera me enteré cuando Audrey se metió en la cama.

Los gritos de Bruno nos despertaron en mitad de la noche. Luego sabríamos que eran las tres de la madrugada, pero en aquel momento no nos detuvimos a mirar la hora. Audrey saltó de la cama como impulsada por una catapulta y, cuando yo lo hice, ella ya estaba bajando las escaleras con la linterna en una mano y la pistola en la otra. Después de permanecer varias horas tumbado, mi tobillo necesita algunos segundos para ponerse en funcionamiento, y cuando llegué a la planta baja ya se habían congregado en la despensa los demás, excepto Gustau, que estaba haciendo la ronda, y Elsa y Bertha, que seguramente no habían oído los gritos desde el pabellón 7. A la luz de las linternas, la estampa era impactante: había un tipo de pelo largo tendido de bruces en el suelo, con las manos esposadas a la espalda y rodeado de latas de conserva que se habían caído de las estanterías. Audrey, con una rodilla entre sus omóplatos, le apuntaba directamente a la cabeza con la pistola de aire comprimido. Paula lloraba convulsamente en un rincón, abrazada a Jaume, mientras Bruno contemplaba la escena con cara de susto y un tembloroso rodillo de cocina en la mano.

¿Quién eres?, ¿qué haces aquí?, ¿por dónde has entrado?, ¿qué le has hecho a Paula?, le gritaba Audrey al tipo del pelo largo, sin darle tiempo a contestar. ¡Dinos por dónde has entrado o te reviento los sesos ahora mismo!, lo amenazaba clavándole la pistola en la nuca, con una violencia y una determinación insospechadas. Pero el tipo parecía inerte. Creo que lo he matado, balbuceó Bruno. De eso nada, dijo Audrey, este cabrón está muy vivo. Poneos las mascarillas y ayudadme a llevarlo al salón. Entre Unai y Audrey lo arrastraron, tirándole de las piernas, y el tipo no protestó. Lo sentaron en una silla, con los brazos por detrás del respaldo y las piernas amarradas a las patas con sendos cinturones. La cabeza se le caía sobre el pecho, por más que Audrey insistiera en levantársela tirando de la melena hacia atrás. Traed agua, ordenó. Linda salió y volvió al poco rato con una garrafa. Échasela por encima. Linda hizo lo que Audrey le decía y el tipo pareció espabilarse. Nos miró con ojos vidriosos y hostiles, hasta que Audrey le puso la linterna a un palmo de la cara y no tuvo más remedio que cerrarlos, cegado por el chorro de luz. ¿Por dónde has entrado?, volvió a insistir Audrey. ¿Quién eres?, ¿qué haces aquí? Pero el tipo se negó a contestar.

Jaume se llevó a Paula a la habitación y Bruno nos contó su versión de lo ocurrido, con cierto embarazo. Estaba haciendo guardia en la torre del agua cuando le entraron unas ganas irresistibles de evacuar. Saltándose las normas, abandonó su puesto de vigilancia y se dirigió a la letrina, llevándose consigo el monocular de visión nocturna, más discreto que la linterna. Al volver, ya aliviado, escuchó gemidos procedentes de la despensa. Cuando asomó la cabeza y rastreó la habitación con el monocular, vio la silueta verde de un monstruo bicéfalo, todo brazos y piernas, que emitía ruidos ahogados. Al enfocar mejor distinguió dos cuerpos humanos, uno encima del otro, forcejeando en el suelo. No tardó en reconocer el cuerpo preñado de Paula, cubierto por otro cuerpo masculino cuyas facciones le resultaban completamente extrañas. Se había dejado el revólver en la torre del agua, así que fue a la cocina en busca de algún utensilio con el que enfrentarse al agresor y cogió lo primero que encontró: un rodillo de madera. Volvió a la despensa, avanzó hacia el amasijo de cuerpos y, cuando lo tuvo a tiro, encendió el iluminador de infrarrojos. En una fracción de segundo pudo ver los ojos desorbitados de Paula pidiendo el auxilio que su boca era incapaz de pedir y el rostro enardecido del sátiro que la tenía encañonada. Sin darle tiempo a reaccionar, descargó con todas sus fuerzas el rodillo sobre la cabeza del agresor, que cayó al suelo a plomo, como una marioneta a la que le cortan los hilos. Bruno le arrebató la pistola, ayudó a Paula a incorporarse y empezó a dar gritos pidiendo auxilio.

Tuvimos que esperar a la mañana siguiente para saber qué hacían Paula y el tipo del pelo largo en la despensa. Él no había querido hablar en toda la

noche, a pesar de las amenazas, y Paula necesitaba descansar antes de afrontar el relato de lo sucedido. Cuando por fin se sintió con fuerzas para hablar, nos contó que, mosqueada por el robo de las cajas de óvalos, había decidido esconderse en la despensa, convencida de que quien se las hubiera llevado volvería por la noche a dejarlas en su sitio, tras las advertencias de Audrey. Se había quedado dormida, sentada en un rincón, cuando escuchó ruido de pasos apresurados bajando la escalinata. Pero los pasos se alejaron y salieron del pabellón. Falsa alarma, pensó, alguien que ha ido a cambiarle el agua a las aceitunas. Cuando poco después volvió a escuchar pasos, supuso que serían de la misma persona, que ya estaba de vuelta, pero entonces vio una luz mortecina que se acercaba, como si alguien se abriera paso en la oscuridad tapando con una tela la luz de una linterna. Esperó tranquila en su silla, dispuesta a desenmascarar al culpable. Alguien entró en la despensa, iluminó los anaqueles y empezó a meter latas de conserva en una mochila. Como la luz era insuficiente para saber de quién se trataba, Paula encendió su propia linterna. Y al iluminar el rostro del ladrón se quedó de piedra: no era ninguno de nosotros, sino un tipo de pelo largo y gorra militar que al sentirse descubierto se abalanzó sobre ella, le arrebató la linterna y la tiró al suelo, amenazándola con la pistola. Paula le rogó que no le hiciese daño, que estaba embarazada, pero el tipo le tapó la boca y la obligó a ponerse de rodillas. Llegados a este punto del relato, Paula tuvo un ataque de ansiedad y se retiró llorando a su habitación. Pero ya sabíamos todo lo que necesitábamos saber. Bueno, todo no: faltaba descubrir cómo había entrado el tipo en el Pere Mata, qué hacía con la gorra de Vlado y una de sus pistolas HK, y si había sido él quien se había llevado las cajas de óvalos el día anterior. Pero eso solo podía contárnoslo él.

No fue hasta la noche del domingo cuando empezó a flaquear. Nos habíamos ido turnando para vigilarlo, sin darle ni agua ni comida, ni dejarle ir al baño hasta que se decidiese a hablar. Se había meado encima y lo habíamos trasladado a uno de los despachos vacíos de la planta baja, pero el tipo seguía empecinado en no dar su brazo a torcer. Durante todo el día habíamos doblado las guardias, temiendo que no fuese un lobo solitario y pudiesen venir a rescatarlo. También habíamos revisado a conciencia el perímetro, para intentar averiguar por dónde se había colado, pero no habíamos encontrado ninguna pista. Aunque parezca mentira, a nadie se le ocurrió que pudiera haber entrado directamente por el pabellón de Servicios Generales. Por eso nos quedamos con cara de tontos cuando por fin confesó. He entrado por el túnel, dijo. Gustau salió corriendo y volvió al cabo de unos minutos. Alguien ha forzado la trampilla del Mas Masover, confirmó. ¿Cómo sabías que había un túnel?, le preguntó Audrey. Lo encontré por casualidad, contestó el tipo, me refugié en la masía para pasar la noche y descubrí la

trampilla. No te creo, le desafió Audrey, la trampilla está perfectamente disimulada, es imposible verla si no conoces su existencia. El tipo no dijo nada. ¿Y qué hacías con la gorra de Vlado y una de nuestras pistolas?, le preguntó Gustau. No sé de qué cojones me hablas. Entonces apareció Jaume por detrás y le soltó un gancho que lo tiró al suelo, con silla incluida. Se le echó encima y empezó a reventarle la cara a puñetazos, mientras los demás intentábamos detenerlo. ¡Hijo de puta!, gritaba en catalán, ¡hijo de puta! ¡Te cortaré los huevos y te los meteré en la boca! Cuando conseguimos separarlos, el tipo tenía la cara cubierta de sangre y el tabique nasal mirando a Cuenca. No nos quedó más remedio que llevarlo a la enfermería.

Ayer, por fin, lo confesó todo. O tal vez se inventó una historia para que lo soltáramos. Pero hay que reconocer que el órdago le salió bien, pues anoche decidimos liberarlo tras celebrar una asamblea extraordinaria: cinco personas votamos a favor de que se fuera y tres a favor de mantenerlo con nosotros bajo estricta vigilancia. Unai y Jaume se abstuvieron, porque su propuesta era ejecutarlo. Me estremezco solo de pensar en qué nos hemos convertido. De modo que esta mañana le hemos abierto las puertas, quedándonos con su pistola (o más bien recuperando la nuestra) y amenazándolo con liquidarlo sin contemplaciones si volvía a aparecer por aquí. La historia que nos contó para convencernos es que tiene a Vlado encerrado en un sótano a las afueras de Tarragona y que, si no le dejábamos irse, moriría de inanición.

Tras lo ocurrido, han cambiado algunas cosas. Para empezar, hemos bloqueado con una barra de hierro la trampilla que comunica el túnel con el Mas Masover, de manera que se pueda salir pero no entrar. Linda, por su parte, se ha trasladado a la habitación de Unai: parece que estos dos han hecho buenas migas últimamente. También hemos decidido que, a partir de ahora, iremos siempre armados y cada cual se hará responsable de su propia arma. Nos las hemos repartido y a mí me ha tocado el revólver Smith & Wesson. A Audrey, la escopeta de balines.

Al tener que convivir con un revólver, me he descubierto una nueva manía: cuando lo dejo sobre la mesita de noche, o sobre cualquier otra superficie plana, lo hago siempre con el seguro bocabajo, de modo que el logo y la inscripción «Airweight» queden a la vista. Supongo que lo hago por el mismo motivo por el que pongo las monedas con la cruz hacia abajo, el lápiz de carpintero con la marca Alpino a la vista o las barras de pan con la parte convexa hacia arriba: porque me parece su posición *natural*. Llamadme maniático, si queréis. Pero la sensación de que las cosas de mi pequeño universo aún respetan un orden, aunque sea arbitrario, me tranquiliza.

Miércoles, 28 de julio

Con la tensión de estos últimos días, apenas he hecho los ejercicios de rehabilitación del tobillo y Audrey me ha soltado un rapapolvo. Como no

funcionan las máquinas de microondas, ultrasonidos y corrientes de la sala de fisioterapia, ni siquiera tengo que ir al pabellón 9 y puedo hacer los ejercicios en cualquier lado. El folleto que me dio Audrey está dividido en cuatro bloques: movimiento, resistencia, fortalecimiento y equilibrio. El primero consta de un solo ejercicio, pero es mi preferido: sentado en una silla, consiste en escribir con el dedo gordo, en el aire, las letras del alfabeto (ilustración 1). Me ha recordado las clases de danza butoh de Andrés Corchero, en las que nos pedía que utilizáramos diversas partes del cuerpo (los codos, las rodillas, las caderas) para escribir poemas efímeros e invisibles en las paredes, en las ventanas, en el techo. Ahora me limito a escribir tu nombre en letras mayúsculas y, si estoy inspirado, improviso versos sueltos que califico, en un alarde de originalidad, de versos pedestres. El segundo bloque se realiza con la ayuda de una cuerda elástica o, en su defecto, de un cordón de zapato o similar, y consta de cuatro ejercicios denominados de flexión, dorsiflexión, inversión y eversión plantar, pero que son mucho más sencillos de lo que sus nombres sugieren. En el primero (ilustración 2), sentados en el suelo, agarramos el cordón por ambos extremos, lo pasamos por debajo de la planta del pie, a la altura de las almohadillas, y empujamos hacia delante, como si quisiéramos alejar de nosotros las puntas de los dedos; en el segundo (ilustración 3), atamos el cordón a algún objeto estático y pesado (la pata de una mesa, por ejemplo), introducimos el pie en el lazo resultante y tiramos hacia nosotros sin flexionar la rodilla; en el tercero (ilustración 4), manteniendo el cordón atado a la pata de la mesa, nos sentamos en una silla y, con el talón fijo en el suelo y el pie dentro del lazo, hacemos fuerza hacia dentro, en dirección al otro pie; el cuarto (ilustración 5) es el inverso del tercero: empujamos hacia fuera, como si quisiéramos alejar los dedos de nuestro cuerpo. El tercer bloque (ilustración 6), dedicado al fortalecimiento de la articulación, consiste básicamente en caminar de puntillas, primero llevando el peso a la zona central de los dedos, para luego desplazarlo hacia el dedo meñique y hacia el dedo gordo; y, si el tobillo está lo suficientemente fuerte, podemos caminar también sobre los laterales de los pies, tanto los exteriores como los interiores, e incluso sobre los talones. Por último, el equilibrio se trabaja con la llamada «posición de la cigüeña» (ilustración 7), que consiste en mantenerse a la pata coja sobre la pierna lesionada, durante no más de un minuto; si se progresa adecuadamente, se puede intentar realizar el ejercicio con los ojos cerrados.

Ilustración 1

Ilustración 2

Ilustración 3

Ilustración 4

Ilustración 5

Ilustración 6

Ilustración 7

Esta mañana, al empezar con los ejercicios de rehabilitación después de dos días sin hacerlos, me he acordado de un castigo infantil que dejó de tener sentido cuando las libretas de espirales fueron sustituidas definitivamente por las tabletas: el de escribir a mano, cien o doscientas veces, «No volveré a hablar en clase» o «No volveré a copiar en el examen» o «No volveré a dejarme la libreta en casa». Y al recordarlo he escrito en el aire, con la torpe caligrafía de mi dedo gordo: «No volveré a olvidarme los ejercicios de rehabilitación». Después de comer, mientras recogíamos la mesa, a Bertha se le ha caído un plato al suelo y se ha roto en dos. ¡No importa!, ha exclamado Bruno de manera casi automática: el remedio, pegamento Imedio. Creo que solo yo he entendido la referencia al viejo eslogan publicitario. Me he puesto a pensar en cuántas cosas se perderán cuando nuestra generación desaparezca y he decidido pasarme la tarde imitando a Georges Perec, quien a su vez imitó a Joe Brainard, quien a su vez imitó vete tú a saber a quién: voy a intentar escribir todos los recuerdos generacionales que se me pasen por la cabeza. A ver si así consigo olvidarme un poco del lamentable presente y me recreo visitando a la diosa Mnemosina. Vamos allá:

Me acuerdo del pegamento Imedio.

Me acuerdo de las gomas Nata y de los lápices Alpino.

Me acuerdo de los estuches de hojalata.

Me acuerdo de los papelitos de típex que usábamos para enmendar los errores de las máquinas de escribir.

Me acuerdo del «Sigue buscando» en las tapas de los yogures y del «Premio» en el palo de los polos Popeye.

Me acuerdo de las rebanadas de pan con mantequilla y Cola-Cao.

Me acuerdo de cuando las latas de foie-gras La Piara costaban 69 pesetas.

Me acuerdo de los aditivos, colorantes y conservantes que empezaban con una E: E-250, E-407, E-552, etcétera.

Me acuerdo de los pastelitos de la Pantera Rosa.

Me acuerdo de los cromos de los Bollycaos.

Me acuerdo de los «óvalos Centurión, el alimento de la nueva generación».

Me acuerdo de las porterías de fútbol con postes cuadrados, a rayas blancas y negras, en los patios de colegio.

Me acuerdo de cuando hacíamos capitanes para elegir los equipos de fútbol.

Me acuerdo del cheva-pie-tute-y-guas.

Me acuerdo del piedra, papel o tijera.

Me acuerdo de la plastilina y del blandiblú.

Me acuerdo del barco pirata de los clicks de Famobil (que no de Playmobil).

Me acuerdo del Tetris.

Me acuerdo del Cococrash.

Me acuerdo del ISS-Pro de la Play Station.

Me acuerdo de los tamagochis, de los furbis y de los primeros petbots.

Me acuerdo de las pulseras de plástico de colores.

Me acuerdo de los walkie-talkies.

Me acuerdo del reloj Casio con calculadora.

Me acuerdo de los móviles con antena extensible.

Me acuerdo de los walkman y de las cintas de casete TDK de 60 y 90 minutos.

Me acuerdo de los radiocasetes de los coches que solo podían pasar la cinta hacia delante, pero no hacia atrás, por lo que había que darles la vuelta dos veces si querías volver a escuchar la misma canción.

Me acuerdo de los coches llenos de pegatinas.

Me acuerdo de la tapicería rayada y del techo de tela de los Diane de Citroën.

Me acuerdo del ruido de la Derby Variant.

Me acuerdo de los coches con embrague.

Me acuerdo de los coches con estárter.

Me acuerdo de mi primer coche con autodrive y de cómo me resistí a utilizarlo.

Me acuerdo de los chistes de «Van un español, un francés y un inglés…».

Me acuerdo de los chistes de Lepe.

Me acuerdo del positivo de Ben Johnson en los Juegos Olímpicos de Seúl.

Me acuerdo del primer partido de Johan Cruyff como entrenador del Barça.

Me acuerdo del gol de Kevin Llorens en la final de la World Champions

League de Estambul.

Me acuerdo de hacer la *course navette* en el patio del instituto.

Me acuerdo de las fiestas de la espuma de las discotecas.

Me acuerdo de las fiestas de La Palma de Reus.

Me acuerdo de las primeras borracheras y de salir a correr al día siguiente, con un extraño sentimiento de culpa.

Me acuerdo de cuando el Barrio Chino de Barcelona aún se llamaba Barrio Chino.

Me acuerdo de las manifestaciones contra la guerra.

Me acuerdo del 11S, del 11M y del 11J.

Me acuerdo de las manifestaciones pronatalistas.

Me acuerdo de Ming Joo Won, el primer bebé exógeno.

Me acuerdo de las señales a lápiz que hacíamos en el marco de la puerta para ver cómo íbamos creciendo.

Me acuerdo del «Qué bien, qué bien, hoy comemos con Isabel».

Me acuerdo de cuando los restaurantes chinos eran los únicos restaurantes exóticos de España.

Me acuerdo de los vasos de chupito de los restaurantes chinos que mostraban a una mujer desnuda al echarles el licor.

Me acuerdo del Frigodedo y del Frigopié.

Me acuerdo de las piruletas para las aftas.

Me acuerdo del ratoncito Pérez y de las monedas de 25 pesetas que dejaba a cambio de un diente.

Me acuerdo de los cajeros automáticos que daban monedas de 500 pesetas.

Me acuerdo de la moda de los pantalones a cuadros.

Me acuerdo de las rodilleras en los pantalones de chándal.

Me acuerdo de las Nike Huarache y de las Adidas Torsion.

Me acuerdo de la expresión «toma, Jeroma, pastillas de goma» y de «chachi piruli Juan Pelotilla».

Me acuerdo de un hombre llamado Jacks (o más bien de la chica que lo buscaba, a la que llegué a conocer).

Me acuerdo de cuando la conexión a internet venía precedida por una serie de sonidos agudos y sincopados.

Me acuerdo de los rombos que aparecían en la esquina de la televisión para indicar que una emisión no era apta para menores.

Me acuerdo del cruce de piernas de Sharon Stone en *Instinto básico*.

Me acuerdo de *E.T.*, de *Los Goonies* y de *Regreso al futuro*.

Me acuerdo de las dobles sesiones de cine.

Me acuerdo de las salas X.

Me acuerdo de las películas codificadas del Canal+.

Me acuerdo del primer sensicine que abrieron en Barcelona, en la plaça de

les Nacions.

Me acuerdo de cuando la plaça de les Nacions se llamaba plaça d'Espanya.

Me acuerdo de que los números de teléfono de las películas americanas empezaban siempre por 555.

Me acuerdo del Dalacín Tópico, el líquido contra el acné que usaba de adolescente.

Me acuerdo del Minoxidil.

Me acuerdo de la enciclopedia Larousse.

Me acuerdo de los libros de «Elige tu propia aventura».

Me acuerdo de los libros de imágenes en 3D.

Me acuerdo de cuando dábamos vueltas sobre nosotros mismos para marearnos y perder el equilibrio.

Me acuerdo del «Vamos a la cama que hay que descansar».

Me acuerdo del «Continuará…».

Jueves, 29 de julio

Hoy me he levantado con dolor de garganta. No sé cómo he podido resfriarme con el calor que hace. La verdad es que siempre he sido *une petite nature*, como decía mi amigo Bart; un pupas, como decía Pep Anton; un blandengue, como decías tú. Podría hacer una lista de todos los achaques que he tenido a lo largo de mi vida, empezando por la convulsión febril que me dio a las pocas semanas de nacer (y que según mi madre fue el origen de todos mis males) y terminando por el esguince de tobillo que me ha tenido postrado las últimas semanas: aftas, hernias, fiebres espontáneas, tendinitis, varices, muñecas abiertas, vitíligo, hemorroides, otitis, conjuntivitis, presbicia, cefaleas, gripes, gastritis, gastroenteritis, lumbalgias, cervicalgias, ciáticas, hongos, esguinces, prostatitis, epididimitis, síndrome de Fischer-Baumann, caries, gingivitis, dermatitis, dengue, brucelosis, anisakis, seborrea, fascitis plantar, vértigos, lipotimias, acúfenos, gota, colesterol, hipertensión, halitosis… sin contar todos los males que he creído que tenía y no tenía. En el fondo, quizá pueda resumirse en una sola enfermedad: la hipocondría. Pero la hipocondría vendría a ser la otra cara de la moneda del efecto placebo: ambos funcionan por convencimiento, el uno curando y la otra enfermando. Tú, en cambio, siempre tuviste una salud de hierro (y valga la paradoja, pues de hierro es de lo único de lo que siempre anduviste escasa). Tal vez por eso te confiaste con el marburgo y dejaste que el destino me brindase un guiño final digno de mi historial médico: compartir mi último lecho con una doctora.

Mientras me tomaba una infusión de tomillo con miel, he recordado el sueño que he tenido esta noche, producto sin duda de haberme pasado la tarde de ayer intentando imitar a Georges Perec a base de recuerdos generacionales: he soñado que asistía al último cónclave del Oulipo, el grupo literario fundado en 1960 por François Le Lionnais y Raymond Queneau, al

que yo pertenecí hasta su disolución, hace apenas seis años, aunque llevase décadas sin asistir a sus reuniones, ni participar en sus actividades. No sé por qué decidí dar un paso al lado cuando dejé de escribir, supongo que me pareció lo más coherente, por mucho que no todos sus miembros fuesen necesariamente escritores. La gracia del sueño era que había conseguido reunir a los cincuenta y seis miembros del grupo en su centésimo aniversario, incluidos los excusados por causa de fuerza mayor (es decir, los difuntos): allí estaban, en el mítico Moulin d'Andé donde Perec había escrito muchas de las páginas lipogramáticas de *La Disparition*, todos los miembros a los que yo no había tenido ocasión de conocer, bien porque hubiesen fallecido antes de mi cooptación, bien porque hubiesen sido cooptados cuando yo ya no participaba en las actividades del grupo: entre los primeros, Queneau, Le Lionnais, Latis, Claude Berge, Marcel Duchamp, Italo Calvino o François Caradec; entre los segundos, Jean-Claude Völler, Marie de Montricher, Chadli Abdelrahman o Julie Métail-Nguyen. Presidía el cónclave la última presidenta del grupo, Clémentine Mélois, que se afanaba por poner un poco de orden en la sala, pues todo el mundo hablaba a la vez con frases que empezaban por «Me acuerdo de». De pronto, se hacía el silencio y yo me quedaba solo hablando. Entonces me daba cuenta de que estaba desnudo.

Por la tarde he ido a ver a Elsa y le he pedido consejo sobre cómo hacer el xilófono que quiero regalarle a Audrey. Se le ha iluminado la cara. Al parecer, de joven había hecho algunos para sus sobrinos. Me ha acompañado a la carpintería y hemos encontrado un listón perfecto, probablemente de pino, que hemos cortado en ocho fragmentos de distintas medidas, con una diferencia de uno o dos centímetros entre cada uno. Ahora viene lo más difícil, ha dicho, pero necesitamos una baqueta, una toalla y un poco de arena. La toalla la hemos cogido del baño del pabellón 19 y la arena del paseo de las palmeras. La baqueta la hemos hecho con un palillo chino y el pomo de un armario. Elsa ha extendido entonces la toalla sobre una mesa, ha puesto el fragmento de listón más grande sobre la toalla y lo ha golpeado con la baqueta varias veces, escuchando atentamente. Hemos tenido suerte, ha exclamado al fin: se parece mucho a un do, solo habrá que lijar un poco los bordes. ¿Tienes oído absoluto?, le he preguntado sin poder ocultar mi admiración. No: simplemente tengo oído, el oído absoluto es otra cosa, me ha respondido secamente. Hemos lijado los bordes y ha vuelto a golpear el listón con la baqueta. Ahora sí, ha dicho dándose por satisfecha. Hemos repetido la operación con la segunda tecla y ha chasqueado la lengua. ¿Lijo?, le he preguntado. Ni se te ocurra. Es demasiado agudo. ¿Hay por ahí un raspel? ¿Un qué? Ay, no sé cómo se llama, una especie de lima para la madera. Ah, ya, yo tampoco sé cómo se llama. Hemos encontrado una en un cajón y ha rebajado el listón por la parte inferior, dibujando una suave concavidad, hasta

que ha sonado como ella quería. Luego hemos repetido la operación, lijando los bordes o limando la base, según los casos, con tal de afinar las notas hasta completar una escala, de do a do. Cuando hemos terminado con las ocho teclas, empezaba a atardecer. ¿Seguimos mañana?, me ha preguntado Elsa. Me toca ronda a las ocho. Claro, cuando quieras, le he respondido. De hecho, yo tengo guardia en la torre.

Viernes, 30 de julio

En un momento de *El desencanto*, el mítico documental de Jaime Chávarri sobre la familia Panero, la madre le pregunta a su hijo mediano, el poeta Leopoldo María Panero, por qué no tuvo amores a los veinte años, como todo el mundo. Y su hijo le responde: «Porque a esa edad estaba en el manicomio de Reus, donde los subnormales me la chupaban por un paquete de tabaco».

Sábado, 31 de julio

Definitivamente, me he acatarrado. El dolor de garganta ha dado paso a un cierto malestar general y no tardarán en llegar las mucosidades. Parece mentira cómo los síntomas se reproducen una y otra vez con precisión casi milimétrica: un par de días de dolor de garganta, seguidos de un par de días de malestar general y algo de febrícula, para terminar con cuatro o cinco días de estornudos y mucosidades, que desde que nos quedamos sin papel higiénico son un poco más engorrosos. De joven, intentaba combatir los resfriados con todo tipo de remedios caseros y farmacéuticos: infusiones de jengibre, baños de vapor, pastillas con lidocaína, aerosoles con cortisona, paracetamol, ibuprofeno… Excepto el Frenadol, cuyo eslogan publicitario me parecía un auténtico disparate («Frenadol frena los síntomas del resfriado», cuando yo lo que quería era precisamente que los acelerara, no que los frenara), probé todo lo que cayó en mis manos, hasta que me di cuenta de que los catarros son como los seres vivos: nacen, crecen, se reproducen y mueren, y de nada sirve intentar frenarlos, acelerarlos o eliminarlos. Como decía mi tío Juan (y si no fue él, fue alguno de mis otros quince tíos), una gripe dura siete días con medicamentos y una semana sin ellos…

En todo caso, si ayer apenas escribí no fue porque me encontrara mal por culpa del catarro, sino porque me pasé buena parte del día terminando de hacer el xilófono. Pero al menos cumplí con el precepto de Plinio el Viejo, aunque fuese reproduciendo una comidilla literaria de dudoso gusto. Un precepto, el de Plinio, que en realidad tampoco es suyo, como me explicó el otro día Bruno tras sorprenderme in fraganti escribiendo este diario: al parecer, lo atribuye en su *Historia natural* al pintor griego Apeles, por lo que la famosa línea diaria no hace referencia a la escritura, sino a la pintura. No sé por qué yo siempre la relacioné con el acto de escribir, supongo que porque es propio del ser humano arrimar el ascua a su sardina o porque la confundí con el mandato de Stendhal de escribir al menos veinte líneas al día, un mandato que el escritor Harry Mathews cumplió al pie de la letra durante algo más de

un año y acabó publicando un libro con el ineludible título de *Veinte líneas por día*. Pero yo quería hablar de música y, una vez más, he acabado hablando de literatura.

El caso es que ayer volví con Elsa a la carpintería y continuamos practicando con pasión de diletantes el oficio de lutier (un término que el diccionario de la RAE reservó durante mucho tiempo, incomprensiblemente, para los fabricantes de instrumentos de cuerda, como si los de viento o percusión no fuesen dignos de tal apelativo). Es posible que el improbable lector de este diario se haya quedado pensando, como me ocurrió a mí, para qué quería Elsa el puñado de arena que recogimos en el paseo de las palmeras. He aquí la respuesta: para encontrar los nodos. Desde luego, Elsa no ha usado este término (a saber cómo se dirá en alemán), pero yo lo he recordado pensando en mis amigos físicos, que sin duda estarían orgullosos de mí. No sé por qué se han cruzado tantos físicos en mi vida (Albert Caturla, Pere Rovira, Àlex Domínguez, Benjamín Torres, Clàudia Cisteró, Nico Comín); habrá quien lo achaque a la casualidad, pero yo más bien creo en las afinidades electivas y en que las amistades son como los imanes. Mi querido Pere Rovira publicó en los años 20 un libro de viajes titulado *Roda el món i torna al Born*, en el que decía de mí (no recuerdo a santo de qué, como si yo pudiese tener algún interés en un libro de viajes) que era el más científico de sus amigos literatos. Sin duda exageraba, pero lo cierto es que cuando vi a Elsa poner un hilo de arena a lo largo de la primera de las ocho teclas y empezar a golpearla con la baqueta, entendí al instante lo que estaba haciendo: buscar los nodos, es decir, los puntos fijos de un cuerpo vibrante. En el caso de una cuerda de guitarra, por ejemplo, los nodos están siempre en los extremos (en las clavijas y en el puente). En el caso de las teclas de un xilófono, están alejados del centro pero no exactamente en los extremos, sino a uno o dos dedos de los bordes, dependiendo de la longitud del listón: exactamente allí donde se deposita la arena al golpearlo repetidamente con una baqueta. ¿Y para qué queremos saber dónde están los nodos? Muy sencillo: porque será allí donde haremos los agujeros a través de los cuales pasarán los clavos que unirán las teclas a la base del xilófono.

Buscar los nodos y hacer los agujeros con la barrena nos llevó buena parte de la mañana, sobre todo porque se nos rajaron (rectifico: se me rajaron) dos de las teclas, y hubo que cortar y afinar dos nuevos trozos de madera. Por la tarde construimos la base del xilófono, utilizando otro listón: cortamos cuatro segmentos, dos largos (de un par de palmos) y dos cortos (uno de un palmo y otro de unos cinco dedos). Forramos los trozos largos con tela de bayeta (para evitar el ruido de las maderas al chocar entre sí) y colocamos encima las teclas (poniendo la más larga a la izquierda, que será la que produzca el sonido más grave, y la más corta a la derecha, que será la que dé el sonido más agudo),

dejando una distancia de apenas medio centímetro entre ellas y procurando que los agujeros quedaran exactamente sobre los listones forrados. Luego unimos las teclas a la base con clavos más finos que los orificios (para que las teclas tengan algo de juego, pues de lo contrario no resonarían correctamente) y reforzamos la base con los listones cortos, de tal modo que formaran con los largos un trapezoide regular. No podrás tocar la sonata para xilófono de Pitfield, suspiró Elsa tras comprobar las notas, pero seguro que el cumpleaños feliz te sale divino. ¿Puedo darte un achuchón?, le pregunté. Por encima de mi cadáver, me contestó. Salimos de la carpintería sonriendo como dos viejos que han cometido una travesura. Ahora solo me queda hacer una segunda baqueta, lijarlo todo bien y barnizarlo. Si sale con barbas, San Antón, y si no, la Purísima Concepción.

He dejado de escribir para consultar el diccionario de dichos de Alberto Buitrago, pues no estaba seguro de que la frase que acababa de escribir, la de San Antón y la Purísima Concepción, significara exactamente lo que creía que significaba, aunque yo siempre he sido partidario de seguir la ley que Humpty Dumpty proclama en *Alicia en el país de las maravillas*: «Cuando yo digo una cosa, significa exactamente lo que yo quiero que signifique, ni más ni menos». Lo cierto es que nunca he sido muy ducho en dichos, como tú no perdías ocasión de recordarme, y a menudo confundo unos con otros o trastoco los proverbios y digo «A perro que duerme, puente de plata» o «A río revuelto, buena cara». Esta vez, sin embargo, el diccionario de Buitrago no me ha dejado demasiado en evidencia, pues la frase se aproxima bastante a lo que yo quería decir. Cito textualmente:

Con esta curiosa frase damos a entender que nos da igual el desenlace de algo, que aceptaremos el resultado, sea el que sea. *No sé si será niño o niña, pero, mira, si sale con barbas, san Antón, y si no, la Purísima Concepción*. Se cuenta que el dicho está relacionado con un chascarrillo popular que tiene como protagonista a un mal pintor —según otros un escultor—, poco decidido a la hora de elegir temas y muy dado a la improvisación, que, cuando alguien le preguntaba: «¿Qué estás pintando?», contestaba: «No lo sé. Si sale con barbas, san Antón, y si no, la Purísima Concepción».

En fin, no es que me dé igual cómo salga el xilófono, pero más no puedo hacer: hoy lo lijaré y lo barnizaré, y mañana se lo regalaré a Audrey, tocando madera (nunca mejor dicho) para que sea de su agrado.

Durante la comida, hemos oído un disparo procedente de la torre del agua. Del susto, me he mordido, y el sabor de la sangre se ha unido al de las berenjenas. Al disparo le ha seguido una conversación a gritos entre Jaume, que estaba de vigía, y Linda, que estaba haciendo la ronda. Audrey ha cogido su escopeta de balines y ha subido a la torre a ver qué pasaba. Ha vuelto al cabo de un par de minutos. Forasteros, ha dicho, y ha salido disparada. Los demás no hemos tardado en seguirla, yo empuñando el Smith & Wesson mientras intentaba detener la pequeña hemorragia del labio con una

servilleta. Una vez fuera, hemos ido hacia la entrada principal, donde Linda parecía increpar a alguien. Al acercarnos, hemos podido ver a su interlocutor, o más bien a sus interlocutores (si es que un animal puede recibir tal calificativo): una niña con una especie de piolet y un perro de raza indefinida que nos miraban con ojos impávidos desde el monumento de la joven descabezada, justo encima de la fosa que cavamos hace algunas semanas. No he podido evitar recordar a Clara y a Solitario VI, dos de los personajes de mi última novela: una niña que hace novillos y un galgo de carreras que se escapa del canódromo. Se suponía que debía ser la segunda parte de una trilogía dedicada a los tres elementos que componen la biografía mínima de cualquier persona: el nombre, la fecha y el lugar de nacimiento. La primera novela estaba protagonizada por un anarquista que se llamaba como yo; la segunda sucedía el día de mi nacimiento; la tercera debía transcurrir íntegramente en Reus, pero nunca llegué a terminarla. ¡Fuera de ahí!, le ha gritado Linda a la niña. ¿No ves que estás pisando una tumba? Parecía más preocupada por el sacrilegio que por la propia presencia de los forasteros. Audrey le ha puesto una mano en el hombro. No, no lo ve, ha dicho. Solo entonces me he dado cuenta de que la niña estaba ciega y de que el supuesto piolet era en realidad un bastón para invidentes. ¿Qué queréis?, ha preguntado Audrey, tomando la batuta del asunto e incluyendo al perro en la pregunta. Queremos ser vuestros amigos, ha dicho la niña. Nos hemos quedado callados durante unos segundos, sobrecogidos por la respuesta. Nosotros no necesitamos amigos, ha roto el silencio Gustau, que había subido a su habitación y apuntaba a la niña desde el chalet con el fusil de asalto. Será mejor que os vayáis, ha dicho Audrey con la voz quebrada. La niña no ha protestado, ha dado la vuelta y ha puesto rumbo a los Tres Deditos, abriéndose paso con el bastón y sin separarse del perro, que le marcaba el camino pegado a sus piernas.

No he podido dejar de pensar en la niña durante toda la tarde, mientras lijaba y barnizaba el xilófono en la carpintería. Debía de tener unos doce o trece años, parecía gitana y llevaba el pelo recogido en dos coletas tan negras que despedían reflejos azules, como dos fuentes que brollaran de las profundidades marinas. Si nació en Cataluña, he pensado, debió de hacerlo al principio de la guerra. Tal vez se quedó ciega por culpa de una de las muchas bombas de gas pimienta que se lanzaron durante el alzamiento militar del 6 de octubre. Tal vez perdió a su padre en la batalla de Alcanar o en la de Balaguer. Tal vez perdió a su madre víctima del marburgo o la disentería. Tal vez vivió en la inclusa de Cambrils hasta que la cerraron poco antes del Gran Apagón. Tal vez lleva deambulando desde entonces por la comarca, buscando amigos. Pero todas estas suposiciones son aborrecibles. En determinadas circunstancias, el exceso de literatura es aborrecible. Theodor W. Adorno aseguró a mediados del siglo pasado que no era posible escribir poesía después

de Auschwitz; dijo, incluso, que era un acto de barbarie. Me pregunto si la frase no seguirá vigente y si no escribo este diario porque, en las actuales circunstancias, resulta la única forma posible de escritura.

Con la frase de Adorno dándome vueltas en la cabeza, he ido a tirar los restos de la comida al compostador y, mientras removía con un palo las materias orgánicas, me he dado cuenta de que hace tiempo que dejé de leer novelas. Decía Josep Pla que quienes leen novelas pasados los cuarenta años son unos auténticos cretinos. Yo a los cuarenta dejé de escribirlas y, poco después, de leerlas, con algunas excepciones, la mayoría por compromiso o por trabajo, casi nunca por placer. Ya hacía tiempo que me había dado cuenta de que olvidaba las tramas al poco de terminar el libro, pero cuando empecé a olvidarlas durante la propia lectura, tuve que reconocer que la lógica novelística ya no iba conmigo. Con los diarios es distinto: que sea la vida, y no un artificio literario, la que organiza la trama me tranquiliza y no me importa ir olvidando detalles, del mismo modo que hay recuerdos que se extravían o personas que se borran de nuestra memoria. Siempre he pensado que dejé de escribir para poder ser un buen padre. Ahora me doy cuenta de que lo hice porque había dejado de creer en la ficción.

Me he levantado de la cama y he encendido la vela para dejar constancia de un pensamiento que me ha asaltado en mitad de la noche: ¿y si este diario fuese la tercera parte de aquella trilogía que nunca terminé?

Domingo, 1.º de agosto

Hoy habrías cumplido ochenta y siete años. Por eso, al levantarme, te he escrito un soneto como en los viejos tiempos. Por eso y porque me he despertado con ganas de llevarle la contraria a Adorno, de demostrarle que la poesía no es un acto de barbarie bajo ninguna circunstancia, más bien todo lo contrario: es el último reducto de resistencia que nos queda cuando todo parece condenado al desastre. De joven siempre defendí la idea del arte por el arte y nunca creí en la utilidad de la literatura para salvar a la especie humana. Pero aunque el tiempo parezca haberme dado la razón, no puedo dejar de pensar que el mundo iría mucho mejor si estuviese gobernado por poetas.

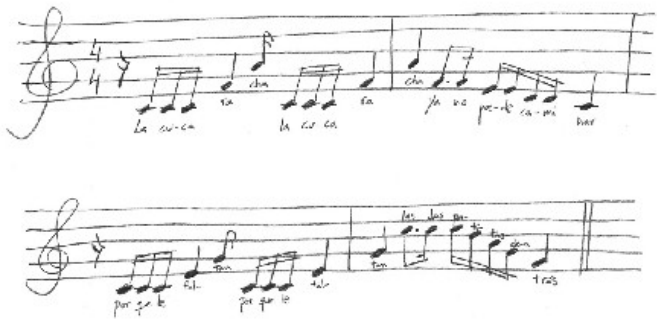
En fin, aquí tienes tu soneto de cumpleaños. No seas demasiado exigente: piensa que es un poema de (ex)prosista.

Al final del camino de la vida
cuando todo se torne más oscuro
y me sienta indefenso e inseguro
buscaré en tu recuerdo una salida.
A falta de alimentos, de bebida
protegido del mundo por un muro
sin pasado, presente, ni futuro
jugaré mi penúltima partida.
Escondida debajo del sombrero

llevaré una reina de diamantes
que le lance a la muerte un anatema.
Sin perder el afán aventurero
seremos dos intrépidos amantes
corriendo por los versos de un poema.

Aunque no me encontraba muy bien por culpa del resfriado, después de transcribir el soneto he ido a la carpintería a por el xilófono. Por un momento me he sentido como un adúltero póstumo, como si te estuviera traicionando, como si jugara a dos bandas. Debería preguntarle a Audrey si ella siente algo parecido, aunque nuestra relación sea de lo más casta: por fas o por nefas, desde que me trasladé a su habitación no hemos vuelto a tener relaciones sexuales. Supongo que nos basta (a mí por lo menos me basta) con saber que estamos ahí, que nos tenemos el uno al otro, que hay alguien con quien compartir nuestras rutinas, nuestros desvelos, nuestros miedos. Si el sexo tiene que volver a aparecer, ya aparecerá, ninguno de los dos estamos especialmente preocupados por ello. Aunque yo, por si acaso, me he traído el paquete de xicles® de la enfermería.

El xilófono necesitaba una segunda capa de barniz, pero antes de dársela me he entretenido sacando una canción. No estaría mal tocarle algo a Audrey cuando desenvuelva el regalo. Primero lo he intentado con la banda sonora de *El golpe*, la mítica película protagonizada por Paul Newman y Robert Redford, que en mis años mozos aprendí a tocar al piano, pero era demasiado difícil para reproducirla con un xilófono de tan solo ocho notas, sin los sostenidos y bemoles de la partitura original. He ido reduciendo mis pretensiones hasta conformarme con «La cucaracha» y, aunque mi oído nunca ha sido una maravilla, creo que he conseguido sacarla. Más complicado me ha parecido transcribir la melodía, aunque debo reconocer que me lo he pasado bomba intentando traducir la música que producían mis manos al codificado lenguaje de los pentagramas, con sus claves de sol, sus 4 x 4, sus negras, sus corcheas y sus semicorcheas, por no hablar de las fusas, las semifusas, las garrapateas y las semigarrapateas, unos nombres que de pequeño me producían cosquillas en la punta de la lengua. Confío en que mi querida Núria, que en vano intentó transmitirme con su piano Spaethe el amor por la música, no se sentiría demasiado avergonzada de su discípulo, pero no puedo resistirme a transcribir mi propia partitura de «La cucaracha». Que Santa Cecilia me coja confesado.



Audrey y yo estábamos durmiendo la siesta cuando han sonado en la puerta unos golpes secos y metálicos, producidos por la culata de una pistola. Audrey se ha puesto los pantalones y ha ido a abrir. La niña ha vuelto con el chucho, ha dicho Unai con la cara desencajada, como si hubiese estado tomando MDMA. Y esta vez no se quiere ir. Hemos cogido las armas y hemos salido tras él. Frente a la puerta principal del Pere Mata, junto al monumento de nuestra particular Victoria de Samotracia, exactamente en el mismo lugar en que se detuvieron ayer, estaban la niña ciega y el perro, como en un déjà vu o en un nuevo día de la marmota, por citar la inquietante película del inefable Jack Lanchester, inspirada en otra más antigua de Bill Murray. También estaban allí Bertha y Elsa, intentando convencer a la niña de que se fuera, que ya éramos muchos y no la podíamos acoger. Pero la niña no solo no se ha ido, sino que se ha sentado en la rotonda, con las piernas cruzadas y la espalda apoyada en el pedestal de la estatua, protegiéndose del sol con la poca sombra que daba a primera hora de la tarde. Entonces Unai ha perdido los estribos y se ha puesto a gritar como un loco. ¡Fuera de ahí, niñata! ¡Largo, *go out*, arreando que es gerundio! ¿También estás sorda? ¡Te doy diez segundos para que cojas a tu maldito chucho y te largues de una puñetera vez!, ha dicho armando la pistola y sacando el brazo entre los barrotes de la verja. Calma, Unai, le ha pedido Audrey. ¡Ni calma ni hostias!, ha gritado Unai, que últimamente está más nervioso que de costumbre, mortificado por el zumbido del implante coclear, que va en aumento y le provoca insomnio. Diez, nueve, ocho, ha empezado la cuenta atrás, sin que la niña hiciese el más mínimo gesto de levantarse. Siete, seis, cinco, cuatro. Unai, por favor, le ha pedido Audrey. Tres, dos, uno. ¡Unai, para! Cero. A la mierda, ha dicho y ha disparado el arma. Entonces ha ocurrido algo que no esperábamos: la bala ha impactado en la oreja del perro y han empezado a saltar chispas, como si fuera una bengala. No nos habíamos dado cuenta de que era un petbot. Un petbot lazarillo de última generación, fabricado sin duda con tecnología biogenética, como los drones de Otto, capaz de funcionar sin suministro eléctrico. La niña se ha puesto a gritar al oír el tiro y el posterior chisporroteo, ha alargado el brazo hacia su mascota y, al tocar la herida (si es que podemos hablar de

heridas en un petbot), ha recibido una descarga eléctrica que le ha provocado un espasmo aterrador, como si se hubiese convertido momentáneamente en una bailarina de break dance. Luego ha caído al suelo, fulminada. Me cago en Dios, Unai, ha mascullado Audrey, y se ha dirigido como una exhalación hacia la portería.

Con los petbots ha ocurrido como con los e-books y los cigarrillos electrónicos, que no sustituyeron a los animales domésticos hasta que no fueron exactamente como ellos: blandos, calientes, caprichosos, imprevisibles, meones y cagones. Otto estudió en profundidad, durante la carrera, la evolución de los robots de compañía, desde los autómatas y las muñecas del siglo XVIII, hasta los recientes petbots biogenéticos, pasando por el pato con sistema digestivo de Vaucanson, las tortugas cibernéticas de Grey Walter o los tamagochis de finales del siglo pasado. Su trabajo de grado consistió, de hecho, en el diseño de un gato de compañía, que fue el que llamó la atención de los gerifaltes de Talos Inc. La particularidad del prototipo era que, a diferencia de la mayoría de petbots del mercado, que se publicitaban haciendo hincapié en sus comodidades (no hay que sacarlos a pasear ni darles de comer, no dejan pelos en la cama, no arañan los muebles, no ensucian), el Miolín de Otto, que así se llamaba el prototipo, preveía una función de comportamiento random que convertía el carácter del gato en imprevisible y que no excluía ni las mordeduras, ni los arañazos, ni los bufidos, como tampoco lo eximía de hacer sus necesidades o de vomitar bolas de pelo. El prototipo funcionaba con una batería térmica que se cargaba con luz solar o con el calor humano. Pero lo más impactante era que se podía poner enfermo y tenía una fecha de defunción programada (como los replicantes de *Blade Runner*), que solo el fabricante conocía.

Desde mi posición, he visto a Audrey salir a la calle y acercarse a la niña. El perro había dejado de chisporrotear y le estaba chupando la cara, indiferente a la pérdida de su oreja, como si la inteligencia artificial hubiese decidido que en el orden de prioridades estaba ocuparse de la salud de su dueña antes que de la suya propia. Audrey lo ha apartado de un empujón, se ha arrodillado y ha comprobado el pulso y la respiración de la niña. La ha puesto de costado y ha examinado la mano que había recibido la descarga eléctrica. Luego le ha dado un par de cachetes en las mejillas para intentar reanimarla. Al ver que no respondía, la ha cogido en brazos y la ha metido en el Pere Mata, dejando al petbot fuera del recinto. Unai ha intentado protestar, apelando al protocolo de seguridad, pero la mirada perentoria de Audrey ha cortado de cuajo sus reparos y no ha podido evitar que la llevara a mi antiguo box, la tapara con una sábana y le pasara una manopla mojada por la frente y por el cuello. Solo entonces la niña ha abierto tímidamente los ojos, unos ojos entelados como la mampara de una ducha tras un baño de agua caliente. Al notar la suavidad de

las sábanas, ha sonreído.

En diez minutos, tenemos asamblea extraordinaria.

Lunes, 2 de agosto

¿Por qué será que a medida que envejecemos el tiempo pasa más rápido y los movimientos se hacen más lentos?

Martes, 3 de agosto

Ayer fue un día tan intenso que apenas pude escribir nada. De todos modos, cuando me quise poner manos a la obra, me di cuenta de que me había quedado sin hojas y tuve que garabatear la entrada en el margen del último folio. Así que esta mañana lo primero que he hecho ha sido subir al altillo de la enfermería. He cogido una de las cajas al azar y he empezado a sacar libros, sin fijarme demasiado en los títulos. De pronto, al abrir uno de los volúmenes para expoliarlo impunemente, ha caído un papel y, al iluminarlo, he visto que se trataba de un recorte de periódico sobre una conferencia pronunciada por Salvador Dalí en el Parque Güell de Barcelona. Encabezando el artículo, había unas delirantes declaraciones del padre del método paranoico-crítico: «El Generalísimo Franco es el mejor Jefe de Estado que existe en Europa». Quien fuera que se hubiese tomado la molestia de recortar el artículo había tenido la deferencia de respetar la fecha de publicación y el nombre de la cabecera, pero el paso de los años había borrado la tinta y no resultaba sencillo descifrarlos. Como el libro que tenía entre las manos era una biografía del pintor Marià Fortuny publicada en 1962 por la Asociación de Estudios Reusenses, he imaginado que la conferencia de Dalí debía de datar de esa época y hacer referencia en algún momento al autor de *La vicaría*. Al fijarme mejor en el recorte, apolillado y amarillento, me he dado cuenta de que había un pasaje resaltado de manera apenas perceptible con marcador fluorescente, una frase indiscutiblemente genial de Dalí que decía: «El pintor Mariano Fortuny es un genio; yo, también. El arquitecto Antonio Gaudí es un genio; yo, también. Prim, Fortuny y Gaudí son de Reus; yo, también. Yo también porque, como escribió otro también genial filósofo, Francisco Pujols, en nuestro país hay gente que sin ser de Reus, casi lo parecen». La verdad es que el artículo no tiene desperdicio y hay pasajes francamente cómicos, como cuando los Xiquets de Valls intentan levantar un *castell de sis* y son cegados por una nube de humo lanzada por Dalí para hacer su aparición estelar, lo que provoca la caída del castillo. O cuando el pintor de Figueres compara a los propios Xiquets de Valls con las pirámides de Egipto, con la diferencia de que estas están muertas. O cuando asegura haberle dicho a Le Corbusier que la arquitectura del futuro será necesariamente no funcional y esencialmente gaudiniana, es decir, blanda y peluda. O cuando compara el alquitrán con la viscosidad del subconsciente humano. Claro que también hay momentos sencillamente patéticos, como cuando pone a la misma altura a Gaudí, a Velázquez y a Franco. Adjunto el artículo por si alguien quiere dejarse la vista

leyéndolo al completo.

Al bajar del altillo, cargado con una buena provisión de hojas y tres biografías de reusenses ilustres bajo el brazo (la del pintor Fortuny, una sobre el poeta Gabriel Ferrater y otra sobre el doctor Pere Mata), he pasado por mi antiguo box, donde Audrey atendía a Naisha, la niña ciega, flanqueada por su fiel y desorejado *Yasti*, al que ayer dejamos entrar, después de que se pasara la noche entera llorando fuera del recinto. No es que Naisha necesite cuidados médicos tras una descarga eléctrica que no parece haberle dejado secuelas, pero mientras siga en la enfermería estará a salvo. En la asamblea extraordinaria del domingo hubo una violenta discusión entre los partidarios de ponerla de patitas en la calle y los partidarios de que se quede con nosotros, después de que Audrey la examinara y no apreciara síntomas de enfermedades contagiosas. Al final, como no nos poníamos de acuerdo, decidimos postergar la decisión hasta que se recupere, por lo que Audrey sigue diciendo que está muy débil y necesita de sus cuidados. La verdad es que le ha cogido cariño, como si de pronto hubiese encontrado a la hija que nunca tuvo, y hasta se ha tomado la molestia de buscar ropa de su talla, que al final ha encontrado en el apartamento del pabellón 7 que Gabi ocupó con su mujer y su hija antes de abandonarnos.

CONFERENCIAS

Conferencia del pintor Salvador Dalí en el Parque Güell

«El Generalísimo Franco —dijo— es el mejor Jefe de Estado que existe en Europa»

Con una asistencia de público muy numerosa, tanto que puede cifrarse en varios millares de personas, el pintor don Salvador Dalí pronunció su anunciada conferencia, dentro del programa de las Fiestas de la Merced, en beneficio de las obras de templo expiatorio de la Sagrada Familia.

La sesión, que debía iniciarse a las siete y media de la tarde, comenzó con treinta minutos de retraso. En primer lugar, los famosos «Xiquets de Valls» intentaron levantar una torre humana de seis pisos, pero cuando ya estaban a punto de conseguirlo, una nube de humo muy denso —preparada por Dalí para hacer su aparición— cegó a algunos de los muchachos de la cordada, produciendo la caída, sin consecuencias, de la torre. Un segundo intento se vió coronado por el éxito y cuando el público aplaudió la exhibición hizo acto de presencia don Salvador Dalí, acompañado de su esposa Gala.

El conferenciante, que fué presentado por don Federico Gallo, pasó a ocupar un pequeño palco, desde el que se domina la terraza superior del Parque y, sentando en un sillón gaudiniano a Gala, inició, de pie, su disertación con un saludo a los «Xiquets de Valls», «Xiquets de Valls —dijo—, vosotros sois como Egipto, pero como un Egipto si ryés. Egipto alzó pirámides de piedra muerta a la muerte. Y vosotros alzáis pirámides vivas al cielo vivo de la mística española. Y, después de señalar el paralelismo entre las torres humanas de los «Xiquetes y las torres gaudinianas, dijo: «El pintor Mariano Fortuny es un genio; yo, también. El arquitecto Antonio Gaudí es un genio; yo, también. Prim, Fortuny y Gaudí son de Reus; yo, también. Yo también porque, como escribió otro también genial filósofo, Francisco Pujols, en nuestro país hay gente que sin ser de Reus, casi lo parecen».

Seguidamente, Dalí exaltó los valores espirituales hispanos. Como escribió Eugenio Montes, citó, en los momentos actuales de terrible decadencia moral, ser español es una de las cosas que aún se puede ser. Y ser de Reus, añadió, quiere decir ser español y, por tanto, genial. Los de Reus, los de Figueras, los de Port Ligat, los de Málaga, los de Sevilla y los de El Escorial, por ser españoles son geniales porque todos, unos sobre los hombros de los otros, formamos una torre mística, esa torre de sangre nobilísima que constituye la unidad española.

A continuación, Dalí pasó a analizar la obra gaudiniana. Gaudí, dijo, descubrió la inteligencia angélica, es decir, la posibilidad de ver las cosas en el espacio sin necesidad de un plano. Y así Gaudí no precisó plano para levantar una catedral. Frente a la arquitectura angélica gaudiniana, Dalí opuso la baja calidad de la arquitectura funcional — que no funciona — descubierta por Le Corbusier, a quien el mismo conferenciante afirmó haber dicho en 1928 que la arquitectura del futuro tendría que ser lo contrario de lo funcional, es decir, gaudiniana, o sea, blanda y peluda. La arquitectura blanda la aportó Gaudí y él, Dalí, está llamado para aportar la arquitectura peluda.

Pasó después a tratar lo que calificó de cuestión del aluminio.

He descubierto — dijo — que las formas de este material, surrealista por excelencia, son propias de la viscosidad del subconsciente humano. Traté también del esantisé áureo metálico heliocidal, de las formas gaudinianas, propias de un temperamento genial español. Cuando un español sale genial, dijo, no se le puede comparar con nada. Pero los españoles somos sólo sordos con los nuestros. Velázquez fué un genio español. Y Gaudí, después, fué otro genio también español. Y ahora, el Generalísimo Franco es el mejor Jefe de Estado que existe en Europa. Estos son los hombres que da España.

Después, Dalí se refirió a la importancia cósmica de Gaudí y a la explosión espiritual, creadora y morfológica de sus obras. Esta explosión que ha despertado al mundo artístico no ha despertado sin embargo, a muchos barceloneses, que ni tan siquiera se han preocupado de visitar la exposición de Gaudí que actualmente se celebra en el Tinell. Y para terminar su disertación, animada con continuos aplausos del público, Dalí refirió como en su época de estudiante logró un primer premio en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando sin pasar el pincel por el lienzo disparando desde un metro de distancia pegotes de pintura hasta componer un desnudo femenino que mereció el premio del jurado. Con ello se pretendió que el «divisionismo» o «puntillismo» era daliniano, lo cual no es cierto, afirmó. Lo que sí juzgó como daliniano es la cuestión del alquitrán y de sus formas. Hago una profecía y doy mi palabra de honor de español acerca de su cumplimiento. La profecía es, dijo, que es imposible acabar la Sagrada Familia sin seguir las pautas típicas y helicoidales del alquitrán.

Concluídas sus palabras y entre continuos aplausos, Dalí pasó a un gran estrado sobre el que se había instalado un lienzo de seis metros de alto por cinco de ancho y con una gran brocha fué trazando sobre el lienzo, apoyado en el estrado, una gigantesca pintura. Cuando concluyó, y mientras sus ayudantes regaban con asfalto caliente algunas partes del lienzo, anunció por el micrófono el significado de su obra, pleamente adecuada con el impulso que movió a Gaudí a levantar el templo expiatorio de la Sagrada Familia.

Mientras una grua iba levantando el cuadro —en el que se entrevelan las formas de las torres de la Sagrada Familia— por los altavoces fueron retransmitidas otras palabras de Dalí tomadas en cinta magnetofónica, entre las que destacaron tres nuevas profecías artísticas: Primera, que cuando se colapse la arquitectura funcional toda la nueva arquitectura del mundo partirá de Gaudí; segunda, que todo el arte moderno perecerá a menos de vivificarse con el impulso creador de Gaudí y, tercera, que España, único país donde la fe católica tiene todo un sentido militante, será el punto del renacimiento artístico gracias a las formas hiperbólicas del último gran místico de nuestro tiempo: Antonio Gaudí.

Levantado el cuadro definitivamente, y entre aplausos del público —al que Dalí había prometido que no se aburriría como en otras conferencias— pasó el pintor de Cadaqués a contestar las primeras diez preguntas que le formularan, iniciándose un interesante coloquio en el que se trató de cosas tan dispares como Gaudí, la sardana, el alquitrán, los payasos, los pintores, los higoes dalinianos y los productos pitagóricos, concluyendo el coloquio pasadas las nueve de la noche. Un fuerte aplauso subrayó la sensacional conferencia, gran atracción de las Fiestas de la Merced y generoso gesto del pintor Dalí al ofrecer toda la recaudación para la construcción del templo de la Sagrada Familia.

La conferencia, a la que asistieron muchos extranjeros, fué retransmitida por varias emisoras barcelonesas y tomada en película para el NO-DO. Una nube de fotógrafos disparaba continuamente sus destellos.

Javalambre
NOVEDADES OTOÑO-INVIERNO
PAÑERIA-GABARDINAS-ABRIGOS
RAMBLA ESTUDIOS, 132 * CANUDA, 2

Ayer la propia Naisha nos contó su historia, que no tiene nada que ver con la que yo había imaginado. Para empezar, es ciega de nacimiento, por lo que ni la optogenética, ni la nanotecnología, ni el tratamiento con células madre han podido hacer nada para devolverle la vista. Por otro lado, no es gitana, sino hindú, o más bien hija de hindúes radicados en Cataluña desde los años 30. El padre era cirujano en el hospital de Reus y la madre profesora de inglés en el IES Lluís Pasqual, el antiguo Baix Camp. Vivían en la urbanización El Pinar cuando Estados Unidos y la Mancomunidad Europea, con la connivencia de la Confederación Ibérica, firmaron el Pacto de la Vergüenza que convertirá la piel de toro, junto con la península de Anatolia, en el escudo de Occidente a partir del próximo primero de octubre y por un período indeterminado. Como subdirector adjunto del hospital, el padre de Naisha participó durante el primer año en la evacuación escalonada de los enfermos, mientras la madre siguió dando clases hasta que se vaciaron las aulas. Luego,

tras el Gran Apagón, decidieron quedarse y resistir, igual que nosotros. Al fin y al cabo, les dijo Naisha, yo he vivido a oscuras toda mi vida. Poco a poco, El Pinar fue quedándose vacío y sus chalets no tardaron en ser desvalijados. El de Naisha consiguió librarse gracias a una astucia del padre, que clavó en el tejado la temida bandera negra cuyo significado nadie ignora desde que la epidemia de marburgo devastara el centro de Europa. Pero el negro no se ve en noches de luna nueva, y hace un par de semanas, cuando los padres de Naisha empezaban a dudar seriamente de la conveniencia de quedarse hasta el final de la moratoria, la vivienda fue asaltada, la despensa saqueada (incluido el zulo tras la falsa alacena) y los padres de Naisha degollados. La pequeña, acostumbrada a moverse en la oscuridad como pez en el agua, se salvó saliendo por la ventana de su habitación y refugiándose en el tejado, junto a su fiel *Yasti*, hasta que se fueron los asaltantes. Al descubrir a sus padres degollados, se pasó tres días paralizada, incapaz de otra cosa que no fuera abrazarlos y llamarlos por su nombre. Cuando el olor fue insoportable, tuvo la fuerza y el coraje de sacarlos de casa y enterrarlos en el jardín. Solo la presencia de *Yasti* le impidió llevar a cabo la idea que, como una termita, le estaba royendo el espíritu: la liberadora idea de suicidarse.

Anoche, antes de acostarnos, le regalé el xilófono a Audrey, que me miró con cara de no entender nada. Lo había envuelto con papel de estaño y parecía que le estuviese ofreciendo un bocadillo gigante. ¿Qué es esto?, me preguntó antes de abrirlo. Un regalo, le respondí. No es mi cumpleaños, dijo. Ni falta que hace, dije. Cuando vio el xilófono se le humedecieron los ojos. ¿Dónde lo has encontrado? En ningún sitio: lo he hecho yo. Bueno, con la ayuda de Elsa. Entonces le toqué «La cucaracha» y se puso a llorar como una criatura, un llanto mezclado con mocos y risas, como si las notas musicales hubiesen abierto las puertas de una esclusa. Eres un viejo gruñón adorable, me dijo dándome un abrazo y cubriéndome de besos. ¿Sabes que yo aprendí español con esa canción? En Nantes, en la escuela primaria, teníamos una maestra mexicana que había estado casada con un mariachi y que odiaba las matemáticas, por lo que en vez de inculcarnos los fundamentos del álgebra nos enseñaba a cantar «La cucaracha», «Cielito lindo» o «Cucurrucucú paloma». No tardaron en abrirle expediente y en echarla de la escuela, pero ya no había nada que hacer: cuando llegué a Reus a estudiar Medicina, mis compañeros de promoción se reían de mi acento y Alfred no tardó en llamarme Mariachi, sobre todo tras enterarse de que mi nombre de pila completo era Maria Cíntia Audrey. Audrey estaba tan excitada que no paraba de hablar. Entre la abrupta aparición de Naisha y el inesperado regalo, se le acumulaban las emociones. Tendrás que darle las gracias también a Elsa, le dije, sin ella habría sido incapaz de hacerlo. Ya se las daré mañana, me contestó quitándose la ropa.

Miércoles, 4 de agosto

Empecé a escribir este diario para matar las horas en la enfermería. Hace días que salí y sigo escribiendo. ¿Por qué? Podría dejar de hacerlo hoy mismo si quisiera. Dedicarme a disfrutar de mis últimas semanas con Audrey, mientras esperamos a que llegue el fin de la moratoria. El tobillo ya no me duele y he recuperado la masa muscular perdida. A partir de mañana volveré a participar con normalidad en las tareas de vigilancia y de limpieza, y ya no dispondré de tanto tiempo para estas veleidades. Sin embargo, estoy convencido de que seguiré escribiendo. Le he cogido el gusto. De hecho, se ha convertido casi en una necesidad, lo cual no deja de ser una paradoja, pues yo siempre sostuve que no escribía por necesidad, sino por voluntad: y lo demostré cuando dejé de hacerlo por la sencilla razón de que se me quitaron las ganas. Me convertí en un escritor del no, por utilizar la fórmula popularizada por Enrique Vila-Matas, que llegó a decir de mí (sin sospechar que no tardaría en convertirme en un Bartleby de las letras) que era un digno sucesor de Sterne y de Perec. Creo que fue el propio Vila-Matas quien afirmó que dejaría de escribir cuando no tuviese enemigos, una provocación que parecía el reverso de la conocida boutade de otro nobel de literatura, Gabriel García Márquez, quien solía afirmar que escribía para que sus amigos lo quisieran más. Lo cierto es que las excusas para dejar de escribir han sido a lo largo de la historia de lo más variopintas: desde la entrañable coartada de Juan Rulfo, que achacó su silencio a la muerte de su tío Celerino (que era quien le contaba, supuestamente, las historias), hasta el último *enfant terrible* de las letras norteamericanas, Walter Z. Walker, quien tras llevarse el Amazon y el Pulitzer con sus dos primeras novelas declaró que escribir le producía impotencia y que no pensaba volver a hacerlo nunca más, sin olvidarnos de la grafomaníaca Amélie Nothomb, que pasó de escribir varias novelas al año a ser incapaz de juntar dos frases porque, según confesó en una entrevista publicada por *Vanity Fair*, la marca Montblanc había dejado de fabricar el modelo de plumas estilográficas que ella usaba para tomar notas.

Escribir un diario, de todos modos, no es como escribir una novela: basta con dejarse llevar por la corriente irrefrenable de la vida cotidiana, por mucho que las circunstancias sean excepcionales. No tiene uno que preocuparse por resultar verosímil, pues la verdad no necesita serlo. Ni original, pues la realidad no lo es. Aunque es cierto que mi pasado de prosista me lleva a veces a sentir cierta angustia cuando releo en diagonal lo que he escrito hasta ahora, pues me doy cuenta de que hay montones de cabos sueltos, de zonas oscuras, de vacíos de información, de referencias privadas que no podría permitirme si esto fuera una novela. ¿Qué ha ocurrido con Vlado? ¿Era cierto que el tipo de pelo largo y gorra militar lo tenía encerrado en un sótano de Les Gavarres? ¿Y qué ha pasado con *Petra*, la gata negra con una vitola blanca en el rabo?

¿Acaso no ha vuelto a aparecer desde que intenté contagiarle el bostezo? ¿Y cómo va el embarazo de Paula? ¿Están realmente juntos Linda y Unai? ¿Sigo jugando al ajedrez con Bruno? ¿He hablado con él sobre sus preferencias sexuales? ¿Sigo sin cortarme la barba? ¿Sigo acatarrado? ¿Sigue sin dar leche *Manoli*? ¿Siguen poniendo huevos *Punki* & *Panki*? ¿He dejado de escribir el poema irracional cuyas palabras coincidían con los decimales de pi? ¿Cómo va el callo que me salió en el dedo? ¿Acaso no ha vuelto a llover? ¿Cómo andamos de provisiones? ¿Y de municiones? ¿Es cierto que Gustau tiene una acompañante en su cuarto? ¿Nadie lleva flores a la tumba de María? ¿Sigo haciendo mis ejercicios de rehabilitación? ¿He vuelto a fumar cigarrillos de hoja de morera picada? ¿He vuelto a ir a la sala de actos a recitar a Calderón? ¿He vuelto a soñar contigo? ¿Se acabó la botella de orujo? ¿Sigue sin funcionar la radio? ¿Sigue adelante el proyecto de construir una fosa séptica o nos las apañamos con la letrina? ¿Habrá suficiente agua en el pozo? ¿Por qué no hablo más de Leire? ¿Y de mi hermana y mi sobrina? ¿Y de mis ahijados? ¿Y de mis antiguos compañeros de instituto? ¿Acaso no prometí hacer algún día el inventario de todos ellos? Pero no voy a dedicarme ahora a responder a todas estas preguntas, porque en cuanto lo hiciera me daría cuenta de que hay otras tantas por contestar. Y en cuanto contestara a la segunda tanda de preguntas, surgiría una tercera, y después de la tercera una cuarta, como si yo fuera Aquiles y el diario la tortuga, siempre un pasito por delante, siempre a tiro de piedra pero imposible de alcanzar. En realidad, ahí reside la auténtica grandeza del diario: en que es inagotable e inaprensible. Ni siquiera escribiendo las veinticuatro horas del día podríamos ser fieles exégetas de nuestra propia existencia. Es como el cartógrafo aquel, que quería ser tan preciso que acabó dibujando un mapa más grande que el propio territorio.

Después de comer hemos celebrado la asamblea ordinaria de los miércoles, de nuevo en la antigua residencia del capataz, pegada a la torre del agua. En el orden del día, además de los puntos habituales, estaba el tema de los mosquitos, que últimamente nos devoran por las noches. No en los pabellones, protegidos con mosquiteras desde la epidemia de marburgo, pero sí cuando estamos de guardia en la torre del agua o haciendo la ronda perimetral, por no hablar de cuando alguien tiene que ir en mitad de la noche a la letrina. El verano pasado acabamos con todos los repelentes tópicos, ya fuesen en espray, en gel o en parches, y las pocas farmacias de Reus que aún seguían abiertas se quedaron sin existencias. Los remedios caseros que hemos usado hasta ahora no han dado resultado: ni frotarse con vinagre, ni meterse albahaca en los bolsillos, ni ponerse ropa de colores estridentes, ni usar pulseras impregnadas en aceite de lavanda. A la pobre Paula la tienen frita, como si picar a una embarazada alimentara el doble. Por si fuera poco, ayer a Elsa le pareció ver un mosquito tigre junto a la balsa. Por eso Audrey se ha

comprometido a investigar si hay algún producto en la enfermería que pueda utilizarse como repelente, sin riesgo para nuestra salud.

Por supuesto, también estaba en el orden del día el tema de Naisha, que no quedó ni mucho menos zanjado en la asamblea extraordinaria del domingo y que desde entonces se ha agravado por la decisión no consensuada de dejar entrar al petbot de la niña. Ni siquiera su trágica historia ha conseguido ablandar los corazones de algunos, como los de Linda o Gustau, por no hablar de la piedra caliza que tiene en el pecho el bestia de Unai: consideran que la niña es una carga que no podemos asumir, no solo porque suponga una boca más que alimentar, sino porque no podrá colaborar en las tareas del grupo. Eso no es cierto, ha protestado Audrey. Que Naisha no pueda ver no significa que no pueda hacer otras muchas cosas: tiene algunos sentidos más desarrollados que nosotros y está más acostumbrada a moverse en la oscuridad. De hecho, estoy convencida de que si hubiese estado aquí el otro día, no habrían robado los óvalos ni agredido a Paula. Se ha hecho un silencio incómodo. En cuanto a *Yasti*, ha continuado Audrey, parece mentira que no os deis cuenta de lo útil que puede sernos en las tareas de vigilancia. ¿Ah, sí?, ha preguntado Unai con retintín. Y si tan útiles son los petbots, ¿nos puede explicar la señora doctora por qué los prohibió el equipo médico del Pere Mata? Sabes muy bien por qué los prohibimos, Unai. Y no fue el equipo médico quien los prohibió, sino el equipo directivo. Con el respaldo de la mayoría de los usuarios, por cierto. Está bien, ha terciado Bruno, no creo que tenga mucho sentido airear los viejos trapos sucios. Lo que hay que hacer es votar si queremos que la niña se vaya o se quede, con o sin el chucho. Hemos hecho caso a Bruno y hemos votado. Naisha y *Yasti* se quedan.

Pero el momento más tenso de la asamblea aún estaba por llegar. Ha ocurrido casi al final del orden del día, justo antes de los ruegos y preguntas. Cuando Bruno ha preguntado quién quería continuar en el Pere Mata, Linda y Unai no han levantado el brazo. Los hemos mirado esperando una explicación. Nosotros nos vamos, ha dicho finalmente Unai. Aún no sabemos cuándo, pero no tardaremos en irnos. O sea, ha explotado Audrey, que hemos estado a punto de echar a Naisha por vuestra culpa y ahora resulta que os largáis. Es increíble. Nosotros no hemos hecho el orden del día, se ha defendido Linda cínicamente. ¿Y por qué queréis iros?, ha preguntado Bruno. La pregunta no es esa, Bruno, ha respondido Unai, la pregunta es por qué queréis quedaros vosotros, ¿no veis que no tiene ningún sentido? Hemos empezado a hablar todos a la vez y la asamblea se ha convertido en un guirigay. Nadie sabe qué ocurrirá cuando termine la moratoria, la mayoría cree que dejarán que nos quedemos, aunque sea metiéndonos en una reserva o en un campo de refugiados. Pero Linda y Unai sostienen que van a fumigar todo el territorio con formaldehído, para eliminar hasta el último germen,

como hicieron los británicos en la isla de Gruinard tras los experimentos con bombas de ántrax durante la Segunda Guerra Mundial. Según Unai, los soldados de la Alianza no se instalarán en la península hasta que no esté completamente desinfectada. Según Linda, lo más sensato es cruzar los Pirineos antes del fin de la moratoria, por peligrosa que sea la travesía. No seré yo quien me quede para que me desinfecten como a una piojosa. Estáis mal de la cabeza, ha dicho Audrey. Si hicieran lo que decís se cargarían toda la flora y la fauna. ¿Y desde cuándo una base militar necesita flora y fauna?, ha replicado Unai. ¿Acaso las hay en Moon Village? Mirad, ha dicho Audrey, haced lo que queráis, pero de aquí no os llevaréis ni un grano de arroz. ¿Nos vais a obligar a hacer como Vlado?, la ha desafiado Unai. ¿Estás amenazando con robarnos?, ha contraatacado Audrey. Calma, muchachos, ha pedido Bruno. Yo creo, ha intervenido Bertha, que podemos llegar a un acuerdo. Roma no paga a traidores, ha mascullado Audrey. Si quieren irse, que se vayan, ha continuado Bertha, pero que lo hagan ya y se lleven la comida que habrían consumido si se quedaran unos días más, ¿no? ¿Y las armas?, ha preguntado Gustau. Que se lleven las suyas, ha dicho Bertha, no sé vosotros, pero a mí con una me sobra y me basta. Jaume no estará de acuerdo, ha protestado Paula, deberíamos ir a preguntarle. No hace falta preguntarle nada, ha dicho Unai, mañana mismo nos vamos y estas se vienen con nosotros.

No sé quién dijo que los contemporáneos de un hecho histórico son los que menos lo entienden. Que hace falta distancia, perspectiva, para captar su verdadero significado. Tal vez por eso escribo este diario: no tanto para intentar comprender lo que está pasando, sino para dejar un testimonio que permita comprenderlo a las generaciones futuras. Aunque la historia ha demostrado, con desesperante terquedad, que comprender un hecho no significa necesariamente saber evitarlo.

Hoy mi padre habría cumplido ciento veinte años. Hay fechas que no se olvidan. Como algunos números de teléfono y algunos poemas. Como ese de Gabriel Ferrater, cuya biografía me espera en la mesita de noche, que aprendí hace setenta años para las pruebas de ingreso al Institut del Teatre y que me ha acompañado toda la vida. Para ser sincero, nunca he acabado de entenderlo, ni siquiera cuando lo recité en el escenario, pero hay poemas cuya belleza excede al intelecto y no necesitan ser comprendidos para calarte de emoción hasta los huesos. Se titulaba «La mala missió» y decía así:

Hi ha un pou pavonat blau
com el canó del revòlver
que vas mirar de nen.
Hi ha falgueres molt altes
i el tambor del sol bat lluny i feble.
Hi ha un ocell estarrufat
i verd i groc i bàrbar

com un tapís de ploma asteca,
i crida: més llum, sempre més llum
i és per colgar-se més sota terra.
I tu la cercaries fins a l'última pols
entre fulles eixutes
i arrels aspres
però fetes a la mesura
de la mà que estreny.
Hi ha un fres de móres negres
i les nous són crustacis podrint-se,
llefiscosos i dolents com les llàgrimes.
Dins, tot això.
Però no hi entraràs.
No saps cap a on tirar.
Fa tant de temps
que van donar-te les direccions.
Atorollat, has perdut els camins
i no tens esma.
T'asseus i recordes
que et van parlar d'un pou,
no de camins.*

Después de setenta años sigo siendo incapaz de recitarlo sin que se me encharquen los ojos.

Jueves, 5 de agosto

Esta mañana se han ido Linda y Unai. No he podido decirles adiós porque estaba haciendo la ronda, después de haberme librado durante un mes y medio. Tampoco creo que haya sido lo que se dice una despedida emotiva. Al pasar por detrás del pabellón de los Distinguidos, los he visto alejarse por el carrer del Doctor Labad, cargados con mochilas y mirando nerviosamente en todas direcciones. No debe de ser fácil salir a campo abierto tras pasar tanto tiempo en un espacio amurallado. Unai se había puesto una gorra para protegerse del sol y Linda iba con pantalones cortos, mostrando sus piernas ortopédicas, quién sabe si para infundir respeto o misericordia. Al verlos marchar, me ha embargado la misma sensación que tengo cada vez que alguien nos deja: la sensación de estar perdiendo alguna de mis extremidades. No quiero ni imaginar qué pasaría si se fueran Audrey o Bruno, sería como si me extirparan un órgano vital.

He continuado haciendo la ronda metódicamente, en el sentido de las agujas del reloj. Tras bordear el pabellón de los Distinguidos, he dejado a mi izquierda la puerta de los carros y he bajado al parking, donde los pocos coches que quedan acumulan polvo y telarañas, como el viejo BYD de Gustau, que sigue enchufado a uno de los cargadores, como si aún esperase a que el cable umbilical le devolviera la vida. He pasado por delante del almacén y he recorrido el paseo de las palmeras, con el ruido de fondo de las chicharras. A

la altura del pabellón 12 he oído balar a *Manoli* y a la sombra del pabellón 17 me he encontrado a *Petra* echando la siesta. Me he sentado a su lado, me la he puesto entre las piernas y la he estado acariciando mientras contemplaba una de esas escenas que hacen pensar no tanto en la naturaleza de la violencia como en la violencia de la naturaleza: una lagartija devorando a un saltamontes. Se le ha acercado lentamente por la espalda, como un amante o un carterista, y cuando lo ha tenido a tiro le ha lanzado la lengua y lo ha ingurgitado, haciéndolo desaparecer con la pericia de un prestidigitador. Pero lo mejor no ha sido eso: cuando la saciada lagartija aún se relamía los bigotes, *Petra* se me ha escapado de las manos y se ha abalanzado sobre ella, la ha atrapado entre sus garras y ha empezado a golpearla repetidamente contra el suelo, antes de llevársela a la boca y zampársela en menos de lo que canta un gallo. No he podido evitar pensar en una versión trófica de las muñecas rusas y me he acordado de aquel juego de mesa que tanto le gustaba a Leire: había cuatro tipos de cartas (mosquitos, camaleones, serpientes y gorilas) y las unas se comían a las otras según la jerarquía propia de la madre naturaleza… o de los inventores del juego, pues nunca entendí qué hacían allí los gorilas, si son herbívoros. Lo cual me hace pensar en un tipo peculiar de vegetarianismo que practiqué en mi juventud y que bauticé como vegetarianismo justiciero: comer solo a los animales que se comen a otros animales. Algo así como: si tú comes carne, yo te como; si no, te respeto. Total: que durante algún tiempo dejé de comer ternera y conejo, básicamente, pues el caballo, la alpaca y la llama no formaban parte de mi dieta habitual. El cerdo y el pollo sí los comía, que algún que otro gusano se zampan, los muy ladinos.

Sin poder quitarme de la cabeza la imagen de *Petra* devorando a la lagartija, he seguido recorriendo el perímetro, pasando por detrás del pabellón 16, bordeando la balsa y cruzando nuestro improvisado cementerio. Al llegar a la puerta principal, Audrey me estaba esperando, acompañada de Naisha y *Yasti*. Si todo va bien, ha dicho al verme llegar, se acabaron las rondas nocturnas. He arqueado las cejas. Naisha te va a acompañar a dar la vuelta entera. Ha programado a *Yasti* para que memorice el recorrido y pueda repetirlo tantas veces como haga falta. Afortunadamente, el disparo en la oreja no ha dañado su sistema central ni ha afectado a su capacidad para detectar ruidos y movimientos. Si en mitad de la noche algún forastero intenta acercarse al Pere Mata, se pondrá a ladrar como un condenado.

Maravillas de la ciencia moderna. No puedo dejar de pensar que si nuestros dirigentes no hubiesen sido tan estúpidos de prohibir los paneles solares para luchar contra la autarquía y contentar a Ibenfesa, otro gallo cantaría.

Viernes, 6 de agosto

Definitivamente, tengo el síndrome del miembro fantasma: pienso ahora más en Linda y en Unai que cuando estaban aquí. A pesar de los años que han

pasado, recuerdo perfectamente que en tu tesis doctoral utilizabas el síndrome del miembro fantasma como metáfora para analizar una de las cinco patologías que la realidad virtual presentaba por aquel entonces, y aludías a las tesis poshumanistas que vaticinaban la obsolescencia del cuerpo y aseguraban que en un futuro no muy lejano sería posible separarlo de la mente, como si esta fuera el software y aquel el hardware, el receptáculo donde podríamos transferir nuestros cerebros escaneados mediante un fabuloso uploading que nos abriría las puertas de la inmortalidad. Las tesis poshumanistas no han llegado a cumplirse, tal vez porque los humanos hemos dedicado demasiado esfuerzo y dinero en los últimos tiempos a matarnos entre nosotros, pero la realidad virtual se ha convertido, paradójicamente, en una de las mejores terapias para combatir los dolores ocasionados por el síndrome del miembro fantasma, como atestigua la sala de consolas del pabellón 9, que desde el Gran Apagón se ha convertido en un triste cementerio tecnológico.

La propia Linda me habló del síndrome del miembro fantasma en una de nuestras primeras conversaciones. No te lo creerás, me dijo, pero pasé meses sintiendo dolor en las piernas, aunque ya no estuvieran allí. Y te aseguro que no eran unas simples molestias: era el mismo dolor que sentí cuando explotó la bomba que me las arrancó de cuajo, un dolor insoportable que se estuvo repitiendo día y noche, durante semanas y meses. Por suerte, la mujer del coronel Aixalà acabó comprando mi silencio con estas magníficas Dokko, que consiguieron terminar con los dolores fantasmas. ¿No te parece increíble? Aunque no deja de tener su lógica: el problema del síndrome del miembro fantasma es que te duele algo que no tienes, ¿y cómo quieres curar algo que no tienes? Es imposible. Lo que hay que hacer es engañar al cerebro, que piense que vuelves a tener piernas y entonces decirle que vas a curarlas. Si pica el anzuelo, problema solucionado. Ah, pero no te creas que fue tan fácil conseguir estas dos maravillas: en un primer momento la viuda del coronel quiso demostrar que yo formaba parte del comando que había cometido el atentado, ¡como si fuese tan tonta para quedarme esperando de patas abiertas a que explotase la bomba! La amenacé con ir al programa de Bárbara Dos Santos, que volvió a emitirse en cuanto terminó la guerra, y contar que su marido había muerto mientras se comía un cuarto de kilo de rabo de travelo, y no solo me pagó las piernas, sino también el cambio de sexo. Porque yo antes era un hombre, ya lo sabías, ¿verdad, abuelo?

La verdad es que me llevaba bien con Linda, aunque fuese una deslenguada (o quizá precisamente por eso). Me gustaba su espontaneidad, su frescura, su insolencia. Debería haber hablado más de ella en este diario. Anteayer, después de la asamblea, vino a verme. Quería despedirse de mí y, de algún modo, justificarse. Le pedí que me tirase las cartas por última vez. Mientras las mezclaba, le pregunté dónde había aprendido el arte de la cartomancia. En

Medellín, me dijo, pero me viene de familia: mi abuela materna tiraba las cartas en un garito de Barcelona que ya no existe, del que contaba unas historias extraordinarias. ¿Cómo se llamaba?, le pregunté. Montse. No, me refiero al garito. Ah, tenía un nombre francés que, de pequeña, con solo escucharlo me entraban unas ganas locas de tomar un barco y venirme a Europa: *Les gens que j'aime*. De pronto se me hizo la luz en alguna circunvolución remota del cerebro. Ostras, dije. ¿Qué pasa? Que me parece que tu abuela fue la primera persona que me tiró las cartas.

Yo nunca he creído en el tarot ni en ninguna otra ciencia adivinatoria (un estupendo oxímoron, por cierto, pues el futuro es algo que no existe y no puede hacerse ciencia de algo que no existe): ni en la cartomancia, ni en la quiromancia, ni en la oniromancia, ni en ninguna de las múltiples mancias que tanto han fascinado al ser humano desde el origen de los tiempos y que ni el más recalcitrante de los poshumanistas podrá hacer desaparecer. Nunca he creído en la futurología, pero siempre me ha interesado el futuro: al fin y al cabo, como dijo Woody Allen (o tal vez fuera Groucho Marx), es donde voy a pasar el resto de mis días. Pero más allá de las supuestas dotes adivinatorias de las sibilas, lo que me fascina es su capacidad para construir, a partir de una simple tirada de cartas, un relato lo suficientemente ambiguo y lo suficientemente abstracto para que cada cual pueda asumirlo como propio e interpretarlo a su manera. Estoy convencido de que cuando seamos cerebros ambulantes y la metemsicosis sea el pan nuestro de cada día, seguiremos visitando a las pitonisas, aunque sean binarias. Bueno, dijo Linda poniendo tres montoncitos de naipes sobre el tapete, elige un mazo. El del centro. Muy bien. Puso el mazo elegido encima de los otros dos y empezó a echar las cartas bocarriba, colocándolas en forma de cruz. Salieron dos arcanos mayores (el Sol y la Rueda de la Fortuna) y tres arcanos menores. No parecían malas cartas, pero ninguna tarotista que se precie echaría las campanas al vuelo ante un viejo octogenario que vive con un Smith & Wesson debajo de la almohada. Además, como solía decir Anna Verdaguer (creo que la primera vez que se lo oí decir fue la noche en que nos vaticinó el nacimiento de Otto), las cartas no son intrínsecamente buenas ni intrínsecamente malas, todo depende de las relaciones que se establezcan entre ellas. Linda estudió atentamente los naipes, para acabar anunciando que un gran peligro se avecinaba y que debía ser muy cauto. Que alguien de mi entorno iba a traicionarme. Que las cartas no le permitían ver demasiado lejos, pero que eso no significaba necesariamente que la muerte estuviese cerca. Que no debía preocuparme por mi familia. Que no me dejase ofuscar por el amor. ¿Quieres saber algo concreto?, me preguntó recogiendo las cartas. Reflexioné un instante. Sí, quiero saber si seguiremos aquí hasta el final de la moratoria. Tiró las cartas, las estudió y suspiró. Tú, sí.

Debo reconocer que a Unai no le tenía tanto aprecio. Aunque también es verdad que en los últimos tiempos se había vuelto más arisco y taciturno. El dichoso zumbido lo tenía desquiciado. No debe de ser fácil vivir con una abeja o una mosca cojonera instalada en el oído, como un taladro perforándote día y noche el cerebro. Pero cuando yo llegué al Pere Mata, en la primavera del 59, Unai era un chaval de veinte años la mar de simpático, siempre dispuesto a echar una mano y a alegrarte el día con alguna broma. Por aquel entonces llevaba rastas, tal vez para disimular mejor el implante coclear, y tenía a todo el mundo enamorado. La bomba que lo había dejado sordo lo había dejado también huérfano, y los más viejos del lugar lo tratábamos como a un nieto, hasta el punto de que una vez, al poco de llegar yo aquí, tuvimos que interceder en su favor para que no lo expulsaran de la residencia, tras haber desaparecido durante tres días y haber vuelto cubierto de mugre y sangre, apestando a alcohol y armando un escándalo de tres pares de narices en mitad de la noche. Luego supimos que había ido a Barcelona para ver a una chica de la que se había enamorado a través del Pinkder, con la intención de pasar la noche juntos en el piso donde había vivido con sus padres. Pero, por supuesto, el propietario del apartamento lo había alquilado a otra familia y había cambiado la cerradura, así que Unai se quedó de patitas en la calle. Para más inri, la chica no se presentó a la cita y ninguno de los mensajes que le mandó a través de la aplicación obtuvo respuesta, así que Unai se pasó tres días deambulando por una ciudad condal que aún no se había recuperado del todo de los estragos de la guerra, durmiendo en soportales y gastándose en alcohol y putas todo el dinero que tenía. La segunda noche le dieron una paliza y le robaron el alephone. Intentó volver a Reus haciendo autostop, pero con las pintas que tenía nadie se atrevió a llevarlo. Al final consiguió colarse en una de las cabinas presurizadas del looper Barcelona-Lisboa, y aunque el sistema de videovigilancia lo detectó nada más cerrarse las puertas, no pudieron echarlo hasta la primera parada, en Tarragona. El resto del trayecto lo hizo a pie y llegó al Pere Mata pasada la medianoche, dando gritos y aporreando las puertas.

Cruzo los dedos por vosotros, muchachos.

Del mordisco que me di el otro día me ha salido una llaga. Parece que hay cosas que la vejez no cura. Aún recuerdo cuando siendo adolescente algún médico lumbreras me dijo que dejaría de tener aftas cuando me hiciera mayor. Será que sigo siendo un chiquillo. De todos modos, hace tiempo que comprendí que las aftas son como los catarros o como las pataletas: que nacen, crecen y mueren (por fortuna sin reproducirse). Así que es mejor no hacerles caso, por muy molestas que sean. Pero Elsa me ha visto hacer un gesto de dolor mientras comíamos y me ha preguntado qué me pasaba. Que tengo una llaga, le he dicho. ¿Me la dejas ver? He bebido agua y se la he

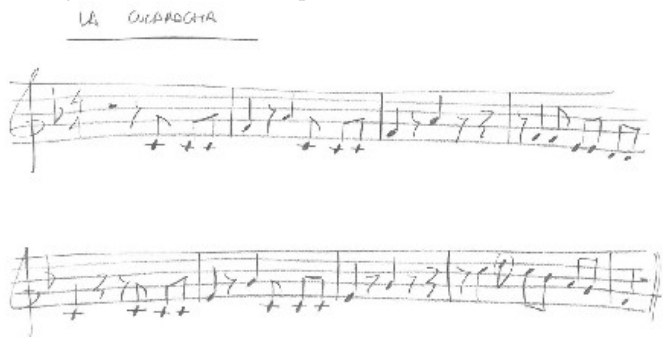
enseñado. ¿Cuánto hace que la tienes? No hará ni una semana, me mordí el día en que apareció Naisha y desde entonces no ha parado de crecer. Ya, a mí me suelen salir por culpa de la dentadura postiza. Pásate luego por nuestro apartamento, tengo un producto que es mano de santo. No te molestes, le he dicho, lo he probado todo y no hay nada que funcione, hace años que lo acepté y desde que las dejo en paz se curan más rápido. Te juro que esto funciona, ha insistido. ¿Qué es? Tintura de propóleo.

Después de comer la he acompañado a su apartamento. No me extraña que no hayan querido instalarse con nosotros en el PSG, pues en el pabellón 7 están como unas reinas. El edificio tiene forma de C angulada, y tras la guerra lo rehabilitaron por completo, construyendo miniapartamentos en la planta baja y un solárium en el primer piso. Aquí tienes, me ha dicho ofreciéndome un pequeño frasco de cristal con un líquido parduzco en su interior. ¿Y tú?, le he preguntado. Tengo más, qué te crees. Me llevé todos los que saldaron cuando cerró el herbolario de la plaça Trueta. Por cierto, ¿le gustó el xilófono a Audrey? Uy, le encantó. Conseguí sacar la melodía de «La cucaracha» y ahora se la toco todas las mañanas para despertarla. Ya te vale, ha dicho, ¿no encontraste ninguna menos truculenta? Sinceramente, no me parece la canción más adecuada para tocar en una residencia de mutilados… Nos hemos reído como dos viejos chistosos aficionados al humor negro. ¿Te sabes el del tipo al que le amputan el brazo por culpa de un virus?, le he preguntado. Creo que no. Pues resulta que el paciente se despierta de la anestesia y el doctor le dice: Le hemos amputado el brazo por culpa del virus. El paciente se lleva la mano que le queda a la cabeza y exclama: Pero ¿qué virus?, ¡si yo ingresé por unas hemorroides! Por el virus informático, contesta el doctor, no vea usted qué lío nos hemos hecho con los expedientes…

Con mucho gusto nos habríamos quedado contando chistes toda la tarde, pero a Elsa le tocaba guardia en la torre del agua y hemos tenido que volver al PSG. Mientras íbamos de camino, he vuelto a sacar el tema del xilófono. ¿Sabes qué hice el otro día, después de aprender a tocar «La cucaracha»? Intenté escribir la partitura en un papel. No me digas, ¿y qué tal? Pues me costó bastante, la verdad, porque hacía más de veinte años que no veía un pentagrama, desde que mi hija estudió solfeo en el conservatorio. Pero yo creo que conseguí sacarla… Oye, ahora que lo pienso, ¿te importaría echarle un vistazo y decirme qué tal está? Claro, ¿dónde la tienes? En mi cuarto. Hemos subido y he buscado la partitura. No me digas que estás escribiendo tus memorias, se ha sorprendido al ver el mazo de hojas manuscritas. No, es más bien un diario. Mira, aquí está, he dicho enseñándole la partitura. Ten en cuenta que es para el xilófono que hicimos. La ha mirado un momento y se ha echado a reír. ¿Qué pasa?, ¿tan mal lo he hecho? Hombre, digamos que no es muy ortodoxa. ¿Quieres que te la corrija? He estado a punto de decirle que

sí, pero luego me he acordado de uno de los puntos programáticos de este diario: respetar los errores, aceptar las equivocaciones, considerar el desliz como parte constituyente y necesaria de cualquier reflejo de la realidad que se precie. No, mejor déjalo como está. Pero escríbeme en esta hoja la partitura correcta.

Cuando se ha ido a hacer guardia, he comparado las dos partituras. Más allá de que Elsa no ha podido resistir la tentación de poner un si bemol y un re agudo (aun a sabiendas de que será imposible tocarlos con el xilófono), su partitura y la mía se parecen como un pito a una castaña. No sé qué habrá sido de Núria, mi querida profesora de piano, pero si estuviese aquí para ver esto, se le caería la cara de vergüenza ajena. O, como dijo Cristina Fernández Cubas al recoger el Cervantes, de alipori.



Sábado, 7 de agosto

Esto de escribir todos los días se está convirtiendo en una obsesión. Hoy he soñado, y no es la primera vez, que escribía este diario. Lo gracioso del caso es que lo escribía en tiempo real, es decir, que apuntaba en un papel todo lo que hacía mientras lo hacía, en un absurdo intento de conciliar el mapa y el territorio. Pero el sueño me ha dado una idea que me dispongo a llevar a la práctica: una tentativa de agotamiento de un día en el Pere Mata. No voy a llegar al extremo de aquel libro de Kenneth Goldsmith que publicó La Uña Rota hace más de medio siglo, en el que el autor estadounidense describía pormenorizadamente y hasta el hartazgo cada uno de los gestos, acciones y actividades que realizaba desde el momento de levantarse hasta el de acostarse, pero sí quiero dejar constancia de lo que podría ser un día cualquiera en el Pere Mata en los tiempos del Gran Apagón. Vamos allá.

7:30. Me despierto. Audrey ya no está en la cama, pues le toca hacer guardia en la torre del agua hasta las ocho. Abro las ventanas, me pongo unos pantalones de lino y una camisa limpia, y me lavo la cara en la jofaina. Al mirarme en el espejo, pienso que debería cortarme los pelos de las orejas, pero me da pereza hacerlo ahora y decido dejarlo para mañana. Intento recordar el verbo que significa «dejar algo para mañana», un verbo que no hay manera de que retenga, supongo que porque lo aprendí de mayor.

7:35. Al salir de la habitación, oigo sollozar a Naisha (que ayer se instaló en la habitación de al lado, la que ocupaba el padre Andrés). Llamo a la puerta y le pregunto si todo va bien. No contesta, pero el llanto se interrumpe. Como la vejiga aprieta, decido no insistir. Bajo la escalinata, salgo del pabellón, cruzo el huerto y llego a la letrina. Está ocupada. Bruno tarda cinco minutos en salir, con cara de satisfacción. Sin tiempo de darle los buenos días, entro y disparo.

7:45. Desayuno con Bruno en la cocina. También están Paula y Jaume, que ya han encendido el fuego de la barbacoa para calentar el agua. Normalmente intentamos mantener las brasas sin que se apaguen del todo, para no malgastar las cerillas. Rallo la primera manzana de la temporada y me la como, acompañándola de una infusión de poleo. Paula me pregunta si Naisha ha dormido bien. Le digo que sí y me callo lo de los sollozos.

8:00. Jaume se va para sustituir a Audrey en la torre del agua. Baja Audrey, soñolienta y famélica. Las guardias nocturnas tienen como premio un óvalo. Audrey elige uno de café con leche y lo pone a hervir. Cuando adquiere el tamaño de un huevo de gallina, lo saca del fuego y se lo come con avidez.

8:30. Subo con Audrey a la habitación y, a través del tabique, vuelvo a oír los sollozos de Naisha. Audrey también los ha oído. Salimos y llamamos a la puerta. Entramos. A los pies de la cama, Naisha llora abrazada a *Yasti*, que acaba de estrenarse como vigilante nocturno. Las sábanas están manchadas de sangre. Audrey se acerca y le seca las lágrimas. Le pregunta si es la primera vez que tiene la regla. Naisha niega con la cabeza. Le pregunta si usa compresas, tampones o copas. Naisha dice que copas. ¿Puedes ir a buscarlas?, me pide Audrey. ¿Dónde están?, le pregunto. Ni siquiera sabía que teníamos. En la enfermería, en el armario que hay junto a los tanques de oxígeno, dice.

8:40. Voy a la enfermería y encuentro el armario de las copas menstruales. También hay compresas y tampones, y montones de cajas de pastillas anticonceptivas, antimenstruales y estacionarias, de las que reducen el período o lo anulan completamente. Deben de llevar meses sin usarse, desde que Paula se quedó embarazada. Cojo un paquete de copas y vuelvo al PSG. Se lo doy a Audrey y las dejo a solas.

8:45. Me lavo los dientes. Me aplico el propóleo en la llaga. Hago los ejercicios de rehabilitación. Pienso en la primera vez que le vino la regla a Leire. Nos llamaron del colegio. Tú estabas en la universidad, así que fui yo a buscarla. Tenía la cara desencajada de dolor. No soportaba ni el roce de la goma de las bragas. La segunda vez que tuvo la regla se desmayó y la llevamos al hospital. No tardaron en recetarle las pastillas antimenstruales.

9:00. Viene Audrey y se acuesta. Me pide que la despierte dentro de un par de horas como máximo. Me pongo a escribir la entrada de hoy y decido llevar a cabo esta tentativa de agotamiento. Luego añado una nueva palabra al

poema irracional, que queda de la siguiente manera:

Dar y fiar a quien consienta al hombre
decir sin rubor palabras sencillas.
¿Cuántas estrellas hay en los confines?
¿Cómo capear la mísera vida?
Sin más enemigos que la riqueza,
aborrezco tanta palabrería.
La libertad infinita será
a propósito colosal y exigua,
venciendo las perversas vanidades.

10:30. Salgo de la habitación sin hacer ruido, bajo a la cocina a por la huevera y voy al corral. Cojo los huevos que han puesto *Punki* & *Panki*. Dejo salir un rato a *Manoli*, para que se solace con la hierba del pabellón 17. De hecho, si ya no da leche, no sé para qué la tenemos encerrada. Me doy una vuelta por el huerto y arranco los rábanos y las zanahorias que me ha pedido Paula para la comida. Llevo los huevos y las hortalizas a la cocina.

11:00. Despierto a Audrey tocando «La cucaracha». Le pregunto cómo ha ido con Naisha. Charlamos un rato. Me habla de su primera regla, que le vino en un coche. Yo le cuento el susto que me di con mi primera eyaculación, pues no tenía ni idea de lo que era. Me dice que no se lo cree, que cómo no iba a saber lo que era, si aparece hasta en los libros de texto. Le digo que en mi época no. Y que en la de mis padres había mujeres que la noche de bodas se llevaban una sorpresa de campeonato cuando veían que *aquello* se hacía grande. Audrey se ríe. Luego se pone seria y me habla de su histerectomía.

11:30. Audrey va a ver cómo está Naisha y yo actualizo mi tentativa de agotamiento. Me tumbo en la cama y termino de leer la biografía de Fortuny. Murió muy joven, a los cuarenta y dos años. Más o menos la edad a la que yo dejé de escribir.

12:30. Bajo al comedor y enciendo la vieja radio a pilas, como hago prácticamente todos los días desde que dejó de funcionar. Solo se escucha el zumbido del silencio. Voy a buscar agua al pozo, donde Bertha está lavando la ropa. Charlamos un momento. Vuelvo al pabellón y pongo la mesa.

13:00. Comemos ensalada de lentejas. Faltan Elsa y Gustau, que están en la torre del agua y haciendo la ronda, respectivamente. La presencia de Naisha le ha dado otro aire a las comidas. Aunque sepamos que no puede vernos, la observamos de reojo. Me maravilla la habilidad que tiene para saber dónde está cada cosa. Cuando quiere beber agua, alarga el brazo y acierta con el vaso siempre a la primera. Jaume le pregunta por la autonomía de *Yasti*. Naisha le responde que a qué se refiere exactamente, si a la capacidad de tomar decisiones por cuenta propia o a la duración de las baterías. La chavala habla como un libro abierto, aunque a veces se pasa de redicha. Jaume se refiere a ambas cosas. Naisha nos cuenta que *Yasti* es un prototipo de perro lazarillo en

fase experimental, fabricado en la India hace apenas dos años. Su padre consiguió importarlo a través de un convenio de colaboración entre el hospital de Reus y un laboratorio de Nueva Delhi especializado en el uso de nanotecnología con fines terapéuticos. Las baterías pueden durar hasta diez años y no necesitan recargarse en una toma de corriente, pues el petbot funciona con un circuito cerrado de energía cinetérmica; es decir, que el propio movimiento del animal genera calor y el calor genera movimiento. La única manera de agotar la batería sería programándolo para que estuviera quieto y encerrándolo en una habitación fría y oscura. Pero, incluso así, la batería podría durar semanas o meses, ya que el petbot se encontraría en un estado parecido al de la hibernación, con un consumo de energía prácticamente nulo. Por lo que se refiere a la capacidad de tomar decisiones por cuenta propia, depende del programa que se elija, pero el límite lo marcan siempre las tres primeras leyes de la robótica. El animal tiene, además, como exige la normativa internacional sobre inteligencias artificiales, un interruptor de emergencia.

14:00. Recogemos la mesa. Friego los platos con Bruno y nos quedamos en el salón echando una partida de ajedrez. Como después me toca guardia y la siesta no la perdono, jugamos con tiempo (quince minutos por cabeza). Usamos el reloj de arena que construimos cuando los alephones dejaron de funcionar, con dos pequeñas matraces de plexiglás unidas por una moneda de cincuenta céntimos a través de cuyo agujero pasa la arena, un modelo inspirado en el que me enseñó a hacer José Ángel cuando teníamos veinte años con bombillas transparentes y monedas de veinticinco pesetas. Bruno juega con blancas, sale con e4 y le hago una siciliana con fianchetto en g7, porque sé que le fastidia la variante del dragón cuando jugamos con reloj. Pero poco después caigo en una celada y acabo perdiendo la partida.

15:00. Tras pasar por la letrina, subo a mi cuarto y hago los ejercicios de rehabilitación. Consigo mantenerme casi un minuto con los ojos cerrados en la posición de la cigüeña. Empiezo a leer la biografía del doctor Pere Mata en la cama. Me echo una siesta de veinte minutos, de esas que dejan como nuevo.

15:55. Me lavo los dientes en la jofaina, cojo las gafas, el revólver, la gorra, el lápiz de carpintero y varias hojas en blanco, y subo a la torre a relevar a Elsa. Nada más llegar, me pasa los prismáticos y me señala con el dedo hacia el sur. Un grupo compacto de unas diez o doce personas avanza por la carretera de Alcolea, en dirección al centro de Reus, armadas con fusiles y custodiando un carro tirado por un mulo. No parece que tengan intención de venir a visitarnos. Cuando Elsa se va y me deja solo, bajo la trampilla y contemplo mis dominios. Las horas pasan lentas aquí arriba, la vista se cansa y se marea uno de tanto mirar por los prismáticos. Alterno barridas panorámicas con

inspecciones más detalladas. No puedo evitar que me asalten los recuerdos cuando dirijo la vista hacia el Mas del Molí, abandonado por sus dueños tras el Pacto de la Vergüenza. Solo he estado allí una vez, cuando Enric y Noe cumplieron cuarenta años y lo celebraron con una fiesta por todo lo alto. Me acuerdo perfectamente porque fue la víspera del primer referéndum de autodeterminación. Ya bien entrada la noche, con alguna copa de más, alguien propuso ir a ver nuestro antiguo instituto, que quedaba justo al lado. Por entonces funcionaba como escuela de idiomas y nos encontramos con las puertas cerradas. Alguien propuso saltar el muro, como en los viejos tiempos de La Cage, una discoteca de Salou con jardín y piscina en la que nos colábamos como auténticos saltimbanquis. Al final nos animamos José Ángel, Enric, Alfonso, Edu y yo, pero Edu, que andaba algo pasado de kilos, se entalló un brazo al trepar el muro y le salió un cardenal que luego lució como si se lo hubiese hecho la policía durante los altercados del referéndum.

18:*00*. Hago una pausa para descansar la vista. Aprovecho para rociarme con el repelente que ha fabricado Audrey, pues temo que a medida que avance la tarde empiecen a devorarme los mosquitos. Aprovecho también para escribir el diario. Se levanta aire y la veleta oxidada empieza a gemir como una plañidera. También protesta la vieja antena que servía para comunicarse con el sanatorio de Villablanca, que durante muchos años perteneció al mismo grupo empresarial que el Pere Mata. Según me contó Gustau que le había contado Roger, el anterior jefe de mantenimiento, la antena era de fabricación israelí y utilizaba tecnología militar. Tal vez podríamos intentar usarla para captar la señal de radio. El grupo que avanzaba por la carretera de Alcolea hace rato que ha desaparecido entre los edificios de la ciudad. Dirijo los prismáticos hacia el mar y me parece ver un puntito blanco desplazándose hacia el norte, como si fuese un barco de vela rumbo a las costas francesas. Sigo observando los alrededores.

20:*00*. Bruno viene a sustituirme. Le recomiendo que se rocíe bien con el repelente, pues los mosquitos están al acecho. Bajo directamente al salón y ya están todos a la mesa. Paula ha hecho una tortilla de patatas para nueve personas con los dos huevos que le he traído esta mañana. Se merece ganar de una vez por todas el Tenedor de Oro. Durante la cena, Elsa habla del grupo armado que ha visto desde la torre del agua. Jaume se extraña de que hayan entrado en Reus, en vez de coger la circunvalación. Seguimos charlando hasta que se hace de noche.

21:*30*. Nos retiramos a nuestras habitaciones. Escribo el diario a la luz de una vela y Audrey me riñe por malgastar los recursos. Le digo que hoy es una excepción, que nunca escribo por las noches. Cuando termino, me desnudo y me meto en la cama. Audrey me acaricia los pelos del pecho, el abdomen, los genitales. Yo le acaricio los pezones, el vientre, los genitales. Nos masturbamos

el uno al otro. Cuando nota que estoy a punto de correrme, me tapa la boca para que no grite.

23:00. Cuando Audrey empieza a roncar, me levanto, enciendo la vela y añado algunas líneas a mi diario, poniendo punto final a esta fracasada tentativa de agotamiento.

Domingo, 8 de agosto

Audrey me ha despertado en mitad de la noche, tirándome del brazo. ¡Levanta, levanta! Estaba tan agitada, que instintivamente he cogido el revólver y he encendido la linterna. ¡Apaga eso y ven aquí!, me ha dicho. He oído cómo corría la mosquitera y abría las contraventanas. Su perfil se ha recortado sobre un fondo salpicado de estrellas. Con las manos apoyadas en el alféizar, ha sacado la cabeza y ha observado el cielo. Lo primero que he pensado es que había visto un avión. Sin ponerme las zapatillas me he acercado hasta donde ella estaba. Mira, ha dicho cogiéndome de la mano y señalando el firmamento: mi santo se ha puesto a llorar.

El espectáculo de la lluvia de estrellas nos ha dejado boquiabiertos. As lágrimas de São Lourenço, ha dicho Audrey en su lengua paterna. Las Perseidas, he dicho yo. Hacía años que no las veía, ha dicho ella. Es que hacía años que no se veían, he dicho yo, por culpa de la contaminación. ¿Qué hacías despierta?, le he preguntado. He oído llorar a Naisha y he ido a consolarla, me he sentado al borde de su cama y le he acariciado la espalda hasta que se ha quedado dormida; desde mi posición, veía el cielo a través de las contraventanas abiertas, y de pronto ha estallado la guerra de las galaxias.

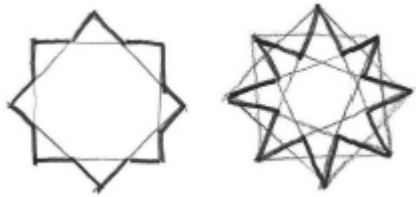
Nos hemos quedado un buen rato abrazados, escrutando la bóveda celeste, dando rienda suelta a nuestra admiración cada vez que veíamos desintegrarse una estrella. Cuando nos ha empezado a doler el cuello hemos vuelto a la cama, con los pies fríos y los ojos haciéndonos chiribitas.

Durante la comida, hemos hablado del espectáculo nocturno. Bruno vio las primeras estrellas fugaces desde la torre del agua, pero fue Gustau el que se puso las botas al sustituirlo. Le he preguntado si con el monocular de visión nocturna se veían mejor, pues esta madrugada me toca de nuevo hacer guardia y seguro que San Lorenzo volverá a soltar algunas lagrimitas. Si tienes la chiripa de apuntar al lugar exacto en que la estrella se desintegra, cojonudo, ha dicho Gustau, pero las posibilidades son mínimas: es mejor abrir bien los ojos y estar atento. Perdonad que os corrija, ha intervenido Bruno, pero no son estrellas, son meteoritos. Perdonadme a mí también, ha dicho Jaume, pero os recuerdo que la función del que está en la torre del agua es vigilar por si vienen forasteros, no marcianos.

Cuando he vuelto a mi cuarto, me he puesto a dibujar estrellas. No deja de ser curiosa la cantidad de formas distintas que tenemos de representarlas. Está la estrella de cinco puntas, como la del Che Guevara o la estelada:

Está la estrella de David, de seis puntas, construida con dos triángulos equiláteros:

Están las estrellas de ocho puntas, ya sean de ángulos rectos (la conocida como estrella de Salomón, que se construye superponiendo dos cuadrados) o de ángulos agudos:



Y están las estrellas de cuatro puntas que, al superponerse, se convierten en rosas de los vientos:

Claro que también están las que se representan mediante rayas, como la estrella de Miró o los asteriscos (ya sean de cinco, seis u ocho puntas):

Por no hablar de las estrellas con formas irregulares, como las estrellas de mar:

Al final, de tanto escribir y tanto dibujar, se me ha abierto la muñeca.

Lunes, 9 de agosto

Esta mañana me he levantado tarde, pues me ha tocado hacer guardia desde medianoche hasta las cuatro de la madrugada. El cielo estaba nublado y me ha ocultado las lágrimas de San Lorenzo. A ver si por lo menos llueve. Me he quedado un buen rato en la cama remoloneando (o candongueando, como tú decías) y he pensado en la situación en que nos encontramos. Hace días que tengo la sensación de que va a suceder algo de un momento a otro, pero no pasa nada, como si el tiempo se hubiera detenido o estuviera dando marcha atrás para coger carrerilla. Yo sigo escribiendo mi diario, dibujando mis estrellitas y jugando mis partidas de ajedrez, como si tal cosa, mientras se acerca irremediablemente el fin de la moratoria. ¿Y después, qué ocurrirá después? ¿Nos meterán en un furgón y nos sacarán del país para desinfectarlo, como decían Linda y Unai? ¿Nos harán un juicio sumarísimo por haber desobedecido las órdenes de la Mancomunidad Europea? ¿Nos pondrán contra el muro del Pere Mata y nos fusilarán por traidores? ¿Acaso no somos nosotros, los que nos hemos quedado, los verdaderos patriotas? ¿De verdad nos estamos jugando la vida por una causa inútil? Se mire como se mire, hay que ser muy cabezota para quedarse aquí. Pero es que yo siempre he sido muy cabezota. Y a mucha honra, oiga.

A la hora de comer, ha llegado Bruno con su sonrisa de ratón. Mirad lo que he encontrado, ha dicho enarbolando con satisfacción un viejo libro de tapas rojas. Al principio no lo he reconocido, pues en su día no le hice mucho caso. Una antología de escritores reusenses, ha exclamado Bruno dejando el libro sobre la mesa. ¿Y a que no sabéis quién está entre ellos? Ni siquiera la barba ha podido camuflar mi turbación. Qué callado te lo tenías, ha dicho Elsa al ver mi nombre en la antología. ¿Dónde lo has encontrado?, le he preguntado a Bruno. En el altillo de la enfermería, en una de las cajas. Aquí dice que tienes publicadas dos novelas y un libro de cuentos, ha dicho Gustau, y que te tradujeron a varios idiomas, ¿es verdad? He afirmado con la cabeza. Pero hace mucho tiempo de eso, ya ni me acordaba. Locuras de juventud. Pues yo voy a buscar en las cajas, ha dicho Bruno, a ver si encuentro tus libros, que el cuentecito este me ha sabido a poco. ¿Por qué no nos lo lees?, ha sugerido Bertha al ver que apenas tenía un par de páginas. Ni harto de vino, he dicho,

y me he puesto a comer sin levantar la vista del plato.

El cuento en cuestión se titula «Minoxidil» y debo reconocer que me ha hecho gracia volver a leerlo después de tanto tiempo. Lo escribí poco antes de que viera la luz mi primera novela, y el título hace referencia a un crecepelo que usé durante algunos años y que dejó de comercializarse cuando se demostró su ineficacia. Lo único que funciona (y solo relativamente) es el microinjerto capilar, pero no está al alcance de todos los bolsillos y hay que ir renovándolo cada cierto tiempo. Durante años nos estuvieron prometiendo el oro y el moro con las terapias de células madre y la partenogénesis capilar, pero al final resultó ser de nuevo el timo de la estampita. Parece mentira que la ciencia haya conseguido que las mujeres no tengan la regla y no haya conseguido que a los hombres nos crezca el pelo. Volviendo al cuento, no sé por qué lo escogieron para la antología. Si tengo que decir la verdad, ni siquiera recuerdo que me lo pidieran. Al hojear el libro he visto que se publicó en 2028, cuando yo ya hacía algunos años que había dejado de escribir, así que supongo que no le di mayor importancia.

¿Por qué no me lo habías dicho?, me ha preguntado Audrey al subir a la habitación. ¿El qué?, le he respondido. Lo de que fuiste escritor. Porque no tiene ninguna importancia. Como decía Roland Barthes, escribir no es una gracia, es escritor quien quiere serlo. Pero yo nunca quise ser escritor, simplemente me gustaba escribir. Así que nunca fui escritor, simplemente escribí. Un buen día se me quitaron las ganas y dejé de hacerlo. Ahora he vuelto a escribir, llevo un mes y medio escribiendo, ¿significa eso que soy un escritor? No, simplemente me dedico a juntar unas palabras con otras para dejar constancia de lo que estamos viviendo. Creo que te engañas a ti mismo, me ha dicho Audrey, te has inventado una historia para justificar que en un momento dado dejaste de escribir; pero en el fondo te habría gustado seguir escribiendo. Qué sabrás tú, le he respondido de malas maneras, ¿quién te crees que eres para interpretar mi vida? ¿Lo ves?, ha dicho tras una pausa, he metido el dedo en la llaga.

La conversación me ha puesto de tan mal humor, que he cogido una de las hojas de cortesía y me he dedicado a copiar el cuento, palabra por palabra, para incluirlo en este diario.

MINOXIDIL

—Te estás quedando calvo—me reprocha mi mujer, como si yo tuviera la culpa—. Deberías empezar a usar el Minoxidil.

—¿Y eso qué es?—le pregunto con displicencia.

—El líquido que usa tu hermano. Y mira qué pelo tan fuerte tiene.

Al día siguiente voy a la farmacia y compro un frasco de Minoxidil. Durante las primeras semanas no pasa nada, pero al cabo de un par de meses empiezo a notar los resultados. Y mi mujer también:

—Parece que funciona, ¿no?—me pregunta un día en la cama.

—¿Tú crees?

—Sí. Tendré que probarlo, últimamente dejo la ducha llena de pelos.

—Mira que eres exagerada, cariño—le digo, aunque yo también me he dado cuenta.

Pasan los meses y mi cabeza está cada vez más poblada, al contrario que la de mi mujer. Un día llega a casa y me dice:

—He ido al dermatólogo.

—¿Para qué?

—Para lo del pelo.

—Ah, ya. ¿Y qué te ha dicho?

—Que el pelo que te está saliendo a ti es el que se me está cayendo a mí.

—¿Cómo? Menuda tontería.

—Pues eso ha dicho.

—¿Y tú le has creído?

Mi mujer no responde, pero en el baño, antes de acostarnos, veo que mira de reojo mi frasco de Minoxidil. Luego, ya en la cama, me dice:

—Deberías dejar de usarlo.

—¿El qué?

—El Minoxidil, qué va a ser.

—Pero, cariño, ese médico está mal de la cabeza. No lo estarás diciendo en serio, ¿verdad?

—Puede que tenga razón. Déjalo durante algunas semanas, y así vemos qué ocurre.

—Está bien—digo antes de apagar la luz.

Espero a que mi mujer se duerma. Entonces me levanto con sigilo, cojo el Minoxidil y me voy de casa, dispuesto a empezar una nueva vida. Un año más tarde me cruzo con mi exmujer por la calle. Lleva un pañuelo en la cabeza para intentar ocultar su calvicie. Antes de que me reconozca, me quito la goma de la coleta y dejo que el pelo me caiga sobre los ojos.

La verdad es que hubo un tiempo en que me obsesioné con la caída del cabello, y «Minoxidil» es la prueba de esa obsesión. Afortunadamente, la alopecia se cura con los años. ¿Cómo?, se preguntará el improbable lector de este diario, ¿acaso existe un remedio contra la alopecia? Sí, le responderé: el mejor remedio contra la alopecia no es otro que la calvicie. Me explico, pues soy consciente de que mi teoría no es muy ortodoxa: la alopecia es la caída patológica del cabello, la calvicie es el resultado de esa caída patológica. Y a un calvo no se le puede caer el pelo, ¿verdad? *D'on no n'hi ha no en raja*,* que decimos en catalán. De ahí que no sea la calvicie la que nos obsesiona, sino la alopecia. De hecho, existe un término para designar el miedo a la caída del pelo, la fobia a quedarse calvo (que no a estarlo). Pero ya lo he olvidado. No se me ocurre prueba más evidente de que el tema ha dejado de obsesionarme.

Sin embargo, la vejez no nos libra de las obsesiones, ni mucho menos: solo las transforma. Si tuviera que elegir alguna de las numerosas enfermedades que me han sacado de quicio en los últimos años, no serían ni las relacionadas con la circulación (varices, hemorroides, migrañas), ni las relacionadas con el aparato locomotor (hernias, tendinitis, lumbalgias), ni las relacionadas con el

aparato reproductor (próstata, hongos, disfunción eréctil), sino las que tienen que ver con la piel y que a menudo son insignificantes, en comparación con las anteriores: vitíligo, puntos rojos, dermatitis, por no hablar de las arrugas. Ah, las arrugas son un temazo. Y aquí no vale ninguna distinción, como en el caso de la calvicie y la alopecia. El arrugamiento no conoce fin. Cuando crees que ya estás tan arrugado que no puede salirte ni una arruga más, te sale una arruga más. Somos tortugas en potencia.

Acabo de subir a la torre del agua a pedirle perdón a Audrey por haberle respondido mal esta tarde. Al revés, me ha dicho, soy yo la que debería pedirte disculpas por haberte juzgado tan a la ligera. Pero si tienes razón, le he dicho, después de tanto tiempo la herida sigue abierta. Nos hemos abrazado y me ha dado un beso en la boca, algo que no suele hacer si no es a oscuras y en la cama. Me he quedado un rato con ella, mientras se hacía de noche. Le he hablado de mi antiguo instituto, y de mi casa de la Flor del Camp, y del tesoro que aún debe de estar allí enterrado, y de los paseos que daba con mi perro *Sim* por las montañas de los alrededores, y de Àngels, Xavi, Pol & Aina, mi querida familia de Indianas del Picarany, y de una noche de Halloween en que nos colamos en una mansión abandonada de la carretera de Almoster y dejamos al Miki colgado tocando la campana de la capilla.

Luego he bajado a acostarme, pero antes de meterme en la cama, me he mirado en el espejo y me he acordado de aquella greguería de Gómez de la Serna que dice que los peines les sirven a los calvos para hacerse cosquillas paralelas.

Martes, 10 de agosto

Ayer me dio por hablar de la alopecia y de las enfermedades de la piel. Hoy voy a hablar de la presbicia. No es que quiera convertir este diario en un vademécum de todos mis males, en una terapia para exorcizar mi hipocondría, como en aquella maravillosa novela del hoy tristemente olvidado Daniel Pennac, titulada *Diario de un cuerpo*, donde el protagonista se dedicaba a dejar constancia de todo lo que tenía que ver precisamente con su organismo. Pero es que esta mañana, tras aplicarme en la llaga la tintura de propóleo que me dejó Elsa, he querido leer la etiqueta del frasco y no he podido, por mucho que lo alejara de mis ojos.

Se supone que no debería necesitar gafas para leer de cerca, pues estoy operado de presbicia. En la operación utilizaron una terapia novedosa para la época: la sustitución del cristalino por una lente intraocular acomodativa, una especie de gel que se adapta al foco que el ojo necesita. Me dejé convencer por la doctora Boto, tía de nuestra amiga Aitana, y no me arrepiento. El problema es que hace ya casi cuarenta años de aquello, y el gel se ha ido degradando. Empecé a notarlo al poco de llegar al Pere Mata y los médicos me recomendaron volver a operarme para sustituir el gel. Pero no tenía dinero

para costear la intervención y no quería pedírselo a Leire, que suficiente esfuerzo hacía ya asumiendo los gastos del geriátrico. Decidí ponerme gafas y rezar por que el deterioro no fuese progresivo. De momento, llevo seis o siete años con las mismas lentes y no he tenido que cambiar los cristales. Eso sí, sin ellas soy incapaz de leer la etiqueta de un frasco de tintura de propóleo.

Me he puesto las gafas y he leído: «Tintura de propóleo. Uso tópico. Actividad calmante, cicatrizante y antibacteriana. Fabricado con productos 100 % naturales por la herboristería Calafell, plaça Margalida Trueta, 9, Reus. Fecha de caducidad: ver envase». La verdad es que llevo tres o cuatro días usando el potingue y no he notado ninguna mejora en la llaga, más allá de una ligera anestesia en los minutos posteriores a la aplicación, aunque también es verdad que no ha seguido creciendo. Con lo cual, el dilema es el de siempre: si no me hubiese echado el propóleo, ¿la llaga se habría estancado igualmente, habría seguido creciendo o habría empezado a disminuir? Por supuesto, la duda no se produce solo con los productos naturales u homeopáticos. De hecho, es la gran paradoja de la medicina desde tiempos inmemoriales: que los fármacos no son como el gato de Schrödinger, no pueden tomarse y no tomarse a la vez, así que nunca sabremos qué habría ocurrido de haber escogido la opción contraria.

La etiqueta del frasco no solo me ha hecho pensar en mis problemas de vista, también me ha traído a la memoria a Margalida Trueta. Para ser sincero, ni siquiera sé dónde está la plaza que lleva su nombre. Pero su historia la conozco perfectamente, aunque tuviera lugar cuando vivíamos en Sant Pere de Ribes, pues causó tal revuelo que se convirtió en todo un símbolo de la lucha por los derechos sociales. Ocurrió al principio del sexenio negro, durante la brutal crisis económica, social y política que precedió a la guerra de independencia y que provocó la desaparición del euro y la creación de la Mancomunidad Europea. Margalida Trueta había nacido en Reus a finales del siglo XX y desde que tenía uso de razón había querido ser monja. Llevaba treinta años en la Congregación de Hermanas de Nuestra Señora de la Consolación, sin levantar la voz, cuando la crisis del 44 le hizo replantearse su relación con Dios y con el mundo. Se enfrentó a la madre superiora y no tardó en colgar los hábitos para entrar a formar parte de la CORI, la Coordinadora Reusenca Independent, el partido fundado a principios de siglo por Ariel Santamaria y refundado por él mismo a principios de los 40 para protestar contra la construcción de los rascacielos Okinawa. La historia de la CORI se merecería para ella sola una entrada entera de este diario, pues lo que empezó como una broma entre amigos terminó con el propio Santamaria de concejal en el ayuntamiento de Reus, vestido de Elvis Presley y con un programa que proponía plantar marihuana en los parques de la ciudad, parar las obras durante toda la legislatura o construir con dinero público un

«follódromo», pensado para la gente joven sin trabajo, ni casa, ni coche, y diseñado como un edificio donde los jóvenes pudiesen ir a follar sin complicaciones. El ayuntamiento elaboraría cartillas de racionamiento (para evitar los abusos) y repartiría gratuitamente preservativos con la forma del campanario de Reus y sabor a *menjar blanc*, producto estrella de la gastronomía local. Pero ya escribiré otro día sobre la CORI, que hoy quería hablar de Margalida Trueta.

El activismo de la monja renegada no dejó de aumentar a medida que se agravaba la crisis, intensificándose durante el segundo gobierno Carnicero y especialmente tras el pacto de las fuerzas neoconstitucionalistas, encabezadas por Unión Patriótica y secundadas por el PSOE, para establecer una bicefalia ejecutiva durante la crisis. La gota que colmó el vaso fue la proposición de ley, consensuada por los principales partidos del hemiciclo (con la honrosa excepción del NPND de Diana Sobrino), de congelar las pensiones sine die, hasta que las arcas del estado volvieran a llenarse. Las protestas se extendieron por todo el país y hubo centenares de heridos. Cuando el primer yayoflauta murió por un disparo de la policía, Margalida Trueta se plantó frente al ayuntamiento y se quemó a lo bonzo. Con su acto consiguió que los partidos políticos retiraran la propuesta de ley, aunque terminaron congelando igualmente las pensiones dos años más tarde. Deberían haberle puesto su nombre a la plaça Mercadal y no a una plazuela cualquiera.

Acabo de ver, al rascarme una picadura de mosquito, que cuando elaboré el listado de mis cicatrices olvidé consignar una que tengo en el tobillo derecho. Supongo que en los últimos tiempos he estado tan preocupado por el izquierdo que me he olvidado de su homólogo. Permítaseme solventar el agravio y añadir lo que debería haber sido la

- Cicatriz n.º 2. Por algún motivo que ya no recuerdo, llegábamos tarde al cross de Canet de Mar, a unos campeonatos de Cataluña. Íbamos tan justos de tiempo que no pude ni calentar, ni ponerme las zapatillas de clavos, ni colocarme en primera fila, como a mí me gustaba. Al sonar el pistoletazo de salida, resbalé, caí al suelo y me pasaron por encima unos cuantos rivales. Me levanté y seguí corriendo, y al terminar noté un escozor en la pierna derecha, por encima del tobillo, en la parte externa. Alguien debía de haberme pisado con los clavos y tenía un chorretón de sangre. Creo recordar que fue el padre del Miki quien me llevó al hospital, donde me pusieron dos o tres puntos. Así fue.

Miércoles, 11 de agosto

Leyendo la biografía del doctor Pere Mata i Fontanet (1811-1877), descubro una mención a un artículo del escritor Màrius Serra, con quien tuve cierta relación en mis años de literato (llegó incluso a presentar en Barcelona uno de mis libros). El artículo en cuestión reproduce una jugosa anécdota que relaciona al insigne médico de Reus con el poeta y dramaturgo Manuel Bretón de los Herreros. Al parecer, ambos fueron vecinos en el Madrid del siglo XIX, y no muy bien avenidos, a juzgar por la comidilla. Harto de que lo arrancaran del sueño preguntando por el afamado poeta, el doctor Mata colgó un ripio en su puerta que decía: «No vive en esta mansión | ningún poeta bretón», a lo que el aludido respondió con otro algo más cruel que rezaba: «Vive en esta vecindad | cierto médico poeta | que al final de la receta | firma Mata y es verdad». La contrarréplica no se hizo esperar y el reusense salvó su honor con estos versos definitivos: «Este médico poeta | a quien tanto se maltrata | ni visita ni receta | y por lo tanto no Mata».

Viernes, 13 de agosto

Anteayer por la tarde no pude escribir.

Ayer no pude escribir en todo el día.

Esta mañana no he podido escribir.

Lo que me sorprende es estar escribiendo ahora.

Supongo que es la única manera que tengo de conjurar el miedo, el dolor y la tristeza.

Iba a decir la rabia.

Pero no: no es rabia lo que siento.

Es dolor.

Es tristeza.

Y sobre todo miedo.

Vuelvo a estar en la enfermería.

Pero esta vez no soy yo quien está en la cama.

Han herido a Audrey.

Han herido a Bruno.

Y han matado a Elsa.

Desde aquí escucho los alaridos de Bertha.

Necesito narrar lo ocurrido. Dejar por escrito lo que pasó hace dos días. Ordenar las ideas poniéndolas negro sobre blanco. Hasta que no lo haga, no lo asumiré. Y necesito asumirlo para salir de este estado de ofuscación en el que me encuentro, como si viviera atrapado en el interior de una pesadilla. Pero no es una pesadilla, es algo mucho más espantoso. Es la realidad.

Todo empezó mientras estaba narrando la anécdota del doctor Pere Mata y el poeta Bretón de los Herreros. Fue escribir «Mata» y escuchar un tiro. Pero lo que me dejó de piedra no fue el tiro, sino lo que sonó después: un claxon.

Hacía meses que no oía ninguno. Lo primero que pensé fue una estupidez: que había vuelto la luz y no nos habíamos enterado. Cogí el revólver y, al salir de la habitación, pulsé el interruptor varias veces con la inútil desesperación del náufrago que agita los brazos al ver pasar un barco a lo lejos. En el rellano me encontré a Naisha y le pedí que se metiera en su cuarto. En la escalinata coincidí con Bruno, nos miramos arqueando las cejas y salimos juntos del pabellón. Sonó otro disparo, acompañado de un grito de Jaume desde la torre del agua, advirtiéndonos de la presencia de foráneos procedentes de los rascacielos. El claxon volvió a sonar, esta vez repetidas veces, alternando tres bocinazos cortos y tres largos. Eso en morse es la señal de socorro, dijo Bruno. Al acercarnos a la puerta principal, vimos que ya estaban allí Elsa y Audrey, con las mascarillas puestas; no tardaron en aparecer Bertha y Paula, la una somnolienta, pues le había tocado guardia de noche, y la otra sujetándose los riñones por el embarazo. Al vernos llegar como los niños de Hamelín, Audrey nos pidió que nos dispersáramos y que tuviéramos a punto las armas. El corazón empezó a latirme con tanta fuerza que lo escuchaba en los tímpanos, como si alguien me hubiese puesto un reloj de agujas en el oído. Le quité el seguro al Smith & Wesson y me refugié detrás de uno de los árboles que hay frente al chalet, desde donde pude ver cómo se acercaba una furgoneta antigua. Y cuando digo antigua, me refiero a antigua de verdad: de los años 70, por lo menos. Sin embargo, estaba reluciente, como si la hubieran sacado de un museo. Ahora, pensándolo bien, me doy cuenta de lo estúpidos que fuimos: estábamos tan sorprendidos por la aparición y llevábamos tantos años acostumbrados a que los coches eléctricos no hicieran ruido, que no nos extrañó que un viejo automóvil de gasolina fuese tan silencioso como un gato al acecho de su presa. Por las ventanillas del conductor y del copiloto, dos manos ondeaban sendas banderas: una blanca, en señal de paz, y otra azul, la de la Mancomunidad Europea, con sus dos círculos de estrellas abrazados. Audrey y Elsa cargaron las escopetas y se apostaron tras los muros de la puerta principal, a ambos lados de la verja. La furgoneta siguió avanzando lentamente, bordeó la rotonda y se detuvo a pocos metros de la puerta. Bajaron dos hombres impecablemente vestidos y afeitados, con trajes oscuros y las manos en alto, conscientes de que estaban en el punto de mira de varias armas de fuego. El que llevaba la bandera blanca la hizo ondear y el otro habló, con voz fuerte y clara:

—Venimos en son de paz—dijo—. Queremos hablar con la persona que está al mando de la célula.

Durante unos segundos nadie dijo nada. Se me ocurrió pensar que con aquel calor y aquellos trajes debían de estar achicharrándose. Pero allí seguían, esperando una respuesta con los brazos levantados.

—Aquí no hay ninguna célula—respondió al fin Audrey—. Y, si la hubiera,

no tendría nadie al mando.

Los tipos no se inmutaron.

—¿Podemos bajar los brazos?—preguntó el que llevaba la bandera de la Mancomunidad.

Como nadie respondió, los bajaron poco a poco, manteniéndolos siempre a la vista.

—Estamos ultimando el plan de evacuación ordenado por la Comisión Europea—dijo el que llevaba la voz cantante—. Nuestros satélites han visto que quedan varias células de resistencia en esta zona y venimos a negociar la salida voluntaria y pacífica de todas ellas. En el puerto de Tarragona hay un buque esperando para sacaros del país.

—¿Y cómo pensáis llevarnos hasta allí?—preguntó Audrey.

—¿Cuántos sois?

—¿No lo han visto vuestros satélites? Unos cuantos.

—En la parte de atrás de la furgoneta caben seis personas. Haremos los viajes que sean necesarios.

—¿Y adónde nos llevará el barco?

—En primer lugar a Francia. Desde allí, adonde queráis.

Hubo un silencio tenso y cargado, como la cuerda de una guitarra eléctrica.

—¿Qué pasa si nos negamos?—preguntó al fin Audrey.

—No estamos autorizados a dar esa información. Pero tenemos la orden de leeros un comunicado oficial donde se explican las condiciones de traslado y de acogida. Si nos hacéis el favor de reuniros a la entrada del recinto, procederemos a leéroslo.

—Ya estamos todos—dijo Audrey.

—¿Y la persona que ha disparado desde lo alto de la torre?

—Aquí estoy—dijo Jaume, apareciendo por la puerta del PSG para escuchar de primera mano el mensaje de los emisarios.

—Perfecto—dijo el tipo—. Avanzad todos hacia la verja para oír bien el comunicado.

—Que nadie se mueva de donde está—ordenó Audrey con firmeza—. Leednos el maldito comunicado y largaos. Aquí funcionamos de manera asamblearia. Volved mañana y tendréis una respuesta.

El tipo pareció dudar un instante. Miró a su compañero y se encogieron de hombros.

—Está bien—dijo—, usaremos el megáfono que tenemos en la furgoneta.

Como si fuese una coreografía de danza contemporánea, los dos bailarines giraron sobre sus talones, dieron cuatro zancadas y abrieron a la vez las puertas del vehículo. Entonces alguien empezó a dispararnos por la espalda, desde el interior del Pere Mata. Una de las balas se incrustó en el tronco del árbol que había a mi lado y me salpicó la cara de esquirlas de madera. Me di

la vuelta y vi a un tipo de pelo largo y gorra militar con un subfusil HK vomitando fuego como un condenado.

Sábado, 14 de agosto

Soy consciente de que no tiene mucho sentido seguir escribiendo este diario, con dos de los nuestros en la enfermería y el cuerpo de Elsa mirando las flores del lado de las raíces. Pero también sé que dejar de hacerlo, dejar de juntar palabras en una hoja para intentar explicar(me) lo que está ocurriendo, sería reconocer de manera implícita nuestra derrota. Solo por eso debo seguir escribiendo, aunque sea de manera torpe y atolondrada.

Todo sucedió muy rápido, mucho más rápido de lo que tardaré en contarlo. Es probable que desde los primeros disparos hasta los últimos no pasara más de un minuto. Qué digo un minuto: ni treinta segundos, tal vez quince o veinte. A los disparos por la espalda del tipo de la melena se sumaron los disparos de los dos falsos representantes de la Comisión Europea, y a los disparos de los dos falsos representantes de la Comisión Europea se sumaron los disparos de otros dos hombres que surgieron de detrás de la furgoneta. No fuimos conscientes de lo que pasaba hasta que terminó todo. Pero para entonces Elsa yacía muerta en el suelo de un tiro en la cabeza, Bruno aullaba de dolor con una mano ensangrentada en la nalga y Audrey pedía a gritos que alguien la ayudara a hacerse un torniquete en el brazo.

Suerte tuvimos de Gustau, que se había quedado observando prudentemente la escena desde su habitación del primer piso del chalet, con el fusil de asalto listo para ser usado. Los disparos por la espalda lo pillaron tan desprevenido como a nosotros y, cuando se dio la vuelta para responder, tres balas habían dado ya en el blanco. No sé si fueron sus disparos o los nuestros los que acabaron con la vida del tipo de la melena, que llevaba puesto el chaleco antibalas de Vlado, pero sin duda fueron los suyos los que alcanzaron a los cuatro hombres de la furgoneta. Sorprendidos por el fuego aéreo, los dos que habían hablado con nosotros cayeron fulminados con la primera ráfaga y los otros dos intentaron escapar corriendo, pero fueron derribados mientras huían. Jaume tuvo que rematar a uno de ellos que aún respiraba cuando salió a comprobar el estado de los cuerpos. Pero fue más bien un tiro de gracia, pues una bala le había atravesado el cuello. No pude evitar acordarme del escritor inglés George Orwell, que consiguió sobrevivir a un disparo que le perforó la laringe mientras luchaba contra los nacionales en plena guerra civil.

El asalto al Pere Mata había sido planificado a conciencia. La furgoneta, una Citröen 2CV de color beige, no había hecho ruido al llegar por el simple motivo de que la habían traído empujando: el depósito estaba vacío y las llaves de contacto ni siquiera estaban puestas. Luego descubriríamos que la habían cogido del Museo del Automóvil de la avinguda de Castellvell. Lo más

probable es que la hubieran arrastrado entre los cinco hasta los Tres Deditos. Dos de ellos se habrían subido entonces en los asientos delanteros, otros dos habrían seguido empujando y el quinto habría aprovechado que toda nuestra atención estaba puesta en la furgoneta y en el discurso de los dos supuestos representantes de la Comisión Europea para rodear el Pere Mata y saltar el muro a la altura del pabellón 16, un punto ciego para el vigía de la torre del agua. Lo descubrimos al día siguiente, al encontrar la cuerda y el gancho que había usado para trepar. El ruido del claxon lo habían hecho con una bocina de aire comprimido que encontramos en la parte trasera de la furgoneta.

Dentro de la gravedad de las heridas, tanto Bruno como Audrey están estables. La de Bruno es más preocupante, pues la bala se le ha quedado alojada en el glúteo izquierdo y no sabemos cómo reaccionará su organismo. Audrey ha decidido que es mejor no intentar extraerla, pues no disponemos ni de las herramientas ni de las condiciones necesarias para asegurar el éxito de la operación, y ha tranquilizado a Bruno diciéndole que la masa muscular de la zona afectada debería encapsular la bala, es decir, asimilarla como si formase parte del propio tejido. La herida de Audrey, en cambio, presenta orificio de entrada y de salida en el tríceps del brazo derecho. Afortunadamente, no afectó a la arteria braquial y no perdió demasiada sangre. Para evitar infecciones, tanto ella como Bruno mantienen limpias las heridas en todo momento y toman antibióticos, además de analgésicos y antiinflamatorios para mitigar el dolor.

Pero las heridas de Bruno y Audrey han quedado en segundo plano tras la muerte de Elsa, a quien la bala le entró por la nuca y la mató en el acto. No hemos podido enterrarla hasta esta mañana, porque Bertha no quería separarse del cuerpo de su mujer. Al final hemos tenido que arrancarla de sus brazos, pues el cadáver empezaba a presentar signos de descomposición. La hemos enterrado entre las fosas de María y del padre Andrés, en una ceremonia laica en la que Bertha no ha tenido ánimos para decir nada. Esta vez no ha habido ni tiempo ni fuerzas para construir un ataúd, y ya íbamos a enterrarla cubierta simplemente con una sábana cuando Audrey ha propuesto que la metiéramos en una de las viejas taquillas metálicas de la sala de rehabilitación, que funcionan con módulos individuales. Hemos tenido que desengancharla de la pared y quitarle la balda y la barra de colgar la ropa, pero el esfuerzo ha valido la pena. Bertha se ha quedado un poco más tranquila y nos hemos ahorrado la desagradable experiencia de tener que tirar la tierra directamente sobre la cara de Elsa. Además, como las viejas taquillas de la sala de rehabilitación funcionan con llave, hemos podido cerrar el ataúd improvisado y darle a Bertha la llave como recuerdo. Antes de ir a hacer sus respectivas guardias, Jaume y Gustau han metido el cuerpo de Elsa en la taquilla, y esta en el foso que ellos mismos habían cavado. Los demás

difícilmente habríamos podido hacerlo: Audrey con el brazo perforado por una bala, Paula embarazada de siete meses, Naisha con la fuerza de una niña ciega de doce años, Bertha sin ánimos para nada más que no fuera llorar desconsoladamente y yo con el tobillo ya casi recuperado del todo, pero con un par de hernias discales a mis espaldas. Descansa en paz, querida Elsa. Te echaré mucho de menos.

Por supuesto, con los asesinos no hemos tenido tantos miramientos. Cuando Audrey pudo salir de la enfermería, reconoció los cuerpos uno por uno para ver si tenían síntomas de infección, antes de decidir qué hacíamos con ellos. Parecían estar en perfecto estado de salud (antes de morir, me refiero), por lo que alguien propuso que los metiéramos en la furgoneta y le prendiéramos fuego al vehículo. No íbamos a dejarnos los riñones cavando cinco hoyos por unos desgraciados que habían intentado acabar con nuestras vidas. Pero Audrey dijo que la furgoneta podría servirnos para algo, pues los disparos de Gustau no parecían haberla dañado gravemente. ¿Y qué más da?, preguntó Jaume, si tiene el depósito vacío. Entonces intervino Naisha, que raramente abre la boca. En el jardín de mi casa tenemos enterrado un bidón de butanol, dijo. Lo enterró mi padre por si había una emergencia. Nos quedamos mirándonos, como si nos acabara de revelar quiénes son los Reyes Magos. Tras el Pacto de la Vergüenza y el cese de las importaciones, las autoridades acapararon todas las reservas de butanol, destinándolas únicamente a fines sanitarios, militares y de seguridad ciudadana, tal como habían hecho con el fuel tras la Tercera Guerra. No servirá, dijo Jaume, esta furgoneta funciona con gasolina, el butanol estropeará el motor. Eso sin contar con que la batería llevará siglos descargada, si es que no le han vaciado las tripas para exponerla. Para entonces, ya habíamos confirmado que el vehículo pertenecía al Museo del Automóvil, como indicaba un cartelito enganchado en la puerta del conductor. En cualquier caso, dijo Audrey, no creo que sea conveniente quemar la furgoneta: podemos hacer una pira y listos. Esta mañana, mientras enterrábamos a Elsa, aún flotaban en el aire algunas cenizas con olor a carne humana.

A menudo me pregunto si cuando era joven pensaba que todo esto podría ocurrir algún día. Rotundamente, no. Pero tampoco pensaba que podría haber otra guerra civil, ni otra guerra mundial. También me pregunto qué harán con tantos cadáveres cuando termine la moratoria. Si en todas partes se ha desatado la violencia como aquí, el país será un mausoleo de proporciones descomunales.

Hace un rato he subido a la torre del agua a reemplazar a Paula y debo confesar que me he quedado traspuesto, con el cuerpo encajado entre dos de los balaustres de hierro que rodean el pináculo y la nuca apoyada en una de las flores de lis que los decoran. No creo que haya dormido más de diez o

quince minutos, y la cabezada ha sido muy ligera, casi un duermevela, pero aun así he tenido tiempo de caer en uno de esos sueños en los que uno no sabe muy bien si todavía está despierto o ha sucumbido ya a los hechizos de Morfeo. Empezaba aquí, en la torre del agua, observando los alrededores, pero no con los prismáticos o con el monocular de visión nocturna, sino a través del visor de una vieja cámara réflex. Era muy extraño, pues el paisaje se quedaba detenido al tomar las fotografías, como si en vez de capturar la imagen y guardarla en la tarjeta de memoria, el aparato tuviese el poder de congelar aquello que encuadraba: los pájaros en mitad del vuelo, las hojas de los árboles mecidas por el viento, las veletas de las casas, los aviones que surcaban el espacio y los coches que, inesperadamente, circulaban por la carretera de Alcolea. Pero llegaba un momento en que ya estaba todo detenido y nadie venía a sustituirme. Entonces abandonaba mi puesto de vigilancia, bajaba de la torre y empezaba a llamar a Audrey y a Elsa y a Bruno y a Paula, pero nadie me respondía, como si todos se hubieran ido del Pere Mata sin avisarme. Cuando ya empezaba a pensar que me habían abandonado, escuchaba ruidos procedentes del corral, pero no eran los balidos de *Manoli*, ni el cacareo de *Punki* & *Panki*, sino una especie de rumor sordo, como el que haría un grupo numeroso de personas hablando en voz baja, todas al mismo tiempo. Al doblar la esquina del pabellón 11 y entrar en el corral, me encontraba con la insólita estampa de un entierro. Allí estaban mis compañeros del Pere Mata, incluso Vlado o María, junto a mis amigos del instituto (José Ángel, Miki, Arnau, Paloma), y también estaban Amanda, y Àngels y Xavi, y el Nando, mi entrenador de atletismo, y mi madre y mi padre y mi hermana. Y también estabas tú, y estaban Otto y Leire, y yo no daba crédito a mis ojos, me parecía imposible que alguien pudiera haber reunido a tantas personas queridas, y yo deseaba saludarlas a todas, pero estaban completamente absortas en el funeral y me chistaban para que me callara, y yo intentaba abrirme paso entre la gente para ver a quién estaban enterrando, y cuando por fin conseguía llegar a la primera fila para echar un puñado de arena sobre el féretro me daba cuenta de que el foso estaba vacío, y entonces empezaban a empujarme y yo pedía que por favor no diesen empellones, pero la presión era tan grande que terminaba por caer dentro del hoyo y la gente, toda aquella gente querida, se reía de mí con grandes carcajadas y me tiraban tierra, puñados y puñados de tierra, como si quisieran sepultarme.

Domingo, 15 de agosto

Tras comprobar que la furgoneta tenía la batería puesta, la hemos metido en el Pere Mata y hemos decidido que mañana iremos a casa de Naisha a desenterrar el bidón de butanol. Aunque Jaume sigue diciendo que no funcionará, la mayoría piensa que merece la pena intentarlo. Es cierto que el

ruido del motor llamará la atención de los grupos de resistentes que puedan quedar en Reus y que a estas alturas la ciudad estará arrasada y no encontraremos ni una miga de pan, ni un rollo de papel higiénico, ni un blíster de paracetamol, ni un mechero con la batería cargada. Pero es posible que encontremos cosas útiles que la gente no haya podido llevarse por falta de una furgoneta donde meterlas. Y si no conseguimos arrancarla, siempre podremos usar el butanol para otros menesteres. Como intentar encender los grupos electrógenos, por ejemplo. Para decidir quién irá mañana con Naisha a desenterrar el bidón no ha hecho falta discutirlo mucho ni echarlo a suertes: seré yo quien la acompañe, pues Jaume y Gustau son imprescindibles en las tareas de vigilancia, y Paula y Bertha no están para ir a ninguna parte.

Es curioso: hasta que no he visto la furgoneta aparcada dentro del Pere Mata, no me he dado cuenta de que es idéntica a la que tenía mi padre cuando yo era pequeño: una Citroën 2CV de color beige. Había puesto un tablón de madera en la parte de atrás, a modo de banqueta, y nos llevaba al colegio en ella antes de ir a trabajar. Un día, volviendo a casa por lo que entonces era la carretera de Castellvell, le empezó a salir fuego por los agujeros de los pedales y tuvo que bajar del vehículo, abrir el capó y apagar las llamas con una chaqueta de ante que quedó más chamuscada que un torrezno. No hubo más remedio que llevarla al desguace y yo le pedí que me guardara la matrícula, una matrícula que estuvo durante años colgada en la pared de mi habitación y que era difícil olvidar: T-0000-F.

También me he acordado de una anécdota que me contaron al poco de llegar aquí y que se remonta a los inicios del Pere Mata, cuando no se usaban eufemismos para denominarlo y se hablaba de manicomio, de frenopático, de insania, de vesania, de loqueros y de alienados. Al parecer, el rey Alfonso XIII visitó el centro y quiso saludar a los internos, uno de los cuales aseguraba ser el rey de España. Al encontrarse frente al auténtico Alfonso XIII, el orate no se arrugó y le espetó: ¿Con quién tiene el honor de hablar el rey de España?, a lo que Alfonso XIII respondió hábilmente, sin querer contradecirlo: Con otro rey. Pero el pobre hombre, no contento con la respuesta, insistió con arrogancia: ¿Rey de dónde, si puede saberse?, a lo que el auténtico monarca respondió: Si su majestad es rey de España, yo soy rey de Inglaterra. Una mentira piadosa que dejó visiblemente satisfecho al falso soberano.

Martes, 17 de agosto

Ayer volví a desobedecer a Plinio el Viejo y no escribí ni una sola línea, pero el bidón de butanol ya está en el Pere Mata. Ahora falta saber si servirá para poner en marcha la furgoneta.

Me levanté al alba en la enfermería, donde había pasado la noche cuidando de Audrey, e hice los ejercicios de rehabilitación, pues quería tener el tobillo fuerte y desentumecido, por corta que fuera la caminata: entre el Pere Mata y

El Pinar no habrá más de tres kilómetros. Audrey se despertó cuando le di un beso en la frente. Ten cuidado, me dijo mirándome fijamente a los ojos y estrechándome la mano con toda la fuerza de que era capaz. Si te perdemos, ¿quién contará nuestra historia? Sus ojos verdes se achicaron al sonreír y las patas de gallo crecieron como un lago helado que se resquebraja. A pesar del dolor y de la fatiga, a pesar del pelo sucio y revuelto, a pesar de las ojeras y de la piel reseca, estaba realmente hermosa. No hay nada comparable a la belleza natural de una mujer de cincuenta años. El día en que me hagan rey de la ínsula Barataria, prohibiré el rímel, el colorete, los polvos translúcidos, el bótox, el lifting facial y el IPL.

En la cocina me encontré a Paula, que ya nos tenía preparada una mochila con una cantimplora, dos manzanas y unas barritas energéticas Exo. Pensaba que se habían terminado, le dije mirando las barritas. Las guardé para casos como estos, me explicó. Pero mejor no le digas a la niña de qué están hechas. Le di las gracias y metí en la mochila el revólver y la linterna. Pasé por el despacho a coger una caja de cartuchos del .38 y a probarme el chaleco antibalas. Pesaba menos de lo que esperaba. Subí a despertar a Naisha y a cambiarme de ropa. Me puse unas zapatillas de deporte que llevaba años sin usar y unos pantalones de chándal, como si fuese a correr una maratón. Cuando bajamos a desayunar, Paula nos estaba esperando con una caja de óvalos sobre la mesa. La última caja de degustación que queda, nos dijo con un mohín. Así que pensad bien cuál elegís. Yo escogí el de té verde y Naisha el de batido de chocolate. Nos supieron a gloria.

Al terminar el desayuno, me puse en pie y le pregunté a Naisha si estaba preparada. No podemos irnos todavía, dijo. ¿Por qué? Porque *Yasti* está haciendo la ronda. ¿Y para qué necesitamos a *Yasti*? Porque es quien sabe dónde está el bidón. ¿Tú no sabes dónde está? Naisha negó con la cabeza. ¿Tus padres no te lo dijeron? Naisha volvió a negar con la cabeza. Probablemente era mentira, pero estaba claro que no quería separarse de su petbot. Muy bien, dije, voy a hablar con Jaume. Desde el ataque de los falsos representantes de la Comisión Europea, el sistema de guardias se ha visto alterado drásticamente y el pobre *Yasti* (si se me permite sentir piedad por una inteligencia artificial) se ha visto obligado a hacer rondas las veinticuatro horas del día, mientras los pocos que quedamos en condiciones nos vamos turnando para vigilar desde la torre del agua. De modo que fui a ver a Jaume y le dije que teníamos que llevarnos a *Yasti*, que era el que sabía dónde estaba enterrado el bidón de butanol. ¿Y no se puede descargar la información de alguna manera?, me preguntó contrariado. ¿Tú sabes hacerlo?, le respondí. Yo, no; pero la niña sí, ¿no? Lo miré con cara de circunstancias. No tardaremos, le dije, y fui a buscar al petbot.

No eran todavía las ocho cuando nos pusimos en marcha. Hacía casi dos

años que no salía del Pere Mata y me temblaban las piernas como al marinero que pisa tierra firme tras una larga travesía. En la mano derecha llevaba el revólver y en la izquierda la mano de Naisha. Bordeamos la rotonda, con su tumba y su Victoria de Samotracia, y pasamos junto a la pira donde habíamos quemado a los asesinos de Elsa. Al pensar en ella, no pude evitar que se me humedecieran los ojos. Naisha debió de notar algo, pues me agarró la mano con más fuerza, y yo apreté el paso absurdamente, como si la pobre muchacha pudiera ver los restos de los cuerpos calcinados. Avanzamos en dirección a los Tres Deditos, que se alzaban frente a nosotros como inmensos y decrépitos consoladores de los dioses. La última expedición de Vlado y Unai había sido para constatar que no quedaba nada de valor en los rascacielos, ni siquiera en la torre Gaudí, que hasta poco antes del inicio de la moratoria había albergado un centro comercial, con un Walmart gigantesco de cinco plantas (uno de los más grandes de Europa) y numerosos restaurantes, además de dos gimnasios, un planetario en la cúpula y un sensicine con varias salas que no tenía nada que envidiar al de la plaça de les Nacions de Barcelona.

Dejamos los rascacielos a nuestra izquierda y bajamos por la rambla de la Boca de la Mina, atentos a cualquier movimiento que pudiera producirse a nuestro alrededor, yo con mi incierta vista de octogenario, Naisha con su fino oído de invidente y *Yasti* con el sensor de presencia activado a una distancia superior a tres metros, para que no se volviera loco detectándonos a nosotros mismos. A la altura del Mas del Molí, se puso a gruñir y nos detuvimos en seco; cuando pasó del gruñido al ladrido, quité el seguro del Smith & Wesson y llevé el percutor hacia atrás. Pero no era más que una gata preñada. Seguimos bajando y, antes de llegar a la escuela Mowgli, torcimos a la izquierda, bordeamos el Mas del Creus, cruzamos la Pedrera del Còbic, dejamos atrás la fábrica de grafeno y el instituto Domènech i Montaner, y llegamos a la avinguda de Castellvell sin habernos cruzado con nadie. ¿Todo bien?, me preguntó Naisha al notar que me detenía. Bebamos un poco de agua, propuse. Aunque el sol aún estaba bajo, había empezado a transpirar por culpa del chaleco antibalas. Después de la breve pausa, subimos por la avinguda de Castellvell, dejando a la derecha el edificio de las Hermanas de la Consolación, en el que había vivido durante tantos años Margalida Trueta, y a la izquierda el Museo del Automóvil, con la mayor parte de los cristales rotos y un enorme grafiti en la fachada principal cuyo significado no llegué a entender, por muchas vueltas que le di: «Menos museos y más cementerios», decía.

Cuando llegamos a la entrada de El Pinar, no habríamos andado ni media hora. Tú dirás, le dije a Naisha, y dejé que me guiara por las calles de una urbanización asilvestrada y exangüe, donde las ventanas rotas y las puertas forzadas daban fe del saqueo de los últimos meses. Solo en un par de

ocasiones me pidió que le confirmara que estábamos en tal o cual calle, pero fue más bien para demostrarme que conocía el lugar como la palma de su mano, aunque no tuviese ojos para verlo. Finalmente se detuvo frente a un chalet de ladrillo rojo y tejado de pizarra sintética, rodeado de espesos y descuidados cipreses. ¿Sigue ondeando la bandera negra?, me preguntó. Efectiviwonder, le respondí, sin saber muy bien de qué recóndito rincón de mi memoria había salido una expresión tan trasnochada. ¿Qué? Que sí, que sigue ondeando.

La verja del jardín estaba abierta y tomamos el sendero de gravilla que conducía hasta la casa. Las malas hierbas habían crecido por todos lados, el césped estaba quemado por el sol y las macetas desbordaban de flores marchitas. Noté que la mano de Naisha se aflojaba. La miré y estaba llorando. No sé por qué pensé en las lágrimas que le salvan la vista a Miguel Strogoff, el intrépido correo del zar surgido de la pluma de Julio Verne, al interponerse entre la hoja del sable incandescente y sus pupilas. La abracé y dejé que se desahogara. ¿Quieres ir a tu cuarto?, le pregunté, pensando que tal vez aquello la aliviaría. Pero negó con la cabeza y me tiró del brazo, en dirección a la parte posterior de la casa, donde había una piscina vacía y un rectángulo de juegos infantiles relleno de arena de playa. No necesité acercarme mucho para descubrir dónde había enterrado a sus padres, pues no solo se dibujaba la inconfundible silueta de dos cuerpos, sino que la punta de un zapato asomaba entre la arena. Sin esperar a que yo se lo pidiera, Naisha se agachó y susurró algo en el oído sano de *Yasti*. El petbot salió corriendo hacia una esquina del jardín y se sentó a escasos metros de un pino. ¿Puede cavar?, le pregunté a Naisha, esperanzado. Pero la niña negó con la cabeza. Bueno, pues tendremos que arremangarnos, ¿sabes dónde hay una pala? En el cobertizo. Le dije que me esperara junto a *Yasti* y fui a buscar la pala. Cuando intenté abrir la puerta, encontré resistencia, como si alguien hubiera puesto un mueble al otro lado. Pero el hedor que se coló por la rendija me advirtió que no era precisamente un mueble lo que obstruía la entrada. Empujé con el hombro y oí un golpe seco, como el de un cráneo que golpea contra el suelo. Contuve la respiración y entré en el cobertizo. Las moscas revoloteaban alrededor del cadáver de un hombre joven, apenas un muchacho. Tenía la camiseta manchada de sangre y una pistola en la mano. Probablemente lo habían herido y se había refugiado allí, donde lo había sorprendido el sueño eterno. Le arranqué la pistola, cogí la pala y salí del cobertizo. Cerré la puerta y respiré profundamente. No somos nada.

El bidón era de diez litros y pesaba demasiado para llevarlo a cuestas hasta el Pere Mata. ¿Sabes si hay una carretilla en algún lado?, le pregunté a Naisha. Me parece que hay una en el cobertizo, dijo. La sola idea de reencontrarme con el cadáver me quitó las ganas de ir a comprobarlo. ¿Y un carrito de la

compra? En la despensa. Entramos a la vivienda por la puerta de la cocina, que tenía cerradura híbrida y podía abrirse con llave, a diferencia de la puerta biométrica de la fachada delantera, que funcionaba únicamente con un detector de huellas dactilares, inservible desde el Gran Apagón. Me pregunté por dónde habrían entrado los asaltantes que dejaron huérfana a Naisha. Tal vez forzaron la puerta del garaje, o se colaron por alguna ventana del primer piso, pues las de la planta baja estaban todas protegidas con rejas de hierro forjado. La casa olía mal, como cuando te vas de vacaciones y al volver te das cuenta de que no has tirado la basura, y las persianas estaban echadas, pero no del todo, por lo que entraba claridad suficiente para moverse sin encender la linterna. Al llegar a la despensa, no había ni rastro del carrito de la compra. Lógicamente, se lo habían llevado los asaltantes para transportar el botín. Ya me disponía a volver al cobertizo, cuando se me ocurrió una idea mejor. Oye, Naisha, ¿tú no tendrás algún cochecito de muñecas? Me respondió con una sonrisa. Subimos a su habitación y allí estaba el cochecito, de color rosa chicle y estilo vintage, ocupado por una muñeca de porcelana de mofletes gordinflones y bucles dorados. La idea de que una niña pudiera jugar al mismo tiempo con una muñeca de porcelana y con un petbot biogenético habría entusiasmado a Otto. Miel sobre hojuelas, le dije a Naisha. Pero entonces *Yasti* se acercó a la ventana y se puso a gruñir. Antes de que sus ladridos nos delataran, me abalancé sobre él y accioné el interruptor de emergencia.

Si esto fuera una novela, ahora cambiaría de capítulo, echando mano de aquel recurso tan tramposo como efectivo que durante años estuve enseñando a mis alumnos de la Escola d'Escriptura de l'Ateneu Barcelonès y cuyo solo nombre ya produce desasosiego: el *cliffhanger*, la interrupción del relato en un momento álgido. Pero como esto es un diario íntimo y no una novela de aventuras, aprovecharé que aún queda algo de luz para terminar de contar lo sucedido.

Me asomé a la ventana con toda la discreción de que fui capaz y vi a un hombre y a una mujer que avanzaban por el sendero de gravilla. No tardamos en oír la puerta metálica del garaje y, poco después, ruido de voces en la planta baja. Por la forma de cruzar el jardín y de entrar en la vivienda, intuí que no era la primera vez que lo hacían. Probablemente se habían instalado tras la partida de Naisha. Quién sabe si no formaban parte del grupo de asaltantes que habían asesinado a sus padres. Incluso es posible que tuviesen algo que ver con el cadáver del cobertizo. Miré a Naisha y estaba temblando. La abracé y le susurré que no se preocupara. Pero la verdad es que no sabía qué hacer y estaba muerto de miedo. Entorné la puerta de la habitación e intenté reflexionar. Si la pareja se había instalado en el chalet, el cuarto de Naisha parecía un lugar seguro, pues difícilmente subirían a buscar nada allí

arriba. Lo más sensato era no moverse y esperar a que salieran de nuevo, cruzando los dedos para que no se les ocurriera asomarse al jardín y descubrir el bidón de butanol recién desenterrado. Lo malo era que no serían ni las diez de la mañana y no sabíamos cuántas horas tendríamos que esperar. Incluso era probable que no volvieran a salir hasta el día siguiente. Desde la habitación los oíamos hablar y parecían alterados. No había visto si llevaban armas, pero no podíamos arriesgarnos a un encuentro de imprevisibles consecuencias. Además, no habíamos ido hasta allí para volvernos con las manos vacías. Definitivamente, solo teníamos una alternativa: esperar y resistir.

Pero será mejor que continúe mañana, pues ya no veo un burro a tres pasos y me duele la muñeca de tanto escribir. Al final, sin quererlo, he acabado haciendo un *cliffhanger*.

Miércoles, 18 de agosto

Esta mañana, mientras le curaba la herida, Audrey me ha pedido que le prometiera una cosa. ¿El qué?, le he preguntado. Tú prométemelo. Pero ¿cómo quieres que te lo prometa si no sé de qué se trata? Ahí está la gracia: en que me lo prometas sin saberlo. Está bien, he dicho levantando la mano derecha como en las películas americanas, te prometo que te prometeré lo que me pidas que te prometa. He conseguido arrancarle una sonrisa. Pues prométeme que me prometerás que no dejarás de escribir tu diario, pase lo que pase. Me la he quedado mirando, sorprendido. Me esperaba cualquier cosa menos esa. ¿Por qué quieres que te prometa algo así? Prométemelo primero. Está bien, te lo prometo. No, así no vale, hazme la promesa completa. Prometo que seguiré escribiendo mi diario pase lo que pase, he dicho solemnemente. Y ahora, ¿puedes explicarme para qué querías que te prometiera algo así? Porque estoy convencida de que, mientras sigas escribiendo, las musas te protegerán y no dejarán que te mueras.

El hombre y la mujer no salieron de la casa en todo el día, así que nos quedamos escondidos en la habitación, parapetados detrás de la cama, orinando en la papelera y comiendo en silencio las barritas energéticas de avena, coco y grillo molido. Al atardecer, cuando ya empezaba a pensar que tendríamos que quedarnos a pasar la noche o enfrentarnos abiertamente a los okupas, oímos que subían al primer piso y contuvimos la respiración. Venían hablando y riendo. Los pasos se acercaron a nuestro cuarto, pero pasaron de largo. Oí una puerta que se abría y se cerraba. Se han metido en la habitación de mis padres, susurró Naisha. No tardamos en escuchar los primeros gemidos. Es ahora o nunca, le dije. ¿Puedes encender a *Yasti* sin que se active el sensor de movimiento? Sí. Pues hazlo y larguémonos de una vez. Cuando salimos al pasillo, los jadeos habían aumentado de intensidad, acompañados de palabras obscenas y ruidos de cachetes en las nalgas. Bajamos las escaleras con el cochecito a cuestas, salimos al jardín, pusimos el bidón de butanol en

la cesta y abandonamos el chalet pies para qué os quiero. No respiramos con tranquilidad hasta que estuvimos en la avinguda de Castellvell y dejamos atrás el Museo del Automóvil.

Cuando llegamos al Pere Mata, casi había anochecido. Nos recibieron con gritos de alegría, como al alpinista que regresa al campo base cuando todos lo han dado por muerto. Pensábamos que os había pasado algo, dijo Jaume. ¿Por qué habéis tardado tanto?, preguntó Audrey. ¿Os habéis cruzado con alguien?, quiso saber Gustau. ¿Habéis conseguido el butanol?, preguntó Bruno de bruces en la cama. Nos acribillaron a preguntas, pero nos negamos a contestar si no era ante la presencia de un plato caliente sobre la mesa. Solo entonces les contamos lo ocurrido.

Últimamente tengo la sensación de que voy a la zaga de los acontecimientos: la narración se solapa con la acción y soy incapaz de llevar al día este diario, valga la paradoja. Una vez más me siento identificado con Aquiles, siempre en pos de esa tortuga que tiene al alcance de la mano, pero que irremediablemente se le escapa. Como si no fuese posible vivir y escribir a un tiempo.

Ayer nos reunimos en asamblea extraordinaria, aunque el concepto empieza a resultar algo ridículo, pues ni somos tantos para poder hablar con propiedad de una asamblea, ni las reuniones extemporáneas tienen últimamente nada de extraordinario. El tema principal de debate era el uso que debíamos darle al bidón de butanol. Había dos opciones mayoritarias: o utilizarlo para intentar arrancar la furgoneta y hacer una expedición a la ciudad; o usarlo para intentar encender, aunque fuese durante un rato, los grupos electrógenos. En ningún caso el éxito estaba asegurado, pues los grupos electrógenos funcionan con fuel y la furgoneta con gasolina. Desde la crisis del 44, provocada entre otros motivos por la escasez de petróleo y el encarecimiento del barril de Brent, la gasolina y el diésel fueron poco a poco reemplazados por el fueloil, cuyo refinamiento era más barato y podía «cortarse» con butanol, el biocarburante por el que apostó la Mancomunidad Europea para luchar contra la dependencia del petróleo, a diferencia de Estados Unidos, que se decantó por el etanol y el metanol. Tras el fin de la Tercera Guerra, el fuel quedó restringido a usos específicos, como la alimentación de grupos electrógenos en hospitales, cárceles, comisarías o centros educativos, el transporte aéreo de carácter civil y militar, o la maquinaria pesada, mientras que el butanol se reservó para uso doméstico, calefacción y maquinaria ligera, como motosierras o cortacéspedes, aunque pronto fueron sustituidos por robots que funcionaban con energía eléctrica. El sector automovilístico, sin ir más lejos, no tardó en apostar decididamente por el coche eléctrico, y los últimos turismos híbridos dejaron de funcionar durante el sexenio negro. Así las cosas, cuando se prohibieron las importaciones tras el Pacto de la

Vergüenza y los distintos gobiernos de la Confederación Ibérica acapararon las reservas de butanol, nadie le dio la más mínima importancia, pues prácticamente el cien por cien de la energía consumida en los hogares era eléctrica. Solo al producirse el Gran Apagón, algunos lamentaron no haber sido más precavidos.

Pero así no me extraña que se me escape la tortuga. Volvamos a la asamblea. Jaume defendió el uso del butanol para activar los grupos electrógenos argumentando que, una vez activados, nos permitirían cargar las baterías de los alephones y comunicarnos con el exterior, así como las de los coches estacionados en el parking, con los cuales podríamos hacer igualmente la expedición al centro de Reus. El argumento parecía convincente, pero Gustau se encargó de refutarlo. Incluso aceptando que el butanol consiga encender los grupos electrógenos, que ya es mucho aceptar, el consumo mínimo ronda los cien litros de combustible por hora; teniendo en cuenta que solo disponemos de un bidón de diez litros (que me corrija Bruno si los cálculos no son correctos), tendríamos seis minutos de energía disponible, probablemente menos, pues el encendido requiere de una inyección extra de combustible. Los cargadores eléctricos del parking, además, no están conectados al circuito de los grupos electrógenos, sino que chupan directamente la energía del alumbrado público, así que no podríamos cargar las baterías de los coches. Y por lo que respecta a los alephones, no quiero ser pesimista, pero me parece a mí que de poco nos van a servir: lo más probable es que a estas alturas ya estén cortadas todas las telecomunicaciones. Os recuerdo que nos quedamos sin internet antes del apagón…

Pero si la opción de probar el butanol para intentar encender los grupos electrógenos despertaba muchas dudas, la opción de usarlo para intentar arrancar la furgoneta 2CV tampoco resultaba demasiado halagüeña. Y el principal escollo no era el butanol, precisamente. Al contrario de lo que sostenía Jaume, resultaba bastante plausible que el viejo motor de gasolina funcionase con biocarburante, pues el Museo del Automóvil de Reus, como se encargó de recordarnos Bruno, era conocido por ser uno de los pocos «museos vivos» de este tipo, es decir, con la garantía de que todos los vehículos expuestos seguían funcionando, y así lo demostraban durante las fiestas patronales o las jornadas de exhibición. Teniendo en cuenta que hace años que resulta difícil encontrar gasolina, no es descabellado pensar que los responsables del museo hubieran adaptado el motor de la vieja furgoneta para que funcionara con butanol. Pero, incluso siendo optimistas en este sentido, quedarían dos problemas capitales por resolver: el de la batería y el de las llaves. El Museo del Automóvil cerró sus puertas poco después del Pacto de la Vergüenza, lo cual quiere decir que la furgoneta lleva por lo menos dos años sin usarse. Pero dos años con la batería apagada es mucho tiempo, por lo que

habría que encontrar la manera de recargarla. Eso es bastante sencillo, dijo Bruno, bastará con empujar la furgoneta o dejarla rodar pendiente abajo. Lo más complicado será, añadió, conseguir arrancarla sin llaves. ¿Alguien sabe hacer un puente?

Los más jóvenes no sabían ni lo que era. Y ni Bruno ni Bertha ni yo tenemos ni idea de empalmar cables. Me parece, querida Naisha, que nos hemos jugado la vida para nada.

Hoy es 18 de agosto y el 18 es mi número favorito. Yo nunca he sido supersticioso, más que nada porque, como decía aquel, ser supersticioso trae mala suerte. Pero debo reconocer que soy bastante numeromaníaco. Cuando veo las fechas de nacimiento y defunción de un personaje célebre, no puedo evitar calcular cuántos años vivió. Cuando veo un número de teléfono o un DNI, inevitablemente me pongo a sumar sus dígitos. Afortunadamente, las matrículas de los coches hace tiempo que dejaron de funcionar con números, porque llegó un momento en que no podía salir a la calle sin hacer el cómputo de cada placa que veía y comprobar si sumaba 18 (que es el resultado más habitual en matrículas de cuatro cifras). De hecho, el número 18 me ha perseguido a lo largo de toda la vida. Nací un 18 de marzo. Nací a las 18 horas (la hora oficial del parto fue a las 19:30, pero para nacer a las 19:30 hay que ponerse las pilas un poco antes, ¿no?). Al nacer, hacía 18º de temperatura (esto lo descubrí cuando digitalizaron el *Diari de Tarragona*). Mi nombre y apellidos suman 18 letras. La letra de mi DNI es la 18.ª del alfabeto. Tengo 18 primos (contando a los vivos y a los muertos). Aprendí a conducir con un coche cuya matrícula sumaba 18. Otto nació un 18 de mayo. El nombre y apellidos de Leire suman 18 letras. La casa en que vivíamos en Sant Pere de Ribes estaba en el número 18 del carrer Pouet. El número del diablo suma 18.

Claro que con los números ocurre como con los horóscopos: basta creer en ellos para que funcionen.

Jueves, 19 de agosto

Al final decidimos usar el bidón de butanol para encender los grupos electrógenos, pues hacerle un puente a la furgoneta se nos antojaba una empresa imposible. Lo hemos intentado esta mañana, a pesar del escepticismo de Gustau. Antes hemos conectado a la corriente todos los aparatos que funcionan con baterías: alephones, tabletas, ordenadores portátiles, máquinas de afeitar, desfibriladores, medidores de tensión, icos, vapeadores, sillas de ruedas, monotines. Había que aprovechar al máximo los seis minutos de gracia. Gustau ha vertido el bidón en el depósito de uno de los dos grupos electrógenos y le ha dado al botón de encendido manual. Hemos cruzado los dedos, conteniendo el aliento. Pero no ha servido de nada. El motor ha hecho pof, pof, y ha continuado durmiendo.

Bertha me preocupa: desde la muerte de Elsa parece un alma en pena. No habla con nadie, excepto consigo misma. Se pasa las horas en la cama o deambulando con la mirada perdida. No participa en las tareas comunitarias y no come si no le ponemos un plato delante. Incluso hay veces que tenemos que darle la comida en la boca, como si fuese una niña pequeña. No debe de ser fácil sacar fuerzas de flaqueza para seguir resistiendo cuando te has quedado sin tu compañera de lucha. Ayer me la encontré sentada en uno de los bancos del passeig de Briansó, mirando fijamente algo que tenía entre las manos. Me acerqué y vi que era una llave. La llave de una taquilla. Pensé en pasar de largo, en dejarla tranquila con sus pensamientos y con su duelo, pero entonces hizo un gesto que me obligó a cambiar de idea: se desplazó unos centímetros, como dando a entender que me hacía sitio a su lado. Me senté sin decir nada. La verdad es que no sabía qué decir, siempre me ha costado encontrar las palabras adecuadas para consolar a alguien que ha perdido a un ser querido, supongo que porque no hay palabras que puedan estar a la altura del dolor que siente quien se acaba de quedar sin madre, sin hijo, sin pareja, sin hermano, sin amigo del alma. A menudo, el silencio es la mejor de las condolencias. A veces, es la única posible. Tan solo la ausencia de palabras puede corresponder al vacío que sentimos en ese momento, y las expresiones al uso (te acompaño en el sentimiento, me sabe mal, que en paz descanse) nos ofenden precisamente por lo que tienen de protocolario, de prefabricado, de impersonal. Nuestro ser querido se merece mucho más que una fórmula de cortesía. Se merece, por lo menos, un silencio.

Llevaba un buen rato sentado en el banco cuando Bertha empezó a hablar. Pero lo hizo en alemán y sin dejar de mirar fijamente la llave que tenía entre las manos. Preferí no interrumpirla, pensando que lo importante era que hablara, en el idioma que fuera. No entendí nada, y una vez más lamenté no haber estudiado la lengua de Schopenhauer, y recordé las cuatro palabras que mis primos alemanes me habían enseñado de joven o que había aprendido a lo largo de los años: Hexe, Alter, Scheiße, Guten Morgen, Doppelgänger, Das ist nicht mein Bier, Die Aufgabe des Übersetzers, Wir bringen Frieden für alle. Bertha empezó a repetir una frase, de la que solo me pareció entender una palabra, un nombre propio: Gunter. No te entiendo, Bertha, le dije. Entonces pareció darse cuenta de que yo estaba allí, levantó la cabeza y me miró amusgando sus ojos azules, llenos de legañas, como si las lágrimas se le hubieran cristalizado. Hay que avisar a Gunter, dijo. ¿Y quién es Gunter?, le pregunté. ¿Quién va a ser? El hijo de Elsa.

Por la tarde, al volver de la guardia, le pregunté a Audrey si sabía que Elsa tenía un hijo. Me dijo que no. Luego se lo pregunté a Bruno, mientras le curaba la herida. Primera noticia, me respondió. Nadie sabía nada del hijo de Elsa. Tal vez Bertha había estado desvariando. Intenté hacer memoria y no

recordé que ninguna de las dos hubiese recibido visitas desde que habían llegado al Pere Mata. Ni siquiera Bertha, que lleva viviendo en Cataluña cuatro décadas y debió de tener una vida social de lo más activa durante sus años de corresponsal de la revista *Der Spiegel*. Tal vez se encerraron aquí con la idea de desconectar del mundanal ruido. Hace unas semanas, cuando le pedí a Elsa que me ayudara a hacer el xilófono, se le iluminó la cara. Me dijo que había hecho algunos para sus sobrinos. No sé por qué, ahora pienso que debió de hacerlos para su hijo.

Pensar en el hijo de Elsa me ha hecho pensar en Leire. No negaré que cuando esta mañana hemos enchufado los alephones por si el bidón de butanol conseguía arrancar los grupos electrógenos, mi esperanza secreta era encontrar un holomensaje de Leire en el buzón y poder disfrutar de su compañía durante unos minutos, aunque fuese en diferido. Tú siempre me reprochaste que fuera el «niño del no», que a todas tus propuestas dijera sistemáticamente que no. Pero al final te salías con la tuya. No quería gatos y acabamos teniendo petbots; no quería coche y acabamos comprando uno con autodrive; no quería hijos y acabamos teniendo dos. Aunque es verdad que a Leire la tuvimos porque Otto se empeñó en que quería una hermanita. Eran los años de mayor polémica alrededor de la gestación subrogada y adoptar a una niña fue nuestra manera de protestar contra una práctica que considerábamos éticamente deleznable. Tal vez si hubiésemos sospechado que Leire haría un día las maletas en busca de sus orígenes, nos lo habríamos pensado dos veces.

Viernes, 20 de agosto

Las guardias en la torre del agua son cada vez más duras. Andamos cortos de efectivos y el cansancio se acumula, pues hemos tenido que alargar de cuatro a seis horas los turnos de vigilancia. Ahora mismo solo somos cuatro los que entramos en la rueda: Gustau, Jaume, Paula y yo, por mucho que Audrey insista en que ya está recuperada de la herida, que no hay riesgo de infección y que si sigue durmiendo en la enfermería es para ocuparse mejor de Bruno. Afortunadamente, la veteranía (por no decir la senectud) es un grado y a mí me dejan hacer la guardia de día, igual que a Paula, que debe de haber entrado ya en su octavo mes de gestación. La verdad es que no sé cómo piensan tener al crío en estas condiciones. Una vez le oí decir a Jaume que quería que su hijo naciera en Cataluña, que es donde habían nacido sus padres, sus abuelos, sus bisabuelos y sus tatarabuelos. Luego le preguntó a Audrey si ella sabría cómo poner una epidural, llegado el caso. Por supuesto, le contestó Audrey, en las artroscopias de rodilla solemos utilizarla. Sinceramente, yo en su situación no me habría quedado. Pero los hay más cabezotas que yo, según parece.

Llevo una hora observando con los prismáticos las inmediaciones y no he

visto señales de presencia humana por ninguna parte, más allá de una columna de humo a lo lejos, a los pies de las montañas de Prades. Ah, cuántos recuerdos me traen esas montañas. Cuando era adolescente, solíamos ir a entrenarnos allí durante la pretemporada, y luego cogíamos madroños y moras silvestres. También íbamos al pueblo para la fiesta del cava, que manaba de la fuente de la plaza mayor como ambrosía, y nos apretábamos alrededor enarbolando los vasos de plástico que unos voluntarios nos llenaban una y otra vez hasta bien entrada la noche. En alguna ocasión me atreví a subir en bici con el Miki y con el Lobo, y nos quedamos a dormir en el camping de Prades, en tiendas de campaña o en una caravana que mis padres habían dejado allí para que pudiéramos utilizarla cuando subíamos a entrenar. Recuerdo haber terminado alguna vez borracho haciendo gamberradas en los columpios del camping. Pero si hay una historia que no se me borrará nunca de la cabeza, con permiso del señor Alzheimer, es lo que me ocurrió con el Lobo tras la fiesta de la cerveza de Ulldemolins.

Hay quien sostiene que al Lobo lo llamábamos así porque tenía mucho vello *in posteriore parte spine dorsi*, como decían los antiguos. Falso, y no porque no tuviese frondosa dicha parte, que la tenía, sino porque el apodo se lo había puesto el Nando, nuestro entrenador de atletismo, aprovechando la coincidencia onomástica e inspirándose en una hermosa canción de Kiko Veneno, titulada «El lobo López», de la que solo recuerdo el estribillo:

Iba el lobo López
tragando saliva.
Por no hablar a tiempo
estaba sufriendo,
su amor se le iba…
Y pensar que ahí fuera
hay todo un plantel
de chicas hermosas,
flores temblorosas
por dejarse comer…

El caso es que el Lobo y yo habíamos subido a la fiesta de la cerveza de Ulldemolins (que era como la del cava de Prades pero con menor graduación), en el coche de otro compañero de atletismo llamado Sergi (omitiré aquí su apellido, pues la historia no lo deja en muy buen lugar y no escribo este diario para pasar cuentas con nadie), que se pasó la noche acaramelado con su nueva novia, de la que ya no recuerdo ni el nombre ni la cara que tenía. En un momento dado, el Lobo, que era un guasón, hizo algún comentario que no sentó bien a la pareja y, ni cortos ni perezosos, se subieron al coche y nos dejaron allí plantados, en un pueblo en el que no conocíamos a nadie, a treinta o cuarenta kilómetros de Reus y en mitad de la noche, con la fiesta ya terminada. Por supuesto, a aquellas horas y en aquellos parajes, no

había ni taxis ni autobuses. No nos quedó más remedio que hacer autostop a la salida del pueblo con la esperanza de que alguno de los últimos vehículos que abandonaban la localidad tuviese como destino Reus y la gentileza de llevarnos. El primero que paró nos dijo que iba a Prades. El Lobo y yo nos miramos. En Prades estaba la caravana de mis padres. No teníamos las llaves y la recepción del camping estaría cerrada. Pero yo sabía cómo abrir desde fuera las ventanas de plástico de la roulotte y no podíamos arriesgarnos a dejar escapar aquella oportunidad. Nos subimos al coche y aparecimos en Prades en mitad de la madrugada. El principal escollo que nos quedaba por sortear era la presencia del vigilante nocturno, que para más inri nos la tenía jurada desde que el año anterior le habíamos dado la noche con el Miki. Por suerte, en aquella época aún no había cámaras de seguridad ni sensores de movimiento, pero para entrar en el camping había que pasar sí o sí por la puerta principal, custodiada por la caseta del guarda. Desde la carretera, agazapados en la oscuridad, lo estuvimos espiando y evaluando la situación. En algún momento tendría que salir de la caseta para hacer la ronda, pero estábamos tan cansados (iba a decir envalentonados por el alcohol, pero a aquellas alturas de nuestra particular odisea lo más probable es que ya se nos hubiese bajado todo), que no quisimos esperar. Dimos un pequeño rodeo para que no se percatase de nuestra llegada y entramos en el camping por la puerta principal, como Dios manda, aunque fuese a cuatro patas. Creo que fue la última vez que dormí en nuestra roulotte.

Pero la aventura aún no había terminado. A la mañana siguiente debíamos salir de la caravana y dejar el camping sin que nadie nos viera, si no queríamos tener que apoquinar y dar explicaciones. Lo más probable es que ni siquiera lleváramos dinero suficiente y lo último que queríamos era que acabaran avisando a nuestros padres. En mi casa aún escocía la multa de setenta y cinco mil pesetas (un pastizal para la época) que había tenido que pagar unos meses atrás, con la inestimable colaboración de Arnau y Omar, por haber sido pillados in fraganti mientras íbamos los tres sin casco y haciendo aspavientos en mi Derby Variant. En realidad, solo la cogimos para ir a beber agua a una fuente que había a cincuenta metros de la Flaps, la discoteca de Montbrió donde habíamos estado bailando, pero tuvimos la mala fortuna de que una pareja de maderos estuviese fumando un cigarrillo junto a la fuente. Cuando terminaron de ponernos la multa ya había amanecido y no quedaba nadie para llevarnos a Reus. Dejo al improbable lector de este diario que imagine cómo acabamos volviendo a casa.

Pero estaba en Prades, con el Lobo. Al final decidimos que lo mejor era salir de la caravana y del camping con naturalidad, e incluso nos tomamos la libertad de pasar por el baño para asearnos un poco. La chica de recepción nos miró con extrañeza cuando le dijimos adiós con la mejor de nuestras

sonrisas. Ya en la carretera, volvimos a hacer dedo y no sé cómo acabamos en Alcover, por donde pasaba la vieja vía férrea que comunicaba Lleida con Reus. Como el siguiente tren no salía hasta una hora más tarde, aprovechamos para dar una vuelta por los alrededores. No lejos de la estación había unos terrenos abandonados donde crecían las pitas y las malas hierbas. Nos acercamos y vimos un coche, o más bien su esqueleto, pues no tenía ni puertas ni cristales ni neumáticos, y hasta se habían llevado el volante y los asientos. A pocos metros, había una construcción medio en ruinas, un chamizo de pastores, probablemente. El Lobo se atrevió a entrar y me llamó desde dentro. ¡Corre, ven!, gritó excitado. Cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, descubrieron un auténtico arsenal: unas veinte o treinta botellas de vodka y media docena de ginebra, cubiertas de polvo y telarañas. Cogimos un par y nos subimos al tren. Al día siguiente, el Lobo volvió en coche con un amigo y se las llevaron todas. Creo que las guardó en el garaje de su padre, que terminó por descubrirlas y requisárselas.

La última vez que vi al Lobo fue en el centro de Reus, paseando con su mujer. Yo llevaba a Leire en el cochecito, así que debió de ser a finales de los años veinte. Tenía un aspecto estupendo y me dijo que vivía en Suecia o en Finlandia y que había montado un hotel de hielo, donde servía un cóctel a base de vodka que él mismo había inventado y bautizado con el nombre de Alcover Sour. Nos partimos de risa. Que sepas, Lobo, que desde entonces, siempre que escucho la canción de Kiko Veneno, le cambio la letra y canto «Viva el lobo López».

Y ya que he abierto la veda de los recuerdos, voy a hacer algo que me ronda por la cabeza desde que el otro día apareció la furgoneta 2CV y me di cuenta de que era idéntica a la que tenía mi padre: elaborar el listado de todos los coches que he tenido a lo largo de mi vida. Al fin y al cabo, esto es un diario íntimo y tengo derecho a escribir lo que me dé la gana, ¿no? Pues vamos allá:

- Citroën GS, años 70. El primer coche que recuerdo. Probablemente me llevaron con él al hospital donde dio a luz mi madre. Era de color avellana y, al arrancarlo, el chasis se levantaba un palmo del suelo gracias al sistema de suspensión hidráulica que tenía, marca de la casa.

- Dyane 6, años 80. Otro Citroën. Solía llevarlo mi madre, con un cojín en el asiento. Era de color beige y tenía la capota enrollable, cosa que nos volvía locos, sobre todo en verano. Olía a sofá viejo y recuerdo que una vez, jugando en el jardín con una caña de punta recortada, la improvisada jabalina fue a caer directamente sobre la capota de lona y abrió una brecha de varios centímetros. Le pusimos un parche, pero no pudimos evitar que tuviera goteras en días de lluvia.

- Citroën 2CV furgoneta, años 80. Idéntica a la del Museo del Automóvil que tenemos aparcada en el patio, a la espera de que alguien se decida a hacer

un puente e intentar arrancarla con el butanol. Aparte de lo que escribí hace unos días, recuerdo que tenía el cambio de marchas en el salpicadero, a la derecha del volante (antiguamente los coches funcionaban con una caja de cambios manual y un pedal llamado, impropiamente, embrague, pues lo que hacía al pisarlo era desembragar la caja para poder cambiar de marcha).

- Citroën BX de color granate, años 80-90. Sustituto natural del GS, no conservo ningún recuerdo especial, más allá de que solía conducirlo mi padre. Me acuerdo, eso sí, de la matrícula, o mejor dicho de los números de la matrícula, pues he olvidado la letra: T-5288-?

- Citroën AX de color blanco, años 90. Con este aprendí a conducir y recuerdo perfectamente la placa: T-2961-AB. El lector numeromaníaco habrá podido constatar que la matrícula del coche con el que aprendí a conducir sumaba 18. Un día, entrando en la Flor del Camp, quise cambiar de marcha y me quedé con la palanca en la mano. Tuvimos que jubilarlo.

- Renault Clio de color blanco, principios de siglo. Este fue el último coche que tuvo mi madre. También fue el coche en el que llevé a Amanda cuando se mudó a Marsella y nos rompieron una de las ventanillas laterales para robarle todo lo que llevaba. Recuerdo que volví a casa con un cartón tapando el agujero, bajo una borrasca tremenda.

- Citroën Saxo de color rojo. Me tomo la libertad de incluirlo entre los coches de mi vida, porque es el que tenías tú cuando empezamos a salir juntos. Con él fuimos a Marruecos, en aquel viaje inolvidable que hicimos con Albert y Cris, en el que vimos al escritor Juan Goytisolo (o a alguien que se le parecía mucho).

- Mercedes Clase A de color gris metalizado, años 10-20. Lo heredaste de tu hermano mayor y todo el mundo elogiaba lo espaciosos que eran los asientos traseros. Tuvimos que deshacernos de él cuando el consistorio de Ada Colau prohibió definitivamente que los coches diésel con más de doce años de antigüedad circulasen por las calles de Barcelona. Con la puerta del copiloto me hice la cicatriz que tengo en el pómulo.

- Toyota Hubris de color verde esmeralda, años 30-40. Tras varios años sin coche en propiedad, en los que nos sumamos a la moda del vehículo compartido, compramos nuestro primer híbrido poco después de adoptar a Leire. El cambio de marchas era automático y Otto aprendió a conducir con él, bajo tu atenta mirada. Nos duró hasta que tuvo el accidente: a Otto no le pasó nada de puro milagro, pero el coche quedó en siniestro total.

- BYD E26 de color naranja, años 40-50. El primer y último smartcar que tuvimos, cien por cien eléctrico, con autodrive y control gestual. Lo compramos poco antes de irnos a vivir a Sant Pere de Ribes y te pusieron varias multas por corregir exámenes mientras ibas a la universidad. Se lo vendí a Lua, la hija de Laia y Raül, cuando ingresé en el Pere Mata. Pero creo que

me lo compró para hacerme un favor.

Sábado, 21 de agosto

Nunca pensé que echaría de menos el alephone. Nos acostumbramos a tenerlo todo al alcance de un clic y nos olvidamos de hacer las cosas por nosotros mismos. Todavía hoy, tras casi un año del apagón, me descubro de vez en cuando llevándome la mano a la muñeca o al pecho en busca de la dichosa semiesfera. Su propio nombre parecía insinuar que en la palma de la mano tendríamos el mundo entero: el aleph soñado por Borges, el punto en el que se encuentran todos los puntos del universo, la tan anhelada biblioteca infinita. No han sido muchas las creaciones literarias que han acabado traspasando las fronteras de la ficción para dar nombre a inventos de la vida moderna, pero algunas ha habido: el propio Borges habla en uno de sus cuentos, ya no recuerdo en cuál, de una tribu salvaje llamada Yahoo, una extraña palabra inventada por el escritor Jonathan Swift en *Los viajes de Gulliver* y que sirvió casi tres siglos después para bautizar a una de las empresas más exitosas en los albores de Internet, aunque terminara siendo absorbida por ese monstruo de las galletas llamado Amazon. En el caso del alephone nunca he sabido si sus inventores se inspiraron directamente en el cuento de Borges o si tuvieron la idea en un pub irlandés, pero no hay duda de que el aparato que jubiló a los smartphones tiene algo del aleph borgiano, con sus proyecciones holográficas, su realidad aumentada y sus pantallas simultáneas, aunque añade algo que no tenía el aleph de Borges: sonido. Si ahora mismo dispusiera de mi alephone, me lo pondría en la solapa y pronunciaría las palabras mágicas: «Hacer un puente en un coche con motor de combustión», y al instante se proyectaría un tutorial indicándome cuál de los malditos cables tenemos que empalmar, si el negro con el amarillo, el amarillo con el rojo o el rojo con la madre que parió al 2CV.

Más de una vez me he preguntado por qué no nos preocupamos de conseguir algún tipo de cargador manual antes del Gran Apagón, si tan importante era el alephone en nuestras vidas. Y yo mismo me respondo, ejerciendo nuestra defensa: para empezar, sin conexión a internet el alephone no nos habría servido de mucho. Pero es que, además, no conviene olvidar que el apagón se produjo con alevosía. Sabíamos que al terminar el primer año las cosas iban a complicarse, que las fuerzas de seguridad se disolverían y que esto sería un *campi qui pugui* (o por decirlo en cristiano: un sálvese quien pueda). Pero no esperábamos que nos fueran a cortar el suministro eléctrico para obligarnos a desalojar el país. Si lo hubiéramos sabido, nos habríamos preparado mejor. Por suerte, el padre Andrés debió de intuir alguna cosa, pues no solo compró montones de cajas de velas y cirios cuando cerró sus puertas la histórica cerería Salvadó, sino que insistió en que nos lleváramos el último lote de linternas de dinamo que quedaba en el Decathlon de la carretera de

Alcolea, tras la liquidación de stock que tuvo lugar, es importante recordarlo, varios meses antes del apagón. Cuando se fue la luz y quisimos reaccionar, ya era demasiado tarde. Los pocos cargadores de manivela para alephones que había en el mercado negro tenían un precio prohibitivo, y pronto se convirtieron en un bien tan preciado que poseer uno significaba firmar tu propia sentencia de muerte: la gente mataba por conseguirlos, antes de ser asesinada a su vez por alguien igual de desesperado.

Total: que esta mañana he ido al altillo de la enfermería a buscar manuales de mecánica en las cajas de la antigua biblioteca. Aunque la empresa se antojaba más complicada que encontrar una aguja en un pajar, anoche lo comenté durante la cena y a todos les pareció una buena idea. Por supuesto, a pesar de las horas que he pasado abriendo cajas y rebuscando, no he encontrado nada que se parezca ni por asomo a un manual de instrucciones de un motor de combustión. Sí he encontrado, en cambio, algunos títulos curiosos y he aprovechado para abastecerme de nuevas hojas, pues ya estaba a punto de quedarme sin existencias. Entre los volúmenes que me han llamado la atención, había uno titulado *Galeno ha bebido un poco: libro de humor para todos los médicos y algunos de sus clientes*, de un tal doctor Adán Be, sin duda un seudónimo. No es que tenga mucho tiempo para leer últimamente, ni que esté de humor para leer libros de humor, pero hay veces en que la risa es la mejor de las medicinas, el único antídoto contra la depresión, el infalible escudo contra ese enemigo invisible y peligroso que habita en nosotros mismos y que Freud bautizó como pulsión de muerte, que se opone a la pulsión de vida. Por eso he optado por llevarme el libro del doctor Adán Be y dejar para otra ocasión el del doctor Jiménez Páez, especialista en geriatría, titulado *Depresión en el anciano: ¿otra epidemia del siglo XXI?* También me he llevado un par de libros de Sartre que he encontrado en la misma caja, marcada con el código 15-VI-18/36: *El ser y la nada*, en una vieja edición argentina del siglo pasado; y *La náusea*, en una edición conmemorativa del cincuenta aniversario del fallecimiento del filósofo francés. Sí, ya sé que *La náusea* es una novela y que yo ya no leo novelas. Pero es que está escrita en forma de diario.

Por lo demás, hoy no he visto a Bertha en todo el día. Supongo que se habrá quedado en la cama. Mañana iré a ver si necesita algo.

Domingo, 22 de agosto

Escribo estas líneas desde lo alto de la torre del agua, sin ganas de levantar la vista del papel y otear los alrededores. Ya me da igual todo. Que vengan a exterminarnos, si quieren. Cuando hemos perdido la humanidad, ya no pueden arrebatarnos nada.

Deberíamos haberlo previsto, joder. Deberíamos haber estado más atentos, hostia. Deberíamos haber sido más humanos, me cago en Dios. Vivimos tan

pendientes de sobrevivir, que ni siquiera se nos pasó por la cabeza que alguno de nosotros pudiera coger por propia iniciativa la barca de Caronte. Bertha se ha suicidado. La hemos encontrado esta mañana colgada en su apartamento.

Siempre he sido muy respetuoso con el suicidio. La discusión sobre si el suicidio es un acto de valentía o de cobardía me parece estúpida. No es ni una cosa ni la otra. O ambas a la vez, lo cual las invalida. Hay quien afirma incluso que es un acto de egoísmo. Por favor. Cuando uno decide quitarse la vida, ni el temor ni el coraje ni la egolatría son parámetros que valgan una mierda. Pero todo suicidio es un fracaso. Un fracaso social, más que individual: es el fracaso del instinto de supervivencia, del *élan vital*, de la pulsión de vida, de acuerdo; pero es sobre todo el fracaso de la especie, el fiasco de la comunidad, la muestra palmaria de la incapacidad de la tribu para cuidar de sus miembros. ¿Cómo es posible que ayer no la viéramos en todo el día y hasta hoy no hayamos ido a averiguar qué le pasaba? Ni las guardias ni las heridas sirven de excusa. No hemos estado a la altura.

Esta mañana, después de desayunar, le he llevado una infusión y una manzana. He llamado a la puerta y no ha respondido. He pensado que habría salido a dar una vuelta y he ido a buscarla. No estaba ni en el corral, ni en el pozo, ni en el huerto, ni en el passeig de Briansó, ni en el pabellón de los Distinguidos. He ido incluso al salón de actos y a la capilla, aunque ni el teatro ni la iglesia hubiesen sido nunca santo de su devoción. Pero no estaba por ninguna parte. He vuelto al pabellón 7 y he llamado otra vez a la puerta, esta vez con más fuerza, casi con rabia. He intentado abrirla, pero estaba cerrada con llave. He probado a golpearla con el hombro, pero lo único que he conseguido ha sido hacerme daño. Como el apartamento está en la planta baja, se me ha ocurrido que quizá hubiese alguna ventana abierta por donde poder echar un vistazo. He salido y he rodeado el pabellón, hasta llegar a la parte trasera. La ventana de la sala estaba cerrada. La del dormitorio también, pero tenía las persianas subidas. Me he asomado, he apartado los ojos y me he mordido los nudillos hasta que he notado el sabor de la sangre.

Cuando Jaume ha hecho volar por los aires la cerradura, Audrey ha sido la primera en entrar en el apartamento, como si aún pudiera hacerse alguna cosa. Bertha se había ahorcado con la ayuda de un fular amarrado al pomo de la puerta del lavabo. No había dejado ninguna nota, pero en su puño cerrado guardaba la llave de una taquilla.

Hemos decidido enterrarla sin más dilación, en el mismo foso que Elsa y en el mismo ataúd. La taquilla era lo suficientemente grande como para acoger a los dos cuerpos acecinados. Jaume y Gustau se han puesto a cavar la tierra, que aún estaba fresca de hace unos días, y las palas no han tardado en chocar contra la superficie metálica. Han tenido que soplar en la cerradura para poder meter la llave y abrir la puerta de la taquilla. He procurado no respirar

mientras bajaban el cuerpo de Bertha envuelto en una sábana y lo ponían encima del de Elsa, como si fueran dos sardinas en una lata. No creo que sea la postura que hubieran elegido para pasar juntas la eternidad, pero no había otra alternativa. Una nube ha cubierto el cielo mientras terminábamos de darle sepultura.

Aunque resulte extraño, la que parecía más afectada era Naisha, que se ha pasado llorando todo el sepelio. No debe de ser fácil para una niña de su edad asistir a esta masacre. A veces pienso que deberíamos irnos de aquí, aunque solo fuese por ella. Por ella y por el hijo que Paula lleva en sus entrañas. Se merecen una oportunidad lejos de este infierno. Pero otras veces pienso que debemos quedarnos precisamente por ellos. Porque es lo único que podemos dejarles como herencia: la maldita dignidad.

Recuerdo que en el primer libro que escribí había varios relatos que trataban de la muerte. En uno de ellos, el protagonista se despertaba oliendo a cadáver y no tardaba en descubrir que se encontraba dentro de un ataúd, sin saber muy bien si lo habían enterrado vivo o si se podía seguir pensando después de muerto. En otro, la parca se presentaba en casa del personaje principal vestida con una camiseta del Pato Donald, pero le perdonaba la vida porque el hombre la recibía con un pijama del Tío Gilito. Solo puede escribir así, con semejante frivolidad, quien no ha conocido de cerca la muerte.

Lunes, 23 de agosto

Esta mañana me he despertado con las primeras luces del alba y no he podido volver a conciliar el sueño. La imagen de Bertha apoyada en la puerta del lavabo, con la cara azulada, la lengua tumefacta y los ojos exorbitados me volvía una y otra vez a la mente. Como Audrey sigue durmiendo en la enfermería, he abierto las contraventanas y me he puesto a leer con la poca luz que entraba en la habitación. De las biografías de reusenses ilustres solo me quedaba por hincarle el diente a la del poeta Gabriel Ferrater, que se suicidó poco antes de cumplir los cincuenta años, tal como le prometió a su amigo Jaime Salinas con el argumento de que no quería oler a viejo. Desde luego, si lo que pretendía era quitarme de la cabeza la imagen de Bertha, no parecía la mejor opción, pero he empezado a hojearla y me ha enganchado enseguida. En realidad, más que una biografía al uso, se trata de una biografía novelada, como demuestra el propio título, alejado de los parámetros habituales. Una sola letra, seguida de un punto: *F.* Escrita por el novelista, poeta, traductor y periodista Justo Navarro a principios de siglo, el ejemplar que había en el altillo es una versión revisada y ampliada que la editorial Anagrama publicó en 2022 para conmemorar el centenario del nacimiento del poeta catalán y el cincuentenario de su muerte, con un oportuno anexo que incluye algunos de sus poemas más destacados, en edición bilingüe.

Tras una nota inicial en la que Justo Navarro asegura que «Todos los

personajes y lugares, reales y ficticios, solo aparecen como personajes y lugares imaginarios», *F.* empieza con un párrafo que suena a cuento de hadas: «Hubo una vez un hombre que a los treinta y cinco años prometió no vivir más de cincuenta. Se llamaba Gabriel Ferrater. Estaba con un amigo en un café de la plaza Prim de Reus, bebían ginebra en la terraza, el cielo era claro y volaban vencejos, un taxista esperaba para llevar al amigo a la estación de donde saldría el coche cama hacia Madrid. Entonces Ferrater dijo que iba a matarse antes de cumplir cincuenta años. Ferrater fue, además de políglota, un hombre alegre dando alegría a quienes lo rodeaban, y se alegraba mucho más cuando percibía que había alegrado o asombrado a quien lo estaba oyendo. El asombro produce una especie de ensanchamiento de la realidad, como si la habitación o la plaza donde estamos se ampliara o se iluminara: como cuando deseamos que nos llenen la copa y nos llenan la copa».

Al llegar a la metáfora de la copa, me ha venido un presentimiento de golpe, como un chispazo: no era la primera vez que leía el libro. Es algo que me suele ocurrir, aunque a veces no me doy cuenta hasta el final. Incluso es posible que a lo largo de mi vida haya leído dos veces el mismo libro sin enterarme. Afortunadamente, siempre he tenido la manía de subrayar y hacer anotaciones, tanto cuando leía en papel como en la tableta o en el e-reader del alephone, donde me aficioné a dejar notas de voz. Con lo cual, por poco que esté subrayado o anotado el libro, termino dándome cuenta de que lo he leído antes. Lo que no me suele ocurrir es recordar con tanta precisión las circunstancias en que leí el libro por primera vez. Poco a poco, mientras avanzaba en la lectura esta mañana, me han ido viniendo imágenes. Lo leí en Múnich, en casa de mi primo Luis, traductor al alemán de autores de la talla de Javier Marías o Julián Aguirrebarrena. Fue el verano que me cambió la vida, el verano en que te conocí y entré en contacto por primera vez con algunos de los miembros del Oulipo, el Obrador de Literatura Potencial del que acabaría formando parte una década después. Me pregunto si Gabriel Ferrater llegó a oír hablar del grupo antes de suicidarse.

Aquel verano mágico empezó en Bourges, en unas jornadas de escritura animadas por el Oulipo de las que había oído hablar gracias a mi profesora de traducción, María Oliver, con quien había traducido a cuatro manos otra biografía novelada, pero en este caso de un cantante de reggae: el mítico Bob Marley. Después de Bourges me fui a Múnich, y de Múnich a Berlín, donde mi prima Margarita estaba a punto de abrir una librería española llamada La Rayuela, no sin antes hacer escala en Núremberg para saludar a mi prima Riqui, que trabajaba por entonces como arquitecta en la hermosa ciudad bávara, tristemente asociada a los juicios contra los nazis tras la Segunda Guerra Mundial. De Alemania volví a Barcelona, de donde viajé a Santander para participar en el III Curso Superior de Filología para Jóvenes Hispanistas,

un seminario de tres semanas con todos los gastos pagados donde te conocería a ti y metería la pata con mi primera pregunta: «Qué, ¿del clan andaluz?». Una pregunta estúpida donde las haya, sobre todo teniendo en cuenta que, si bien Katia era sevillana, Bea era murciana y tú extremeña.

Pero no sé qué me ha dado últimamente con echar la vista atrás, cuando mi intención era dejar constancia de los tiempos que vivimos. Supongo que viendo el poco futuro que me queda y el tenebroso presente, prefiero regodearme en el pasado. O quizá es que en el fondo, como decía mi paisano Ferrater, si «hay personas que viven de cara al futuro, yo soy de las que viven de cara al pasado: pienso en saber de dónde vengo y cómo he llegado hasta donde estoy». He seguido leyendo en la cama la biografía, que apenas tiene ciento cincuenta páginas, y he devorado medio libro. Antes de bajar a desayunar, he echado un ojo a las poesías del anexo y me he llevado una sorpresa al encontrar el poema que transcribí de memoria hace unas semanas, «La mala missió». No he podido resistir la tentación de contrastar el poema de mi recuerdo con el poema real. Me gustaría decir que no difieren ni una coma, aunque sean distintos, como en aquel relato de Borges (¡otra vez Borges!) donde un escritor del siglo XX, llamado Pierre Menard, pretende escribir de nuevo *El Quijote*, sin cambiar una palabra, aunque inevitablemente su lectura (su interpretación) sea distinta. Pero no: mi memoria tenía sus lagunas. Para empezar, la distribución de los versos es completamente distinta (en el original todos son decasílabos), lo cual quiere decir que no me aprendí el poema como debe aprenderse un poema: con sus pausas versales. Pero es que incluso me dejé un par de fragmentos. Este es el verdadero poema de Gabriel Ferrater, perteneciente a *Les dones i els dies*:

Hi ha un pou pavonat blau com el canó
del revòlver que vas mirar de nen.
Hi ha falgueres molt altes i el tambor
del sol bat lluny i feble. Hi ha un ocell
estarrufat i verd i groc i bàrbar
com un tapís de ploma asteca, i crida
més llum, sempre més llum i és per colgar-la
més sota terra. I tu la cercaries
fins a l'última pols, per entre fulles
caigudes i arrels aspres però fetes
a la mesura de la mà que estreny.
Hi ha un fres de móres negres i les nous
són crustacis podrint-se, llefiscosos
i dolents com les llàgrimes. Hi ha troncs
que exsuden. Hi ha metall d'èlitres vius.
Dins, tot això. Però no hi entraràs.
No saps cap a on tirar. Fa tant de temps
que van donar-te les direccions.

Atorollat, has perdut els camins
i no tens esma. T'asseus, i recordes
que et van parlar d'un pou, no de camins.*

Martes, 24 de agosto

Retiro lo que dije días atrás sobre la estupidez de pronosticar el tiempo: ojalá alguien nos hubiera dicho que hoy iba a granizar. El día se ha levantado bochornoso y despejado, por lo que nada hacía prever que pudiera desatarse una tormenta. Pero a media mañana el cielo se ha cubierto súbitamente de nubarrones negros y densos como el chapapote. El pedrisco ha sido de tal magnitud que ha echado a perder toda la cosecha. De haberlo imaginado, podríamos haber protegido el huerto de algún modo o recogido las verduras antes de tiempo. También los árboles frutales se han visto acribillados por los perdigones de hielo, que han alcanzado el tamaño de pelotas de pimpón y han machucado las últimas peras y las manzanas que aún no estaban maduras. El techo de la furgoneta ha quedado picado de viruela y la luna frontal se ha resquebrajado. Por si fuera poco, Bruno se ha levantado con problemas respiratorios y Audrey ha tenido que darle oxígeno. Ya lo dice la sabiduría popular: los males nunca vienen solos.

El granizo me ha sorprendido en la enfermería, adonde había ido de buena mañana a ver cómo estaban los heridos. A la entrada del pabellón, me he encontrado a Audrey, con cara de haber pasado la noche en vela. Es entonces cuando me ha contado que a Bruno le costaba respirar y que acababa de ponerle las gafas nasales. Pero ¿es por culpa de la herida?, le he preguntado. No tengo ni idea, puede ser por la postura, por la ansiedad o porque le ha entrado algún cuerpo extraño en las vías respiratorias. Incluso es posible que tenga alguna alergia. ¿No estará incubando una neumonía?, he insinuado. No creo, no tiene los síntomas: ni fiebre, ni tos, ni dolor torácico, ni cefalea. Pero sin radiografías, gasometrías o análisis de sangre es difícil saberlo. ¿Y tu brazo cómo está?, le he preguntado. Mejorando, que es gerundio, ha respondido secamente. ¿Por qué no te vas un rato a descansar a la habitación?, le he sugerido. Ya me quedo yo cuidando de Bruno. Está bien, pero no lo despiertes. Nos hemos dado un abrazo y he ido a mi antiguo box, donde empecé a escribir este diario. Bruno tenía los ojos cerrados y parecía dormir plácidamente, conectado al tanque de oxígeno. Me he sentado en una silla y he velado su sueño.

Cuando se ha despertado y me ha visto en el box, ha sonreído. Cómo han cambiado las tornas, ¿eh? Le he preguntado si necesitaba algo. Que me des conversación, ha dicho. ¿Cómo va tu poema irracional? Uy, hace días que no añado ninguna palabra, creo que me quedé en la cuarenta y tantos. Con todo lo que ha pasado últimamente, no tengo ni el tiempo ni la cabeza para andar contando letras y haciendo ripios. Pero el diario lo sigues escribiendo, ¿verdad? Se me había olvidado que Bruno sabía de su existencia. Sí, ¿por? No, por nada, por curiosidad. Nos hemos quedado callados un rato. La cortina del box estaba abierta y a través de los ventanales se filtraba una luz nítida que en

absoluto hacía prever la tormenta de pedrisco que se avecinaba. Y si yo te cuento algo, ha roto Bruno el silencio, ¿lo escribirás en tu diario? Hombre, eso depende. ¿De qué depende? De lo interesante que sea. Nos hemos reído. Es que estaba pensando en contarte mi vida. Ah, pues ten cuidado, que yo no soy como los curas o los sicólogos: en mi diario lo casco todo, con nombres y apellidos. Perfecto, ha dicho Bruno, eso es lo que quería. Lo he mirado sorprendido. Nunca le he contado mi vida a nadie, ha dicho, y si tengo que irme al otro barrio por culpa de una bala en el trasero, me alegra saber que tengo a mi lado a un escritor que podrá dejar constancia de mi paso por el mundo. Mira que eres exagerado, Bruno, esa bala en el culo no acabará contigo, más quisiera ella. Además, ya te dije que no soy escritor y, si alguna vez lo fui, hace demasiado tiempo de ello. Nos hemos quedado callados un buen rato. Luego ha suspirado, se ha encogido de hombros y ha empezado a contarme su vida.

—Nací en Simat, un pueblo de la provincia de Valencia, y mi vida hasta los cincuenta años fue de lo más convencional: tuve una infancia feliz y una adolescencia desgraciada, fui de viaje de fin de curso a Palma de Mallorca y estudié Matemáticas, me saqué la plaza de profesor en un instituto de Picassent, a las afueras de Valencia, y me casé con Paula, mi novia de toda la vida, que también era de Simat y había estudiado Veterinaria para heredar el negocio de sus padres. Tuvimos dos hijos, Vicent y Empar, la parejita. Nos compramos un apartamento junto al faro de Cullera y pasábamos allí los veranos. Poco después de sacarme la oposición y empezar a trabajar en el instituto, me hicieron tutor de un grupo de primero de ESO. Yo era joven y entusiasta, y me involucré más de lo debido. Había un chico en la clase que tenía un panorama familiar desolador, con una madre alcohólica y un padre en la cárcel condenado por intento de homicidio. Pero el chaval era un encanto: tímido, estudioso, inteligente, de pelo negro y ojos azules. Se llamaba Rafael, aunque él se hacía llamar Ra, como el dios egipcio, y era visiblemente afeminado. Te estoy hablando de principios de los años 10, de una época en que la homosexualidad empezaba a normalizarse, el matrimonio gay se había legalizado y las series de televisión parecían obligadas a incluir una cuota LGTB en sus repartos. Pero los críos tienen muy mala baba y no tardé en enterarme de que algunos se reían de él diciéndole que se llamaba Ra, de Rarito. Intenté aprovechar las tutorías para concienciar a mis alumnos del respeto por la diversidad, tanto religiosa, como política y sexual, procurando no personalizar en el caso concreto de Rafa. Pero cuando un día apareció con el ojo morado y no me quiso explicar cómo se lo había hecho, puse el grito en el cielo y amenacé con suspender a todo el mundo si no salía el culpable. Entonces Rafa se levantó de su pupitre, se acercó adonde yo estaba y me dijo al oído: No han sido ellos, profe, ha sido mi madre.

»Fui a ver al director y le dije que había que avisar a la Fiscalía de Menores, que aquello era un caso evidente de maltrato infantil y que no podíamos quedarnos de brazos cruzados. Me dijo que me calmara, que los chavales no eran unos santos y que a veces decían mentiras, o exageraban las cosas, o se dejaban llevar por la fantasía. No sería la primera vez que un chico acusa a sus padres para no tener que denunciar a sus propios compañeros, dijo el director. Tal vez estábamos ante un caso de bullying, un término que había empezado a ponerse de moda en aquella época, y había que aclarar las cosas antes de avisar a la Fiscalía. Le pedimos al bedel que fuera a buscar a Rafa y lo trajera al despacho. Entró cabizbajo, rehuyendo mi mirada. Cuéntale al señor director lo que me has dicho en clase, Rafael. ¿El qué? Lo del ojo. Me he caído de la cama, mintió. El director me miró con la cara de suficiencia de los que creen saber cómo funciona el mundo. Al final, ante mi insistencia, decidimos llamar a la madre del chico para convocarla a una reunión. Apareció visiblemente borracha y, cuando le contamos el motivo de nuestra llamada, empezó a insultarnos, a decirnos que nos metiéramos en nuestros asuntos, que si acaso estábamos insinuando que ella pegaba a su hijo y que pensaba denunciarnos por maltrato sicológico. No lo hizo. Hizo algo peor. A los pocos días apareció la policía por el instituto: había puesto una denuncia contra mí por haber abusado sexualmente de su hijo. Me llevaron a comisaría, me tomaron declaración y al final todo quedó en agua de borrajas. Parece ser que la propia mujer retiró la denuncia y reconoció que se lo había inventado todo. Pero el mal ya estaba hecho.

»Al año siguiente, Rafael cambió de instituto y le perdí el rastro. Un día, varios años después, mientras hacía zapping distraídamente en el sofá de casa, me lo encontré en uno de esos concursos televisivos, tipo Pasapalabra o Descifra2. Se había dejado bigote y su amaneramiento ya no era tan evidente, pero lo reconocí al instante. Cuando le preguntaron a qué se dedicaba, me sorprendió escucharle decir que estaba estudiando en la universidad. ¿Qué carrera?, le preguntó el presentador del programa. Matemáticas, contestó. No te negaré que sentí una íntima satisfacción al escuchar su respuesta. Pero mi satisfacción aun fue mayor cuando lo vi aparecer varios años después por el instituto. Debía de tener la edad que tenía yo cuando me saqué la plaza. ¿Qué te trae por aquí?, le pregunté sin poder ocultar mi sorpresa al verlo entrar en la sala de profesores. Vengo a sustituir a la profesora Miralles, me dijo con una sonrisa. La profesora Miralles, en efecto, acababa de obtener la baja por maternidad y estábamos esperando al sustituto. Rafa se quedó hasta final de curso y en las siguientes oposiciones se sacó la plaza en Villena. Pero para entonces yo ya había dejado a mi mujer y a mis hijos, y me había ido a vivir con él a su piso de Gandía.

»Nos casamos en el 32 y estuvimos juntos nueve años. Yo sabía que él tenía

otras aventuras, pero no me importaba y éramos felices. La diferencia de edad era sustancial, pero no insalvable, y hasta llegamos a plantearnos adoptar a un niño. Pero un día llegó a casa más pálido que de costumbre y me enseñó unos papeles. Se había hecho análisis de sangre y tenía el VIH. Por aquel entonces aún no se había descubierto la vacuna, pero los antirretrovirales te permitían llevar una vida prácticamente normal sin desarrollar el sida. Aun así, aquello desestabilizó nuestra relación. Y no tanto por mí, como por él. Empezó a salir más de la cuenta y a llegar a casa a altas horas de la madrugada, como si hubiese sentido sobre su cabeza la espada de Damocles y quisiera vivir sin frenos ni cortapisas. A veces no venía a dormir en toda la noche, llegaba con las pupilas dilatadas al despuntar el día, se daba una ducha y se iba directamente a trabajar. Yo le decía que se estaba jugando la vida y el trabajo, pero cuanto más le recriminaba su actitud, más se lanzaba a tumba abierta hacia los bajos fondos del vicio y el libertinaje. Una mañana de domingo me despertó el teléfono. La cama estaba vacía. Era un número desconocido. Habían encontrado su cuerpo en un descampado, desnudo y sin signos aparentes de violencia. Todavía llevaba el preservativo puesto.

A Bruno se le ha quebrado la voz y ha interrumpido el relato. ¿Te puedo pedir una cosa?, me ha preguntado tras unos minutos de silencio. Claro. ¿Por qué no traes la mesa de ajedrez y echamos una partida? Al salir de la enfermería, he visto las nubes negras que se acercaban, sin sospechar que venían cargadas por el diablo. Gustau me ha ayudado a transportar la vieja mesa, condenada al ostracismo desde el ataque de los falsos emisarios de la Comisión Europea. Hemos sorteado las piezas y me han tocado las blancas. ¿Podrías tomar nota de la partida?, me ha pedido Bruno. Por si es la última que juego. Le he dicho que me estaba empezando a hartar con sus comentarios funestos, pero he subido al altillo y he bajado con una hoja en blanco. Audrey tenía en la mesita de noche un lápiz de carpintero para apuntar la fiebre de Bruno. Hay costumbres que no cambian.

Me he olvidado el reloj de arena en el PSG, así que hemos jugado sin tiempo. He salido con el peón de dama y Bruno me ha sorprendido con la defensa india de rey, que en su día rebauticé como defensa Moíño, en homenaje al amigo con quien tantos libros traduje y tantas partidas jugué, pues era su defensa preferida: 1. d4 Cf6 2. c4 g6 3. Cc3 Ag7 4. Cf3 d6 5. Ag5 h6 6. Ah4 g5 7. Ag3 Cc6 8. e3 Af5 9. a3 Dd7 10. d5 Ca5?? (error clamoroso de Bruno, que se mete en una encerrona y condena a su caballo a una muerte inevitable) 11. b4 g4 12. Cd4 Ce4 13. Cxe4 Axe4 14. bxa5 O-O-O 15. f3 gxf3 16. gxf3 Ag6 17. Ad3 Axd3 18. Dxd3 e5 19. Tb1?? (aquí no sé qué diablos he hecho, creo que ha sido cuando ha venido Audrey y nos ha reñido, pues a Bruno no le conviene hacer esfuerzos; le hemos pedido que nos dejara terminar la partida y entonces he cometido la estupidez de mover la torre, sin

darme cuenta de que las negras acababan de avanzar su peón y que podría habérmelo comido al paso, una de las jugadas más curiosas que existen en el ajedrez: es la única en que se captura una pieza sin situarse sobre su casilla y solo puede hacerse inmediatamente después de que el rival haya movido el peón que se captura) exd4 20. e4 f5 21. O-O fxe4 22. fxe4 Ae5 23. Tb3 Axg3 24. hxg3 Thg8 25. Dxd4 h5? (aquí Bruno se equivoca, debería haber movido b6 para evitar que le entre hasta la cocina con mi dama) 26. Dxa7 Dh3 27. Dxb7+ Rd7 28. Dc6+ Rc8? (Bruno se equivoca de nuevo, pero a toro pasado es muy fácil decirlo: yo habría hecho lo mismo) 29. Da8+?? (dejo escapar la oportunidad de darle mate) Rd7 30. Dc6+ Rc8 (Bruno me da una segunda oportunidad, pero yo sigo sin verla: la jugada ganadora era Tff3, con mate inevitable si hace h4 y yo a6, pues mi torre en b8 es criminal) 31. Da6+?? Rd7 32. Dc6+ Rc8 33. Db7+ Rd7 34. Tf7+ Re8 35. Dc6+?? (aquí yo ya andaba impaciente porque Audrey nos miraba mal y me he lanzado al ataque sin ton ni son: un auténtico suicidio; el resto es pura pataleta) Rxf7 36. Tf3+ Rg7 37. Dxc7+ Rh8 38. Df7 Txg3+ 39. Txg3 Dxg3+ 40. Rf1 Dd3+ 41. Rf2 Dd2+ 42. Rf3 Dc3+ 43. Rf4 Dc1+ 44. Rf5 Df1+ 45. Rg6 Tg8+ 46. Dxg8+ Rxg8 47. Rxh5 Df4 48. Rg6 Rf8.

Llegados a este punto de la partida, ha empezado el bombardeo de granizo y he encontrado la excusa perfecta para derribar mi rey con dignidad, como me enseñaron a hacer mis compañeros de El Molinillo, el club de ajedrez en el que jugué en Madrid a principios de siglo, siempre como último tablero.

Miércoles, 25 de agosto

Tras el granizo de ayer, hoy sopla un viento racheado y desapacible, como si Eolo hubiese decidido soltarse la melena.

Antes de comer hemos vuelto a reunirnos en asamblea ordinaria. Excepto Paula, que vigilaba desde la torre, todos los demás estábamos en la enfermería, lo que hace un total de seis personas: Bruno, Audrey, Jaume, Gustau, Naisha y un servidor. Esto empieza a parecerse demasiado al final de una partida de ajedrez. El orden del día era el habitual, con dos puntos fundamentales: las consecuencias del pedrisco y la necesidad de poner en funcionamiento la furgoneta. Obviamente, la granizada ha afectado al estado y durabilidad de las provisiones, ya de por si escasas (apenas quedan óvalos, se han terminado las latas de atún, andamos en las últimas de garbanzos y lentejas). Del huerto solo se han salvado las raíces y los tubérculos; de los árboles frutales, las almendras, que hemos recogido esta mañana.

Por lo que respecta a la furgoneta, su uso se ha hecho más apremiante tras los problemas respiratorios de Bruno, pues a este paso no vamos a tener más remedio que hacer una expedición para ver si encontramos tanques de oxígeno. También se ha terminado el bamucoril, pero tanto Bruno como yo hace tiempo que hemos dejado de preocuparnos por el colesterol. Gustau ha

dicho que intentaría empalmar algunos cables, a ver si suena la flauta y arranca la furgoneta, aunque lo veía francamente complicado. Pero Jaume ha sugerido que hiciéramos antes una visita al Museo del Automóvil, por si estuvieran allí las llaves de la furgoneta. Al fin y al cabo, ha argumentado, no tendría mucho sentido que se hubieran llevado las llaves si se largaron dejando los vehículos. Yo me he ofrecido voluntario para ir, pero Audrey ha dicho que ni hablar del peluquín, que ya había ido a El Pinar. Lo hemos echado a suertes y le ha tocado a Jaume.

Por el contrario, andamos relativamente sobrados de armas: desde el ataque de los falsos emisarios de la Mancomunidad Europea nuestro pequeño arsenal vuelve a contar con el subfusil y la HK que se llevó Vlado, además de las tres pistolas que traían los asaltantes (con pinta de haber sido sacadas de un museo militar), a las que habría que sumar la SIG Sauer que encontré en el cobertizo de la casa de Naisha, que ha pasado a manos de Audrey. La verdad es que me quedo más tranquilo, pues la escopeta de balines no era ninguna garantía y con el brazo en cabestrillo difícilmente podía usarla. La hemos dejado en el despacho de las armas, junto a las escopetas de caza de Elsa y Bertha, que en paz descansen, dos de las pistolas de los falsos emisarios (la otra se la ha quedado Jaume), la munición y los chalecos antibalas.

En el penúltimo punto del orden del día nadie ha vacilado: todos queremos seguir en el Pere Mata. No ha habido ruegos ni preguntas.

Jueves, 26 de agosto

Esta noche he soñado que me examinaba del carnet de conducir. No es la primera vez que me pasa. En más de una ocasión he soñado que no me dejaban hacer el examen porque iba sin zapatos. Un sueño que, salvando las distancias, podría haber sucedido de verdad, pues a mi profesor de autoescuela no se le ocurrió advertirme hasta el último día de que no podría examinarme con sandalias, cuando yo había hecho todas las prácticas con unas menorquinas. Pero en el sueño de esta noche llevaba zapatos. El problema no era ese. El problema era que el coche solo tenía dos pedales. ¿Dónde está el embrague?, le preguntaba al examinador. Eso debería saberlo usted, ¿no cree?, me respondía. Pero es que no hay, intentaba explicarle. ¿Ya empezamos con las excusas? Haga el favor de arrancar. Yo miraba a mi profesor de autoescuela reclamando ayuda, pero se había quedado dormido en el asiento de atrás. Solo entonces me daba cuenta de que era un coche automático. Pero si es un coche automático, le decía al examinador. No me cuente milongas y arranque, abuelo. Cuento hasta tres. Uno, dos y… ¡Espere! ¿Qué pasa? Que no están las llaves puestas. ¿Y a mí qué me cuenta? Eso no es problema mío. Al darme la vuelta para pedirle explicaciones al profesor, el profesor ya no estaba. Y tres, terminaba la cuenta el examinador, sin disimular su alegría. ¡Suspendido!

Me he despertado con una inexplicable sensación de culpa. Todavía en la cama, he recordado el día en que aprobé el examen de conducir. El teórico me lo había sacado por libre y había hecho solo dos semanas de prácticas, en una autoescuela de la plaça de Sant Francesc, justo enfrente del instituto de bachillerato en el que trabajaba mi madre. Pero tuve mucha suerte, porque éramos cuatro y me tocó el último. Recuerdo que primero subieron dos chicos y yo me quedé tomando un Trinaranjus con una mujer de mediana edad. Me contó que era la novena vez que se examinaba y que el último suspenso había sido por frenar en un semáforo que estaba en ámbar. Esta vez, me dijo, como vea que se pone en ámbar, acelero. Mujer, tampoco es eso, le dije, pensando que exageraba. Pero cuando nos subimos al coche y la mujer arrancó, no tardé en comprobar que iba en serio. Fue tomar la curva, enfilar la avinguda de Sant Bernat Calvó y ponerse un semáforo en ámbar cuarenta o cincuenta metros más adelante. Y la mujer no frenó. Al contrario: aceleró. Cuando se lo saltó estaba más rojo que la bandera de Japón. El examinador le pidió amablemente que se orillara y reprendió al profesor por no haber frenado. El profesor se excusó diciendo que no lo había hecho para evitar males mayores y la mujer salió del coche dando un portazo y renegando. Los otros dos compañeros también habían suspendido, así que a mí me bastó con no cagarla demasiado para aprobar el examen.

Después de comer, Jaume se ha puesto el chaleco antibalas, ha cogido la pistola HK de Paula y ha salido del Pere Mata rumbo al Museo del Automóvil. Desde mi puesto de vigilancia de la torre del agua lo he visto ahuecar el ala en dirección a los Tres Deditos y desaparecer al doblar la rambla de la Boca de la Mina. El tiempo de espera se me ha hecho eterno. No podía apartar la mirada del lugar por donde Jaume había desaparecido. Si en aquel momento hubiese venido un ejército por la carretera de Alcolea, no me habría ni enterado. Por suerte, no ha tardado en volver. Me ha saludado desde lejos levantando el dedo pulgar y yo he dado un grito para avisar a los otros de que ya estaba de regreso. Poco después el propio Jaume ha subido a buscarme. Tú sabes conducir un coche de los antiguos, ¿verdad?, me ha preguntado enseñándome una vieja llave con el inconfundible logo de Citroën: unas comillas latinas puestas cabeza abajo.

Sábado, 28 de agosto

Ayer estuve tan excitado intentando arrancar la furgoneta, que me olvidé de escribir el diario. Increíble pero cierto. Que Audrey y Plinio el Viejo me perdonen.

Al volver del Museo del Automóvil, Jaume nos contó cómo había encontrado las llaves. Entró al museo por una de las vidrieras rotas, seguramente la misma por la que había salido la furgoneta. Aquello parecía una morgue, con los vehículos tapados con sábanas blancas, aunque hubieran

sido profanados por vampiros en busca de carburante. Anduvo de sala en sala hasta encontrar unas escaleras que subían a las oficinas. Todas las puertas estaban abiertas, algunas con signos evidentes de haber sido forzadas. Revolvió armarios y cajones, pero no encontró ni rastro de las llaves. La silla del despacho del director estaba destripada como si un león de proporciones faraónicas le hubiese dado un zarpazo. Se sentó y contempló las paredes, donde aún colgaban algunas láminas de coches históricos: un Bentley de 1920, un Escarabajo de la Segunda Guerra Mundial y hasta una de las primeras Harley-Davidson que salieron al mercado. También había un mapa de Reus antiguo, enmarcado y de grandes dimensiones. A Jaume le llamó la atención porque, aunque tenía el cristal roto, estaba perfectamente recto. Se acercó e intentó moverlo, pero algo lo mantenía anclado a la pared. Recorrió el marco con los dedos y no tardó en encontrar un pequeño botón bien disimulado. Al apretarlo, el mapa de Reus se separó un par de centímetros por su parte derecha, como las puertas de esos armarios que se abren presionando suavemente una de las esquinas. Al otro lado, colgadas en un hueco de la pared, estaban las llaves de los automóviles. Llevaban una etiqueta con el nombre del modelo y a Jaume no le costó encontrar la que buscaba. Sin embargo, no se limitó a coger la del Citroën 2CV, sino que arrambló con todas. Luego, una vez abajo, intentó poner en marcha algunos vehículos, pero los vampiros los habían dejado exangües y no consiguió arrancar ninguno. O tal vez habían sido los propios dueños del museo quienes habían vaciado los depósitos antes de marcharse. Sea como fuere, desistió al cabo de cuatro o cinco intentos y volvió al Pere Mata cruzando los dedos para que el butanol funcionara.

Pero se me está yendo la mano con la literatura, como si por el hecho de llevar dos meses escribiendo este diario me creyera de nuevo novelista. Jaume nos contó lo que acabo de transcribir, pero no lo emperifolló tanto. Desde luego, no habló de vampiros ni de vehículos exangües, y por supuesto no dijo nada parecido a «la silla del despacho del director estaba destripada como si un león de proporciones faraónicas le hubiese dado un zarpazo». Lo más probable es que simplemente dijera «la silla del director estaba rajada»; o más bien, para ser del todo fieles: «la cadira del director estava esquinçada», pues Jaume suele hablar en catalán, igual que Paula o que Gustau, por mucho que luego yo aquí lo traduzca. Incluso es posible que no hiciese la más mínima referencia a la silla del director. Como escribió Jean-Paul Sartre en *La náusea*, que ayer empecé a leer, «eso es precisamente lo que hay que evitar, no inventarse cosas extrañas donde no las hay. Yo creo que el gran peligro cuando uno escribe un diario íntimo es ese: exagerarlo todo, estar al acecho, forzar continuamente la verdad». Más adelante, Antoine Roquentin, el autor ficticio del diario, se pregunta: «Cómo pude escribir ayer esta frase absurda y

grandilocuente: “Estaba solo, pero caminaba como un batallón que penetra en una ciudad”. No hay ninguna necesidad de ponerse estupendo. Escribo para esclarecer determinadas circunstancias. Hay que desconfiar de la literatura. Escribir a vuelapluma; sin escoger las palabras». Y es que, al fin y al cabo, como el propio Roquentin reconoce, para que un acontecimiento banal se convierta en una aventura, basta con que alguien se ponga a contarlo. Un poco como el urinario de Duchamp, que al exponerlo en un museo se convierte en obra de arte. Así que a ver si te aplicas el cuento, colega, y te dejas de tanto boato.

Ayer por la mañana Jaume, Gustau, Audrey y yo nos reunimos en el patio. Paula estaba en la torre del agua, aunque cada vez le cuesta más subir las escaleras de caracol; no quiero ni imaginarme qué pasará si se pone de parto en mitad de una guardia. Bruno continuaba en la enfermería, pues aunque el proceso de encapsulamiento de la bala sigue los plazos previstos y ya podría empezar a levantarse de la cama, los problemas respiratorios le obligan a guardar reposo para no tener que echar mano de los tanques de oxígeno. Naisha, por su parte, acompañaba a *Yasti* en su perpetua ronda perimetral. De los cuatro que estábamos reunidos en el patio, yo era el único que me había sacado el carnet de conducir con un coche manual. Audrey había tenido uno en Benín, pero con el brazo en cabestrillo no era la persona más adecuada para intentar arrancar la 2CV. Gustau recordaba haber conducido alguna vez el viejo Seat Tarraco de sus padres en el *tros*, pero sobre todo recordaba haber estrellado el Seat Tarraco de sus padres contra uno de los muros que rodeaban el *tros*. Jaume, que durante la guerra había llegado a pilotar helicópteros, no había visto en su vida un coche con embrague. Era evidente que yo tenía todas las papeletas. ¿Te ves capaz de intentar arrancarlo?, me preguntó Audrey. La miré con cara de sheriff. Yo iba al cole en una furgoneta como esta, querida.

Jaume y Gustau fueron a vaciar el depósito de los grupos electrógenos que habíamos llenado inútilmente con el butanol. Audrey me miró y sonrió. ¿De qué te ríes?, le pregunté. ¿De qué va a ser?, me respondió. De la situación. ¿Quién se iba a imaginar que terminaríamos así? Hace un par de años yo era una doctora que venía a cumplir religiosamente con su horario laboral y tú un anciano gruñón que se quejaba cuando la sopa estaba demasiado caliente o demasiado fría. Los dos habíamos perdido a nuestras parejas por culpa del marburgo e intentábamos salir adelante luchando contra los fantasmas del pasado, haciendo nuestro ese proverbio catalán que dice que *qui dia passa, any empeny*.* Y míranos ahora, resistiendo contra viento y marea, yo con una herida de bala en el brazo y tú a punto de convertirte en nuestro héroe si consigues arrancar una furgoneta del siglo XX. ¿Y todo para qué? ¿Para que llegue el fin de la moratoria y nos echen a patadas igualmente? ¿O acaso

vamos a plantar cara a quien pretenda expulsarnos, como si fuéramos Bradley Cooper y Daniel Radcliffe en *Dos hombres y un destino*? Me quedé mirándola muy serio y le dije: prefiero la de Paul Newman y Robert Redford.

Jaume y Gustau volvieron con el bidón de butanol y lo vaciaron en el depósito de la furgoneta. Si el butanol funcionaba pero la batería estaba descargada, habría que intentar arrancarla como había visto hacer en mi infancia: empujando y aprovechando la inercia del movimiento. Para ello, el mejor lugar era el passeig de Briansó, gracias a su centenar de metros en ligera pendiente; o más bien el carril lateral que lo flanquea, para evitar la fuente que divide el paseo en dos y los cuatro o cinco escalones que hay antes de llegar a la puerta de los carros. Me metí en la furgoneta con la extraña sensación de estar entrando en un túnel del tiempo, me senté al volante y me quedé sorprendido de la sobriedad del cuadro de mandos, tan distinto al de los coches modernos, llenos de pantallas, botones, luces, radares, sensores y gadgets de todo tipo. Busqué una manivela para bajar la ventanilla, pero no encontré ninguna. Solo entonces recordé cómo se abrían las ventanas de un 2CV: como si fueran gateras, haciéndolas bascular hacia el exterior y enganchándolas al marco de la puerta con un clip a presión. Antes de abrocharme el cinturón de seguridad y pisar el embrague, estudié la palanca de cambios, situada a la derecha del volante: afortunadamente, había un dibujo en el salpicadero que indicaba las posiciones de las marchas. Puse primera y comprobé que el freno de mano no estuviera echado. ¿Todo en orden?, preguntó Jaume. Todo en orden, respondí, ¡voy a probar! Metí la llave en el contacto y le di la vuelta, pero no arrancó. Lo intenté varias veces, sin conseguirlo. O el butanol no sirve o la batería está descargada, dije poniendo el coche en punto muerto. ¿Os animáis a empujar? Jaume y Gustau se colocaron en la parte de atrás, mientras Audrey controlaba la operación, y avanzamos lentamente hasta la parte alta del paseo, donde el busto del doctor Briansó mira hacia la puerta de los carros desde mediados del siglo pasado, cuando trajeron a la Virgen de Fátima y los responsables del manicomio consideraron una falta de respeto recibirla de espaldas. Frené al llegar al inicio de la pendiente, como si de un gran premio de Fórmula 1 se tratara. ¿Preparados?, pregunté sacando la cabeza por la ventanilla. ¡Preparados!, respondieron. Quité el pie del freno, embragué y metí segunda. ¡Vamos, empujad! La furgoneta empezó a moverse y a coger velocidad a medida que avanzaba por el ligero desnivel. Había decidido que intentaría arrancarla una vez rebasada la fuente. Para entonces, Jaume y Gustau ya estaban corriendo detrás de la furgoneta. Le di al contacto y solté el embrague, al tiempo que apretaba el acelerador. El motor rugió como si la fiera estuviera desperezándose, pero sin llegar a despertar. Tiré del estárter y el rugido se hizo más consistente, más granulado, como si la tos seca hubiera empezado a

ablandarse. La puerta de los carros, con su verja de hierro, cada vez estaba más cerca. Apuré hasta el último momento y, justo antes de pisar el freno y dar un volantazo, escuché cómo el motor se ponía en marcha.

Domingo, 29 de agosto

Ayer tuve que dejar de escribir porque ya no veía nada en la torre del agua. Se nota que los días son cada vez más cortos. Tras la reincorporación de Audrey a los turnos de vigilancia, ahora me toca hacer guardia de cuatro de la tarde a nueve de la noche, según los nuevos horarios que ha diseñado Bruno desde la enfermería. No me puedo quejar: tengo tiempo de leer un rato después de comer y de echarme una siesta antes de subir a la atalaya. El sol ya no pica tanto como al mediodía y puedo disfrutar del crepúsculo vespertino. Cuando me canso de escudriñar las inmediaciones sin detectar señales de vida en varios kilómetros a la redonda, saco las hojas y me pongo a escribir. Pero debo ser cauteloso: como Jaume y Gustau se enteren de que desatiendo mis funciones, son capaces de montarme un consejo de guerra.

El intento de arrancar la furgoneta casi terminó en siniestro total. Acostumbrado a los frenos de disco de los coches modernos y al sistema sensotronic, no calculé bien el momento de la frenada: la furgoneta derrapó y me empotré contra la puerta de los carros. El golpe no fue excesivamente violento, pero sí lo suficientemente aparatoso como para que Audrey, Jaume y Gustau acudieran corriendo a ver si me había pasado algo. Tranquilos, les dije, estoy bien. Y luego añadí, con una sonrisa: he conseguido arrancarlo. Por supuesto, el motor se apagó en cuanto el coche se detuvo, pero lo importante había sido comprobar que el butanol funcionaba y que la batería no estaba definitivamente muerta. Bastará con abrir la puerta de los carros y repetir la operación, torciendo a la derecha al llegar al final del passeig de Briansó y tomando la avinguda de l'Institut Pere Mata, de tal manera que la batería tenga tiempo de recargarse. Pero no debemos precipitarnos: sabiendo que la furgoneta funciona, ahora toca preparar bien la expedición. Tal vez convenga aguardar a que Audrey acabe de curarse, pues si uno de los objetivos prioritarios del viaje son los tanques de oxígeno, lo más lógico es que ella sea de la partida. Hemos acordado esperar hasta la asamblea del miércoles para tomar una decisión. Cruzo los dedos para que Bruno no empeore en los próximos días.

A menudo pienso en cómo empezó todo. En si podríamos haber hecho algo más para impedir esta situación. Tras el Pacto de la Vergüenza entre Estados Unidos y la Mancomunidad Europea, la gente se lanzó a la calle a protestar, por mucho que los distintos gobiernos de la Confederación Ibérica insistieran en que el bien común exigía tomar medidas drásticas y que lo más conveniente era acatar de manera responsable y pacífica el plan de evacuación elaborado por las autoridades. El Estado tiene el deber de proteger a sus

ciudadanos, nos repetían machaconamente como un mantra, y la mejor manera de protegerlos es organizando la diáspora. No obstante, las primeras semanas estuvieron marcadas por los enfrentamientos entre la población civil y las fuerzas del orden, que obedecieron mayoritariamente las directrices gubernamentales. Los pocos policías y militares que apoyaron al pueblo y desacataron las órdenes fueron procesados en juicios sumarísimos, inhabilitados y desterrados. No hubo cifras oficiales del número de muertos, pero algún día los historiadores deberán hacer balance y sacarnos las vergüenzas. Cuando de las protestas callejeras se pasó a los atentados contra los principales edificios gubernamentales (el Palacio de la Moncloa, el Palacio de São Bento, el Eusko Legebiltzarra, el Palau de la Generalitat), las autoridades los achacaron a grupos revolucionarios y aprovecharon para justificar la represión. No parece descabellado pensar que fueran las propias autoridades quienes cometieran algunos de aquellos atentados. El problema, como siempre, es que Fuenteovejuna no fue a una, y cuando algunos empezaron a marcharse se desató el pánico: parecía evidente que los primeros emigrantes encontrarían mejores oportunidades en los países de acogida. La gente se olvidó de que la unión hace la fuerza y el miedo ganó la batalla. De la noche a la mañana se pasó de las acampadas multitudinarias en la Puerta del Sol y en la plaça de Catalunya al sálvese quien pueda y el donde dije digo digo Diego. Las autoridades se habían salido definitivamente con la suya.

Leire insistió en que tomara un avión y me fuese con ella a Shanghái. Ya lo había intentado tras tu fallecimiento y yo se lo había quitado de la cabeza, alegando que mi viaje podía ponerla en peligro, por mucho que trabajase en la SCO. En plena epidemia de marburgo y en mitad de un conflicto armado que no tenía visos de terminar, no me iban a dejar entrar en el país. Incluso ella tuvo serias dificultades para venir a tu entierro, por mucho que la recién estrenada Confederación Ibérica se hubiera declarado neutral en el conflicto, asolada como estaba tras tres años de guerra civil en Cataluña. Leire nunca ha querido decírmelo, pero estoy convencido de que al volver a Shanghái tuvo que pagar el peaje de la cuarentena y dejarse internar en un centro de desinfección, sin poder ver a su hija Mei durante todo aquel tiempo. Pero cuando se firmó el Pacto de la Vergüenza la guerra ya había terminado, la epidemia de marburgo estaba controlada y la posición de Leire en la SCO se había fortalecido, por lo que mi traslado a Shanghái parecía plausible. Entonces volví a demostrar mi proverbial cabezonería y me negué en redondo a abandonar el Pere Mata, con un argumento menos elaborado pero igual de irrefutable, inspirado en uno de mis personajes preferidos de la literatura universal, el Bartleby de Melville: que prefería no hacerlo. Leire me amenazó con dejar de pagar los gastos del geriátrico, pero su amenaza cayó en saco roto, pues resultaba evidente que el sistema no tardaría en colapsar y que

nadie nos iba a pedir cuentas por no estar al corriente de las mensualidades. La eureta se devaluó hasta tal punto que ya no se hablaba ni de inflación, ni de hiperinflación, ni de estanflación, sino directamente de cataclismo económico. En los pocos restaurantes que seguían abiertos, los clientes pagaban al llegar, pues al salir el precio del menú podía haberse duplicado. Cuando las autoridades decretaron el corte generalizado del suministro eléctrico, ya no quedaba ningún banco en la península. Para entonces, yo había dejado escapar la última oportunidad de salir del país en avión y Leire me había dicho que era un cabezota y un egoísta y un mal padre, y que no pensaba enviarme ni un yuan más. Como si fueran a servirme de algo.

Al final de la comida ha ocurrido algo que nos ha dejado preocupados: Paula ha tenido un vahído y, si no se ha caído al suelo, ha sido porque Jaume ha conseguido sujetarla a tiempo. Audrey estaba haciendo guardia en la torre y Gustau ha ido a buscarla. Cuando ha llegado, Paula ya se encontraba mejor, aunque estaba pálida como la cera. Audrey ha dicho que lo más probable es que hubiera sufrido una bajada de azúcar o de tensión. Te estás tomando el hierro y el ácido fólico que te receté, ¿verdad? Paula ha asentido con la cabeza. Procura no levantarte bruscamente y no pases muchas horas de pie, le ha aconsejado. ¿Y no habrá sido por falta de proteínas?, ha preguntado Jaume. Hace tiempo que no comemos carne roja. No creo, ha dicho Audrey. Pero nos hemos quedado pensativos. Quien más quien menos ha captado la indirecta. *Manoli*, me parece que tienes los días contados.

Naisha ha venido a hacerme una visita. Era la primera vez que subía a la torre del agua. Se debe de aburrir mucho, la pobre, sin ningún niño de su edad y con *Yasti* todo el día ocupado en las rondas de vigilancia. Audrey la ha ayudado a subir y le ha dicho que tuviera cuidado. Luego nos ha dejado solos. ¿Dónde está El Pinar?, me ha preguntado, desorientada por las vueltas de la escalera de caracol. Le he cogido el dedo índice y lo he dirigido hacia el noreste. ¿Se ve mi casa desde aquí?, ha querido saber. He mirado atentamente con los prismáticos, pero no he visto ondear ninguna bandera negra. No, los árboles la tapan. Naisha se ha quedado unos minutos con la cabeza orientada hacia la urbanización. ¿Te apetece que juguemos a algo?, le he preguntado. ¿A qué? No sé, a lo que tú quieras. No se me ocurre nada. Podemos jugar a las adivinanzas. No me gustan las adivinanzas. ¿Y al juego de cruzar la frontera? No lo conozco. Pues es muy divertido, a mis hijos les encantaba cuando tenían tu edad. Uno de los dos se inventa una regla secreta que permita cruzar la frontera y el otro tiene que adivinar cuál es la regla diciendo frases del tipo «Cruzo la frontera en bicicleta» o «Cruzo la frontera con *Yasti*» o «Cruzo la frontera con un pastel». A las dos primeras te habría respondido «No cruzas» y a la tercera «Sí cruzas», pues mi regla secreta era que solo se puede cruzar la frontera con cosas comestibles. ¿Lo pillas? Creo que sí. Otras reglas pueden

ser que solo se puede cruzar con palabras de cuatro letras o con objetos redondos o con cosas blandas. ¿Quieres jugar? Sí. ¿Quién empieza preguntando? Tú. Vale, pues invéntate una regla. Ya está. Muy bien: cruzo la frontera en tren. No. ¿No la cruzo? No. Pues di «No cruzas». No cruzas. Perfecto. Cruzo la frontera con una flor. Sí cruzas. Cruzo la frontera en coche. No cruzas. Cruzo la frontera en avión. No cruzas. Cruzo la frontera con una cantimplora. Sí cruzas. Cruzo la frontera con un libro. Naisha se ha quedado unos instantes callada. Depende. ¿Cómo que depende? ¿Qué tipo de libro? Un libro de papel. Ah, entonces sí cruzas. Anda, ¿y con una tableta? Con una tableta no cruzas. Vaya, vaya… Pues cruzo la frontera con *Petra*. Sí cruzas. ¿Y con *Yasti*? Aquí ha puesto cara de fastidio. No cruzas. Mmm, creo que ya lo sé: no se puede cruzar la frontera con aparatos que contengan componentes eléctricos.

Hemos seguido jugando durante un buen rato y, cuando se ha ido, me han entrado ganas de volver a escribir mi poema irracional, así que he añadido unas cuantas palabras, hasta llegar a las setenta:

Dar y fiar a quien consienta al hombre
decir sin rubor palabras sencillas.
¿Cuántas estrellas hay en los confines?
¿Cómo capear la mísera vida?
Sin más enemigos que la riqueza,
aborrezco tanta palabrería.
La libertad infinita será
a propósito colosal y eximia,
venciendo las perversas vanidades.
Por doquier busco y, provocando risas,
descubro la entrañable estupidez.
Procuro huir, esfumarme unos días,
salir corriendo de las emboscadas,
sortear rencores y rabias, iras.

Que me perdone San Juan de la Cruz, patrón de los rapsodas, pues el poema carece del mínimo sentido que debería exigírsele a cualquier poema. Es cierto que, en este caso, las reglas de composición son especialmente duras. Pero como decía Gabriel Ferrater, hijo de mercaderes, un poema debe tener el mismo sentido que una carta comercial. Si no, no es un poema verdadero.

Lunes, 30 de agosto

Hoy no tengo ganas de escribir. Estoy agotado, me duele la cabeza y me ha salido una almorrana. Como le oí decir una vez a Andreu Buenafuente, uno de los mejores humoristas que haya dado esta ciudad, más vale pájaro en mano que hemorroides en el ano.

Martes, 31 de agosto

Ayer nos comimos a *Manoli*. Su suerte estaba echada desde que Paula se desmayó y Jaume lo achacó a la falta de proteínas. Por la mañana fui al corral

a despedirme de ella. Al verme llegar, se me quedó mirando con esos ojos entre tristes y embobados que tienen las cabras. *Manoli*, le dije, gracias por todo lo que nos has dado. Le ofrecí el manojo de hierba que acababa de arrancar y se la comió con avidez, con esa hambre inexplicable de los condenados a muerte. ¿Las cabras creéis en el más allá?, le pregunté. Se me quedó mirando, a la espera de otro manojo de hierba. No, claro que no, sois demasiado inteligentes. Aunque al ser humano hay que reconocerle una imaginación extraordinaria. De hecho, la mayoría de civilizaciones se han construido a partir de la peregrina idea de que existe un ser superior, creador de todas las cosas. La jugada es de tahúr, por no decir de trilero: me invento a Dios y luego digo que es él quien nos ha inventado a nosotros. No adjunto ninguna prueba de su existencia y me saco una carta de la manga llamada fe. ¿No es maravilloso? En realidad, lo inteligente es creer en Dios. Aunque solo sea por una cuestión de coste-beneficio. Diría que fue Pascal quien lo demostró, con un argumento que parece anticiparse a la teoría de juegos. Podemos creer o no creer en Dios: si creemos en Dios y Dios existe, iremos al cielo; si creemos en Dios y Dios no existe, no ganamos nada. Por el contrario, si no creemos en Dios y Dios no existe, tampoco ganamos nada; pero si no creemos en Dios y Dios existe, nos condenamos al infierno. Conclusión: por pequeña que sea la probabilidad de que Dios exista, compensa creer en ella, pues las ganancias que pueden obtenerse superan con creces la apuesta. Aun así, y que me perdonen los creyentes, la fe es un poco como el fútbol: no puede uno obligarse a creer en Dios, como no puede uno obligarse a cambiar de equipo. Y lo dice alguien que ha intentado ambas cosas.

Empecemos por el fútbol. Yo siempre he sido del Barça, sin duda por influencia de mi padre, que ya era culé de niño, aunque viviese en Béjar, a ochocientos kilómetros de distancia del viejo campo de Les Corts. Pero cuando tenía diez u once años decidí cambiar de equipo. El club catalán vivía unos momentos delicados, la temporada había empezado con varias derrotas consecutivas, habían cesado al entrenador Terry Venables y se había fichado a Luis Aragonés, el Sabio de Hortaleza, para intentar sacar las castañas del fuego. El ambiente estaba tan enrarecido que los jugadores llegaron a pedir la dimisión del presidente Núñez en el célebre motín del Hesperia. Pero para entonces yo ya había decidido hacerme de la Real Sociedad, equipo de los amores del Miki, mi gran amigo de infancia. Y hasta tal punto me mostré fervoroso con mis nuevos colores (como si tuviera que convencerme a mí mismo del cambio de chaqueta), que los padres del Miki me invitaron a ir con ellos al Camp Nou, a un partido de Liga entre el Barça y la Real Sociedad. En el equipo donostiarra jugaban por entonces futbolistas míticos como Bakero y Begiristain, que no tardarían en fichar por el Barça, o el portero Arconada, tristemente recordado por su clamoroso error con la

selección española en la final de la Eurocopa del 84, mientras que en las filas blaugranas destacaban Zubizarreta, Migueli, Alexanko o Calderé, por no hablar del Lobo Carrasco o de Gary Lineker, que fueron quienes marcaron los goles. Y fue entonces, cuando el jugador inglés marcó el primer tanto del partido y yo me levanté de mi asiento para gritar gol, cuando me di cuenta de que no se puede cambiar de equipo como se cambia de calzoncillos. Ni el Miki ni sus padres hicieron ningún comentario. Luego, cuando Carrasco marcó el segundo, conseguí retenerme y no lo celebré. Pero la lección ya estaba aprendida.

Vayamos ahora con Dios. Mis padres me bautizaron para no darles un disgusto a los suyos, especialmente a la Jefi, mi abuela materna, católica practicante y fervorosa; pero, por suerte, tanto mi hermana como yo nos libramos de la comunión. Hay que tener en cuenta que en aquella época la mayoría de niños hacía la comunión, algunos incluso la confirmación. Hasta tal punto era así, que recuerdo perfectamente que cuando cursaba 6.º de EGB en la Joan Rebull (una escuela pública, conviene recalcarlo), la maestra nos hacía rezar todas las mañanas el padrenuestro y solo éramos dos los que manteníamos la boca cerrada. Algunos años después decidí apostatar. Mi madre fue a pedir el acta de bautismo a la parroquia de Sant Francesc, justo enfrente de la autoescuela donde me había sacado poco antes el carnet de conducir, y le contó al cura una mentira piadosa: que su hijo necesitaba el acta de bautismo para casarse. Con el acta en la mano escribí una carta al arzobispado de Tarragona exponiendo mi deseo de abandonar el club de la Iglesia Católica y pidiendo que por favor hicieran constar expresamente mi renuncia en el libro de bautismo. No tardé en recibir una carta del arzobispado en la que se me informaba de que habían recibido mi solicitud y que tomaban buena nota de ello, no sin antes intentar convencerme de mi error y pedirme que recapacitara. La carta era suficientemente ambigua como para que yo me quedara tranquilo, pero también para que el arzobispado se pasara por el forro mi petición. Cuando una década después entré en la parroquia de Sant Francesc para comprobar si en el libro de bautismo existía alguna anotación que certificara mi apostasía, se confirmaron mis peores sospechas. El joven cura que me atendió me explicó que su predecesor (el que me había bautizado treinta años antes) era reacio a dejar constancia de las solicitudes de apostasía, pero que no me preocupara, que él se encargaría de desfacer el entuerto. Varios días después recibí una llamada telefónica: era el cura, que me informaba de que había realizado la gestión y que en el libro de bautismo ya constaba, de su puño y letra, mi renuncia a la fe católica. En contrapartida, a partir de entonces tendría que emitir una instancia al arzobispado si quería una copia de mi acta de bautismo. Le di las gracias y colgué. Nunca más volví a la parroquia para comprobar si lo que me había

dicho era cierto. Fue, sin duda, un acto de fe.

Pero yo lo que quería contar era otra cosa, últimamente desvarío que da gusto. Quería contar cómo fui incapaz de creer en Dios, por mucho que me lo propusiera. Ocurrió mientras Otto estaba en el hospital, debatiéndose entre la vida y la muerte tras el impacto del maldito dron. Recordé la teoría de Pascal y decidí rezarle a Dios para que le salvara la vida a Otto. Hagamos un pacto, le dije al Señor, si escuchas mis plegarias prometo serte fiel por el resto de mis días. Jamás habría hecho algo así por mí mismo, pero para salvarle la vida a Otto habría vendido mi alma al diablo. El día en que me viste rezar por primera vez, se te saltaron las lágrimas. Tú habías ido a un colegio de monjas, a las Pepas de Badajoz, como vosotras mismas las llamabais, y tenías una sensibilidad religiosa de la que yo carecía por completo. El problema es que no me lo creía. Hablaba con Dios como quien habla con un vecino para pedirle que te riegue las plantas mientras estás de vacaciones. Juro que lo intenté. Incluso volví a leer la Biblia, pero solo me dio tiempo a terminar el Pentateuco. Cuando me disponía a empezar el Libro de Josué, Otto falleció. Ni que decir tiene que nunca más le he vuelto a rezar a Dios.

Esta mañana, mientras Audrey hacía guardia, he ido a dar una vuelta por el pabellón de los Distinguidos. El Institut Pere Mata fue diseñado por el arquitecto Lluís Domènech i Montaner como un complejo de edificios separados entre sí por grandes espacios abiertos que favorecieran la higiene, el orden y la armonía. Sin duda, uno de los más emblemáticos de todo el conjunto arquitectónico, más allá de la llamativa torre del agua, es el pabellón de Primera Clase y de Distinguidos, concebido para albergar a los pacientes de familias acaudaladas. Como aún puede leerse en una placa colocada a la entrada del edificio, el pabellón fue declarado Bien Cultural de Interés Nacional en el año 2013 y entró a formar parte de la Ruta Modernista de Cataluña declarada Patrimonio de la Humanidad por la Unesco en 2033. La joya de la corona del pabellón es la Sala dels Tarongers, decorada con motivos cítricos y presidida por el lema de la institución: «De nou lluirà».* Me he dejado caer sobre una de las butacas tapizadas y se ha levantado una nube de polvo que me ha hecho estornudar varias veces. Dicen que no es bueno taparse la nariz y la boca al estornudar, que el aire sale a más de cien kilómetros por hora y puede provocar una rotura de tímpanos o un aneurisma. No sé si será verdad, pero yo por si acaso estornudo con todas las letras, como un alumno aplicado que estuviera pronunciando una onomatopeya.

Miércoles, 1.º de septiembre

Hoy queda un mes exacto para el fin de la moratoria, pero nadie ha querido mencionarlo durante la asamblea. Supongo que a partir de ahora empieza realmente la cuenta atrás y que quien más quien menos se pondrá a tachar los

días que faltan, como si fuésemos presos a punto de terminar condena o reclutas en la recta final del servicio militar. No sabemos qué va a ocurrir. Llevamos semanas sin tener noticias del exterior, pero seguimos empecinados en resistir contra viento y marea. Un empecinamiento para el que, si he de ser sincero, todavía no encuentro explicación. Por lo menos una explicación convincente. No sé qué queremos demostrar. Hace tiempo que perdimos la batalla. La victoria de David frente a Goliat no es más que la excepción que confirma la regla. Hay algo en esta actitud nuestra, pretendidamente heroica pero irremediablemente absurda, que no consigo entender. Una sombra, un agujero negro, un punto ciego. Recuerdo que en mi juventud conocí a Javier Cercas. Yo acababa de publicar mi segunda novela y él era ya un escritor mundialmente famoso. Nos habían invitado a una mesa redonda junto a otros autores en las Bodegas Torres del Passeig de Gràcia y al terminar me propuso que tomáramos un café. El café se transformó en chupito y el chupito en una serie interminable de margaritas. Al final pasamos casi doce horas juntos, charlando de lo humano y lo divino. Fue entonces cuando me contó su teoría del punto ciego, desarrollada en un ensayo titulado precisamente *El punto ciego*, que me envió a casa unos días más tarde. La teoría puede resumirse en que las buenas novelas (o por lo menos las novelas que le interesaban a Cercas y que él mismo escribía) no pretenden encontrar respuestas, sino formular de la manera más compleja posible preguntas que no tienen respuesta (o por lo menos que no tienen una respuesta unívoca). En realidad, podríamos decir que en las novelas de punto ciego la respuesta es precisamente la búsqueda de una respuesta, la pregunta en sí, como si en el centro de la novela hubiese una incógnita, un misterio, una sombra, un punto ciego que constituye el sentido último del libro. Si, como dejó escrito Gadamer (y esto no lo decía Cercas, esto lo añado yo), entender un texto significa descubrir la pregunta a la cual intenta dar respuesta, escribir una novela sería intentar arrojar algo de luz sobre ese punto ciego que la sustenta, aun a sabiendas de que no podremos iluminarlo por completo. Desde luego, la vida no es una novela y no se rige por los mismos parámetros, pero si he recordado la teoría de Javier Cercas es porque a menudo me pregunto (y con mayor frecuencia a medida que se acerca el fin de la moratoria) cuál es el punto ciego que pretendo iluminar al escribir este diario. Y creo que ya lo sé. Si empecé a escribir este diario no fue para dejar constancia de los tiempos convulsos que vivimos, ni para que las generaciones futuras puedan entender esta época descabellada y abominable. No, el motivo es más egoísta y más pragmático: si escribo este diario es para intentar entender por qué no me he ido aún del Pere Mata, por qué me empeño en seguir aquí caiga quien caiga.

En la asamblea hemos decidido que no podemos esperar más para hacer la expedición. Bruno sigue con problemas respiratorios y anoche hubo que darle

oxígeno otra vez. Audrey, en cambio, ya está mejor de su herida y ha dejado de usar el cabestrillo. Mañana, Gustau intentará arrancar la furgoneta en el passeig de Briansó, como hice yo el otro día, pero con Audrey de copiloto y la puerta de los carros abierta. Si lo consigue, continuarán rumbo al hospital de Reus, para ver si quedan tanques de oxígeno y otros medicamentos que puedan sernos útiles.

Después de comer, he subido a la habitación con la excusa de echar una siesta, aunque lo que quería en realidad era aliviarme la almorrana con un baño de asiento. Mientras estaba sobre la palangana en posición tan deshonrosa, ha entrado Audrey. Vaya, se ha lamentado, y yo que venía a echar la siesta contigo. Ya termino, le he dicho, y me he secado mientras ella cerraba las contraventanas y empezaba a desvestirse. Últimamente duerme desnuda, prescindiendo del pijama de termopreno que ha estado usando durante la canícula, un material al que yo nunca he terminado de acostumbrarme pero que las jóvenes generaciones utilizan como una segunda piel desde que fuera inventado a mediados de los años 30, hasta el punto de que algunos sociólogos llegaron a hablar, para referirse a la quinta de Otto, de «la generación del termopreno». Y es que por mucho que yo me haya resistido a usarlo, haciendo gala de mi proverbial misoneísmo, hay que reconocer que es un invento extraordinario, aunque parezca un invento del tebeo: un tejido que mantiene la temperatura corporal, independientemente del frío o el calor que haga *al otro lado*, utilizable tanto si estás en el Polo Norte como en el desierto del Sáhara.

Yo también me he desvestido y me he metido en la cama. Tengo miedo, me ha dicho Audrey. ¿Miedo de qué?, le he preguntado. De lo que pueda pasar mañana. La he mirado a los ojos y le he acariciado el pelo. No pasará nada, he intentado tranquilizarla, seguro que en Reus ya no queda nadie. Me ha abrazado y he sentido todo su cuerpo contra el mío. Olía a tierra mojada. Se ha frotado contra mi piel como una gata en celo y ha empezado a darme mordiscos en los pezones. Ha bajado poco a poco y se ha metido mi sexo en la boca, algo que no había hecho nunca. Me ha provocado una erección casi instantánea, descomunal. Ha chupado con avidez, sin dejar de mirarme a los ojos. Luego me ha pedido que la penetrara y ha empezado a cabalgarme con desesperación, como si el mundo fuera a terminarse.

Poco después, en el mismo instante en el que el viejo operado de próstata soltaba un alarido, la espalda de la mujer sin útero se cubría de sudor, en una prueba palmaria de lo que popularmente se conoce como orgasmo simultáneo.

Viernes, 3 de septiembre

Ayer estuve tan nervioso esperando la vuelta de Audrey que fui incapaz de escribir nada. Hoy, en cambio, escribo para no caer en la desesperación:

Audrey y Gustau no han vuelto todavía. No he podido dormir en toda la noche, aguardando su regreso, y ahora estoy en la torre del agua oteando con los prismáticos los distintos caminos por los que podrían llegar: la avinguda de l'Institut Pere Mata, el carrer del Doctor Labad, la rambla de la Boca de la Mina. Cuando se me cansa la vista o noto que me entra la flojera por culpa de la falta de sueño, me pongo las gafas y escribo algunas líneas compulsivamente.

La furgoneta arrancó a la primera, llevándose a Audrey y Gustau armados hasta los dientes y con los chalecos antibalas puestos. Los diez litros de butanol debían ser suficientes para llegar al hospital y volver. Incluso para darse una vuelta por la ciudad, si fuera necesario. La noche anterior habíamos estado planificando la expedición. Tras debatir los pros y los contras, decidimos que era preferible tomar la circunvalación en vez de pasar por el centro, donde las calles estrechas parecían más proclives a una hipotética emboscada. Al menos en primera instancia, pues el objetivo prioritario eran los tanques de oxígeno del Hospital Universitari Primer d'Octubre; si se los habían llevado, no quedaría más remedio que adentrarse en el casco antiguo y probar suerte en el Centre Mèdic de Reus o en la facultad de Medicina, situados a escasos metros el uno de la otra. En una de mis hojas dibujamos el recorrido que debían seguir con la furgoneta: avinguda de l'Institut Pere Mata, carretera de Alcolea, avinguda dels Tres Referèndums, avinguda de Marià Fortuny y avinguda de Bellissens. Todas ellas grandes y despejadas arterias. Sin tráfico y sin semáforos, no deberían de haber tardado más de diez minutos en llegar al hospital. Pero salieron a las nueve de la mañana y, veinticuatro horas después, aún no han regresado.

Definitivamente, estoy que me subo por las paredes. Mi angustia aumenta a medida que pasan las horas sin que aparezca la furgoneta. Voy a intentar escribir algo, a ver si así consigo templar los nervios. Pero ¿qué? No sé, lo que sea. Mis viajes de juventud, por ejemplo. El que hice en autostop por el norte de la península a los veinte años y empezó en una gasolinera de la carretera de Montblanc, a escasos metros de la avinguda de Marià Fortuny, por donde ayer pasaron sin duda Audrey y Gustau camino del hospital. Por supuesto, la gasolinera ya no existe, desapareció como la mayoría de gasolineras cuando los coches de combustión fueron sustituidos por los coches eléctricos, y en su lugar acabaron erigiendo un monumento a los reusenses caídos durante la guerra. Recuerdo como si fuera ayer las cuatro ciudades que escribí en un pedazo de cartón: «Alcover-Lleida-Zaragoza-Pamplona». Estábamos a principios de julio y mi objetivo no era otro que llegar a los San Fermines. Recuerdo que mientras esperaba en la gasolinera a que alguien tuviera la bondad de acercarme a mi destino, un pájaro se me cagó en el hombro y me consolé pensando que era una señal de buen agüero. Llevaba una mochila

vieja cargada hasta los topes, un saco de dormir y una tienda de campaña individual. Recuerdo que el primer día conseguí llegar hasta Zaragoza, o más bien hasta un polígono industrial de Zaragoza, donde me dejó un camionero que olía a sudor y a tabaco. También recuerdo que, al subir al camión, se me rompieron las dos correas de la mochila. Supongo que fue por culpa del peso y de la mala calidad de la mochila, pero aquello ya no me pareció ningún signo de buen agüero. Desde el polígono industrial se veía un Alcampo en lontananza, y hacia allí me dirigí con la intención de comprar hilo y aguja para hacer un remiendo. Pero había salido de casa solo con dos mil pesetas, decidido a no gastar más de lo estrictamente necesario, así que los tomé prestados. Como no tenía dedal, me ayudé con los dientes y me quedaron dos pequeñas hendiduras en el esmalte que no desaparecieron hasta que hace unos años me los cambié por unas prótesis. Recuerdo que aquella primera noche monté la tienda de campaña en un parque público de la periferia y me despertaron las voces de unos adolescentes haciendo botellón. Al día siguiente llegué a Pamplona, a tiempo de asistir al chupinazo. Pasé las fiestas allí, durmiendo en casa de Nuria Legarda, una compañera del Institut del Teatre que me llevó a la única corrida de toros a la que he asistido en mi vida, un espectáculo que no tenía nada que ver con lo que yo había imaginado: cada vez que el torero mataba a un toro, la gente de mi alrededor gritaba «¡Asesino, asesino!», aunque en realidad estaba más ocupada en beber sangría y comer espaguetis que en seguir los lances de la corrida. Recuerdo que entré de blanco en la plaza y salí tintado, pues por algún curioso motivo los miembros de la peña con la que yo andaba no apuraban los vasos, sino que se divertían lanzando la mitad a los demás, especialmente a una pareja de japoneses que teníamos delante y que debieron de volver a su país pensando que en España llovía sangría.

Cuando se terminaron las fiestas, seguí haciendo autostop. Me daba igual adónde ir. Recuerdo que un cura me llevó hasta Logroño, un cura que tampoco tenía nada que ver con la imagen que hasta entonces me había hecho de los curas: era joven, guapo y bromista. Me contó que una vez se llevó a sus padres de vacaciones a Benidorm y que la habitación del hotel quedaba justo encima de la piscina, así que ni corto ni perezoso les dijo que había ido allí para suicidarse y, sin darles tiempo a reaccionar, salió al balcón y se tiró al vacío. Ni siquiera el chof consiguió quitarles el susto a los pobres progenitores. En Logroño me sorprendió el granizo y me refugié en una iglesia, donde le escribí una larga carta a Txell Felip, otra compañera del Institut del Teatre, de la que andaba enamorado. Cuando escampó, empezaba a anochecer y pregunté a unas feligresas dónde podía pasar la noche. Fue entonces cuando descubrí la existencia de los albergues de transeúntes, unos centros municipales donde te daban un plato caliente y un colchón gratis.

Solo tenías que inscribirte y explicar el motivo de tu paso por la ciudad. Yo dije que me había escapado de casa y que pretendía llegar a Madrid, donde tenía unos familiares. Únicamente me dejaron pasar una noche, pero conocí a un tipo que había robado un banco en Badalona y que, tras salir de la cárcel, había decidido recorrer la península haciendo de mimo por la calle. La segunda noche la pasé con él, durmiendo bajo unos soportales que había frente a un parque donde proyectaban en una pantalla gigante *La guerra de las galaxias*. Me quedé dormido viendo las peripecias de Luke Skywalker.

De autostop en autostop y de albergue en albergue pasé por Miranda de Ebro, Burgos y Zaragoza. Recuerdo que en Miranda dejé las zapatillas de deporte en el alféizar de una ventana, sin darme cuenta de que estaba en la planta baja. Al levantarme por la mañana, habían desaparecido; las encontré entre los dientes de un perro que se había puesto a jugar con ellas hasta destrozarlas. Tuve que continuar el resto del viaje con mis viejas Dr. Martens de color negro que me cocían los pies. En Burgos descubrí la catedral y la olla podrida, y volví a encontrarme, esta vez en plena actuación, al expresidiario reconvertido en mimo. En el albergue de Zaragoza me dejaron pasar seis noches y conocí a dos portugueses, uno de los cuales había conseguido superar recientemente su afición a la heroína, que llevaban varios artilugios para hacer malabares: pelotas, mazas y diábolos. Recuerdo que me sumé a ellos y ganamos algo de dinero en la plaza del Pilar, el suficiente para comprar un billete de tren hasta Reus. Los dos portugueses se quedaron a dormir en mi casa, pero no quisieron hacerlo en una cama, para no aburguesarse: prefirieron dormir en el jardín, sobre la hierba y bajo las estrellas. Al día siguiente, mi madre los llevó en coche hasta Tarragona, donde siguieron su ruta. Nunca más volví a saber de ellos.

Debo reconocer que he conseguido desalojar los malos pensamientos de mi cabeza durante un buen rato abriendo el baúl de los recuerdos. Pero empieza a anochecer y Audrey y Gustau no han regresado. No hay que ser Sherlock Holmes para deducir que algo grave tiene que haberles sucedido.

Por cierto, *Panki* ha dejado de poner huevos. No sabemos por qué. Pero como no espabile, mucho me temo que seguirá los pasos de *Manoli*.

Sábado, 4 de septiembre

Hace ya dos días que Audrey y Gustau se fueron y aún no han vuelto. No quiero ni imaginarme qué puede haberles pasado. Anoche estuve esperando despierto hasta bien entrada la madrugada. Al final me quedé dormido y tuve un sueño muy desagradable. Soñé que Paula había parido y que la criatura, en vez de crecer, decrecía. Nadie parecía darle importancia y me miraban como si estuviera loco cuando insistía en que el bebé se estaba haciendo cada vez más pequeño y que había que encontrar alguna forma de inflarlo antes de que desapareciera. Al final, cuando el cuerpo me cabía ya en la palma de la mano,

llegaba a la conclusión de que el único lugar por dónde podía inflarlo era por el pene y me ponía a soplar con todas mis fuerzas. Poco a poco el bebé iba creciendo, como si fuera un globo, y yo me ponía tan contento que seguía soplando y soplando, y el bebé se iba haciendo más grande, cada vez más grande, hasta que estallaba en mil pedazos y nos dejaba cubiertos de vísceras y de sangre. Entonces todos me echaban la culpa a mí, que seguía con el pene en la boca. Paula empezaba a pegarme y a decirme que le devolviera a su hijo y yo le daba el pene y ella lo tomaba entre sus manos y lo mecía y le cantaba una nana.

Anoche, cuando Jaume vino a reemplazarme a la torre del agua, trajo el fusil de asalto. Es mejor que esté aquí arriba, dijo. Pero yo no tengo fuerzas para sostenerlo a pulso y esta mañana, antes de volver al pináculo, he pasado por el despacho donde guardamos las armas a coger el bípode. No estaba por ningún lado. Creo que se lo llevó Gustau al chalet, ha dicho Paula. He ido a buscarlo y al entrar en la habitación de Gustau me he pegado un buen susto, pues estaba en penumbra y me ha parecido que había alguien acostado en su cama. He quitado el cartón de la ventana para que entrara la luz y no andaba equivocado: sobre la almohada descansaba la cabeza de una mujer de melena rubia, pestañas largas, pómulos afilados y labios exuberantes. Vlado tenía razón: Gustau vive con una acompañante. La piel de la muñeca estaba cuarteada, sin duda por la falta de suministro eléctrico, pues tengo entendido que funcionan con un circuito interno que humedece y calienta el material con el que están hechas, especialmente la boca y las partes íntimas. También tienen incorporado un sistema de habla inteligente, que les permite aprender nuevas palabras y expresiones. Para Gustau debió de ser un duro golpe descubrir que, tras el apagón, la maniquifémina con la que compartía su vida se quedaba helada, inerte y muda, como si fuera una simple muñeca de porcelana.

El bípode, por cierto, estaba en la azotea.

Domingo, 5 de septiembre

Ayer tuve que dejar de escribir porque me quedé sin hojas y esta mañana he vuelto a subir al altillo de la enfermería. Le prometí a Audrey que seguiría con el diario hasta el final y no pienso romper mi promesa, pues sería reconocer de facto que he perdido la esperanza de que regrese.

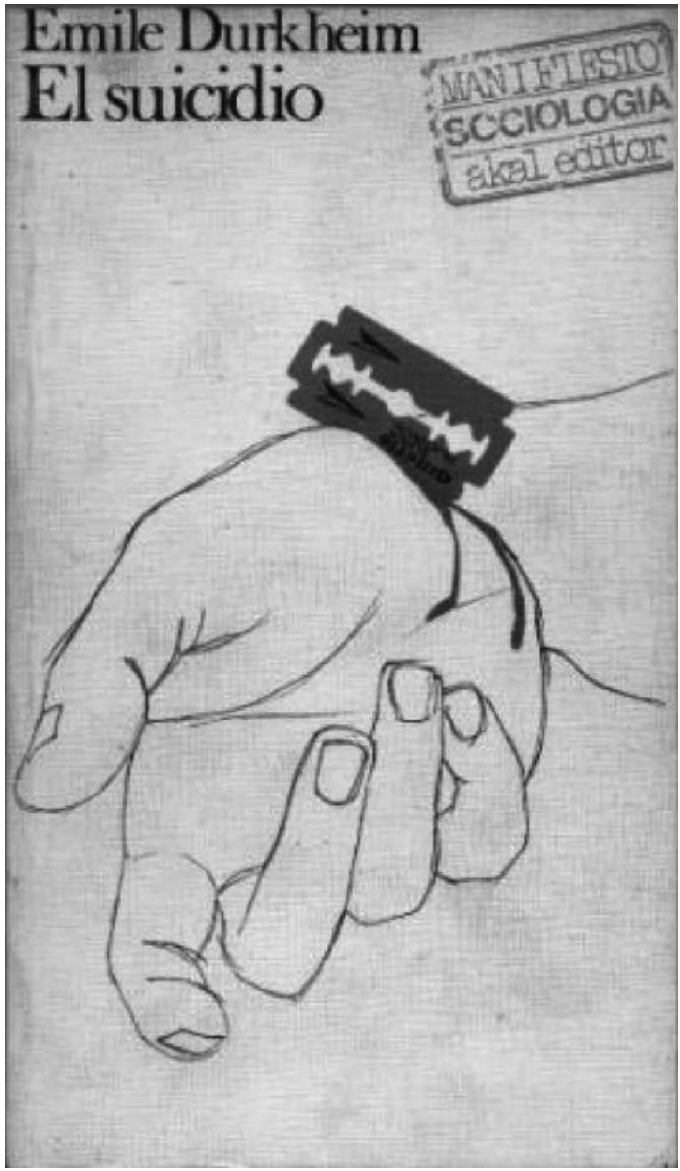
Antes de subir al altillo, he pasado por el box a ver a Bruno. Estaba bastante desmejorado, como si en las tres semanas que lleva en la enfermería hubiese envejecido tres lustros. Anoche se quedó dormido con el oxígeno puesto y se fundió lo que quedaba del último tanque. Ya no tiene ánimos para afeitarse y el bigote de lápiz se le ha desdibujado, como si le hubiesen dado un brochazo. Las mejillas chupadas, la piel cetrina y unas profundas ojeras acaban de completar la estampa. ¿Cómo estás?, le he preguntado. Listo para que me des

la extremaunción, ha intentado bromear. ¿Y tú? Me he sentado en el borde de la cama. Jodido, le he contestado, para qué te voy a engañar. ¿Qué crees que puede haberles pasado? Me lo he quedado mirando y me he encogido de hombros. Nada bueno, eso seguro. Se suponía que iban a volver al cabo de unas horas y ya hace tres días que se fueron. Así que una de dos: o están muertos o algo les impide regresar. Nos hemos quedado callados un buen rato. En fin, voy a subir al altillo a por más hojas. Entonces, ¿sigues con tu diario?, me ha preguntado. Qué remedio. ¿Y has incluido lo que te conté de mi vida? Qué remedio. Bruno ha sonreído y ha cerrado los ojos.

En el altillo me he llevado una sorpresa. La primera caja que he abierto contenía varios números de la revista *NW*, una revista publicada en Reus en la segunda década del siglo. Y allí estaba yo, en el n.º 42, con pelo y sin barba, en una entrevista de Cèsar Compte y una sesión fotográfica de Carles Fargas que hicimos en el Xalet Serra, el edificio modernista de la avinguda de Castellvell cuya característica *torratxa* perdió el sombrero durante los primeros meses de la guerra. Recuerdo que volvíamos de Belmonte mi madre, la yaya Margarita, la *Pipiola*, tú y yo, y paramos en Reus para hacer la sesión de fotos. La entrevista había tenido lugar unos días antes en Barcelona y me habían preguntado cosas tan peregrinas como «¿Cuál es tu rincón preferido de la ciudad?» o «¿Con qué reusense te gustaría tomar una copa?» o «¿Qué harías si fueras alcalde?». No me ha sorprendido ver la respuesta a la primera de las preguntas: confesé que mi rincón favorito era La Palma, donde había pasado algunos de los momentos más felices de mi adolescencia. La respuesta a la segunda pregunta ya me ha sorprendido un poco más: el reusense con quien me habría gustado tomar una copa era, nada más y nada menos, que el poeta Gabriel Ferrater, aunque se hubiera suicidado varios años antes de que yo naciera. Seguramente hoy habría escogido a alguien distinto, y no sería un Kevin Llorens, un Omar Bundó o una Margalida Trueta, y mucho menos un Gaudí, un Prim o un Fortuny, sino más bien un Nando, un José Ángel, un Enric, una Núria, una Sandra, una Àngels, un Xavi, un Pol, una Aina, un Miki, un Edu, un Alfonso, una Emma, una Paloma, un Lobo, un Arnau, una Lorena o cualquiera de esas amistades de juventud a las que hace tanto que no veo y nunca más veré. Pero si hay una respuesta que me ha sorprendido de verdad es la que di a la pregunta de qué haría si fuera alcalde de Reus. Dimitiría, respondí.

He bajado del altillo con una treintena de hojas y dos libros bajo el brazo: *El derecho a morir*, de Ann Wickett; y *El suicidio*, de Émile Durkheim, en una vieja edición de 1976 tan ajada que la tapa se ha desprendido al sacar el libro de la caja. La ilustración de la cubierta es impactante: una mano, una cuchilla de afeitar y dos finos hilos de sangre. Pero mejor adjunto la tapa y me ahorro la descripción. Sobre el motivo de haber elegido dos títulos tan luctuosos, *just*

no comment.



He vuelto al PSG y, antes de subir a la torre del agua a darle el relevo a Jaume, he desayunado con Paula (si es que puede llamarse desayuno a una triste infusión). ¿Crees que volverán?, me ha preguntado. Me he encogido de hombros y me he quedado mirando su barriga. ¿Cómo va el embarazo? No me puedo quejar, ha dicho acercando su silla a la mía y mi mano a su vientre. ¿Lo notas? Al principio no he notado nada, pero de pronto algo ha empezado

a moverse y no he podido evitar acordarme de las patadas que Otto te daba y de mi pronóstico absolutamente fallido de que el chaval nos saldría futbolista. Nunca pensé que tendría un hijo de forma natural, ha dicho Paula, nunca pensé que sería una vivi. Cuando iba al instituto, una compañera se quedó embarazada y estuvimos burlándonos de ella hasta que conseguimos que abortara. Poco después se suicidó. En realidad, era mi mejor amiga. Paula tenía ganas de hablar y he dejado que se explayara. ¿Te he contado alguna vez cómo perdí la mano?, me ha preguntado. Tengo entendido que se te quedó enganchada en un montacargas. Uy, no, qué va, eso es lo que solía decir cuando llegué aquí para no tener que dar más explicaciones. Pero a estas alturas ya puedo contarte la verdad. No se lo digas a Jaume, ¿vale? Es que no le gusta que lo vaya explicando por ahí. Seré una tumba, le he prometido. Se ha acariciado la barriga con la prótesis y me ha empezado a contar cómo perdió la mano.

—Fue durante los primeros meses de la guerra, cuando Reus aún estaba tomada por los golpistas. Yo era joven y alocada, y mantenía una relación multiamorosa con dos chicos que eran la noche y el día: uno rubio y el otro moreno, uno guapo y el otro feo, uno de familia bien y el otro más pobre que una rata. Por si fuera poco, uno estaba a favor del alzamiento militar y el otro formaba parte de una célula de resistencia. Es más: uno era sobrino de un alto mando del ejército y el otro era hijo de un activista que había perdido la vida al comienzo de la guerra. En realidad, yo del que estaba realmente enamorada era de Óliver: el feo, pobre y clandestino. Hasta tal punto estaba enamorada, que no solo entré a formar parte de la resistencia, sino que acepté continuar mi relación con el guapo y rubio y rico porque la célula me lo pidió. Hasta que un día descubrió mi doble juego.

»Ocurrió de la manera más tonta, por uno de esos azares que desmienten las leyes de la probabilidad. El piso franco de Óliver estaba en el barrio Gaudí, en la otra punta de la ciudad, a unos tres cuartos de hora a pie tanto del hospital donde yo trabajaba como de la casa donde vivía con mi abuela y mis dos hermanos pequeños, en uno de los pisos de protección oficial que había entre el Reus Ploms y el campo del Reddis, antes de que el bombardeo del 54 los borrase del mapa y nos dejara a la intemperie. Mi turno en el hospital terminaba a las nueve de la noche y tenía una hora para llegar al piso de Óliver si no quería que el toque de queda me sorprendiera a medio camino. Pero durante los primeros meses de la guerra no era aconsejable atravesar andando la ciudad a aquellas horas, y menos aún cuando se suponía que debía estar cuidando de mi abuela y mis hermanos. Por eso, al salir del hospital, atravesaba a pie el barrio de Sant Josep Obrer, como si fuera a mi casa, y tomaba un taxi a mano alzada en la carretera de Tarragona, pues prefería no usar ninguna aplicación que pudiera dejar rastro. Normalmente, por motivos

de seguridad, le decía al taxista que me llevara a la antigua estación de tren y luego, tras asegurarme bien de que no me seguía nadie, continuaba a pie hasta el piso de Óliver, a quien solo podía ver dos veces por semana. Pero aquel día, el día en que todo se fue a la mierda por mi culpa, salí tarde del hospital. Y como encima estaba lloviendo a chorros, cogí un taxi en la puerta y le di la dirección del piso franco. Estaba tan ansiosa por ver a Óliver y quedaba tan poco para el toque de queda, que decidí saltarme todas las precauciones.

»Al enfilar lo que hoy es la avinguda dels Tres Referèndums, el chaparrón era tan intenso que el taxista no vio el coche que bajaba por la avinguda de Castellvell. El choque no fue demasiado violento, pero sí lo suficiente como para que tuviéramos que detenernos. El taxista bajó del vehículo y se puso a discutir con el otro conductor bajo la lluvia. En cuanto oí su voz, se me heló la sangre: era Christian, mi novio rubio, guapo y rico. Ni siquiera me atreví a mirar por la ventana para confirmarlo, no fuera a descubrirme en el interior del taxi. Pero mi prudencia no sirvió de nada, pues acabaron entrando en el coche para no mojarse mientras hacían los papeles del accidente. Al verme allí dentro, Christian se quedó flipando óvalos. No hacía ni cinco minutos le había mandado un mensaje para decirle que ya estaba en casa, como hacía todas las noches que no quedaba con él. Me pidió explicaciones e intenté improvisar una excusa. Le dije que justo después de mandarle el mensaje me había llamado mi amiga Estel para que fuera a verla urgentemente, sin explicarme el motivo. Lo malo es que Estel no vivía en el barrio Gaudí. Y Christian lo sabía. Pero ¿Estel no vive en el passeig de la Misericòrdia?, me preguntó levantando una ceja. Es que no está en su casa, le dije. ¿Ah, no? ¿Y dónde está?, me preguntó sin bajar la ceja. En casa de un amigo, mentí.

»Cuando terminaron de hacer el parte, Christian le pidió al taxista que nos llevara a la dirección que yo le había dado. La cabeza me iba a mil por hora y me temblaban las piernas. No sabía qué hacer. En el bloque donde vivía Óliver solo había tres plantas, con dos puertas cada una. Podía llamar a algún vecino y rezar para que no contestaran. O llamar a su piso de un modo distinto al convenido, alertándolo de que algo iba mal. Fingir entonces que telefoneaba a Estel, aparentar una conversación y luego decirle a Christian que ya no estaba allí, que había tenido que marcharse de improviso. Al final decidí llamar al piso de Óliver, pero en vez de dar tres timbrazos cortos, di uno largo. Christian me miraba tenso, mordiéndose el labio inferior. Volví a apretar el botón del interfono y no respondió nadie. Qué raro, dije, intentando que no me temblara la voz. ¿Seguro que es el piso correcto?, me preguntó Christian con suspicacia. Asentí con la cabeza. ¿Por qué no la llamas?, propuso. Saqué el smart y pronuncié el nombre de Estel, pero al llevármelo a la oreja anulé la llamada discretamente. Me alejé un par de pasos, arriesgándome a despertar aún más los recelos de Christian, y fingí que

hablaba con ella bajo la lluvia. Ha tenido que irse, le dije cuando volví a su lado. Christian volvió a levantar la maldita ceja. ¿Me lo dejas?, me preguntó. ¿El qué?, intenté disimular. Tu smart, dijo alargando la mano. ¿Para qué lo quieres?, le pregunté. Es que el mío se ha quedado en el coche y quiero hacer una llamada, me contestó con una sonrisa. No tenía escapatoria. Lo saqué del bolsillo y se lo di. Qué raro, dijo, no hay ninguna llamada de Estel. Y la que tú le has hecho aparece como no respondida…

»Christian avisó a varios compañeros de las JUP, subieron al piso y derribaron la puerta. Para entonces, Óliver hacía rato que se había escapado por la ventana, alertado por mi timbrazo, pero no había tenido tiempo de deshacerse de las pruebas que lo incriminaban. O, mejor dicho, que nos incriminaban.

Paula se ha quedado callada durante un buen rato, sin dejar de acariciarse la barriga con la mano ortopédica. He mirado la hora en mi viejo reloj de agujas y he dado un brinco: hacía ya diez minutos que debería haber subido a la torre del agua a relevar a Jaume. ¿Y la mano?, le he preguntado, poniéndome en pie. ¿Qué mano? La tuya, ibas a contarme cómo perdiste la mano. Ah, sí, es verdad. Pero se ha hecho tarde. Otro día te lo cuento, ¿vale?

Lunes, 6 de septiembre

Hoy se cumplen ocho años de tu muerte y he decidido no pensar en nadie más que en ti, aunque sea por un día. Parece mentira lo deprisa que han pasado estos ocho años. Recuerdo que cuando era niño y escuchaba a los adultos decir que el tiempo pasaba cada vez más rápido, me mofaba de ellos, acusándolos de relativistas (sí, yo de niño era bastante repipi). Pero al hacerme mayor he acabado por aceptar que no era tanto una cuestión subjetiva como matemática: un año en la vida de un zagal de siete años supone una séptima parte de su edad, mientras que para un casi nonagenario como yo representa poco más de una centésima parte. Visto así, con números y porcentajes, ya no parece tan subjetivo que el tiempo pase más deprisa a medida que uno envejece, ¿verdad?

Hoy se cumplen ocho años de tu muerte y no puedo dejar de maldecir el dichoso virus que te mandó al otro barrio. La epidemia de marburgo no fue aquí tan virulenta como en el centro de Europa, pero aun así dejó numerosas víctimas. Tras una guerra civil que había durado casi tres años, la población estaba bastante debilitada y la variante W del virus fue especialmente letal, hasta el punto de que provocó, en el mismo lapso, diez veces más muertes que la propia guerra. Y eso que el virus tardó más de lo esperado en cruzar los Pirineos, en parte gracias al cierre de las fronteras y a los controles exhaustivos en los aeropuertos tras el ataque al Stade de France. Los primeros casos se detectaron a principios del 57 y la primera muerte de un vecino de Sant Pere de Ribes tuvo lugar en el verano de aquel mismo año. Pocos meses después, el hospital de Sant Camil ya no tenía camas suficientes para todos los infectados y faltaban enfermeros y médicos para atenderlos. Maldigo el día en que decidiste ofrecerte como voluntaria y maldigo el momento en que no me opuse a ello.

Hoy se cumplen ocho años de tu muerte y no puedo olvidar tus últimos días en el hospital. Las visitas estaban restringidas a familiares directos (padres, cónyuges o hijos), y solo me permitían pasar media hora al día contigo, blindado con guantes, máscara, gorro, cubrezapatos y traje de protección, de un solo uso, siguiendo a rajatabla el protocolo antipandemias. Tú no querías que fuera a verte. ¿Quién cuidará del *Chato* si tú también te contagias?, me decías una y otra vez, con la voz debilitada por los vómitos, las diarreas y los delirios. Pero yo apuraba el tiempo de la visita hasta que venía a echarme la enfermera, y te acariciaba la mejilla con mi guante de látex al despedirme, intentando contener las lágrimas y deseando contagiarme yo también para irnos juntos de aquel infierno.

Hoy se cumplen ocho años de tu muerte y aún resuenan en mis oídos los gritos de Leire cuando le dije que te morías. No pude ocultárselo por mucho tiempo, pues antes de enfermar hablabais casi todos los días a través del

alephone que ella misma nos había regalado. En eso os parecíais mucho, tanto en la pasión por los nuevos cachivaches tecnológicos como en la afición por pasaros el día colgadas del teléfono. En cuanto dejó de insultarme por no haberla avisado antes, inició los trámites para venir a verte. En plena guerra mundial y en el momento álgido de la epidemia de marburgo en Europa, obtener el permiso no fue tarea fácil. Pero gracias a sus contactos en la SCO consiguió llegar a tiempo para decirte adiós y enseñarte un dibujo que nuestra nieta Mei había hecho para ti, un dibujo en el que aparecían tres mujeres paseando por el campo bajo un sol resplandeciente, con unas flechitas que indicaban quién era cada una de ellas: «Mamá», «Yaya» y «Yo». Leire insistió en que metiéramos el dibujo en el ataúd cuando te incineramos.

Hoy se cumplen ocho años de tu muerte y me acuerdo del homenaje que te hicieron tus compañeros de la facultad en el holoninfo del campus de la UAB. Tras haberse suspendido las clases durante la contienda, poco a poco la universidad había ido recuperando sus constantes vitales y, a pesar de la epidemia y de las dificultades propias de la posguerra, los estudiantes habían vuelto poco a poco a las aulas virtuales. Tu homenaje consiguió reunir a profesores y alumnos que tres o cuatro años antes se habían enfrentado en el campo de batalla. Uno a uno fueron apareciendo para leer algún texto escrito expresamente para la ocasión. Yo también me había preparado unas palabras, pero cuando llegó mi turno se me hizo un nudo en la garganta y noté que las lágrimas acudían en tropel a mis ojos. Apagué la cámara, salí del holoninfo y mandé mi discurso por escrito. Creo que fue entonces cuando decidí aceptar la propuesta de Leire de dejar la casa de Sant Pere de Ribes y venir al Pere Mata a pasar el resto de mis días.

Hoy se cumplen ocho años de tu muerte y me ha venido a la memoria una vieja canción que algún día te pedí que pusieras en mi entierro, cuando aún estaba convencido de que habrías de sobrevivirme: «El hombre que casi conoció a Michi Panero», de Nacho Vegas. Sería incapaz de recordar toda la letra de la canción, y eso que aprendí a tocarla con la guitarra, pero no puedo olvidar los primeros versos:

Es hora de recapitular
las hostias que me ha dado el mundo.
Hoy querrán oír mi último adiós…

He dejado de escribir porque Naisha ha subido a la torre del agua a traerme la comida. Es tan sigilosa que no la he oído llegar y he dado un respingo cuando ha llamado a la trampilla con la empuñadura del bastón. Parece mentira la pericia con la que se mueve ya por todo el recinto, como una gata en la oscuridad. Traía un táper con caldo de gallina. O, mejor dicho, con caldo de *Panki*. Una *Panki* que definitivamente había dejado de poner huevos y a la que yo mismo he tenido que sacrificar esta mañana, siguiendo las indicaciones de Paula, con la ayuda de una de las escobas que encontramos en el almacén

tras el apagón. Hemos ido juntos al corral y nos ha costado un rato encontrar a *Panki*, que se había escondido debajo de un capazo volcado, como si fuera consciente de la suerte que le esperaba. Paula la ha sacado de su escondrijo y la ha puesto entre mis pies, con la cabeza contra el suelo. Venga, ¿a qué esperas?, ha dicho. Entonces me he armado de valor y le he aplastado el cuello con el palo de la escoba, pisándolo por ambos extremos, al tiempo que la agarraba de las patas y tiraba hacia arriba con todas mis fuerzas. El crujido de las vértebras ha terminado con los quejidos de *Panki*. Luego Paula se ha encargado de desplumarla y de preparar el caldo.

Naisha me ha hecho compañía mientras daba cuenta de la sabrosa pitanza. ¿Crees que volverán?, me ha preguntado. No he querido desanimarla. Seguro que sí, le he contestado. ¿Y si se han ido? ¿Qué quieres decir? No sé, igual han aprovechado para marcharse a Francia. Me la he quedado mirando, sorprendido. Audrey nunca haría eso, Naisha. ¿Y si Gustau la ha obligado a hacerlo? He chasqueado la lengua, como dando a entender que aquello no tenía ni pies ni cabeza, pero he seguido comiendo en silencio. Luego, tras terminarme el caldo y limpiarme los bigotes, he hecho crujir mis falanges, una manía que tengo desde que era joven y que se ha ido agravando con el paso de los años, por mucho que tú insistieras en que era malo para la artrosis. No hagas eso, por favor, me ha pedido Naisha. Me recuerda demasiado a mi padre.

Hoy se cumplen ocho años de tu muerte y había decidido no pensar en nadie más que en ti, pero las palabras de Naisha me han desasosegado. No puedo dejar de darle vueltas al asunto. ¿Realmente Gustau sería capaz de hacer algo así? Nunca he dudado de su voluntad sincera de seguir en el Pere Mata hasta el final, aunque bien es sabido que la ocasión hace al ladrón… De todos modos, con diez litros de butanol no habrían llegado muy lejos. Además, qué demonios, Audrey no se lo habría permitido de ninguna de las maneras. Claro que a lo mejor la obligó a bajar de la furgoneta cuando ella se negó a acompañarlo. Pero, entonces, ¿por qué Audrey no ha vuelto todavía para informarnos de lo ocurrido? ¿Y si Gustau se ha deshecho de ella? ¿Y si está herida o atrapada en algún lugar de Reus? ¿Y si necesita nuestra ayuda?

Ya sé que es una locura, pero acabo de decidirlo: mañana iré a buscar a Audrey, aunque solo sea para enterrarla.

Martes, 7 de septiembre

El parte neurológico de hoy anuncia nerviosismo creciente y temor a ráfagas, síntomas que ya aparecieron anoche en cuanto decidí embarcarme en esta insensata expedición. Me costó horrores conciliar el sueño y me he despertado cuando aún era noche cerrada. Me he levantado de la cama y he empezado a vestirme por los calcetines, como hacía en mis años de adolescencia cuando tenía alguna competición importante, una ridícula superstición de la que no

había vuelto a acordarme en setenta años. He bajado al cuarto de las armas, donde solo quedaban las escopetas: Gustau y Audrey se habían llevado las pistolas de los falsos emisarios, los chalecos antibalas y hasta el machete con la brújula en la empuñadura. He estado a punto de coger una de las escopetas de caza, pero al final he preferido ahorrarme el peso y me he limitado a meter en la mochila una caja de cartuchos del .38. Luego he ido a la despensa a ver si había algo de comer para el camino y me he llevado casi lo único que no era necesario cocinar: una lata de champiñones en conserva.

Tras llenar la cantimplora y coger una caja de cerillas por si las moscas, he vuelto a mi habitación, donde ahora escribo estas líneas apresuradas antes de despertar a Naisha y contarle la locura que me dispongo a cometer. No quiero decirles nada a los demás, ni siquiera a Bruno, pues sé que no lo entenderían e intentarían convencerme de que no lo hiciera. No podré evitar que Jaume me vea desde la torre del agua, pero para entonces espero estar bajando ya por la avinguda de l'Institut Pere Mata. Aunque no sea la ruta más corta, a falta de un plan mejor he decidido que intentaré llegar al hospital por el mismo camino que debieron seguir Audrey y Gustau hace ahora cinco días, como si fuese un perro olfateando el rastro de su presa. Anoche, antes de quedarme dormido, pensé si no sería buena idea llevarme a *Yasti*, pues su sensor de presencia podría serme de gran ayuda. Pero no quiero hacerles semejante faena a los demás. Iré yo solo, con mi Smith & Wesson, mi navaja suiza, mi linterna y mi lata de champiñones.

Toco madera para que esta no sea la última vez que nos veamos, caro diario.

Jueves, 9 de septiembre

Vuelvo a coger el lápiz tras dos días y medio sin hacerlo, y escribo maquinalmente, como el condenado a muerte que redacta una carta de despedida mientras espera, encerrado en su mazmorra, a que alguien le comunique el día en que ha de cumplirse la sentencia. Ya ha anochecido y el pulso me tiembla al compás de la llama que titila sobre la mesa. Creo que voy a necesitar varios días para dejar constancia de todo lo que ha pasado desde que salí del Pere Mata. Y más teniendo en cuenta que soy el único adulto que queda y que a partir de ahora deberé ocuparme yo de todo: de cuidar del bebé de Paula (si sobrevive al parto prematuro), de hacer las guardias (si es que tiene algún sentido seguir haciéndolas), de enterrar a mis compañeros (antes de que empiecen a descomponerse) y de conseguir provisiones (pues los asaltantes han saqueado la despensa). Las probabilidades de que Audrey siga con vida son tan ínfimas que, si no fuese por esa criatura que ahora duerme plácidamente en el moisés, tal vez estaría pensando en volarme los sesos. Si no fuese porque Paula me pidió, antes de expirar, que cuidara de su hija, esta sería probablemente la última entrada del diario. Pero ya que no me queda otra que resistir hasta el final, seguiré escribiendo como un autómata, aunque

solo sea para demostrarle a Audrey, se encuentre donde se encuentre, que soy cabezota hasta para cumplir mis promesas. Por suerte, ha llegado un momento en que escribir se ha convertido para mí en algo tan natural y necesario como dormir o respirar o beber un vaso de agua. Podría hacerlo con los ojos cerrados, si quisiera.

Salí del Pere Mata al amanecer, discretamente y con la ayuda de Naisha, que me acompañó a la portería para cerrar con llave a mis espaldas. Le había contado en su cuarto lo que me disponía a hacer y me había escuchado con una serenidad impropia de una niña de su edad. Nos dimos un abrazo rápido y le prometí que estaría de vuelta antes del anochecer. Salí de la portería y pasé por delante de la verja de la entrada principal, cruzando los dedos para que Jaume estuviese mirando hacia otra parte desde su puesto de vigilancia en la torre del agua. No sonó ningún disparo, ni entonces ni al pasar junto a la puerta de los carros, así que una de dos: o Jaume no me vio, o me vio y decidió que no tenía ningún sentido alertar a los demás. Probablemente entendió cuál era mi propósito. Pero de nada sirven las elucubraciones. Quiero pensar que me vio partir y me deseó toda la suerte del mundo.

Hacía casi dos años que no bajaba por la avinguda de l'Institut. Diría que la última vez fue pocas semanas después del Pacto de la Vergüenza, cuando Vlado me pidió que lo acompañara al estadio del Reus Deportiu, donde había quedado para hacer unos negocios y quería que vigilara el coche mientras estaba ocupado con el trapicheo. Recuerdo que, al volver, paramos en el bar de la doble curva (así se llamaba: El Bar de la Doble Curva), el que había al pasar el puente, y el dueño nos dijo que tomáramos lo que quisiéramos, que invitaba la casa, que ya no aguantaba más y que al día siguiente se volvía a su Colombia natal. Aquella misma noche, Vlado y Gustau bajaron al bar con la idea de llevarse todo lo que quedara. Pero alguien había sido más rápido que ellos y cuando llegaron ya no quedaba nada. Recordé entonces la estrategia que una vez me contó mi amigo César, mucho antes de fundar la editorial Lúnula que tantas alegrías habría de darle en los felices años 30: que un editor audaz no espera a que un autor fallecido pase a dominio público para editar su obra, sino que hace una oferta a la baja a los herederos uno o dos años antes de que los derechos se liberen, adelantándose así a los demás editores y beneficiándose de las ventas en exclusiva durante ese corto pero sustancioso período de tiempo. Comenté la estrategia en la siguiente asamblea y a partir de entonces, cada vez que oíamos el rumor de que una de las pocas tiendas de alimentación que quedaban en Reus se disponía a cerrar (las grandes superficies resistieron hasta liquidar existencias a pesar de la estanflación), alguno de los nuestros aparecía por allí pocos días antes del cierre y hacía una oferta por todo el stock que el dueño no podía rechazar, sabedor de que al día siguiente el valor del dinero habría caído a la mitad. Y así es como fuimos

llenando poco a poco la despensa. Una despensa en la que ya no queda ni un miserable grano de arroz.

Seguí bajando por la avinguda de l'Institut, sintiéndome extrañamente observado, aunque la calle estuviera desierta. En las aceras apenas había coches, pero los pocos que había tenían las ventanas rotas y las puertas abolladas, como si la gente que había hecho caso omiso de la moratoria hubiera pagado con ellos su rabia y su frustración. Los edificios que se alzaban a ambos lados de la avenida parecían los despojos de un plató de cine abandonado. Pero quizá lo que más me sorprendió fue el silencio que reinaba, interrumpido tan solo por el graznido ocasional de algún cuervo y el torpe murmullo de mis pasos, un silencio al que tardé en acostumbrarme más que al olor de los residuos, las aguas estancadas y las materias en descomposición. Por un momento tuve la sensación de estar emulando a Dante en su bajada a los infiernos, con la diferencia fundamental de que en aquel particular averno en que se había convertido Reus yo no tenía la compañía de un Virgilio que me mostrara el camino.

Al llegar a la rotonda de la carretera de Alcolea, me fijé en dos detalles que se harían recurrentes a lo largo de la expedición: los ataques a los edificios religiosos y las decapitaciones de estatuas públicas. La parroquia de la Assumpció no solo había perdido la cruz de la fachada principal, sino que estaba literalmente cubierta de grafitis injuriosos contra la Iglesia y los sacerdotes, a quienes se acusaba de haber abandonado a su suerte a los feligreses. Por su parte, la estatua del alcalde Pujades que presidía la rotonda había perdido la cabeza, afectada al parecer por el mismo virus cercenador que había dejado sin la suya a la hermosa joven de la antorcha que hay a la entrada del Pere Mata. En aquel momento lo consideré una simple anécdota, pero no tardaría en comprobar que alguien se había dedicado con brutal perseverancia a hacer rodar cabezas por toda la ciudad.

Fue entonces cuando escuché un ruido procedente del interior de la parroquia, un ruido amortiguado pero perfectamente audible en medio de aquel silencio. Como un gemido, o un sollozo, o un estertor. Mi primer impulso fue insensato, fruto del miedo o de la inconciencia: acelerar y seguir adelante, como si mi objetivo fuera llegar al hospital en vez de encontrar a Gustau y Audrey. Pero aquellos gemidos bien podían pertenecer a alguno de los dos. O ser una trampa que alguien me tendía para que entrara en la parroquia. En los últimos días no había detectado señales de vida desde la torre del agua, pero eso no significaba que no quedara nadie en Reus. Y si alguien había conseguido sobrevivir, sin duda lo había hecho a fuerza de astucia y artimañas. Saqué el revólver de la funda y, antes de entrar en la parroquia, hice algo que me sorprendió a mí mismo: guiñé el ojo izquierdo y conté hasta diez, intentando emular el parche de los antiguos piratas, que no

lo llevaban porque fueran tuertos, como suele pensarse, sino para cambiárselo de ojo al bajar a las bodegas tras el abordaje, de tal modo que la pupila no perdiera ni un segundo en adaptarse a las nuevas condiciones lumínicas, un segundo que podía ser letal si alguien estaba esperándolos en la penumbra con la daga lista para rebanarles el gaznate.

Cuando entré en la parroquia, suspiré aliviado: amontonados a los pies del altar, seis o siete cachorros se peleaban a ciegas para hacerse un hueco entre las ubres de su madre, una preciosa husky de ojos azules como un billete de cien euretas que me miraba con la expresión desconcertada de quien hace tiempo que no se cruza con un humano por la calle. A lo largo del día me iba a encontrar con un buen número de perros y gatos, a veces solitarios y otras en manada, como si se hubieran adueñado de la ciudad tras la diáspora de sus amos y patrullaran los barrios en busca de alimentos. Pensé que al regresar al Pere Mata me llevaría a alguno de aquellos cachorros, pues al fin y al cabo su madre no podría conseguir comida para todos. Pero acabé volviendo por otro camino y la idea se quedó en mero propósito. Antes de abandonar la parroquia, busqué el baño y comprobé si había agua corriente. Como era de esperar, no salió ni una gota del grifo del lavabo. Incluso la cisterna del váter estaba vacía.

Continué avanzando según el itinerario previsto, bordeando los bloques de pisos colmena de la carretera de Alcolea y dejando a mano izquierda una comisaría de los Mossos d'Esquadra completamente destrozada, hasta llegar al obelisco de la avinguda dels Països Catalans, a cuyos pies avisté el primer cadáver de la media docena que habría de encontrar a lo largo de la excursión. Tenía la espalda apoyada en la base del monumento y debía de ser relativamente reciente, pues bajo las moscas que revoloteaban a su alrededor aún podían distinguirse las facciones de un hombre mayor, barbado y enjuto. Me limité a echarle un vistazo desde la distancia y, al no reconocerlo, seguí adelante y torcí a la izquierda, atravesé el túnel y enfilé la avinguda dels Tres Referèndums que separa la antigua vía férrea del barrio Gaudí. No pude dejar de recordar la historia que Paula me había contado el día anterior, cuando en tiempos de la guerra fue a ver a su novio feo, pobre y clandestino, y acabó encontrándose a su novio guapo, rico y progolpista. Ya nunca sabré cómo perdió la mano.

Subí la cuesta que bordea la vía del tren hasta llegar a la plaça Almoster, donde decidí descansar un rato. Me había empezado a molestar el tobillo, como si quisiera recordarme que un mes y medio atrás aún andaba con muletas. Hacía ya un buen rato que había salido del Pere Mata y no me había cruzado con nadie. Reus parecía haberse convertido, definitivamente, en una ciudad fantasma. Busqué refugio en la tienda de monotines de la esquina, que años atrás había sido una tienda de bicicletas, antes de que el negocio se fuera

a pique por la moda imparable de los patinetes eléctricos primero, de los triciclos retropropulsados después y de los monotines de levitación magnética finalmente. Debo reconocer que por un momento fantaseé con la idea de encontrar allí alguna vieja bicicleta de pedales con la que continuar mi camino, pero el establecimiento había sido desvalijado a conciencia y, por no quedar, no quedaban ni sillas donde poder sentarme a descansar un rato. Me apoyé en el mostrador, saqué la cantimplora y me la llevé a los labios, sin desenroscar el tapón. El despiste me hizo sonreír, y la sonrisa se transformó en risa, y la risa en carcajada, y la carcajada en un ataque de hilaridad. Supongo que fue producto de los nervios, una estrategia de mi mente para rebajar la tensión, un truco de mi cuerpo para relajarse. Sea como fuere, reí lo que no está escrito. Como si no hubiera un mañana. Como si fuera la última vez que iba a reír en toda mi vida. De hecho, ahora que lo pienso, desde entonces no he vuelto a reír. Y es muy probable que no vuelva a hacerlo.

No sé qué hora es, pues mi viejo reloj de agujas se ha parado y los asaltantes nos han dejado sin pilas de repuesto. Pero aquí termino por hoy. Me ha entrado sueño y creo que lo mejor es pensar que mañana será otro día.

Viernes, 10 de septiembre

La pequeña Bruna (así me pidió Paula que la llamara cuando vio que era una niña) se ha portado mejor de lo que esperaba y solo me ha despertado tres veces en toda la noche. No sé cómo me las habría arreglado para alimentarla si Paula no hubiese escondido en su cuarto varios botes de leche en polvo al saber que estaba embarazada. También guardó, debajo de la cama, todo un kit para recién nacidos que los asaltantes no vieron o no quisieron llevarse: pañales, chupetes, ropa, un pijama de termopreno, jabones, cremas, cortaúñas, tetinas, sonajeros, peluches… Ignoro de dónde había sacado todo aquello, supongo que llevaba tiempo preparándose para dejar de ser nulípara y convertirse en una vivi. Yo, por mi parte, me alimento básicamente con lo poco que sobrevivió al pedrisco: las raíces y los tubérculos. Afortunadamente, los asaltantes debían de ser gente de ciudad y confundieron con malas hierbas las hojas machucadas de las zanahorias, los rábanos y las patatas. A la que sí se llevaron fue a *Punki*, pero he visto que los zarzales del corral están llenos de moras. De momento no voy a morir de hambre.

Esta mañana he bajado a Jaume de la torre del agua, donde lo encontré con un tiro en la cabeza, entre los brazos de Paula. La bala le había atravesado el cráneo, así que debió de morir al instante. Curiosamente, los orificios de entrada y de salida estaban a la misma altura, lo cual solo puede significar dos cosas: o bien que le dispararon desde abajo cuando estaba asomado a la barandilla, o bien que lo hizo alguien situado a su mismo nivel: tal vez un francotirador desde alguno de los Tres Deditos. No es que importe mucho a estas alturas cómo murió o dejó de morir, pero no puedo evitar darle vueltas

al asunto y preguntarme qué habría pasado de haber estado yo en el Pere Mata en el momento del asalto. Sin duda habría corrido la misma suerte que mis compañeros. Tampoco puedo dejar de pensar qué le habrá pasado a Naisha. Francamente, habría preferido encontrarla muerta. La alternativa me produce escalofríos.

He tenido que tirar a Jaume por las escaleras de caracol y luego arrastrarlo hasta el patio de la capilla, donde lo esperaban los cuerpos de Bruno y de Paula, que llevé allí ayer por la tarde. A Bruno lo encontré en el box donde lo había dejado, sin signos aparentes de violencia, y me consuelo pensando que murió por causas naturales antes del asalto. No imaginaba lo costoso que puede llegar a ser cavar una fosa, por muchas zanjas que hubiese hecho en el huerto antes de esguinzarme el tobillo. Y es que sacar el primer palmo y medio de tierra no cuesta mucho, pero a partir de ahí empiezan a aparecer las piedras y las raíces, y la tarea se complica. En realidad, mi idea inicial era cavar tres fosas, una para cada cuerpo, pero al final he asumido que si seguía en el empeño ya podía ir cavando una cuarta para mí. Así que he decidido inhumarlos a todos juntos. Seguro que ellos en mi lugar habrían hecho lo mismo.

Antes de abandonar el establecimiento de monotines entré en la trastienda y comprobé, tal como había hecho en la parroquia de la Assumpció, si había agua corriente en el lavabo. Ídem del lienzo. Cuando salí a la calle, ya no sentía molestias en el tobillo. Volví a cruzar la antigua vía del tren, esta vez por arriba, y dejé atrás el Costco, sin molestarme en echar un vistazo en su interior. Pensar que a estas alturas aún pudiera encontrar alimentos era una ingenuidad, por no decir una tontería. Si en Reus quedaba algo de comida no estaría en los supermercados, donde se habían agotado las existencias mucho antes del apagón, sino en los zulos de las casas particulares cuyos dueños hubieran fallecido antes de zampárselo todo o huido de la ciudad sin poder llevar consigo lo acaparado. En cualquier caso, yo no había bajado al centro para buscar comida, pues poco podía imaginar que al regresar al Pere Mata me encontraría la despensa saqueada, sino a buscar alguna pista que me indicara dónde estaban Audrey y Gustau, que cinco días antes habían bajado con la furgoneta a buscar tanques de oxígeno y aún no habían vuelto.

Torcí a la izquierda en la rotonda y llegué a lo que en su día fue el colegio Joan Rebull, donde estudié desde los seis hasta los catorce años. El antiguo edificio en el que aprendí a escribir ya no existe, pues quedó dañado gravemente durante los bombardeos del 54, y en su lugar se alza ahora un edificio compostable que albergó hasta el inicio de la moratoria la nueva sede del Conservatorio de Música. No pude evitar, mientras seguía adelante, que volvieran a mi memoria algunos recuerdos que suelen asaltarme cada vez que paso por allí: el día en que me caí en un charco durante el recreo y tuve que

quitarme la ropa en clase para ponerla a secar sobre los radiadores, con la consiguiente rechifla de mis compañeros; las horas pasadas jugando al ajedrez en quinto de EGB, cuando tuve un problema en las rodillas que me impedía hacer gimnasia; el conserje de entonces, el señor Manolo, que me enseñó a matar moscas con una goma elástica (antes de que empezara a salvarlas con la escobilla del váter); las partidas de canicas y las de churro, mediamanga, mangotero; las obras de teatro que representábamos en la sala de actos, especialmente una titulada *Els pastorets a la guerra del Golf*, que escribí con otros compañeros de clase; el playback de una canción de la Trinca que interpreté con Isidro Ortiz y Víctor Rodríguez…

Me sacó de mi ensimismamiento el primero de los tres muertos que encontré al final de la curva, a la altura del edificio de la URV (la Universitat de Reus i Voltants, como la llamábamos en mis años mozos): una chica joven, a juzgar por las rastas y la ropa, tumbada bocabajo en mitad de la avenida. Me detuve y miré a mi alrededor. Un poco más adelante había otros dos cuerpos tirados en la acera. Fue entonces cuando escuché la ráfaga de disparos y el hormigón de la calzada empezó a saltar a mi alrededor, alcanzado por las balas. Me agaché en un acto reflejo y corrí a parapetarme tras uno de los olivos que rodean el edificio de la universidad, mientras las balas seguían silbando a mi alrededor. Quienquiera que fuera disparaba a matar, de eso no había ninguna duda, y lo hacía desde un lugar privilegiado, probablemente desde la azotea del centro comercial de la Fira. A cuatro o cinco metros del olivo había una pequeña puerta de hierro que daba acceso al patio de la universidad, pero desde mi posición no podía saber si estaba cerrada con llave o simplemente entornada. La ametralladora enmudeció e intenté evaluar la situación con la mayor frialdad posible, dadas las circunstancias: o bien quien me había disparado estaba esperando a que saliera de mi escondite para volver a la carga, o bien había abandonado la azotea para venir a buscarme. O ambas cosas a la vez, si eran varios los atacantes. Tenía dos opciones: quedarme detrás del árbol dispuesto a defenderme con mi ridículo Smith & Wesson de bolsillo o intentar alcanzar la puerta de hierro con la esperanza de que estuviera abierta. Me quité la mochila y alargué el brazo, ofreciéndola como blanco de los disparos. No sonó ninguna detonación, así que no me lo pensé más: salí de detrás del árbol y en cuatro zancadas alcancé la puerta, que cedió fácilmente, entré en la universidad, crucé el patio, rodeé el edificio y salí por el lado opuesto. Avancé en paralelo a la vía del tren y seguí alejándome del lugar, procurando que entre donde yo estaba y el origen de los disparos hubiera siempre un edificio de por medio; bordeé las oficinas de Amazon y el IES Heribert Pujades, y acabé desembocando en la avinguda de Montblanc, a la altura del monumento a los reusenses caídos, el lugar en el que hace setenta años me puse a hacer autostop y se me cagó encima una paloma.

He dejado de escribir porque de pronto he oído el chirrido de la polea del pozo, como si hubiese alguien sacando agua. He cogido el revólver y me he acercado a una de las ventanas que dan al huerto, aunque el pozo queda fuera de mi campo de visión. Entonces he escuchado ruidos en la planta baja. Le he quitado el seguro al Smith & Wesson, he llevado hacia atrás el percutor y he bajado las escaleras con sigilo. Los ruidos procedían de la cocina y, al asomarme con el arma en ristre, he reconocido de inmediato el cuerpo que tanteaba las baldas de la alacena. ¡Naisha!, he gritado sin poder contener mi júbilo. Naisha ha dado un brinco del susto, pero enseguida ha alargado las manos hacia mí. Estaba tiritando. La he abrazado y se ha puesto a llorar convulsamente. ¿Estás bien?, le he preguntado. ¿Dónde te habías metido?, ¿qué ha pasado? Tengo hambre, se ha limitado a decir. Le he dado una zanahoria y la he llevado a mi cuarto para arroparla con una manta, pero el olor de la habitación la ha desconcertado. Aquí huele a…, ha empezado a decir en el preciso instante en que Bruna rompía a llorar y hacía innecesario terminar la frase. Es el bebé de Paula, he aclarado por si quedaba alguna duda. ¿Y Paula dónde está? Con todos los demás, he dicho tras un silencio suficientemente elocuente.

Después de darle el biberón a Bruna, Naisha me ha contado lo sucedido. Parece ser que el miércoles, mientras yo deambulaba por el centro de Reus como un alma en pena, escucharon un disparo lejano. Naisha y Paula estaban en la enfermería, donde Bruno agonizaba, incapaz de suministrar suficiente oxígeno a sus pulmones. Paula salió del pabellón y se puso a llamar a Jaume, preguntándole qué pasaba, pero Jaume no contestó. Naisha se quedó en la enfermería y, al cabo de uno o dos minutos, oyó un grito desgarrador procedente de la torre del agua, el aullido lastimero de Paula repitiendo fuera de sí el nombre de su marido. Entonces escuchó a *Yasti* ladrar y poco después una explosión y acto seguido voces de hombres en el interior del recinto. Dame la pistola y escóndete en el altillo, oyó musitar a Bruno con las pocas fuerzas que le quedaban. Naisha tanteó la mesita de noche y le alargó la pistola de tiro olímpico. Luego salió del box, subió lo más deprisa que pudo las escaleras de caracol y se escondió entre las cajas de libros. Al cabo de un rato oyó que los asaltantes entraban en la enfermería y, mientras unos vaciaban cajones y armarios, otros inspeccionaban despachos y boxes. El sitio donde se había escondido Naisha quedaba prácticamente encima del box de Bruno, así que se tapó los oídos para no escuchar el intercambio de disparos. Pero no hubo ningún intercambio, tan solo una voz viril que decía, entre risas: Aquí hay un muerto armado, chicos. Poco después subieron al altillo y Naisha contuvo la respiración, cruzando los dedos para que no se les ocurriera mirar entre las cajas de libros. Estaba tan muerta de miedo que no se ha movido de allí en casi dos días, hasta que la sed y el hambre han sido más

grandes que sus temores. ¿Y *Yasti*?, ha preguntado al concluir su relato. No lo he visto por ninguna parte, he respondido con pesar, supongo que se lo llevaron los asaltantes. Naisha ha hecho un esfuerzo por contener las lágrimas. ¿Y Audrey y Gustau? Me he quedado callado unos segundos. No sabes cuánto me alegro de que estés aquí, he dicho finalmente, antes de resumirle mi excursión.

Al llegar al monumento a los reusenses caídos, respiré algo más aliviado. Si quien me había disparado desde la azotea del centro comercial había bajado a buscarme, difícilmente habría podido seguirme la pista en el improbable caso de que hubiese tenido interés en hacerlo. Torcí a la derecha y continué por la ruta que supuestamente habían seguido Audrey y Gustau camino del hospital. No tardé en llegar al McDonald's, al que le habían prendido fuego, pero en uno de los muros calcinados aún podía leerse un grafiti contra el gobierno de Winston Mendoza que había obligado a la Mancomunidad Europea a firmar el Pacto de la Vergüenza: «Vete al infierno con Trump y Tolchinsky, Mendoza», decía. Seguí adelante sin más sobresaltos, cruzándome con perros, gatos y alguna que otra rata, hasta llegar a lo que fueran las instalaciones del Club Natació Reus Ploms, en cuya pista de atletismo pasé tantas tardes haciendo series de 200, 400 o 1000 metros, o levantando pesas en el gimnasio, o lanzando disco, o practicando el salto de altura, o jugando al billar al terminar el entrenamiento, después de una buena ducha o de un vómito en la fuente si el esfuerzo había sido especialmente intenso. Tuve la tentación de entrar a echar un vistazo, pero continué adelante: no me estaba jugando la vida para alimentar la nostalgia, sino para intentar encontrar algún indicio de lo que hubiera podido pasarles a Audrey y Gustau. No sé por qué, tenía el presentimiento de que en el hospital encontraría alguna pista. Y no me equivocaba: al enfilar la cuesta de la avinguda de Bellissens y llegar al cambio de rasante, pude ver a lo lejos, aparcada frente a la fachada trasera del edificio, una furgoneta 2CV como la que usaba mi padre cuando yo era niño para ir a trabajar.

Sábado, 11 de septiembre

Hoy, diada nacional de una Cataluña prácticamente vacía, se cumplen sesenta y cinco años del atentado a las Torres Gemelas y veinticinco del terremoto que derribó la torre de Pisa, aunque todavía hay quien sostiene que el seísmo fue provocado, como si bastara con apretar un botón para mover las placas tectónicas del Adriático. Pero hay que reconocer que la coincidencia de fechas se presta a las teorías conspiranoicas más disparatadas, sobre todo teniendo en cuenta que incluso las hipótesis LIHOP (*let it happen on purpose*) y MIHOP (*made it happen on purpose*), que culparían al gobierno estadounidense de los ataques al World Trade Center (la primera por permitirlos y la segunda por orquestarlos), siguen recabando adeptos más de medio siglo después. De lo

que no hay duda es de que el atentado a las Torres Gemelas marcó un antes y un después en el equilibrio geoestratégico del planeta y, según algunos historiadores, fue el germen del choque de civilizaciones que acabaría desembocando en la Tercera Guerra Mundial. Aunque, como escribió la premio Nobel de la Paz Lila Fakambi, la Historia no avanza en línea recta sino en tirabuzón, y lo que para unos es el origen de algo para otros puede ser perfectamente el desenlace.

Efemérides aparte, hemos decidido que a partir de ahora Naisha dormirá en mi habitación, de manera que podamos turnarnos por la noche para darle el biberón a Bruna. También hemos decidido que no merece la pena seguir haciendo guardia. Que sea lo que Dios o el Diablo quieran. Los asaltantes reventaron la verja de la puerta principal y poco podemos hacer un viejo octogenario, una niña ciega y una neonata para impedirle la entrada a nadie. Aunque me pasara el día y la noche vigilando desde lo alto de la torre o patrullando el recinto, ¿de qué serviría? Si al menos me quedara la esperanza de ver aparecer a Audrey… Hemos acordado parapetarnos en el PSG, cerrar puertas y ventanas a cal y canto, y solo salir para lo estrictamente necesario. Esta mañana he llenado en el pozo varias garrafas de agua y he recogido las patatas, las zanahorias y los rábanos que quedaban en el huerto. Calculo que nos durarán diez o doce días. También he cogido hierbas aromáticas para hacer infusiones y he entrado toda la leña que había junto a la barbacoa, pues a partir de ahora cocinaré en la chimenea del salón, procurando hacerlo de noche para evitar que el humo nos delate. Los pañales de Bruna y la poca basura que generemos los tiraremos al compactador de residuos cada vez que salgamos del pabellón, que no pensamos abandonar ni para ir a la letrina: he cogido una buena provisión de hojas de morera y evacuaremos en el sótano, donde hay un imbornal que da directamente al sumidero. Al fin y al cabo, no quedan ni tres semanas para el fin de la moratoria. No sabemos qué ocurrirá después, pero la fecha nos ayuda a tener un objetivo a corto plazo: resistir hasta entonces como sea.

Al ver la furgoneta, aceleré el paso. Una de las lunas posteriores estaba rota y las puertas traseras habían recibido varios impactos de bala. El interior del vehículo estaba vacío. Di la vuelta y comprobé que no había nuevos agujeros, más allá de los que nosotros mismos habíamos hecho al disparar a los falsos representantes de la Comisión Europea cuatro semanas atrás. Ni Audrey ni Gustau se habían molestado en bajar el seguro de las puertas delanteras, pero sí en quitar la llave del contacto. No encontré ningún rastro de sangre ni nada que pudiera hacerme pensar que los hubieran herido. Probablemente habían sido atacados por la espalda, quién sabe si por los mismos que me habían disparado a mí, pero habían conseguido huir con la furgoneta y llegar al hospital sanos y salvos. Lo que hubiera ocurrido a partir de entonces era algo

que tenía que averiguar.

Rodeé el vasto edificio y entré por una puerta lateral directamente a la «rambla», el pasillo central del complejo por el que se accede a cada uno de los seis módulos, identificados con colores y con las seis primeras letras del alfabeto. El suelo estaba lleno de polvo, desperdicios y cristales rotos, y había camillas y muebles volcados por todas partes. Lo primero que hice fue gritar lo más fuerte que pude los nombres de Audrey y de Gustau, aunque ello supusiera advertir a terceros de mi presencia. Pero había que asumir el riesgo. Como no obtuve respuesta, empecé a recorrer la planta baja, registrando cada consulta, cada despacho, cada sala de espera, cada baño, e incluso el área de docencia, la sala multiconfesional, la cafetería y el auditorio. No sabría calcular cuánto tiempo estuve dando vueltas, pero llegó un momento en que sentí la necesidad de sentarme a descansar, de beber agua, de abrir la lata de champiñones y de reflexionar sobre lo que estaba haciendo, en vez de seguir deambulando sin criterio. Gustau y Audrey habían venido al hospital buscando principalmente tanques de oxígeno. Si quería seguirles la pista tenía que preguntarme en qué lugar del hospital eran más necesarios los tanques. En el área de urgencias, sin duda alguna.

En la oficina de atención al cliente había un panel con las distintas zonas del complejo hospitalario. El área de urgencias se encontraba en la planta -1 de la zona F, a la que habían adjudicado oportunamente el color rojo. Bajé las escaleras y recorrí iluminándome con la linterna los distintos boxes y salas de operaciones, pero no encontré ni tanques de oxígeno ni señales que me indicaran que Audrey y Gustau hubieran pasado por allí. Por no encontrar, no encontré ni una mísera tirita, ni un maldito blíster, ni un triste rollo de papel higiénico: todo había sido sistemáticamente saqueado, minuciosamente expoliado, concienzudamente arrasado.

Volví al vestíbulo de la planta baja y consulté de nuevo el panel. En la zona D, marcada en color amarillo, había un área de Reanimación. Decidí probar suerte. Bajé a la planta -1, atravesé el área de Esterilización y el Bloque Obstétrico, y llegué al área de Reanimación, donde el olor me advirtió que iba a encontrar algo desagradable. Al entrar en una de las consultas, reconocí el cuerpo de Gustau tendido de bruces en el suelo, sobre un charco de sangre. Iluminé todos los rincones de la estancia, buscando desesperadamente el cuerpo de Audrey, pero no lo encontré por ninguna parte. Me acerqué al cadáver de Gustau y me tapé la nariz para darle la vuelta. Lo habían degollado. Volví a tiempo la cabeza para no vomitarle encima los champiñones. La sangre reseca y el intenso olor indicaban que hacía varios días que había fallecido. No llevaba armas encima, pero sí el chaleco antibalas. Se lo quité y me lo puse. Luego le registré los bolsillos y encontré la llave de la furgoneta. Cogí una sábana y se la eché por encima: era la única sepultura que

podía darle en aquel momento. Seguí abriéndome paso con la linterna y terminé de registrar la planta -1 de la zona D sin encontrar señales de Audrey. Recorrí sistemáticamente cada una de las plantas de cada uno de los módulos, incluido el parking subterráneo, sin obtener mejores resultados. Tampoco encontré más cadáveres humanos, aunque sí varios animales muertos: un par de palomas, un perro y media docena de crías de gato en una habitación cerrada y con la puerta arañada por la parte exterior. Deduje que la madre había salido a buscar comida y la puerta se había cerrado por algún motivo, probablemente un golpe de aire; al volver no había podido entrar y los pobres cachorros habían muerto de inanición. Cuando terminé de registrar todo el hospital, empezaba a atardecer. Salí del edificio y volví a la furgoneta. Me senté en el asiento del conductor y metí la llave en el contacto, pero no arranqué: apoyé la cabeza en el volante y me puse a llorar. Luego me quedé dormido.

Cuando desperté, ya era de noche. Casi no quedaba agua en la cantimplora y solo con pensar en acabarme la lata de champiñones me entraban arcadas y me volvía a la memoria el cuello degollado de Gustau. Por un momento pensé en quedarme a dormir en la furgoneta, pero con tantas camas a mi alcance habría sido estúpido no aprovecharlas. Tenía que descansar y recuperar fuerzas para el día siguiente, si quería seguir buscando a Audrey. Volví a entrar en el edificio, me tumbé en la primera cama que encontré y dormí del tirón hasta que me desperté con las primeras luces del alba. Tenía la boca pastosa y un hambre del demonio. Me acabé el agua que quedaba en la cantimplora y me comí el resto de los champiñones. Salí del hospital y, mientras orinaba en la calzada, levanté la vista y miré a lo lejos, en dirección al mar. Una columna de humo se alzaba a la altura del aeropuerto. Volví a entrar en la furgoneta, metí la llave en el contacto y el motor rugió como si lo hiciese todos los días. Puse primera, giré el volante y regresé por la avinguda de Bellissens hacia el centro de Reus. No sabía cuánto tiempo iba a durar el butanol, pero acababa de decidir que, si Audrey seguía en la ciudad, la única forma de encontrarla era recorriendo las calles con la furgoneta e intentando llamar su atención, aunque con ello estuviera jugándome la vida y renunciando definitivamente a encontrar tanques de oxígeno. Al llegar a la rotonda, apreté por primera vez el claxon.

He parado de escribir para preparar la cena. La única caja de cerillas que nos queda es la que me llevé a la expedición, pues los asaltantes nos han dejado sin existencias. De todos modos, procuro mantener siempre una vela encendida. Sé que me arriesgo a que el humo de la chimenea nos delate, pero necesito encender el fuego para prepararle el biberón a Bruna y hacer las patatas a la brasa, que es lo único que puedo cocinarle a Naisha, una Naisha que durante la cena se ha mostrado más dicharachera que de costumbre. Se

ha puesto a hablar de los platos hindúes que hacían sus padres, que si los naans, que si las samosas, que si el pollo tandoori, que si el curry de gambas, que si el biryani de cordero, y los describía con tanto lujo de detalles que por un momento he tenido la sensación de estar usando el Virtualeat del alephone, que con su programa de realidad aumentada era capaz de convertir una simple patata asada en un manjar para chuparse los dedos. También me ha contado lo que piensa hacer en el futuro. Cuando todo esto termine, ha dicho, estudiaré Medicina. ¿Qué especialidad?, le he preguntado para darle conversación. Estoy dudando entre dos: Oftalmología o Pediatría. Porque cuando se acabe la moratoria todo volverá a la normalidad, ¿no? Me ha emocionado la candidez de Naisha y a mi edad es peligroso emocionarse, pues la emoción se acumula en los lagrimales y termina por desbordarse. Claro, he respondido cobardemente. ¿Y tú qué piensas hacer cuando todo termine?, me ha preguntado. ¿Yo? Ir a ver a mi hija y a mi nieta a Shanghái, he improvisado. ¿Y Bruna? ¿Bruna qué? Que quién se quedará con Bruna si te vas a Shanghái. La llevaré conmigo; tú también puedes venir, si quieres. No, no me gusta viajar. ¿Sabes qué?, me ha preguntado tras un par de minutos en silencio. ¿Qué? Que creo que podríamos formar una buena familia, Bruna, tú y yo. Cuando volváis de Shanghái podemos ir a vivir los tres juntos a El Pinar, ¿no te parece? Claro, he respondido, y me he levantado para recoger la mesa antes de que el nudo en la garganta me impidiera seguir hablando.

Ya en la habitación, he estado leyendo algunas páginas de *El suicidio*, de Émile Durkheim. Al principio del primer capítulo, alguien había anotado a lápiz las posibles causas del suicidio: 1) miseria y reveses de la fortuna; 2) desgracias de familia; 3) amor, celos, prostitución, mala conducta; 4) desgracias diversas; 5) enfermedades mentales; 6) remordimientos; 7) otras causas y causas desconocidas. El punto 5, el de las enfermedades mentales, estaba subrayado con tinta roja y a su lado, entre paréntesis, había un número de página. Me he dirigido a la página en cuestión y he leído lo siguiente:

Los alienistas se han preocupado poco de clasificar los suicidios de alienados; se puede, sin embargo, considerar que los cuatro tipos siguientes encierran las especies más importantes:

a) *Suicidio maniático*. Se produce como consecuencia de alucinaciones o de concepciones delirantes. El enfermo se mata para escapar a un peligro o a una vergüenza imaginarios o para obedecer a una orden misteriosa que ha recibido de lo alto, etcétera.

b) *Suicidio melancólico*. Se relaciona con un estado general de extrema depresión, de exagerada tristeza, que hace que el enfermo no aprecie seriamente los vínculos que tiene con las personas y cosas que le rodean; los placeres carecen para él de atractivo, lo ve todo negro; la vida le parece fastidiosa y dolorida.

c) *Suicidio obsesivo*. En este caso el suicidio no se causa por motivo alguno real ni imaginario, sino solo por la idea fija de la muerte que, sin razón sólida alguna, se ha apoderado subversivamente del espíritu del enfermo. Este está obsesionado por el

deseo de matarse, aunque sepa perfectamente que no tiene ningún motivo racional para hacerlo.

d) *Suicidio impulsivo o automático*. No es más motivado que el precedente; carece de razón de ser en la realidad y en la imaginación del enfermo. Solo que en lugar de producirse por una idea fija, que atormenta el espíritu durante un tiempo más o menos largo y que domina progresivamente a la voluntad, resulta de una impulsión brusca e irresistible.

No sé quién dijo que todo diario es un lento suicidio.

Domingo, 12 de septiembre

Empecé a recorrer las calles de Reus con la furgoneta, apretando el claxon a intervalos regulares. Al llegar a la antigua plaça de Villarroel, descubrí que ahora era la plaça de Margalida Trueta. Junto a la vieja tienda de deportes Armobal, en la que compré mis primeras zapatillas de clavos, estaba el herbolario en el que Elsa había acabado con las últimas existencias de tintura de propóleo. Solo entonces me di cuenta de que estaba respetando estúpidamente las normas de tráfico, circulando por el carril derecho, evitando tomar las calles en dirección contraria y poniendo el intermitente para salir de las rotondas. Cuando enfilé en contradirección la calle del Palace me sentí como el adolescente que se colaba de sala en sala en el viejo multicines para hacer dobles y triples sesiones pagando solo una entrada. Al llegar al centro histórico, sin embargo, me pudo la fuerza de la costumbre y torcí mecánicamente a la derecha para recorrer los arrabales como es debido: en el sentido contrario a las agujas del reloj. Di la vuelta entera sin dejar de tocar el claxon cada cincuenta o sesenta metros, con la estúpida esperanza de llamar la atención de Audrey si se encontraba en las inmediaciones, pero no me crucé con nadie en todo el camino. Tampoco vi un alma al adentrarme en las calles peatonales y las plazas del casco viejo, ni pruebas evidentes de que hubiera vida humana en el centro de la ciudad. Lo que sí vi fueron muchas esculturas sin cabeza, como si alguien se hubiese dedicado de manera sistemática a decapitarlas: la del general Prim en la plaça Prim, la del gigante indio en el carrer de l'Hospital, la de Frederica Montseny en la plaça de la República, la del Condesito en la plaça del Pintor Fortuny. Una de las pocas que aún conservaba la cabeza era la de la Pastoreta, una copia de la estatua original esculpida por Joan Rebull y regalada al papa Pablo VI, según me contó el padre Andrés en una ocasión, con la diferencia de que la enviada a Roma cubría por completo los pies de la pastorcilla, mientras que la que se quedó en Reus dejaba a la vista los tobillos. Cuando me cansé de recorrer el centro sin más resultado que el aumento de mi desesperación, me aventuré en los barrios adyacentes; pero si aún quedaba alguien en la ciudad, más allá del que me había disparado desde la Fira, era evidente que no tenía intención de salir a dar un paseo. No llevaba ni dos horas dando vueltas cuando la furgoneta se detuvo en mitad de la avinguda de Sant Bernat Calvó. Había

malgastado hasta la última gota de carburante.

Bajé del vehículo y miré a mi alrededor. Estaba a tiro de piedra de la casa de José Ángel, a la que no había vuelto desde hacía siete años, cuando me instalé en el Pere Mata. De hecho, si acepté el ultimátum de Leire de venir a pasar el resto de mis días a este antiguo sanatorio modernista fue en gran medida porque mi viejo amigo había regresado a la ciudad tras su jubilación. Lo que no esperaba es que fuera a marcharse poco después de que yo llegara. Cuando lo llamé por teléfono para decirle que volvía a Reus, se quedó callado. ¿Qué pasa?, le pregunté, ¿no te alegras? Es que me voy a vivir con mi ahijada, dijo, pensaba ir a verte un día de estos a Sant Pere de Ribes para contártelo. ¿Y dónde vive tu ahijada? En Reikiavik. Pues menuda cagada. Cuando llegué me ayudó a instalarme en la residencia y luego me invitó a cenar en su casa para despedirnos, la víspera de su partida. Yo le propuse que comiéramos fuera, en alguno de los restaurantes que habían empezado a abrir al terminar la guerra, pero él no quiso ni oír hablar del asunto. Aún recuerdo lo que cocinó: la famosa parmigiana cuya receta había aprendido durante su Erasmus en Salerno. Tras la comida nos bajamos la última botella que le quedaba en el congelador, un limoncello que había hecho él mismo, y nos pusimos a recordar viejos tiempos, cuando íbamos de fiesta a Salou o a Tarragona y me quedaba a dormir en su casa. Las paredes del comedor estaban cubiertas de puzles enmarcados, una afición heredada de su madre, que llegó a resolver uno de 20.000 piezas, para lo cual había tenido que sacar la mesa del salón y completarlo en el suelo. También había una foto antigua, de antes de que naciera Otto, en la que aparecíamos tú y yo con José Ángel y Raquel celebrando un fin de año en Belmonte. ¿Y qué vas a hacer con el piso?, le pregunté. De momento nada, me dijo, primero quiero saber si me acostumbro al frío islandés. Por cierto, añadió, voy a enseñarte dónde escondo la llave de emergencia por si te cansas del Pere Mata o quieres traerte a algún ligue. Lo miré con cara de circunstancias. No hacía ni seis meses de tu entierro. Nunca es tarde para volver a empezar, me dijo. ¿Y tú?, contraataqué. ¿Yo qué? Que tú no has rehecho tu vida. Me miró con una sonrisa. ¿Y a ti quién te dice que no voy a rehacerla en Islandia? En todo caso, dijo acompañándome al vestíbulo, déjame que te enseñe dónde está la llave. Lo bueno de las cerraduras modernas, añadió abriendo la puerta que daba al rellano, es que la tarjeta no abulta debajo del felpudo. No me digas que vas a largarte dejando la llave debajo del felpudo, le pregunté incrédulo. No, hombre, no. Se asomó a la barandilla y miró por el hueco de la escalera, comprobando que no hubiese ningún vecino al acecho. Entonces me hizo un gesto para que me acercara y golpeó el pasamanos con los nudillos. Arqueé las cejas. ¿No lo oyes?, preguntó. ¿El qué? El pasamanos. ¿Qué le pasa? Que no es de madera, es chatarra con aspecto de madera. La vieja barandilla la

utilizamos para hacer las barricadas tras el alzamiento del 6 de octubre y el año pasado pusimos una nueva, pero como todos andábamos fatal de dinero escogimos el modelo más barato… Se acercó al extremo de la barandilla, sacó una navaja, hizo saltar el embellecedor y metió los dedos en el hueco del pasamanos. ¡Tachán!, dijo mostrándome la llave de emergencia. La guardo aquí desde la Nochevieja pasada, cuando unos hackers piratearon el sistema informático de la empresa que gestiona las cerraduras y falló el acceso biométrico. Tuve que esperar tres horas en el pasillo, muerto de frío, a que llegara un cerrajero.

La escena me volvió nítida a la memoria mientras decidía qué hacer, apoyado en el morro de la furgoneta. Empezaba a notar la boca seca y tarde o temprano tendría que entrar en algún edificio para intentar aplacar la sed. Desde luego, no esperaba que hubiese agua corriente en las casas, pero tal vez tuviera la suerte de encontrar algún retrete con la cisterna llena y el agua en buen estado. Desde el lugar en el que me encontraba podía ver perfectamente la puerta del número 45, o más bien lo que quedaba de ella. Parecía que la hubiesen hecho volar por los aires con algún tipo de explosivo. Y si alguien se había tomado aquella molestia, sin duda habría hecho lo propio con las puertas de los apartamentos, lo cual me permitiría entrar para ver si quedaba agua en las cisternas. Fue entonces cuando me acordé de la llave de emergencia. Lo más probable era que la casa de José Ángel hubiera sido allanada y desvalijada como el resto, pero no perdía nada por echar un vistazo, más allá de la energía necesaria para subir las ocho plantas. Cogí la mochila del asiento del copiloto, dejé las llaves de la furgoneta puestas y me dirigí al edificio.

En la pared del portal, alguien había escrito, con espray rojo e inexplicable inglés macarrónico, «No food, no water». Supuse que era un aviso para navegantes, una señal indicativa de que el bloque había sido expoliado y no merecía la pena perder el tiempo buscando lo que ya se habían llevado otros; pero también podía ser una burda estratagema de los últimos inquilinos para evitar los saqueos. Subí el primer tramo de escaleras que conducía al entresuelo y constaté que las puertas de los apartamentos habían sido forzadas sin contemplaciones, probablemente con la ayuda de un hacha o de alguna otra herramienta contundente, cuando no directamente a balazos. Saqué el revólver y entré en el primero de ellos. Olía a excrementos. Los armarios de la cocina estaban abiertos y vacíos, como bocas desdentadas riéndose de mí. El grifo no dejó escapar ni una gota y la cisterna del váter estaba más seca que la mojama. La escena fue repitiéndose con escasas variaciones en cada uno de los pisos del entresuelo, luego en los del primero, en los del segundo, en los del tercero y en los del cuarto, pero mientras subía los escalones que conducían al quinto mi pituitaria me advirtió que la parca había pasado antes por allí.

Nada más franquear el umbral del primero de los apartamentos me di de bruces con un cadáver colgado de la lámpara del zaguán. Me tapé la nariz y lo enfoqué con la linterna para verlo mejor. El estado de putrefacción era tan avanzado que ni siquiera pude distinguir su edad, aunque por las ropas deduje que se trataba de una mujer mayor. Estaba preguntándome por qué habría decidido poner fin a su vida en el zaguán y por qué no había ninguna silla cerca a la que hubiera podido encaramarse para consumar el suicidio, cuando escuché un ruido en el interior de la vivienda, un ruido apagado que se repitió enseguida con la contumacia del estornudo que intenta evitarse. No me quise arriesgar a un cara a cara con alguien capaz de usar una estrategia de defensa tan audaz como escabrosa y salí del apartamento sin más dilación, pero cuando ya empezaba a bajar las escaleras me dije que mi forma de reaccionar bien podía ser la misma que habían tenido otros antes que yo. Entonces me detuve, di la vuelta y subí a la sexta planta, donde encontré las puertas de los apartamentos cerradas y sin signos aparentes de violencia. En la séptima tampoco habían sido forzadas. Me acerqué a la barandilla, saqué la navaja y metí la punta de la hoja en la ranura del embellecedor, que saltó al hacer palanca. Introduje los dedos y allí estaba la llave de emergencia, con sus agujeros y sus protuberancias. La metí en la cerradura y la puerta se abrió como por arte de magia.

El apartamento estaba tal como lo había dejado José Ángel al irse a Reikiavik, con los sofás cubiertos con sábanas y las persianas bajadas. Encendí la linterna y avancé hasta el primer baño, pero ni siquiera me molesté en abrir el grifo: eché un vistazo al váter, que tenía la taza levantada, y vi que había agua turbulenta en el fondo. Desmonté la tapa de la cisterna, metí la mano y me llevé un buche a la boca. Sabía a barro y a óxido, pero me calmó la sed. Llené la cantimplora y metí en la mochila el rollo de papel que colgaba de la pared. Afortunadamente, José Ángel no se había sumado a la moda del chorro higiénico. Luego entré en la cocina y abrí todos los armarios, pero solo encontré utensilios de menaje. Recordé que la despensa estaba en una alacena empotrada del estudio y fui a ver si encontraba algo de comer. José Ángel debía de haberla vaciado antes de irse a Islandia, porque al recorrer los anaqueles con la luz de la linterna lo único que encontré fueron telarañas. Solté un exabrupto y le di un golpe a la estantería, que respondió con un quejido seco y metálico, como si algo hubiese caído al suelo. Me arrodillé y enfoqué hacia el origen del ruido, y empecé a salivar incluso antes de descubrir lo que era, como los perros de Pavlov: una lata de mejillones en escabeche. Probablemente se había quedado atrapada entre la estantería y la pared, y mi golpe la había liberado. Saqué las gafas de la mochila para ver la fecha de caducidad: enero del 63. Hacía más de tres años que estaba caducada, pero el hambre fue superior a la prudencia: la abrí y me llevé un

mejillón a la boca. Ambrosía pura. Volví a la cocina, vacié la lata en un plato, cogí un tenedor y me fui al salón. Me quité el chaleco antibalas, me acomodé en una butaca y me zampé la lata entera, apurando hasta la última gota de escabeche. Luego me tumbé en uno de los sofás, me tapé con la sábana que lo cubría y me quedé dormido como los ángeles, no sin antes soltar un eructo de satisfacción.

Lunes, 13 de septiembre

Me desperté sin saber cuánto tiempo había dormido, con la boca seca y la cabeza embotada. Encendí la linterna para mirar la hora y di un respingo: mi viejo reloj de agujas marcaba las diez. No podía haber dormido tanto y que se me hubiera hecho de noche. Quise subir alguna persiana, pero eran todas eléctricas, así que no me quedó más remedio que abrir la puerta que daba al rellano. Por la ventana de la escalera entraba la inconfundible claridad del mediodía. Me llevé el reloj al oído y su mutismo confirmó lo que sospechaba. Tendré que cambiarle la pila al volver al Pere Mata, me dije sin saber que iba a encontrarlo arrasado. Regresé al salón a por la mochila, me puse el chaleco antibalas que había dejado sobre la mesa y bebí un trago del agua turbia de la cantimplora. Salí de casa de José Ángel y dejé de nuevo la llave de emergencia en el hueco de la barandilla.

Ya en la calle, me acerqué a la furgoneta. La llave seguía en el contacto y pensé en dejarla puesta, pues las probabilidades de volver a encontrar algo de carburante eran escasas, por no decir inexistentes. Tan escasas o inexistentes, al menos, como las de encontrar a Audrey con vida. Tal vez por eso acabé cogiendo la llave: para demostrarme a mí mismo que no había perdido la esperanza. Entonces me dirigí al centro de la ciudad, con la inercia propia del que se deja llevar por la fuerza centrípeta, gritando el nombre de Audrey a los cuatro vientos con la misma desesperación temeraria con que unas horas antes había estado apretando el claxon de la 2CV. Al adentrarme en el casco histórico, me vino el primer retortijón. No sé si fue por culpa del agua de la cisterna o de los mejillones caducados, pero al pasar por delante de la iglesia de Sant Pere sentí un sudor frío y unas ganas súbitas de evacuar. El frontispicio de la Prioral estaba lleno de pintadas y el «Soli Deo Honor et Gloria» que coronaba la puerta principal había sido sustituido por un elocuente y escueto «¡Traidores!». Aunque podría haber hecho mis necesidades en la calle y no me habría visto nadie, por pudor o por prurito decidí ponerme a cubierto en la casa del Señor. Pero no me dio tiempo a llegar a la sacristía, donde supuse que habría un retrete, y ofrecí el fruto descompuesto de mi vientre directamente en el atrio. A falta de hojas de morera, iba a subirme sin más los pantalones, cuando recordé el rollo de papel de váter que había encontrado en casa de José Ángel. Lo saqué de la mochila y no reparé en gastos. Hacía tanto que no sentía en mis nalgas el suave roce de la celulosa

que experimenté un placer rayano en la indecencia, a pesar de la incómoda postura y la falta de decoro para con la santa institución.

Cuando salí de la Prioral, el sudor me cubría la frente y me temblaban las piernas. Sin duda, había llegado la hora de poner fin a la misión. Si Audrey seguía con vida, no iba a encontrarla recorriendo la ciudad al tuntún hasta caer muerto de agotamiento o de hambre o alcanzado por un tiro en la nuca. Además, una pregunta empezó a atosigarme: ¿y si Audrey había vuelto al Pere Mata durante mi ausencia? Llevaba fuera casi dos días y, aunque la probabilidad era remota, no cabía descartarla. Caminé hasta la plaça Mercadal, me detuve y grité por última vez el nombre de Audrey, dando vueltas sobre mí mismo. Al no obtener respuesta, continué hasta la plaça del Pintor Fortuny y rodeé las oficinas del Hansen Bank, dando la vuelta a la manzana para no quedar a tiro de la azotea de la Fira. Al pasar junto a los jardines de La Palma, no pude evitar que me vinieran al recuerdo las fiestas del instituto y la obra de teatro que estrenamos allí con la compañía Muskae, fundada y dirigida a la sazón por mi querida Paloma, quien décadas después terminaría dirigiendo el Théâtre National de Bretagne. Pasaron por mi memoria, como en un viejo cinematógrafo, la imagen de Arnau dando saltos enfundado en unas mallas de colores, la de David fumando un cigarrillo mientras desafiaba al público en silencio, la de Ángela tocando el contrabajo con aire circunspecto o la de la propia Paloma pronunciando la primera frase de la obra, que decía: «Buenas noches, mariposas y difuntos…».

Al llegar a la plaça Almoster torcí a la izquierda, aprovechando la ligera pendiente para recuperar fuerzas. Y, al llegar al comienzo de la rambla de la Boca de la Mina, las primeras bostas me pusieron en alerta. No es que sea un experto en excrementos equinos, pero aquellas bostas tenían pinta de estar bastante frescas, lo cual solo podía indicar que por allí había pasado recientemente un caballo, sin duda montado por un jinete. Aunque, a juzgar por la cantidad de heces que fui encontrando mientras subía la rambla, no tardé en hacerme a la idea de que tal cantidad de boñigas no podía haber salido de un solo pandero. Por si fuera poco, como suele ocurrir con los bostezos y la tos en los teatros, la vista de tanto detrito provocó en mis neuronas espejo el vicio de la emulación y a la altura de la Font del Lleó volví a sentir nuevos retortijones. No faltaba mucho para llegar al Pere Mata, pero fui incapaz de aguantarme y, con el mismo pudor con el que me había negado a defecar en plena calle un rato antes, me escondí detrás de la fuente y me bajé los pantalones para expulsar lo poco que pudiera quedar en mis intestinos. El ruido de las aguas mayores coincidió con el inicio de un rumor lejano, que no tardé en identificar como el que hacen los cascos de varios caballos bajando al trote por la rambla de la Boca de la Mina.

Me limpié deprisa y corriendo con el papel higiénico que quedaba y, no

encontrando ningún lugar mejor donde esconderme, decidí quedarme agazapado detrás de la fuente. El ruido de los cascos fue haciéndose cada vez más intenso, acompañado de una especie de chirrido que al principio no supe identificar. Solo cuando pasó de largo me atreví a asomar discretamente la cabeza por encima de la fuente y pude ver alejarse rambla abajo un viejo carro del Far West tirado por varios caballos, con el inconfundible logo de Port Aventura.

Ha dejado de llover y he interrumpido la escritura para salir a buscar caracoles. Llevaba salivando toda la mañana y parte de la tarde ante la perspectiva de meterme entre pecho y espalda una buena ración de *cargols a la llauna*. Como hacía tanto que no llovía, los caracoles han salido con la desesperación del náufrago que encuentra agua potable en una isla desierta y han caído en mi bolsa como euretas en la gorra de un saltimbanqui afortunado. Los asaltantes saquearon la despensa y la cocina, pero tuvieron la decencia (o el despiste, como en el cuento de la carta robada de Poe) de no llevarse la aceitera que había en la mesa del comedor, con su juego de frascos de aceite, vinagre, pimienta y sal. Me han faltado el ajo y el perejil para ponerle la guinda al pastel, pero los caracoles nos han sabido a gloria. Son los mejores que he comido en mi vida, ha dicho Naisha, chupándose los dedos, para confesar a continuación que no los había probado nunca. Tiene sentido del humor, la chiquilla. Y una inteligencia endiablada. Cuando llueve y no tienes paraguas, me ha preguntado antes de retirarnos a nuestras habitaciones, ¿cómo te mojas menos, andando o corriendo? Como era una pregunta trampa, le he dicho que prefería consultarla con la almohada.

Es noche cerrada y será mejor que deje de escribir, para no malgastar las velas que nos quedan. Pero no quiero terminar el día sin pedirle disculpas al improbable lector de este diario (al que he tenido un poco olvidado últimamente, enfrascado como estaba en la narración de mis peripecias) por la abundancia y la variedad excrementicia de la entrada de hoy: solicito su indulgencia, una vez más, apelando a mi propósito de contar la verdad y nada más que la verdad. Y la verdad incluye, de vez en cuando, una pizca de escatología.

Martes, 14 de septiembre

Ayer, cuando salí a buscar caracoles, aproveché para coger moras en las zarzas del corral y hojas de los plataneros, pues aunque no son tan manejables como las de las moreras, tardan más en secarse y rascan menos. También aproveché para llevar los pañales de Bruna al compactador de residuos y pasar por el altillo de la enfermería, de donde me traje un buen fajo de hojas y un par de libros: el *Diario americano* de Omar Bundó, el primer reusense en ganar un Oscar, editado en el año 39 por la refundada Associació d'Estudis Reusencs, con prólogo de Aida Folch; y *El nombre de la rosa*, de Umberto Eco, en una

vieja edición publicada por Lumen el año de las primeras Olimpiadas de Barcelona, pues la pobre Naisha se aburre lo que no está escrito y esta mañana he empezado a leerle en voz alta la novela para matar el tiempo mientras se acerca el fin de la moratoria. En cierto modo, me siento identificado con el viejo Adso cuando escribe:

Ya al final de mi vida de pecador, mientras, canoso y decrépito como el mundo, espero el momento de perderme en el abismo sin fondo de la divinidad desierta y silenciosa, participando así de la luz inefable de las inteligencias angélicas, en esta celda del querido monasterio de Melk, donde aún me retiene mi cuerpo pesado y enfermo, me dispongo a dejar constancia sobre este pergamino de los hechos asombrosos y terribles que me fue dado presenciar…

No deja de ser curiosa la situación en que me encuentro: cuidando de un bebé como si fuera mi propia hija, ayudado por una niña de doce años que hace las funciones de madre, a pesar de su ceguera. De hecho, Naisha ha aprendido a cambiarle los pañales a Bruna y ya lo hace mejor que yo, por no hablar del biberón, que se lo da con la maestría de una nodriza. A menudo me quedo embobado mirándolas y recuerdo cuando amamantabas a Otto. No duró mucho, apenas seis meses, pero siempre que pienso en ello te veo sentada en la hamaca del patio con Otto en un brazo y la *Pipiola* en el otro, y una sonrisa en la cara de las que curan todos los males. Leire no tuvo tanta suerte, aunque en la inclusa nos aseguraron que su madre biológica le había dado el pecho durante algunas semanas. De todos modos, sobre los beneficios de la lactancia han corrido ríos de tinta. Mi madre no me dio de mamar porque, cuando yo nací, decían que era mejor dar el biberón. En cambio, cuando nació Otto, había mujeres que no destetaban a sus hijos hasta que les salían las muelas del juicio. Luego, con la llegada del útex y de la gestación exógena, volvió la moda de los biberones, pero no tardaron en proliferar las técnicas de inducción a la lactancia y hubo un revival de pechos al aire de agárrate y no te menees.

Sí, lo reconozco: hablo de libros y de lactancias porque no me siento con fuerzas para rememorar el final de la expedición.

Salí de detrás de la fuente con un presentimiento funesto: el carro del Far West venía del Pere Mata, y no precisamente de hacer una visita de cortesía. Terminé de subir la rambla lo más deprisa que pude y al doblar en la Boca de la Mina vi la verja de la entrada principal abierta de par en par. Estaba tan convencido de que los del carro eran los responsables de lo ocurrido, que recorrí el trecho que me separaba de la residencia sin sacar el revólver de la funda. En cuanto entré en el recinto escuché los gritos ahogados de Paula y subí corriendo a la torre. Al llegar a lo alto de la escalera de caracol, encontré la trampilla cerrada y trabada. La golpeé con el puño repetidas veces, mientras le pedía a Paula que la abriera, pero del otro lado solo me llegaban sus gemidos desgarrados, sin que pudiera distinguir si eran de pena o de dolor. Por fin escuché el chirrido del cerrojo, empujé la trampilla y saqué la cabeza para encontrarme con una estampa dantesca: en el escaso espacio disponible yacían el cuerpo sin vida de Jaume y el cuerpo espatarrado de Paula, que con la falda subida y las bragas bajadas había roto aguas y empezaba a dilatar.

No creo que Paula tuviera demasiada experiencia en partos, en todo caso era la primera vez que participaba en uno como protagonista (si descontamos el de su propio nacimiento). Para mí era el segundo, tras haber asistido como un alumno aplicado al alumbramiento de Otto, hace más de cuarenta años. Pero una cosa es asistir a un parto en calidad de público, aunque sea con pase VIP, y otra muy distinta hacer de comadrón. Me acerqué a Paula y le pregunté si podía ponerse en pie, pero negó con la cabeza. Tenía la cara desencajada y se agarraba con desesperación a la mano inerte de Jaume. Le pedí que aguantara y bajé las escaleras a toda prisa. Avivé con manos temblorosas el fuego de la barbacoa y saqué agua del pozo para ponerla a calentar. Cogí una toalla, una sábana y un cojín, y volví a subir a la torre. Paula tenía el rostro lívido y continuaba desgañitándose de dolor, aferrada con una mano al cuerpo de Jaume y con la otra a uno de los balaustres. A través de la vagina dilatada me pareció ver que asomaba ya la coronilla del bebé. Le puse la toalla debajo de las nalgas y el cojín debajo de la cabeza, la cubrí con la sábana y le pedí que respirara hondo y aguantara, por lo que más quisiera. Me quité la mochila, que seguía llevando puesta, y saqué la cantimplora. Le mojé la cara y volví a bajar las escaleras, esta vez para ir a la enfermería en busca de lo que supuse que sería necesario durante y después del parto: alcohol, algodón, tijeras, hilo, analgésicos, sedantes. Recordé que Jaume le había preguntado a Audrey si sería capaz de ponerle una epidural a Paula y me mareé solo con pensar en la posibilidad de tener que ponérsela yo. Pero al entrar en la enfermería descubrí que los asaltantes habían arrasado con todo y no habían dejado más que el cuerpo sin vida de Bruno.

Volví al PSG intentando contener las lágrimas, llené un barreño con el agua

caliente, cogí un trapo de cocina limpio y subí a la torre. Paula había soltado la mano de Jaume y se agarraba las rodillas. Al verme llegar, me miró implorando ayuda. La toalla estaba empapada de sangre y excrementos, y una bola cubierta de pelo y líquido amniótico asomaba entre sus piernas. Me arrodillé a su lado y puse una mano debajo del cráneo de la criatura. Le dije a Paula que empujara. No puedo más, me contestó. ¡Sí puedes!, le grité. Se le pusieron los ojos en blanco del esfuerzo y al cabo de un rato noté cómo la cabeza del bebé giraba por fin en mi mano. ¡Venga, otro empujón más y lo tenemos, Paula! Cerró los ojos y por un momento pensé que iba a desmayarse. Le grité y le di varios azotes con la mano que tenía libre, hasta que pareció volver en sí. Con el siguiente empujón asomó uno de los hombros de la criatura y poco después el otro. El resto del cuerpo salió fácilmente. Es una niña, dije. La levanté con cuidado y se la mostré a su madre. Bruna, murmuró Paula y alargó los brazos hacia ella. Pero el gesto se quedó a medio camino, se le crispó la cara y abrió la boca para decir algo. Cuida de ella… debajo de la cama…, es cuanto consiguió articular antes de que el cuerpo se le aflojara y perdiera el conocimiento. ¡Paula!, grité, ¡aún no hemos terminado! Envolví a Bruna con la sábana y se la puse a Paula sobre el pecho, antes de vaciarle en la cara el agua que quedaba en la cantimplora. ¡Tienes que hacer un último esfuerzo!, le dije mientras intentaba reanimarla. Le tomé el pulso con dedos temblorosos, pero no se lo encontré ni en la muñeca ni en el cuello. Bruna se puso entonces a llorar y decidí ocuparme de ella. Mojé el trapo en el barreño de agua caliente y la limpié con cuidado, retirando los fluidos que le cubrían la cara y podían obstruirle las vías respiratorias. Luego presioné el vientre de Paula para ayudarla a expulsar la placenta, pero ya no había nada que hacer. Saqué la navaja de la mochila y corté el cordón umbilical, que había dejado de latir. Intenté hacerle un nudo como si de un globo se tratara, pero mis dedos temblorosos fueron incapaces de semejante proeza. Sin dejar de apretar el cordón umbilical miré a mi alrededor, buscando desesperadamente algún utensilio con que pinzarlo. Lo encontré en la cabeza de Paula, en forma de clip para el pelo. Se lo quité a la madre y se lo puse a la hija. Y entonces sí, entonces se abrieron todas las esclusas y me puse a llorar a moco tendido, a llorar por Paula y por Jaume y por Bruno, a llorar por Naisha, a la que imaginé secuestrada por los asaltantes, y por Audrey y por Gustau, y por la pequeña Bruna que llegaba a un mundo tan mezquino, y le ofrecí mi pecho decrépito y malherido, y lloramos los dos juntos por la humanidad entera hasta quedar exhaustos.

Después de almorzar (aunque llamarle almuerzo a una patata asada y un puñado de moras es, cuando menos, osado) hemos subido a mi habitación y, tras leerle a Naisha un par de capítulos de *El nombre de la rosa*, me he quedado dormido y he vuelto a soñar con el bebé menguante del otro día,

pero esta vez era una niña y tenía rostro: el de Bruna. Por si fuera poco, el sueño era en blanco y negro, como si estuviera contemplándolo en el viejo televisor que teníamos en el ático del carrer Sor Lluïsa Estivill, por entonces aún llamado Roger de Belfort, en la casa en que aprendí a gatear. Bruna estaba en el moisés y solo yo me percataba de lo que sucedía. Pero ¿no os dais cuenta?, les gritaba desesperado a sus padres y enarbolaba el biberón a modo de prueba. ¿No veis que es más grande que ella? ¡Si ya ni le cabe la tetina en la boca! Pero Paula y Jaume me ignoraban, embelesados, y se limitaban a hacerle monerías y a decir cuchi-cuchi cogidos de la mano, mientras Bruna iba menguando irremisiblemente. Lo más curioso es que dentro del sueño recordaba con todo detalle el sueño anterior, el del otro bebé menguante, y no me atrevía a inflar a la pobre criatura por miedo a que me explotara en los morros, e intentaba convencer a sus padres de que lo hicieran ellos mismos, pero se reían y me miraban como si estuviera loco, y entonces me decidía y cogía a Bruna, que ya me cabía en la palma de la mano, y buscaba un orificio por el que poder inflarla. Pero Jaume me la arrebataba de malos modos y me decía: se acabó la fiesta, viejo chiflado, deja a mi hija en paz, y no me quedaba más remedio que ver cómo Bruna se iba haciendo cada vez más pequeña y pasaba, en sucesivas matrioshkas, de Nenuco a Barbie, de Barbie a Pin y Pon, de Pin y Pon a Minina y de Minina a grano de arroz. Justo antes de desaparecer por completo, convertida ya en una pulga o un piojo, empezaba a llorar, y yo la cogía con dos dedos y me la ponía en la palma de la mano y se la mostraba a sus padres, pero cuando ellos miraban ya no había nada, aunque los berridos seguían escuchándose, como si fuera mi mano la que lloraba. Cuando me he despertado, Naisha intentaba consolar a Bruna meciéndola entre sus brazos.

Tras darle el biberón, le he preguntado a Naisha si quería jugar a algo. No, me ha dicho, quiero hacer deberes. ¿Deberes? Sí, los echo de menos. Mi madre siguió dándome clases después del apagón, decía que esto era algo temporal y que si quería estudiar Medicina no podía permitirme el lujo de ir perdiendo cursos. ¿Y qué tipo de deberes quieres hacer? Matemáticas. ¿Matemáticas? Sí, me encanta el cálculo mental. Está bien, he dicho: ¿cuánto son nueve por nueve? Naisha ha soltado un bufido. Eso no es cálculo mental, ha protestado, los números tienen que tener por lo menos dos cifras, si no es demasiado fácil. Ah, perdone usted, pues vamos a ver… ¿diez por quince? Esta vez Naisha no ha resoplado: ha chistado con fastidio. Ciento cincuenta, sigue siendo demasiado fácil, tienes que procurar que no haya un diez. Bueno, pues veintitrés por treinta y dos. Naisha ha asentido y ha cerrado, curiosamente, los ojos, como si también ella necesitase bajar los párpados para concentrarse mejor. Setecientos treinta y seis, ha dicho al cabo de unos segundos. La he mirado estupefacto. ¿Es correcto?, me ha preguntado. No lo

sé, he respondido. ¿Cómo que no lo sabes? Tendría que calcularlo. Pues hazlo. He intentado imaginarme las dos cifras, una encima de la otra, el veintitrés arriba y el treinta y dos abajo, y he empezado a multiplicar las unidades: dos por tres, seis; dos por dos, cuatro. Luego he seguido con las decenas: tres por tres, nueve; tres por dos, seis. Pero cuando he querido hacer la suma, los dígitos se me mezclaban como en una sopa de letras. Necesito papel y lápiz, me he rendido tras intentarlo infructuosamente un par de veces. He cogido una hoja y he hecho el cálculo: ¿Cuánto habías dicho? Setecientos treinta y seis. ¡Correcto! ¿Cómo lo haces?, le he preguntado. Depende de los números. En este caso he multiplicado veintitrés por diez, que son doscientos treinta; luego por tres, que son seiscientos noventa; y para terminar le he añadido dos veces veintitrés. Fácil.

Hemos estado un buen rato haciendo cálculo mental y cuando Naisha se ha cansado de multiplicar le he preguntado si conocía el número pi. Por supuesto, me ha dicho. Y la poesía, ¿te gusta? No mucho, prefiero las novelas. Pero ¿me ayudarías a terminar un poema irracional? ¿Eso qué es? Un poema en el que las letras de cada palabra coinciden con los decimales de pi. Se le ha iluminado la cara y nos hemos pasado el resto de la tarde añadiendo palabras a mi poema, que tenía abandonado desde finales de agosto, hasta llegar a las ochenta y cinco. De paso, he aprovechado su ayuda para hacer algunos retoques. Así es como ha quedado:

Voy a amar a quien consienta al adulto
decir sin rubor palabras sencillas.
¿Cuántas estrellas hay en los confines?
¿Cómo desear la mísera vida?
Sin más enemigos que la pobreza,
combatiré tanta palabrería.
La libertad anhelada será,
a propósito, colosal y exigua,
venciendo las perversas vanidades.
Por doquier viajo y, provocando grima,
descubro la insufrible estupidez.
Procuro huir, esfumarme unos días,
salir corriendo de las emboscadas,
sortear rencores y rabias, iras,
relaciones ávidas de promesas
inanes, de candorosas mentiras,
ambientes corruptos, destinos llenos
de condenas…

Viernes, 17 de septiembre

Ayer no escribí ni una sola línea, pues estuve todo el día mareado y con una jaqueca terrible que solo pude combatir con el último paracetamol que encontré en el cajón de la mesita de noche. Aun a riesgo de llamar la atención

de improbables merodeadores, no quise desaprovechar el momento de alivio y bajé al salón a encender el fuego y hervir la docena de patatas que nos quedaban. También esterilicé el biberón de Bruna, con su tapón, su rosca y su tetina, y preparé leche para varias tomas. Naisha, la admirable Naisha, se ocupó del resto y yo me pasé lo que quedaba del día tumbado en la cama, incapaz de leer ni una sola página.

Afortunadamente, hoy me he levantado mejor y, aunque por precaución he pasado la mañana acostado, no he tenido problemas para leerle a Naisha un capítulo de *El nombre de la rosa*, que ha servido tanto para entretenernos como para ponernos los dientes largos, pues tenía lugar en la cocina de la abadía, donde los monjes se afanaban en preparar pasteles de verduras, pescados al vino tinto y calderetas de carne, por no hablar del horno de pan que emitía fulgores dorados y me hacía salivar, literalmente, mientras leía el pasaje. Al terminar el capítulo, me he levantado de la cama y hemos bajado al salón para toparnos con la cruda realidad de nuestro menú diario: una patata fría con sal y pimienta, y un puñado de moras demasiado maduras.

Por la tarde me he vuelto a acostar y he empezado a leer el *Diario americano* de Omar Bundó, ganador del Oscar al Mejor Maquillaje y Peluquería en el 37 por la adaptación al cine de *Origen*, la primera novela de Walter Z. Walker, ambientada en el Pleistoceno y protagonizada por una familia de luzonenses. El diario me ha sorprendido desde la primera página, pues no se limita a narrar las correrías de un joven reusense en el decadente Hollywood de los años 30, como cabría esperar, sino que se adentra a menudo en reflexiones de hondo calado filosófico y muestra una inusitada sensibilidad literaria. Desde el principio, Bundó se reivindica como un gran lector de dietarios, afición que no solo se evidencia en el magistral manejo del género, sino también en las abundantes referencias a diarios de otros autores, una de las cuales me ha permitido recordar quién dijo la frase lapidaria que dejé anotada aquí el otro día, aquello de que todo diario es un lento suicidio: el ínclito Gregorio Marañón, citado a su vez por el escritor peruano Julio Ramón Ribeyro en *La tentación del fracaso*, un dietario que leí en mi juventud gracias a la generosidad del poeta chileno Bruno Montané (que tenía dos malas costumbres: dejar libros a sus amigos y devolver los que a él le dejaban) y que inspiró al maquillador de Reus para escribir su *Diario americano*, en el que incluye como epígrafes media docena de sentencias extraídas del libro de Ribeyro, a saber: 1) «Todo diario íntimo surge de un agudo sentimiento de culpa»; 2) «Todo diario íntimo es un prodigio de hipocresía»; 3) «Todo diario íntimo nace de un profundo sentimiento de soledad»; 4) «Todo diario íntimo es un síntoma de debilidad de carácter»; 5) «En todo diario íntimo hay un problema capital planteado que jamás se resuelve y cuya no solución es precisamente lo que permite la existencia del diario»; y 6) la consabida «Todo

diario es un lento suicidio».

Al avanzar un poco más en la lectura del libro de Bundó, he descubierto que llegó al cine de la mano del director madrileño Fernando León de Aranoa, quien en el momento de publicarse el libro tenía en su haber una docena de Goyas y había sido nominado al Oscar en dos ocasiones. Ha sido entonces cuando de pronto, como en una partida de Tetris, todo ha empezado a encajar en mi memoria y he recordado una escena de mi juventud, de los tiempos en que trabajé como librero en el museo Reina Sofía de Madrid y le vendí a Fernando León las *Prosas apátridas* de Ribeyro, texto que el cineasta acabaría prologando años más tarde. Me pregunto si no fue él quien le habló a Bundó de *La tentación del fracaso*, inoculándole para siempre el veneno ribeyriano.

Cuando ha empezado a oscurecer, me he levantado de la cama y he ido a buscar a Naisha a ver si quería una infusión y una zanahoria. La puerta de su cuarto estaba cerrada y, al ir a llamar, he escuchado gemidos del otro lado. He preferido volver a mi habitación y preguntárselo a gritos desde allí.

Sábado, 18 de septiembre

Esta mañana he dejado a Naisha cuidando de Bruna y he subido a la torre del agua, después de varios días sin hacerlo, con la insensata esperanza de ver aparecer a Audrey. La lluvia que cayó el lunes había limpiado el suelo del pináculo, pero aún se notaba la huella de la sangre sobre el cemento. He oteado los alrededores con los prismáticos y no he apreciado movimiento alguno. A menos de dos semanas para el fin de la moratoria, me pregunto si aún quedará alguien en Reus. Supongo que en las grandes ciudades habrá más resistentes. Antes de que la radio dejara de funcionar escuché en una emisora pirata que el castillo de Montjuïc había sido tomado por medio millar de personas dispuestas a aguantar hasta las últimas consecuencias. Resulta cuanto menos curioso que no hayamos escogido parapetarnos en edificios modernos, más avanzados tecnológicamente, como podrían ser los rascacielos Okinawa en Reus o el Nou Camp Nou en Barcelona, sino más bien todo lo contrario: nos hemos refugiado en aquellos que, como el Pere Mata o el castillo de Montjuïc, fueron construidos en tiempos analógicos y ofrecen mayores garantías para sobrevivir en situaciones como la actual, que a estas alturas ya podemos calificar, sin hipérboles ni tremendismo, de apocalíptica. A saber qué harán con el Pere Mata cuando conviertan la península en una mastodóntica base militar. No me extrañaría que lo utilizaran como cuartel, dada su excelente ubicación. No sería la primera vez que el hermoso complejo modernista diseñado por Domènech i Montaner sirviera a fines castrenses: ya fue hospital militar durante la guerra civil, cuando funcionó también como hospital de sangre y campo de prisioneros; y volvió a serlo durante la guerra de independencia, antes de convertirse en residencia de ancianos y mutilados.

Quizá no se trate de una simple coincidencia que un edificio construido para albergar a enfermos mentales sea tan propicio para acoger a milicianos.

De pronto, mientras miraba la línea del mar en el horizonte, he escuchado un grito de Naisha. He desenfundado el revólver, del que no me separo ni para dormir, y he bajado atolondradamente las escaleras, imaginando los peores escenarios: que había entrado alguien en el pabellón, que le había pasado algo a Bruna, que Naisha se había dado algún golpe fatal. Pero la estampa que he encontrado al llegar a la planta baja ha sido mucho menos dramática: sentada en uno de los sofás del salón, Naisha mecía el moisés con una mano, mientras con la otra acariciaba el lomo de un gato de pelo negro y ojos esmeralda, que apenas se ha inmutado cuando yo he aparecido con el corazón en un puño y el Smith & Wesson en el otro. No había vuelto a verla desde el episodio de la cadena trófica en que devoró a una lagartija que acababa de zamparse a un saltamontes y, aunque estaba considerablemente más gorda, la he reconocido al instante al ver la vitola blanca que aureolaba su cola. ¡*Petra*!, he exclamado. Pero ¿por dónde diablos ha conseguido entrar?, le he preguntado a Naisha, que se ha encogido de hombros y me ha explicado que Bruna se ha puesto a llorar y que, cuando ha ido a sacarla del moisés, ha tocado algo peludo y ha soltado un grito. He cogido a *Petra*, la he examinado y el tamaño de sus mamas ha confirmado mis sospechas. Está preñada, he dicho, y parece que en avanzado estado de gestación. Quizá haya venido buscando un lugar tranquilo y seguro donde parir. Se la he devuelto a Naisha y, al ver cómo se le iluminaba la cara, me he arrepentido al instante de no haberme mordido la lengua.

A media tarde, *Petra* ha empezado a maullar de un modo extraño, a lamerse compulsivamente y a dar vueltas sobre sí misma. Poco después, ha bajado con dificultad del sofá donde estaba acostada y ha salido del salón. He cogido a Naisha de la mano y la hemos seguido. Ha cruzado la cocina, se ha metido en la despensa, ha elegido un rincón apartado entre dos estanterías y se ha colocado en una posición parecida a la que adoptan los gatos cuando quieren hacer sus necesidades. Naisha no paraba de preguntarme qué hacía y yo se lo he ido retransmitiendo en voz baja, como un locutor afónico. Al cabo de un rato, *Petra* se ha tumbado de costado y ha empezado a maullar con mayor intensidad, casi con desesperación, hasta que ha asomado por su vagina una especie de huevo gelatinoso y blanquecino que no ha tardado en convertirse en la primera de las cinco crías que han ido saliendo a intervalos regulares, con la consiguiente ración de lametones y arrumacos. La última ha nacido muerta y *Petra* ha estado a punto de zampársela, pero yo he sido más rápido.

Contrariamente a lo que me esperaba, Naisha no ha hecho ningún remilgo a la hora de la cena.

Domingo, 19 de septiembre

Esta mañana, mientras tomábamos una infusión fría tras una noche en la que Bruna ha estado particularmente llorona, Naisha me ha pedido que le contara un chiste. Parece mentira que en las situaciones más dramáticas sigamos acudiendo al poder sanador de la risa. Creo que fue Bergson quien dijo que el humor es lo que diferencia a los seres humanos de los animales y recuerdo haber leído en algún lugar que las personas risueñas son más longevas, como si cada carcajada que soltamos llenara el depósito de la esperanza de vida. Que una buena amistad no te estropee una buena broma, solía decir mi amigo Alex Brull, con quien pergeñé una de las mayores burlas que recuerdo haber perpetrado nunca. (Cada vez tengo más claro que este diario no va a leerlo nadie, incluso estoy pensando en quemarlo cuando llegue el fin de la moratoria. Pero la escritura me sirve para pasar las horas sin sumirme en el más absoluto desasosiego. Por eso voy a darme el lujo de contar esta batallita, pues contar batallitas es el mejor remedio, después de la risa, contra la pulsión de muerte que me persigue como el Coyote al Correcaminos).

La broma empezó en nuestro piso del carrer Arc del Teatre, en una época en que al Raval aún se le llamaba Barrio Chino. Habíamos decidido ir al cine cuando sonó el teléfono fijo, en una época en que no hacía falta añadir el adjetivo, pues todos los teléfonos lo eran. Alex descolgó el aparato y se puso a hablar con una de sus amigas, en una época (y ya paro) en que el término «follamiga» aún no se había inventado, pero sí la expresión «amiga con derecho a roce». La amiga en cuestión (a quien yo no conocía personalmente, conviene recalcarlo) no vivía en Barcelona, pero se encontraba aquel día en la ciudad y había tenido la ocurrencia de llamar a mi amigo y compañero de piso para proponerle ir al cine. Alex, con la fidelidad que lo caracterizaba, le dijo que lo sentía mucho, pero que ya había quedado para ir al cine conmigo; y le propuso, con admirable cintura, que fuéramos los tres juntos. Pero la chica era más tímida o más egoísta de lo que mi amigo creía, y lo puso entre la espada y la pared: o ella o yo. Fue entonces cuando a mí, acuciado por el espíritu bromista heredado de mi padre, se me ocurrió hacerle un gesto que venía a significar: tú dile que vas con ella, que ahora te cuento.

El plan, sublime por su sencillez, consistía en lo siguiente: puesto que la chica no me conocía ni sabía qué cara tenía (huelga decir que estoy hablando de una época anterior a la eclosión de las redes sociales, anterior incluso al uso generalizado de internet), ¿qué nos impedía ir a los tres a la doble sesión de cine que daban en los Maldà, tal como Alex y yo teníamos previsto hacer antes de la llamada telefónica de la chica? (Puesto que no recuerdo el nombre de la chica en cuestión—y para evitar el uso reiterado de fórmulas como «la chica en cuestión» y demás circunloquios—, voy a inventarle un nombre, aunque ello nos aleje en puridad del género diarístico para adentrarnos en el resbaladizo terreno del relato y la mixtificación. Pero ¿acaso el recuerdo no es

el género de ficción más sublime que existe? Llamémosla Cándida, pues, en honor al papel que desempeña en esta historia). Así pues, salimos de casa los dos juntos, él para encontrarse con Cándida y yo para dirigirme al cine, con la idea de entrar en cuanto abriera la sala, elegir un asiento de las filas centrales (los asientos por entonces no iban numerados, ni estaban personalizados como en el sensicine) y esperar a que la parejita llegara. El plan salió de cacanilo (por usar una expresión que solía decir tu madre y que, al contrario de lo que podría parecer, significa que salió estupendamente), pues Alex se las apañó para sentarse a mi lado e incluso se animó a entablar conversación conmigo, que me hice pasar por extranjero y le respondí en un castellano exótico trufado de erres guturales, uves fricativas y faltas de sintaxis. Pero la cosa no acabó ahí; en realidad, no había hecho más que empezar.

Animados por el éxito de la mojiganga, Alex y yo nos las apañamos para encontrarnos en el baño al término de la doble sesión y nos confabulamos para coincidir de nuevo un rato más tarde en los aledaños de la plaça Reial, en un bar regentado por paquistaníes donde los cubatas costaban trescientas pesetas. Me senté de espaldas a la puerta de entrada e hice como que leía uno de los diarios que tenían en el bar, escrito en la inextricable lengua urdú. Cuando llegaron, Alex se las ingenió para darme un golpe al sentarse en la mesa contigua y, al pedirme disculpas, nos reconocimos y fingimos asombramos de la coincidencia. A punto estuvo de salirnos mal la jugada, pues justo entonces entró en el bar un conocido nuestro (el actor Cesc Casanovas, con quien habíamos coincidido en el Institut del Teatre y que años después alcanzaría una gran popularidad imitando en un programa televisivo a políticos como Joan Tardà o Pilar Rahola) y ambos lo saludamos a la vez, lo que a todas luces resultaba extraordinario, por no decir inverosímil. Tuve que sacarlo del bar para contarle el sainete y pedirle que nos siguiera la corriente. Poco después me despedí de la pareja y volví al piso del carrer Arc del Teatre.

Recuerdo perfectamente (la imagen sigue nítida en mi memoria después de casi siete décadas) que, cuando un par de horas después llegaron a casa, yo estaba en el salón, tumbado sobre la alfombra y leyendo *La vida instrucciones de uso*, la novela de Georges Perec que me llevaría a cambiar el teatro por la literatura. Cuando Alex y Cándida entraron en el salón, mi cara quedaba oculta tras las tapas del libro. Buenas noches, oí que decía Alex, te presento a Cándida. Y yo dejé pasar un par de segundos, en una apoteósica pausa dramática, antes de bajar el libro y saludar, a cara descubierta y sin rastro de acento, a la pobre chica a la que habíamos estado engañando durante toda la tarde y parte de la noche.

¿Su reacción? Poner los ojos como platos, desencajársele la mandíbula y salir corriendo para encerrarse en el baño a llorar, presa de un ataque de nervios y

de bochorno. Querida Cándida: estés donde estés, espero que me perdones, pero lo volvería a hacer. Y seguro que Alex también.

(Al final, con tanta batallita, casi me olvido de contar la conversación que he tenido con Naisha. Cuéntame un chiste, porfa, ha insistido cuando le he dado largas con el argumento de que yo era muy malo contando chistes. Necesito reírme, hace demasiado tiempo que no lo hago, me ha suplicado. Se me han ocurrido varios, pero los he ido descartando, por viejos, malos o inapropiados, políticamente incorrectos o subiditos de tono. Al final me he decantado por contarle el que era mi favorito cuando tenía su edad, el de las dos madres que se encuentran por la calle y una le dice a la otra: «Mira si es tonto mi hijo, que le he dicho que fuera a casa a buscarme y ha ido», a lo que la otra responde: «Pues anda que el mío, que para que me dejara en paz le he dado cincuenta céntimos y le he dicho que se fuera a comprar un televisor en color». Solo entonces me he dado cuenta de que probablemente Naisha no entendería lo del televisor en color. Pero como no ha protestado, he seguido con el chiste. Poco después se encuentran por la calle los hijos de las susodichas. «Mira que es tonta mi madre—dice uno de ellos—: me pide que vaya a buscarla a casa y no me da las llaves». «Pues anda que la mía—dice el otro—: me manda a comprar un televisor en color y no me dice de qué color lo quiere». No diré que Naisha se ha partido de risa, porque sería faltar a la verdad, pero al menos ha sonreído. Espero que no lo haya hecho por cortesía).

Naisha me ha despertado de la siesta con cara de preocupación. Cuando le he preguntado qué pasaba, se ha señalado la oreja. Solo entonces he oído un rumor de voces. Me he levantado, he desenfundado el Smith & Wesson y me he asomado a la ventana para ver a un hombre y a una mujer, escuálidos y harapientos, que se paseaban como zombis por lo que queda del huerto, intentando encontrar algo comestible con que llenar el estómago. El hombre llevaba una especie de salacot y la mujer un chaleco de camuflaje con bolsillos, por lo que parecían salidos de un safari. He subido a la torre del agua a por los prismáticos y he vuelto a bajar para observarlos mejor desde la ventana de mi cuarto, en un primerísimo primer plano. Tenían las caras llenas de pústulas y eran más jóvenes de lo que me había parecido a simple vista. Tras un rato merodeando por el huerto, han salido de mi campo de visión y no hemos tardado en oír el chirrido de la polea del pozo. Poco después han intentado entrar en el PSG, primero por la puerta de la cocina y luego por la principal, pero al encontrarlas cerradas han desistido y se han dirigido a la enfermería. A través de los ventanales los he visto avanzar por el pasillo de los boxes y meterse en uno de ellos. Mientras escribo estas líneas, todavía no han salido y ya empieza a anochecer. Espero que no tengan intención de quedarse en el Pere Mata.

No he encendido el fuego para no llamar la atención de los intrusos (parece mentira la facilidad con que se arroga uno la propiedad de las cosas, como si nosotros tuviésemos más derecho que ellos a estar aquí por el simple hecho de haber llegado antes), y hemos vuelto a cenar un par de patatas frías con sal y pimienta. Aunque Naisha no se queja, noto que pasa hambre y he puesto en su plato la patata más grande sin que se diera cuenta. A su edad debería estar ingiriendo dos mil kilocalorías diarias; o al menos mil quinientas, ya que apenas hace ejercicio. Pero no creo que a base de patatas, zanahorias, rábanos e infusiones lleguemos ni siquiera a las mil. Desde que volví de mi absurda expedición habremos adelgazado dos o tres kilos cada uno, y eso en una niña de su edad resulta inquietante. Además, me preocupa que pueda tener anemia cuando le venga el período. (No lo anoté en su día, no sé si por pudor o por descuido, pero Naisha tiene unas reglas muy abundantes y, cuando se escondió en el altillo para que no la encontraran, no vació la copa durante cuarenta y ocho horas, lo que le produjo una pequeña infección. (A todo esto, no sé qué me ha dado hoy por poner tantos paréntesis (tal vez se deba al hecho de que el final se acerca y veo en ellos una suerte de protección, no sé si a modo de crisálida o de mortaja))).

Lunes, 20 de septiembre

Me he pasado el día vigilando a los intrusos desde mi habitación. Parecen dos revenants llegados de las profundidades estigias, exangües y demacrados. A saber de dónde vendrán y cuáles serán sus intenciones. De momento, apenas han salido de la enfermería, como si estuvieran recuperando fuerzas después de un largo viaje. Tal vez por eso hayan elegido pasar la noche en el antiguo pabellón de epilépticos, el único que tiene camas a pie de calle. Según me contó Gustau en cierta ocasión, el edificio es de una sola planta porque se construyó pensando en los pacientes a los que iría destinado y en las imprevisibles consecuencias que podría tener un ataque de epilepsia en mitad de las escaleras. La reconversión en biblioteca ya parecía menos justificada, y Gustau no supo darme una explicación.

Los intrusos, en todo caso, ya saben de nuestra existencia: el llanto de Bruna nos ha delatado. Ha ocurrido esta mañana, cuando han salido de la enfermería y se han acercado de nuevo al huerto para ver si encontraban algo comestible. Ha sido entonces cuando Bruna ha roto a llorar y el hombre ha levantado la vista. Yo me he apartado de la ventana, pero ha sido demasiado tarde: no había pasado ni un minuto cuando han llamado a la puerta de la cocina. Como no hemos contestado, han vuelto a llamar. Tras un nuevo intento, se han dado por vencidos. Por suerte tenemos agua para varios días. Lo que me preocupa es la comida, pues no nos quedan rábanos ni zanahorias, y esta noche nos comeremos las últimas patatas.

Durante la cena, Naisha me ha sorprendido recitando un poema de Eugenio

Montale que aprendió en el colegio italiano de la carretera de Cambrils, donde estudió hasta el inicio de la moratoria, y que parece hecho adrede para nosotros dos, pues habla de la vejez y de la ceguera. No he podido evitar que se me hiciera un nudo en la garganta al volver a escucharlo y he subido a buscar papel y lápiz para transcribirlo:

Ho sceso, dandoti il braccio, almeno un milione di scale
e ora che non ci sei è il vuoto ad ogni gradino.
Anche così è stato breve il nostro lungo viaggio.
Il mio dura tuttora, nè più mi occorrono
le coincidenze, le prenotazioni,
le trappole, gli scorni di chi crede
che la realtà sia quella che si vede.
Ho sceso milioni di scale dandoti il braccio
non già perché con quattr'occhi forse si vede di più.
Con te le ho scese perché sapevo che di noi due
le sole vere pupille, sebbene tanto offuscate,
erano le tue.*

Martes, 21 de septiembre

Ayer terminé transcribiendo a Montale y hoy empiezo acordándome de Terencio: *senectus ipsa est morbus* (la vejez es en sí misma una enfermedad). Lo curioso es que en esta situación desesperada en que me encuentro la vejez pasa a un segundo plano: cuando se trata de sobrevivir, se te quitan las tonterías. ¿Quién me iba a mí a decir, si no, con lo hipocondríaco que soy, que reaccionaría con indiferencia, por no decir con alivio, cuando anoche vi que se me había acabado el dabigatrán y que no tardaré en quedarme sin ketanserín? A la vejez, ciruelas, como decía Leire.

Esta mañana hemos tomado una infusión de tomillo como único sustento, tras haber terminado anoche con las provisiones sólidas que nos quedaban, y ahora escribo estas líneas acompañado de la particular banda sonora de mis tripas, con un ojo en el papel y el otro en la puerta de la enfermería, donde siguen instalados nuestros vecinos (creo que a estas alturas ya se han ganado el apelativo). Desde que mi viejo reloj de pulsera se quedó sin pilas, me oriento por las sombras de los árboles, y la hora de la comida hace rato que ha pasado. Tengo que tomar una decisión y no se me ocurre mejor forma de hacerlo que poniendo negro sobre blanco las dos alternativas, con la esperanza de que al verbalizarlas descubra la correcta: salir del pabellón a buscar comida, asumiendo el peligro de un enfrentamiento con nuestros vecinos; o sacrificar a una de las crías de *Petra* (o mejor a dos, pues son tan chiquitas que apenas tendrán carne). Mientras sopeso la cuestión, veo salir al hombre de la enfermería, tocado con el salacot y con algo en su mano derecha que emite destellos intermitentes. Cojo los prismáticos para verlo mejor y descubro que se trata de un machete de hoja bruñida, cuyo resplandor resulta aún más impactante en contraste con la roña que cubre el cuerpo del pobre diablo,

quien de pronto alza la vista hacia mí, me muestra el machete y hace el gesto amenazador de rebanarse el gaznate, acompañado de una carcajada que oigo desde aquí y que me muestra un piano dental repleto de sostenidos. En respuesta a su amenaza, desenfundo el revólver y se lo enseño a través del cristal, al tiempo que me decido por la segunda de las opciones.

He aprovechado que Naisha estaba dándole el biberón a Bruna para ir a la despensa, donde *Petra* sigue cuidando de su camada. Le hemos puesto un plato con agua y anoche le dimos las pieles de las patatas, pero necesita proteínas y, en cuanto me ha visto, ha salido en busca de alguna presa incauta con que llenar el buche. Ya hemos descubierto por dónde entró: por el conducto de ventilación que hay detrás del horno de la cocina. Me ha sabido mal traicionar su confianza, y más aún acabar con la vida de sus pobres cachorros, pero la decisión estaba tomada: me he llevado a uno de los gatitos, le he envuelto la cabeza con un trapo y lo he golpeado contra el mármol de la cocina con un gesto seco y decidido. Me he asustado de mi propia sangre fría. Luego he vuelto a la despensa a por otra de las crías y he repetido la operación. Esta vez he debido de golpear con menos fuerza o con más desatino, porque el gatito ha seguido moviéndose después del golpe y he tenido que machacarle de nuevo la cabeza contra el mármol. He puesto los dos cuerpos sin vida en un plato y me he dirigido al salón. Naisha, he dicho con un hilo de voz, ha pasado algo. Naisha ha levantado la cabeza hacia mí. Su rostro era el vivo reflejo de la inocencia. Me he encontrado a dos de los gatitos muertos, he mentido miserablemente, supongo que *Petra* no tiene suficiente leche para todos. Naisha ha hecho un mohín, ha vuelto a bajar la cabeza y ha seguido dándole el biberón a Bruna. No hace falta que me engañes, ha musitado, que ya soy mayorcita. He vuelto a la cocina, he desollado los gatitos, los he espetado con el asador, los he salpimentado y he encendido el fuego de la chimenea. El salón no ha tardado en llenarse de un olor a barbacoa que ha acabado de quitarme cualquier remordimiento que pudiera quedar atrapado en mi conciencia.

Por la tarde he seguido vigilando a los intrusos, esta vez desde la torre del agua. Los he visto entrar en los distintos pabellones y salir refunfuñando. No sé qué esperaban encontrar. Han estado merodeando por la zona de los árboles frutales, pero lo único que han podido llevarse a la boca ha sido alguna almendra olvidada de cuando hicimos la recolecta. También han intentado comerse las aceitunas que engalanan los olivos, pero en cuanto las han probado han escupido al suelo haciendo muecas: igual esperaban que estuvieran rellenas de anchoa. Cuando me he cansado de vigilarlos, he bajado de nuevo al salón, donde me he encontrado a Naisha en el sofá, con Bruna en brazos. Le he contado las andanzas de nuestros vecinos, pero no ha mostrado el menor interés. Le he preguntado si quería que le leyera algún capítulo de *El*

nombre de la rosa, pero ha negado con la cabeza. ¿Quieres que te deje tranquila?, le he preguntado. Se ha limitado a encogerse de hombros. De pronto me he sentido como en los tiempos en que Leire era adolescente, cuando estuvo varios meses sin hablarme porque no le permití ir a pasar las vacaciones de Semana Santa con su amiga del alma. Una amiga del alma con la que dejó de hablarse al año siguiente, por cierto. Pero creo que esto ya lo he contado, me repito más que el ajo: no soy más que un viejo chocho que vomita sus frustraciones en las hojas de cortesía de los libros olvidados de una biblioteca extinta de un antiguo manicomio de una ciudad desierta de un país arrasado.

A falta de algo mejor que hacer, he subido a mi cuarto, me he sentado en el sillón que hay junto a la ventana y me he puesto a leer el libro de Omar Bundó. En una de las entradas del diario, en la que reflexiona sobre sus orígenes, escribe:

Nunca he sabido muy bien de dónde viene el nombre de Reus. Supongo que en la escuela nos lo explicaron, pero no debí de prestar demasiada atención. Cuando aquí me preguntan de dónde soy, les digo «close to Barcelona» y solo si insisten les hablo de Reus y les digo que el nombre de la ciudad procede de «reos», como si la hubiesen fundado para albergar a los reclusos, cual Australia en miniatura. Supongo que por eso siempre he querido huir de allí, añado con una sonrisa, y se quedan encantados.

En realidad, el origen del topónimo es otro: al parecer, fueron los celtíberos los que la bautizaron como Reddis, que vendría a significar encrucijada, red o cruce de caminos. Por eso existió durante mucho tiempo en la ciudad un club deportivo llamado Reddis y una aseguradora del mismo nombre que quebró durante el sexenio negro. Sea como fuere, tanto un origen como el otro van como anillo al dedo a la situación en la que me encuentro: reo y enredado.

Miércoles, 22 de septiembre

Anoche cenamos un tazón de leche caliente y hoy hemos comido un bocata de mortadela. Voy a intentar explicarlo, porque aún me estoy relamiendo.

Empecemos por lo de la leche, que es más breve y menos extraordinario. Tras el festín carnívoro del almuerzo, pensé que podríamos acostarnos en ayunas, pero la comida es como el dinero: cuanto más se tiene más se quiere. El chute inesperado de proteínas debió de azuzar nuestros hipotálamos, que al anochecer nos mandaron sendos escuadrones de borborigmos y jugos gástricos mientras preparábamos el biberón de Bruna. No era la primera vez que le preguntaba a Naisha si quería tomar un vaso de leche, pero hasta entonces siempre se había negado en redondo. Anoche, sin embargo, me puse a hacer cálculos y llegué a la conclusión de que había leche en polvo al menos para dos meses. Teniendo en cuenta que no quedan ni diez días para el final de la moratoria, le dije a Naisha, ¿no crees que podríamos tomarnos un buen tazón de leche humeante antes de irnos a la cama? Creo que fue el adjetivo «humeante» el que acabó de convencernos.

Lo del bocata de mortadela ya es harina de otro costal. Como nuestros vecinos no han dado señales de vida en toda la mañana, he decidido salir del pabellón, pensando que por fin se habrían marchado. No es que confiara en encontrar jugosas lechugas en el huerto y hermosos melocotones colgando de los árboles, pero cualquier cosa es mejor que sacrificar a los otros dos gatitos y dejar a *Petra* definitivamente huérfila. Anoche al acostarme recordé que en la carpintería había visto trampas para ratones cuando estuve haciendo el xilófono. Me he colgado la mochila a la espalda, he cogido la navaja suiza y he comprobado que el tambor del revólver estuviera lleno. Antes de salir de la cocina, le he dicho a Naisha que cerrase bien la puerta y que no la abriese bajo ningún concepto si no me escuchaba pronunciar la contraseña secreta. ¿Y cuál es la contraseña secreta?, ha preguntado. El nombre de la rosa, es lo primero que se me ha ocurrido decir.

Tras varios días sin salir del pabellón, el sol del mediodía me ha deslumbrado. He bajado las escaleras que bordean el parking, he entrado en la carpintería y he cogido media docena de trampas para ratones. Luego he subido por el paseo de las palmeras, he dejado a mi derecha el pabellón 8 y he entrado en el corral, donde ya no quedaba ni una mísera mora. Ha sido entonces cuando he escuchado un zumbido lejano que se acercaba desde el mar y no he tardado en ver aparecer en el cielo las aspas de un heliauto. Me he metido en el pabellón y desde una de las claraboyas del primer piso he visto cómo el vehículo, con la inconfundible bandera de la Mancomunidad Europea pintada en la panza, sobrevolaba el Pere Mata, dando vueltas en redondo, y se detenía justo encima del huerto. Por un momento he pensado que iba a utilizarlo como pista de aterrizaje, pero en lugar de descender ha abierto una compuerta y ha escupido varias bolsas de plástico biodegradable, que han caído a peso sobre los bancales. Luego ha seguido su camino hacia el noroeste, en dirección a Maspujols.

He esperado un par de minutos antes de salir y, al llegar al huerto, me he llevado la desagradable sorpresa de que nuestros vecinos de la enfermería no solo seguían en el Pere Mata, sino que se me habían adelantado y habían abierto ya una de las bolsas, a juzgar por el bocadillo que se estaban zampando como si no hubiera un mañana. El tipo del salacot ha sido el primero en verme y se ha llevado la mano a la cintura. Por un momento he pensado que sacaría una pistola, pero solo ha empuñado el machete. Yo les he apuntado con el Smith & Wesson, procurando que no me temblaran las manos. No las tenía todas conmigo, pues sería incapaz de acertar a un elefante a dos metros de distancia, pero el revólver ha hecho su efecto. Mira, viejo, ha dicho la mujer con voz cavernosa, nosotros no queremos problemas, hay comida para todos. Coged una bolsa y marchaos, me he escuchado decirles. Estaba tan nervioso y agarraba con tanta fuerza el revólver que se me ha

disparado sin querer. La bala ha impactado en el suelo, no lejos de donde estaba el hombre, y ha levantado una nube de polvo y tierra. Los pobres han debido de pensar que la cosa iba en serio, porque han cogido una bolsa cada uno y se han largado pies para qué os quiero.

Jueves, 23 de septiembre

En cada una de las bolsas había un bocadillo de mortadela, una lata de Coca-Cola, un plátano, una barrita energética Exo y un pasquín informativo. Nuestros vecinos se llevaron dos de las seis bolsas que nos habían lanzado desde el heliauto y no han vuelto a aparecer. Naisha y yo, como dos epulones insensatos, dimos cuenta de una bolsa cada uno, con su bocadillo, su lata, su plátano y su barrita. Ebrio y ahíto tras el fastuoso ágape, no pude contener un eructo de satisfacción y Naisha me sorprendió sumándose a la fiesta con algo que solo le había visto hacer a mi amigo Enric: tras dar el último trago a su Coca-Cola, *eructó* el abecedario completo, desde la A hasta la Z, de un tirón y sin parar para coger aire. Nos reímos bastante más que con cualquiera de mis chistes.

No leí lo que decía el folleto hasta que terminamos la pitanza. Tenía el tamaño de los viejos flyers y el estilo conminatorio de los avisos de desahucio. Siento no poder transcribir literalmente su contenido, pues usé los pasquines para encender el fuego, pero venía a decir algo así como: «Por orden de la Mancomunidad Europea y en nombre del Gobierno de la Confederación Ibérica en el exterior, exigimos a toda persona que reciba esta circular que abandone inmediatamente el territorio. Recordamos a todos los ciudadanos que el plazo convenido en el Acuerdo de Estrasburgo se extingue el primero de octubre, fecha a partir de la cual la península será ocupada por efectivos del Ejército Aliado, y todo aquel que se encuentre en la misma será considerado prófugo de la justicia y retenido legítimamente en espera del consiguiente proceso sumarísimo. En el puerto de Salou [el nombre de la población estaba estampado con un cuño, en un rectángulo reservado a tal efecto] hay un buque amarrado, listo para zarpar llevando a bordo a todos aquellos que aún no hayan abandonado el país». Rubricaba el escrito, firmado en Marsella a 21 de septiembre de 2066, el membrete oficial de la Mancomunidad Europea.

Sin leerle a Naisha lo que decían los folletos, ni hacer mención alguna de su existencia, encendí el fuego y le preparé el biberón a Bruna, que tras la traca de regüeldos se había puesto a llorar desconsoladamente, como si reclamase su legítimo derecho a participar en la francachela. En cuanto se quedó dormida, Naisha y yo, desacostumbrados a semejantes banquetes, nos echamos una siesta de pijama y orinal. Por la noche fuimos más comedidos: nos limitamos a tomar una infusión y a comernos los plátanos, reservándonos las barritas energéticas para el desayuno de esta mañana y uno de los bocadillos de mortadela para el almuerzo. El otro lo compartiremos esta noche, antes de

que el pan se ponga duro como una piedra.

He dejado de escribir al escuchar los golpes en la puerta. Eran tan tenues que no los he oído hasta que Naisha ha subido a avisarme. He bajado a la cocina empuñando el revólver, dispuesto a ahuyentar de nuevo a nuestros inoportunos vecinos. Largaos, he dicho con firmeza. Pero la respuesta que me ha llegado del otro lado me ha dejado sin aliento. Abridme, ha dicho la voz ronca y trémula, aunque inconfundible, de Audrey.

Estaba irreconocible. La enérgica mujer que tres semanas atrás se había despedido de mí con un beso en los labios volvía ahora convertida en una estantigua. Pálida y ojerosa, con las mejillas hundidas, llevaba el pelo corto y apelmazado, como recién salida de un campo de concentración. La ropa, hecha jirones, estaba manchada de heces, sangre y otros fluidos. La he estrechado entre mis brazos, pero no ha reaccionado. He tomado su cara entre mis manos y la he obligado a mirarme, con la delicadeza del cura que alza el cáliz al cielo, pero sus ojos se han mantenido inertes, inexpresivos. ¿Qué te ha pasado, Audrey, qué te han hecho?, le he preguntado con labios temblorosos. Naisha se le ha acercado y le ha cogido una mano. Solo entonces ha parecido reaccionar.

Hemos entrado en la cocina, he cerrado la puerta con llave y la he llevado al salón. Al ver a Bruna, ha abierto la boca para decir algo, pero la ha vuelto a cerrar. Es la hija de Paula, he dicho mientras la sacaba del moisés y se la ofrecía para que la cogiera en brazos, en un gesto tan inútil como desafortunado, pues Audrey se ha limitado a negar con la cabeza, antes de que le fallaran las piernas y cayera al suelo de rodillas. La hemos acostado en el sofá y le he limpiado la cara con una toalla húmeda. Le he dado un vaso de agua y le he ofrecido el bocadillo de mortadela, pero apenas lo ha probado ni ha hecho gesto alguno de sorpresa. Luego hemos subido a la habitación y me ha pedido que esperase fuera mientras se limpiaba en la jofaina. Pasado un tiempo prudencial, he llamado a la puerta. Al ver que no contestaba, he entrado. Se había quedado dormida en la cama, desnuda y en posición fetal, con los brazos entre las piernas. La luz del atardecer se colaba por las contraventanas e iluminaba su cuerpo demacrado y frágil, cubierto de arañazos, eccemas y cardenales, como si de un mapamundi de los horrores se tratara.

Viernes, 24 de septiembre

El sol ya declina por entre los intersticios de un cielo algodonado y Audrey sigue en la cama, de donde apenas se ha movido desde que llegó. Esta mañana la he despertado para que se tomara un vaso de leche, que ha bebido a pequeños sorbos mirándome a los ojos, sin decir nada. Luego se ha vuelto a acostar, tras hacer sus necesidades en el orinal. He bajado al sótano para vaciarlo, he repartido las trampas para ratones por las galerías subterráneas,

usando como cebo migas de pan, y he aprovechado para salir del Pere Mata por el túnel que da al Mas Masover, pues me he acordado del algarrobo. El año pasado, por estas fechas, Bertha y Elsa recogieron varios kilos de vainas, las pusieron a secar, las tostaron, las molieron y consiguieron una especie de harina con la que hicieron un dulce que estaba para chuparse los dedos.

Al asomar la cabeza por la trampilla, he vuelto a oír el zumbido de un heliauto. Desde una de las ventanas rotas del Mas Masover lo he visto acercarse, sobrevolar el Pere Mata y lanzar un fajo de pasquines, pero ninguna bolsa de comida. Me he quedado mirando las hélices del vehículo y he parpadeado a toda velocidad para verlas girar en sentido contrario, según el truco estroboscópico que me enseñó hace ya muchos años Àlex Domínguez, el más fantasioso de mis amigos físicos, un truco que nunca he conseguido que me diera resultado. Cuando se ha alejado hacia el noroeste, he salido del mas y he comprobado con satisfacción que a los pies del árbol había una alfombra de algarrobas. He cogido las que estaban en mejor estado y he vuelto al pabellón de Servicios Generales, donde las he lavado y les he quitado las semillas. Tenían un extraño sabor, como de chocolate ahumado, y costaba masticarlas, pero menos da una piedra. Qué ricas, ha mentido piadosamente Audrey al probarlas, y por primera vez desde que llegó he visto en sus ojos una chispa de vida. Tenía ganas de hacerle tantas preguntas y de contarle tantas cosas, que ha debido de notármelo en la cara, pues ha hecho un gesto con la mano que solo podía interpretarse de una manera: para el carro, querido, que aún no estoy preparada.

Hace un rato ha empezado a llover y he salido a recoger los folletos que nos han lanzado esta mañana desde el heliauto. Eran idénticos a los del otro día y los he usado para encender el fuego. Me pregunto si no debería contarle a Audrey su contenido, pero me da miedo que se deje convencer por las amenazas. No tanto pensando en ella, sino en Naisha y en la pequeña Bruna, que se merecen un futuro mejor del que sin duda tendrán si no nos vamos antes de que termine la moratoria.

Yo, en todo caso, hace tiempo que lo tengo decidido: de aquí solo saldré con los pies por delante.

Sábado, 25 de septiembre

Hoy nos hemos despertado sumergidos en una espesa niebla, como si durante la noche el Pere Mata hubiese empezado a levitar hasta alcanzar las nubes. Aunque apenas tenemos nada con que llenar el estómago, Audrey parece ir recobrando poco a poco las fuerzas. Aún no ha querido contarme nada, pero no hace falta ser una lumbrera para intuir lo que puede haberle ocurrido. Probablemente la secuestraron los mismos que mataron a Gustau y han estado sometiéndola a las peores sevicias hasta que ha conseguido escapar. O quizá sus secuestradores recibieron también la visita del heliauto de la

Mancomunidad Europea y decidieron aprovechar la última oportunidad para dejar el país, abandonándola a su suerte. De ser así, lo raro es que se fueran dejándola con vida.

Escribo estas líneas ya de noche, mientras Audrey, Naisha y Bruna duermen, tras haber terminado de leer a la luz de una vela el *Diario americano* de Omar Bundó. Como no podía ser de otro modo, acaba con una cita tomada de otro diarista, Iñaki Uriarte, una cita que no puedo dejar de transcribir y suscribir: «Escribir tiene un efecto anestésico. Tranquiliza, como una pastilla ansiolítica. Pero, además, produce una cierta embriaguez. Eso hace que, según decía Cyril Connolly, tantos malos escritores no consigan dejarlo».

Domingo, 26 de septiembre

Hoy me he pasado el día cuidando de Audrey. Ha empezado a hablar y cada vez tiene mejor aspecto. Incluso me ha pedido que le tocara «La cucaracha» con el xilófono.

A media mañana ha vuelto a sobrevolar el Pere Mata un heliauto. Esta vez no ha tirado ni comida ni pasquines. Me pregunto dónde recargarán las baterías.

Naisha ha puesto nombre a los gatitos de *Petra*: *Adso* al que es completamente negro y *Guillermo* al que tiene las patas y el pecho blancos. No sé cómo los distingue, pero nunca se equivoca.

Dos de las trampas que puse en el sótano han dado resultado. Una vez despellejadas, evisceradas y hervidas, las musarañas se parecen más a una rana que a un ratón.

Después de la siesta, le he contado a Audrey lo de los pasquines.

Por la tarde, ha empezado a soplar un viento huracanado que me ha dado dolor de cabeza.

Hay un adagio que dice: *Tots farem cap al Pere Mata i n'hi ha més a fora que a dins*,* que no deja de ser la versión reusense del mundo de locos del que hablara William Shakespeare.

Lunes, 27 de septiembre

Naisha se ha pasado la noche soñando en voz alta. Solo al levantarnos hemos descubierto que en realidad había estado delirando. Tenía el pijama empapado de sudor, le ardía el cuerpo y le castañeteaban los dientes por culpa de los temblores. Audrey ha tomado las riendas del asunto y ha vuelto a ser la mujer enérgica de antes, como si el código deontológico le hubiera activado algún resorte. Le ha dado un vaso de agua y le ha preguntado si le dolía algo, a lo que Naisha ha respondido con voz quejicosa que le dolía la garganta y le picaban las ingles y las axilas. Audrey la ha inspeccionado y ha hecho una mueca de contrariedad al ver el sarpullido y las placas en las amígdalas. Tras cambiarle la ropa y ponerle una manopla mojada en la frente, ha ido a la enfermería en busca de medicamentos. Yo le he dicho que los asaltantes

habían arrasado con todo, pero ha querido comprobarlo con sus propios ojos. Cuando ha vuelto, su cara era un poema. No puede ser que no haya un maldito antibiótico en todo el Pere Mata, se ha desesperado. ¡Hay que mirar en todas partes! Mientras ella se quedaba cuidando de Naisha y de Bruna, que con el grito se había puesto a llorar, yo me he dedicado a registrar los cajones y los armarios de todas las habitaciones del PSG. En el antiguo cuarto de María he encontrado un pastillero semanal con varias píldoras de distintos colores, pero Audrey ha estado a punto de tirármelo a la cara cuando he aparecido con él. Por el amor de Dios, ha exclamado, ¡necesitamos algo para bajarle la fiebre, no para prevenir el alzhéimer!

He salido del PSG y he ido al chalet, con la esperanza de encontrar en la habitación de Gustau alguna caja de antipiréticos, pero los asaltantes también habían pasado por allí, a juzgar por el desorden que reinaba y por la cama deshecha, donde brillaba por su ausencia la acompañante de pelo rubio y labios desmesurados. Algo más de suerte he tenido en el apartamento del pabellón 7 que ocuparon Bertha y Elsa. Aunque yo mismo me encargué, con la ayuda de Jaume, de vaciarlo tras el suicidio de Bertha, no fuimos demasiado meticulosos: en una de las mesitas de noche he encontrado una caja de latón que debió de pertenecer a Elsa, pues en su interior había diversos productos homeopáticos, desde tintura de propóleo hasta flores de Bach, pasando por grageas de ginseng, pomadas de aloe vera, esencia de baba de caracol y hasta una pluma de acupuntura con la batería descargada. Cuando ya pensaba en la cara que pondría Audrey al ver todo aquello, he descubierto en un rincón de la caja, como avergonzado de ser la oveja negra de la familia, un blíster de paracetamol, caducado y sin estrenar, con sus doce comprimidos de 600 mg cada uno.

Parece que el paracetamol ha conseguido bajarle la temperatura a Naisha, aunque sin termómetro solo podemos medir la fiebre a ojo de buen cubero. Además, Audrey sospecha que puede tratarse de escarlatina, una enfermedad contagiosa que se cura con antibióticos. No sabemos cómo ha podido producirse el contagio, pero por si acaso nos hemos puesto las mascarillas y Naisha vuelve a dormir en su habitación.

A media mañana, Audrey me ha pedido que le repitiese qué decían exactamente los folletos. He buscado lo que anoté el otro día y se lo he leído. Tal vez deberíamos pensar en marcharnos, ha dicho evitando mirarme a los ojos. La escarlatina no es una enfermedad grave, ha añadido viendo que yo no contestaba, pero sin penicilina puede haber complicaciones. Quedan tres días…, ha empezado a decir, pero se ha interrumpido al oír el inconfundible zumbido de las aspas de un heliauto. Me ha mirado, ha mirado a Bruna y ha salido de la habitación. Poco después la he oído gritar y me he acercado a la ventana para ver cómo agitaba los brazos en dirección al cielo. El heliauto ha

dado varias vueltas hasta situarse justo encima de ella, a unos quince o veinte metros, y en la parte inferior se ha abierto una compuerta que ha vomitado un cubo de shrilk amarillo, como los que usan los niños para jugar con la arena en la playa. Amarrado a un cable, el cubo ha ido bajando hasta llegar a las manos de Audrey, que ha sacado de su interior un tetráfono y se ha puesto a hablar con los ocupantes del vehículo. La he visto gritar para sobreponerse al ruido de las hélices, gesticular y hacer aspavientos, para terminar lanzando al aire el aparato, que ha ido a estrellarse contra la caseta de la letrina tras describir una curva digna de los más completos tratados de balística, un gesto que ha ido acompañado de todo tipo de imprecaciones y dicterios dirigidos hacia el vehículo, que no ha tardado en remontar el vuelo y alejarse rumbo a las montañas de Prades, no sin antes escupir un puñado de folletos.

Audrey ha vuelto hecha un basilisco. Estaba acalorada y se ha puesto a hablar todo lo que no había hablado estos días. No han querido llevárselas, ha dicho. ¿A quién? A Naisha y a Bruna, a quién va a ser. Les he dicho que teníamos a una niña ciega y enferma, y a un bebé de pocos días, pero no han querido saber nada del asunto. Por motivos de seguridad no podemos subir a nadie a los heliautos, me han dicho. Les he pedido que al menos nos lanzaran medicamentos y comida, pero me han respondido que en el barco que hay anclado en el puerto de Salou podrán atendernos debidamente. He intentado convencerlos con el argumento de que era una causa de fuerza mayor y, cuando he visto que implorando ayuda no iba a conseguir nada, les he citado el artículo de la Nueva Constitución relativo al delito por omisión del deber de socorro. Dicho artículo no aplica en el estado de excepción actual, me han contestado con un formulismo exasperante. Solo entonces he comprendido que no había nadie en el heliauto, que estaba hablando con una puta máquina. Audrey ha dado un puñetazo en la pared y ha soltado un exabrupto. He intentado tranquilizarla, pero no ha dejado que la tocara. ¿Por qué querías que se las llevaran?, se me ha ocurrido preguntar. Audrey me ha lanzado una mirada asesina, se ha mordido la lengua y ha salido de la habitación dando un portazo. Poco después la he visto cruzar el huerto y acercarse a la letrina, localizar el tetráfono entre las tomateras y llevárselo a la boca. A juzgar por su reacción, no ha obtenido ninguna respuesta.

Por la tarde le hemos dado otro paracetamol a Naisha, pues le habían vuelto los temblores. Si no mejora, ha dicho Audrey, mañana me las llevaré al barco. Se me ha quedado mirando, esperando mi reacción. Al ver que no llegaba, ha meneado la cabeza. Deberías venir con nosotras. Podemos empezar una nueva vida en Francia, serías un abuelo estupendo para las niñas. Y si no quieres hacerlo por nosotras, hazlo por tu hija y por tu nieta… No te reconozco, Audrey, la he interrumpido. Si nos vamos ahora, ¿de qué habrá servido resistir todo este tiempo? ¿De qué habrán servido las muertes de Bruno, de Paula, de

Elsa, de Bertha, de Jaume, de Gustau? Además, ¿quién te asegura que no nos meterán en un campo de refugiados, hacinándonos como bestias, hasta que muramos de tifus o de marburgo? En una ocasión me dijiste que ya te habían echado una vez de tu casa y que no ibas a permitir que lo volvieran a hacer, ¿ya no te acuerdas? ¡Claro que me acuerdo, joder!, ha respondido Audrey. Pero no soy tan tozuda ni tan egoísta como tú. ¿Acaso te piensas que a mí me apetece ir andando hasta Salou para subirme a un barco en el que quizá me encuentre a los que me han hecho esto, y esto, y esto?, ha gritado enfurecida, levantándose la camiseta para enseñarme los cardenales y los eccemas que aún decoran su piel. Si lo hago es por ellas, por Naisha y por Bruna, porque no quiero ni puedo negarles la última oportunidad que tienen de no terminar en manos de esa gentuza. Ya has leído lo que pone en los folletos. Si nos quedamos, nos detendrán. Y a ti y a mí nos harán un juicio sumarísimo. ¿Qué será entonces de ellas, eh? ¿Quieres hacer el favor de explicarme qué cojones será de ellas?

Esta vez he sido yo quien se ha ido dando un portazo. Tenía razón tu mujer, es lo último que le he oído decir a Audrey, ¡sigues siendo el maldito niño del no!

Escribo estas líneas ya de noche, mientras un tremendo aguacero cae sobre nosotros. Los truenos han despertado a Bruna y no he encontrado mejor remedio para calmar sus llantos que darle el biberón, pero ahora soy yo el que no consigue conciliar el sueño. Audrey duerme en la habitación de Naisha, velando sus delirios, mientras yo me debato en la terrible dicotomía de tener que escoger entre lo malo y lo peor. Estamos condenados a elegir, dejó dicho Jean-Paul Sartre, esa es la auténtica condena del hombre libre: que incluso cuando decide no elegir ya está eligiendo irremediablemente sin saberlo.

La tentación de compartimentar el mundo es grande, nos encanta clasificarlo todo, dividirlo. Incluso a las personas, que pueden dividirse en sádicas y masoquistas. O en voyeurs y exhibicionistas. O en los que tiran y los que guardan. O en los que duermen boca arriba y los que duermen boca abajo. O en los que se van y los que se quedan. Audrey, por ejemplo, es de las que se van. Yo soy de los que se quedan.

Pero ya no sé lo que me digo. Estoy agotado. Escribo mal. Quizá muera esta noche. Mañana será otro día.

Miércoles, 29 de septiembre

Habría sido bonito terminar este diario con la última frase que escribí el lunes: «Mañana será otro día». Me pregunto cuál será la última frase que escriba antes de morir, pues la última que pronuncie no va a escucharla nadie y la última que piense me la llevaré a la tumba. «Luz, más luz», dicen que fueron las últimas palabras de Goethe. «Esto es absurdo», parece ser que musitó Freud. «¿Tú también, hijo mío?», le dijo Julio César a Brutus según la

leyenda. «El rey ha llegado y yo me muero», se lamentó el general Prim en su lecho de muerte, donde estuvo acompañado por otro reusense ilustre: nada más y nada menos que el doctor Pere Mata.

Ayer fue otro día, pero no fue un día más. Fue el día en que me quedé definitivamente solo. No escribí nada, ni antes ni después de que Audrey se fuera con las niñas. Había decidido dejar de escribir. Había decidido dejarme morir. Ah, pero dejarse morir no es tan fácil: no basta con decirlo, no basta con pensarlo, ni siquiera basta con desearlo desesperadamente. Hace un rato me han despertado los primeros rayos de sol filtrándose por las rendijas de las persianas. Amanecía un hermoso día de principios de otoño y entre mis piernas había algo inesperado: una erección. Creo que era el Nando quien decía que *la trempera matinera no és trempera vertadera, és trempera pixatera*,* pero poco importa la etiología del fenómeno. Lo único que venía a demostrar es que estoy vivito y coleando, a pesar de la falta de ánimos y de alimentos. No he resistido la tentación de levantarme, vaciar la vejiga y estrenar una nueva hoja. Mañana termina la moratoria y no voy a abandonar a estas alturas. Mientras me queden fuerzas, escribiré.

Naisha se despertó ardiendo de fiebre y con las amígdalas tan hinchadas que apenas podía tragar. Tuvimos que machacar el paracetamol y mezclarlo con la leche para poder suministrárselo, pero apenas le hizo efecto. A media mañana, Audrey tomó la decisión. Tú haz lo que quieras, me dijo, pero yo me llevo a las niñas. Salió del pabellón y volvió al cabo de unos minutos con la vieja silla de ruedas que usé cuando me esguincé el tobillo. ¿Estás segura?, le pregunté. Completamente, me dijo. ¿Y tú? Tardé unos segundos en responder. No podía impedir que se fuera, pero tampoco podía abandonarla a su suerte. Los diez o doce kilómetros que separan Reus de Salou podían ser un infierno con una niña enferma y un bebé. Está bien, le dije, voy con vosotras. Le di el biberón a Bruna mientras Audrey ayudaba a Naisha a cambiarse el pijama por unos pantalones de nylon, una camiseta y un suéter. Luego llenamos un par de mochilas con algo de ropa, sendas botellas de agua, las algarrobas que nos quedaban, la leche en polvo, los pañales de Bruna y algunos objetos personales. ¿No te llevas el diario?, me preguntó Audrey mientras metía el xilófono en su mochila. No, prefiero dejarlo, no me vaya a pasar como a don Alejandro. ¿Como a quién? Como a don Alejandro Campos, el inventor del futbolín, que perdió la patente al cruzar los Pirineos, mientras huía de una España tomada por los nacionales, y le copiaron el invento. Pero ¿se puede saber qué tonterías son esas?, preguntó Audrey mirándome como a un viejo chocho. Anda, trae para acá. Está bien, le dije, ya lo llevo yo. Junté en un legajo el montón de hojas manuscritas y fingí meterlo en la mochila.

Pusimos a Naisha en la silla de ruedas y le dimos un paraguas para que se protegiera del sol. El moisés de Bruna lo encajamos en el cochecito de

muñecas en el que trajimos el bidón de butanol y nos pusimos en marcha. Me hubiera gustado vernos desde la torre del agua, Audrey empujando la silla de ruedas y yo el cochecito de color rosa, bajando por el carrer del Doctor Labad rumbo al mar, mientras una música de Ennio Morricone empezaba a sonar y salían los títulos de crédito y el público aplaudía, conocedor del infalible apotegma que dice que cuando ellos se alejan, el fin se acerca. Pero ni yo estaba en la torre del agua, ni aquello era una película.

Llegamos a Salou sin habernos encontrado a nadie en todo el camino. Nos detuvimos a la entrada para comer unas algarrobas y descansar un poco, aunque el viaje había sido más plácido de lo previsto, pues Bruna se lo había pasado durmiendo y Naisha apenas se había quejado. Luego nos adentramos en el pueblo y, al llegar a la iglesia de Santa María del Mar, me detuve. Estábamos a dos calles del paseo marítimo. Naisha se había quedado dormida en la silla de ruedas. Una gaviota cruzó el cielo y soltó un graznido justo encima de nosotros. ¿Qué pasa?, preguntó Audrey. Me quedé mirándola muy serio, sin decir nada. No vas a subirte al barco, ¿verdad?, me preguntó. Negué con la cabeza. Audrey masculló algo incomprensible, miró hacia otro lado, se pasó una mano por el pelo, resopló. Cuando volvió a mirarme, tenía los ojos llenos de lágrimas. Como los míos. Viejo cabezota, murmuró. Chasqueó la lengua, dio dos pasos hacia mí y nos fundimos en un abrazo que solo interrumpió Naisha. ¿Ya hemos llegado?, preguntó con voz quejumbrosa. Me acerqué a la silla de ruedas y le cogí las manos. Estaban inexplicablemente frías. Vais a tener que seguir sin mí, le dije, alguien tiene que quedarse cuidando de *Petra* y sus pequeños. Hizo un mohín de disgusto y se cruzó de brazos. Cuando todo esto termine, os llamaré, le prometí. Pero Naisha giró la cara y no dijo nada más. Volví al lado de Audrey y le ofrecí el Smith & Wesson. Será mejor que te lleves esto. Me miró, dudó unos instantes y lo rechazó. No, mejor quédatelo tú. No creo que me dejen subirlo al barco.

Las vi alejarse por una de las calles que conducían al puerto, Audrey empujando la silla y Naisha con el moisés de Bruna en el regazo. Subí al campanario de la iglesia, pero los bloques de apartamentos de primera línea de playa me tapaban la vista. Salí de la parroquia y entré en un hotel por la puerta de atrás, que otros antes que yo se habían encargado de dejar abierta. Subí por las escaleras hasta la azotea y me asomé con precaución a la barandilla que daba al paseo marítimo, a tiempo de ver cómo Audrey, Naisha y Bruna llegaban al puerto. Un buque con una enorme bandera de la Mancomunidad Europea estaba anclado en la dársena y varios militares custodiaban la pasarela de acceso, con armas láser y cascos herméticos. Por un momento temí que pudieran detectarme, pero estaban más ocupados en recibir a las recién llegadas que en otear los alrededores. Lamenté no haber cogido los prismáticos para contemplar la escena con mayor claridad, pero

desde mi posición intuí que Audrey discutía con los militares. Al cabo de un rato, las dejaron subir y desaparecieron de mi vista.

Llevo un día y medio sin comer nada sólido y empiezo a sentirme liviano como un pajarillo. Dicen que la muerte más dulce es la muerte por inhalación de dióxido carbónico. Esta tarde me he dado una vuelta por el recinto, con la sensación de estar despidiéndome de la que ha sido mi última morada. He vuelto a entrar en el teatro y he subido al escenario, pero he sido incapaz de recitar ningún texto. También he entrado en la capilla y me he sentado en uno de los bancos, con la mirada fija en el viejo púlpito de ladrillo decorado con una imagen de Nuestro Señor de colores estridentes y estilo vagamente cubista. Me he paseado entre las tumbas del cementerio y he arrancado las malas yerbas que habían crecido en los túmulos. He ido a la enfermería y he subido al altillo, pero no me he llevado ningún libro ni he arrancado ninguna hoja. Dicen que una de las muertes más crueles es la muerte por inanición, pues ante la falta de nutrientes el organismo empieza a consumir su propia grasa hasta devorarse literalmente a sí mismo. Al atardecer, he subido a la torre del agua y he estado contemplando el mar. De pronto, he visto aparecer un heliauto a lo lejos, acercándose hacia el Pere Mata. Cuando lo he tenido justo encima, me he puesto en pie y le he dedicado un hermoso corte de mangas.

Jueves, 30 de septiembre

Hoy es el último día de la moratoria y me siento como el condenado a muerte que espera en su celda, con paradójica impaciencia, a que vengan a buscarlo para conducirlo al patíbulo. O como el jefe de Estado que aguarda en el despacho presidencial, con la pistola cargada sobre la mesa, el inminente triunfo de los golpistas. Si hasta ahora había estado descontando los días, hoy empiezo a descontar las horas. Y aunque en las últimas semanas he flirteado con la idea de quemar este diario antes de subirme a la barca de Caronte, al final he decidido salvarlo de las llamas, con la vana esperanza de que caiga algún día en manos de ese improbable lector del futuro al que he estado invocando, ese lector discreto y potencial, sin voz ni rostro, que nació como un recurso retórico y ha acabado convirtiéndose en el destinatario de mis últimas palabras.

No deja de ser curiosa esta imprevista y desacostumbrada soledad: ayer, por primera vez desde que llegué hace siete años al Pere Mata, no vi a ningún ser humano en todo el día. Creo que fue Gustavo Adolfo Bécquer quien dijo que la soledad es muy hermosa cuando hay alguien a quien contársela. Quizá por eso, al levantarme esta mañana de la cama, me he mirado en el espejo y me he puesto a hablar conmigo mismo, con mi imagen reflejada, con mi *doppelgänger*, en un diálogo tan estéril y absurdo como una partida de ajedrez en solitario, en la que uno lleva a la vez las piezas blancas y las negras y sabe

que su derrota será también su victoria y viceversa. Qué mala pinta tienes, me ha dicho mi doble. Pues anda que tú, le he respondido. Estarás contento, me ha dicho. ¿De qué?, le he preguntado. De haberte salido con la tuya. ¿Qué quieres decir? Sabes perfectamente lo que quiero decir. Nos hemos quedado callados un rato, escudriñándonos, desafiándonos. ¿Por qué no te cortas la barba?, ha roto finalmente el silencio. Te ha crecido tanto que podrías hacerte una trenza. La imagen me ha parecido tan ridícula, que he decidido afeitarme. Tú solías decir que estaba más guapo con barba, pero a Leire no le gustaba y durante una época se negó a besarme porque decía que le picaba. No sé si ha sido por la falta de costumbre o porque me temblaban las manos, pero me he cortado un par de veces. Definitivamente, me ha dicho mi reflejo, estabas mejor con barba.

Después de afeitarme he vuelto a mi antigua habitación del primer piso y he sacado del armario mis mejores galas: la camisa burdeos y el viejo traje negro con rayas blancas, el que me regalaste para la boda de Íngrid. No me lo ponía desde el día de tu entierro. Me lo he probado y me sobraba tela por todas partes.

He dejado de escribir porque ha ocurrido algo insólito: ha sonado un teléfono. Al principio he pensado que se trataba del silbido del viento o del canto de un pájaro, pero el característico tono y los intervalos regulares me han hecho dudar y he abierto la ventana. Al asomarme, sin embargo, reinaba el silencio. Ya me disponía a volver a la mesa y retomar la escritura, cuando ha vuelto a sonar. Esta vez no había duda: era el teléfono de emergencia de la enfermería, el único aparato fijo que queda en todo el Pere Mata. Lo primero que he pensado es que había vuelto la luz. He pulsado el interruptor, pero la lámpara no se ha encendido. Tras diez o doce tonos, el teléfono ha dejado de sonar. He cogido el Smith & Wesson y he salido del PSG, he bordeado el huerto, he llegado a la enfermería, he atravesado el pasillo de los boxes y he entrado en el despacho del director médico. Encima del escritorio seguía la botella de orujo que vacié con Audrey. Me he sentado en la butaca y he esperado a que volviera a sonar el teléfono. Pero no ha vuelto a sonar. Al final, he descolgado y no había línea. Empiezo a preguntarme si ha sonado realmente o si ha sido una alucinación acústica fruto del hambre o la debilidad.

He dejado el teléfono descolgado y he vuelto a mi cuarto, presa de una incómoda sensación de angustia. Me pregunto si el barco al que subieron Audrey y las niñas habrá zarpado ya.

Como no tenía nada mejor que hacer y el tiempo pasaba con una lentitud exasperante, he decidido seguir escribiendo el poema irracional, cosa que no hacía desde que Naisha me echó una mano hace un par de semanas. He añadido quince palabras y me he puesto al día:

Voy a amar a quien consienta al adulto
decir sin rubor palabras sencillas.
¿Cuántas estrellas hay en los confines?
¿Cómo desear la mísera vida?
Sin más enemigos que la pobreza,
combatiré tanta palabrería.
La libertad anhelada será,
a propósito, colosal y exigua,
venciendo las perversas vanidades.
Por doquier viajo y, provocando grima,
descubro la insufrible estupidez.
Procuro huir, esfumarme unos días,
salir corriendo de las emboscadas,
sortear rencores y rabias, iras,
relaciones ávidas de promesas
inanes, de candorosas mentiras,
ambientes corruptos, destinos llenos
de condenas espantosas sin vías
posibles de huida. Sin otro yo
(y/o), ¿alguien compondría poesía
efímera?

No sé qué ocurrirá mañana, pero podría terminar aquí el poema, en mitad del verso, abruptamente. Desde luego, no pasará a la historia de la literatura, pero que la última palabra sea «efímera», tratándose de un poema potencialmente infinito, me parece un genial guiño del des(a)tino.

A menudo pienso cómo habrías actuado tú en esta situación. Seguro que habrías hecho justo lo contrario que yo: es decir, lo correcto.

No sé por qué acabo de acordarme de Rodrigo Calafell, un celador que nos hacía la vida imposible. Afortunadamente, fue de los primeros en irse tras el Pacto de la Vergüenza. Por algún motivo que nunca llegué a entender, nos tenía una particular ojeriza a Bruno y a mí, y nos trataba con una falta de respeto de lo más grosera. Para empezar, nos llamaba «yayos», un término que puede ser cariñoso en boca de según quién, pero que dicho por él sonaba más bien a insulto, como si nos estuviera llamando vejestorios, carcamales, momias o cascajos. Y luego tenía la mala costumbre, por no llamarlo perfidia, de apagarnos las luces de la sala de juegos a las diez en punto, aunque estuviésemos en mitad de una partida. Durante mucho tiempo, Bruno y yo fantaseamos con la idea de darle un escarmiento, pero no nos atrevimos a llevarlo a la práctica. Ahora me arrepiento de no haberlo hecho.

Me ha sobresaltado un ruido en la puerta de la habitación, como si alguien estuviese rascándola del otro lado. También se oía una especie de chirrido intermitente. Si creyese en fantasmas, me he dicho, pensaría que son los espíritus de mis amigos muertos, que vienen a buscarme. Me he levantado

para abrir, pero al pasar por delante del espejo me he detenido. Abre tú, le he dicho a mi sosias. Yo de aquí no me muevo, me ha dicho el muy cobarde. El ruido era cada vez más persistente. Al final he abierto la puerta. Eran *Guillermo* y *Adso*. ¿Dónde está vuestra madre?, les he preguntado. Salió ayer a buscar comida y no ha vuelto, me han respondido. Vaya por Dios, he dicho. Pero pasad, pasad, no os quedéis ahí fuera. En un ángulo de la pared había una araña. Me he sacado la zapatilla y la he espachurrado. Se la he dado a *Guillermo* y a *Adso*, pero no la han querido. Al final, se han subido a la cama y hemos estado jugando un rato.

Llevo dos días sin comer, pero sigo teniendo sueño a la hora de la siesta.

Me ha despertado el zumbido de un heliauto. He esperado tumbado en la cama a que pasara de largo. Pero lleva varios minutos sobrevolando el Pere Mata y no parece tener intención de marcharse. No entiendo por qué no escupe sus asquerosos pasquines y se larga de una vez. El zumbido suena cada vez más cerca.

Desde mi posición junto a la ventana, veo pasar el heliauto una, dos, tres veces, como si estuviera dando vueltas alrededor de la torre del agua. Me ha parecido que había gente en la cabina. ¿Habrán llegado ya las fuerzas de ocupación?

Puede que estas sean las últimas líneas que escriba.

Hay seis balas en el revólver.

Me sobran cinco.

Ya no veo el heliauto por la ventana.

El zumbido es cada vez más débil.

De pronto, suena una voz.

Una voz a través de un megáfono.

Es una voz femenina.

Al principio no la reconozco.

Hasta que dice papá.

Y pronuncia mi nombre.

Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S.A.
Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es
© 2020 by Pablo Martín Sánchez
© de esta edición, 2020 by Quaderns Crema, S.A.
Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.
ISBN: 978-84-18370-04-5
PRIMERA EDICIÓN DIGITAL
octubre de 2020

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro— incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

* «¡Cómo me gusta enseñar este útil número a los sabios! | Inmortal Arquímedes, artista ingeniero, | ¿quién, a tu parecer, puede apreciar el valor?» (traducción literal). (*Todas las notas son de los editores*).

* «No nos liberéis, ya nos encargamos nosotros».

* «Hay un pozo azul pavonado | como el cañón del revólver | que miraste de niño. | Hay helechos muy altos | y el tambor del sol redobla, lejano y tenue. | Hay un pájaro encrespado | y verde y amarillo y bárbaro | como un tapiz de plumas azteca, | y grita: más luz, siempre más luz | y es para hundirse más bajo tierra. | Y tú la buscarías hasta la última mota | entre hojas secas | y raíces ásperas | pero hechas a la medida | de la mano que aprieta. | Hay un friso de moras negras | y las nueces son crustáceos pudriéndose, | pegajosos y malvados como lágrimas. || Dentro, todo eso. | Pero no entrarás. | No sabes adónde ir. | Hace tanto tiempo | que te dieron las direcciones. | Aturullado, has perdido los caminos | y no tienes ánimos. | Te sientas y recuerdas | que te hablaron de un pozo, | no de caminos». (*La traducción es de los editores*).

* Algo así como: «No se le pueden pedir peras al olmo».

* «Hay un pozo pavonado de azul como el cañón | del revólver que viste siendo niño. | Hay helechos muy altos, y el tambor | del sol percute lejos, débil. Hay un pájaro | hinchado y verde y amarillo y bárbaro | como un tapiz azteca de plumas, y grita | más luz, siempre más luz, para meterla | más hondo bajo tierra. Y tú la buscarías | hasta el último átomo, entre hojas | caídas y ásperas raíces, pero hechas | a medida de la mano opresora. | Hay un desovadero de moras negras, y las nueces | son crustáceos pudriéndose, viscosos, | malos como las lágrimas. Hay troncos | que transpiran. Y metal de élitros vivos. || Dentro, todo esto. Pero no entrarás. | No sabes adónde ir. Hace ya tanto tiempo | que te entregaron esas direcciones. Atolondrado, perdiste las sendas | y careces de tino. Te sientas, y recuerdas | que te hablaron de un pozo, no de sendas», Gabriel Ferrater, «La mala misión», en: *Las mujeres y los días*, trad. José Agustín Goytisolo, Miami, Urbi et Orbi, col. «Clásicos recuperados», 2072, p. 96.

* Algo así como: «Después de un día viene otro» o «El tiempo todo lo cura».

* «De nuevo lucirá».

* «He bajado, dándote el brazo, al menos un millón de escaleras | y ahora que ya no estás siento el vacío en cada peldaño. | Aun así ha sido breve nuestro largo viaje.| El mío dura todavía, y ya no necesito| ni transbordos, ni reservas, | ni las trampas, ni el escarnio de quien cree | que la realidad es aquello que se ve. || He bajado millones de escaleras dándote el brazo | y no porque piense que con cuatro ojos tal vez se vea mejor. | Las he bajado contigo porque sabía que, de los dos, | las únicas pupilas de verdad, aun estando nubladas, | eran las tuyas», Eugenio Montale, *Satura*, trad. Natalia Cancellieri, Barcelona, Lúnula, 2038.

* Literalmente, «todos acabaremos en el Pere Mata y hay más fuera que dentro».

* Literalmente, «la erección matutina no es una erección auténtica, es una erección provocada por las ganas de orinar». Existe una versión castellana, en boga a finales del siglo XX pero hoy día en desuso, que dice: «Alzamiento matinal no es alzamiento real, es alzamiento orinal».